ALEXANDRA ROMA

TANTAS VECES COMO RESPIRO

#algocomonosotros 1

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

ACTUALIDAD PROGRAMA DE RADIO

PRÓLOGO

Episodio 1. El camino previo

1. Sadie
2. Dacre
3. Sadie
4. Dacre
5. Sadie
6. Dacre
7. Sadie
8. Dacre

Episodio 2. El casting

1. Sadie
2. Dacre

3. Sadie
4. Dacre
5. Sadie

Episodio 3. La primera lectura de guion

1. Sadie
2. Dacre
3. Sadie

Episodio 4. El plan

1. Dacre
2. Sadie
3. Dacre
4. Sadie
5. Dacre

Episodio 5. Complicaciones

1. Sadie
2. Dacre
3. Sadie

Episodio 6. Promoción

1. Sadie
2. Dacre
3. Dacre
4. Sadie
5. Freddie
6. Nate
7. Dacre

Episodio 7. La fiesta

1. Sadie
2. Freddie
3. Dacre
4. Sadie
5. Dacre
6. Sadie
7. Dacre
8. Sadie
9. Nate

Episodio 8. El evento fan

1. Dacre
2. Sadie
3. Dacre
4. Sadie
5. Nate

Episodio 9. La icónica escena de Libe y Jude en el cuarto episodio

1. Sadie
2. Dacre
3. Sadie
4. Nate
5. Dacre
6. Sadie
7. Dacre
8. Sadie
9. Dacre
10. Freddie

Episodio 10. La escena del baile

1. Dacre
2. Sadie
3. Dacre
4. Sadie
5. Dacre

Episodio 11. En el mundo real

1. Dacre
2. Sadie
3. Dacre
4. Sadie
5. Dacre
6. Freddie
7. Dacre
8. Sadie

Episodio 12. La gira donde todo estalló

1. Sadie
2. Dacre
3. Sadie
4. Dacre
5. Sadie
6. Dacre
7. Sadie
8. Dacre
9. Sadie
10. Dacre

Episodio 13. El final de «Los nueve círculos»

1. Dacre
2. Sadie
3. Dacre
4. Sadie
5. Dacre

Epílogo

Créditos

TANTAS VECES COMO RESPIRO

Alexandra Roma

Planeta

A todas las lectoras a las que la ficción nos ha hecho soñar.
Que las historias nunca dejen de lograr que vibremos por dentro.
Y a los argumentos más bonitos que tengo en mi vida:
Julia, Emma y Leo, os quiero.

Nota de la autora

Me he permitido la licencia de ficcionar los capítulos con guion para facilitar la comprensión lectora, aunque no estén ajustados al formato clásico establecido.

ACTUALIDAD PROGRAMA DE RADIO

MICHAEL, LOCUTOR: Buenos días, madrugadores, esperamos que el atasco de camino al trabajo se esté comportando. *(Risas).* Para los que acabáis de sintonizar con nosotros, hoy en *La mirada al pasado* nos ha invadido la nostalgia de las series románticas más icónicas de nuestra historia y gracias a vuestra ayuda las estamos trayendo de vuelta. En el programa ya han sonado títulos como *Buffy, cazavampiros*, *The O.C.*, *Dawson crece*, *One Tree Hill*, *Crónicas vampíricas*, *Los originales*, *Outlander*, *Maxton Hall*, *Heartstopper* o *Tell Me Lies*, aunque me permito dudar de que esta última pertenezca al género... Pero no nos desviemos del tema, ha llegado el momento de incluir una nueva producción en nuestro listado.

ANIKA, LOCUTORA: La más mencionada en las redes sociales y mi favorita, si se me permite decirlo.

MICHAEL, LOCUTOR: A ti se te permite decirlo todo y si no igualmente lo haces. *(Risas).* Linda Goldman, de Savannah, buenos días y bienvenida a la tertulia.

LINDA, OYENTE: Hola, buenos días.

MICHAEL, LOCUTOR: ¿Cuál es la ficción imprescindible que no puede faltar en este debate?

LINDA, OYENTE: *¡Los nueve círculos!* Sería un pecado obviarla.

ANIKA, LOCUTORA: Muy bien hilado. *(Risas).* Nuestros seguidores te agradecen que por fin alguien haya mencionado a *Averno*.

MICHAEL, LOCUTOR: Para aquellos que no lo conozcan, ¿qué es para ti lo más memorable de la adaptación de la trilogía de Tracy

Montgomery?

LINDA, OYENTE: Obvio, Jude. *(Risas).* Ahora en serio, todo. El universo, la trama, los personajes... ¿He dicho ya Jude?

MICHAEL, LOCUTOR: Aunque tuvo un final controvertido.

LINDA, OYENTE: Más que controvertido yo diría que apresurado, escaso, nos supo a poco.

ANIKA, LOCUTORA: Todo parecía preparado para una cuarta temporada.

LINDA, OYENTE: Eso se rumoreaba...

MICHAEL, LOCUTOR: Pero no la hubo. Han pasado varios años, ¿alguien sabe lo que ocurrió detrás de las cámaras?

PRÓLOGO

Cuando estás actuando es como si estuvieras durmiendo, soñando, y da igual que suceda algo que te perturba, porque despiertas y se queda atrás. Nada puede hacerte daño en el escenario, Sadie. Todo es una ilusión. Sobre las tablas estás a salvo.

BIENVENIDOS AL RODAJE DE *LOS NUEVE CÍRCULOS*.
ROGAMOS PERMANEZCAN CON
LOS MÓVILES EN SILENCIO MIENTRAS DURE LA GRABACIÓN.

PREVENIDOS,
MOTOR,
CLAQUETA,
¡ACCIÓN!

Episodio 1
El camino previo

1

Sadie

Cuando era pequeña mi madre daba muchas fiestas en nuestra casa de Santa Bárbara. Aquella mansión era una joya arquitectónica y tenía una ubicación excelente. Estaba afianzada en las colinas de la ciudad costera, desde las que se podía ver el manto de vegetación, algunas viviendas y el mar. Era moderna, amplia, blanca y luminosa, con grandes cristaleras en su fachada y una piscina infinita en la que parecía que el sol formaba parte del mobiliario durante los minutos que tardaba en ocultarse y desaparecer. En las ocasiones en las que mamá organizaba sus veladas, el jardín se llenaba de artistas que exhibían excentricidad en su forma de vestir, glamurosas actrices cuyo armario solo contenía vestidos de ensueño, intelectuales muertos de hambre que repetían conjunto y productores trajeados que, quitándose la corbata, trataban de ocultar que tenían la cartera a reventar.

Todos querían asistir a una de las fiestas de la gran Claire Dawson, mamá, afamada productora de teatro. Era conocida y admirada no solo en Los Ángeles, nuestra ciudad vecina, sino que su nombre resonaba en lugares con tanta tradición teatral como Chicago, Nueva York o Mineápolis, por no hablar de las capitales europeas que visitaba con bastante frecuencia para buscar talentos y empaparse de las tendencias teatrales que surgían al otro lado del charco. En su gremio la adoraban y, lo más importante, la respetaban.

Ser invitado a una de las veladas de mamá era todo un privilegio en el mundo del teatro, privilegio del que yo no disfrutaba, ya que en las fiestas de Claire Dawson había dos normas: «No bajar» (para nosotros) y «No subir» (para los invitados). Sin embargo, existía una especie de vacío legal en torno a la ventana del fondo del pasillo de la primera planta, desde la cual se podían ver aquellas reuniones; vacío que Freddie y yo usábamos para asomarnos y espiar.

Freddie es mi hermano mellizo y, junto con mamá, éramos los tres habitantes de aquella enorme casa llena de luz. Por aquel entonces mi madre y mi padre, Tom Sanders, ya se habían divorciado y él se había ido a vivir a Connecticut.

Poco antes de que comenzara cada fiesta mamá subía a nuestras habitaciones a darnos las buenas noches. Recuerdo el resonar del golpeteo de sus tacones por el pasillo y cómo se amortiguaba cuando pisaba la moqueta de mi habitación. Recuerdo su perfume al envolverme cuando me daba un beso de buenas noches y me advertía una vez más que no debía bajar a la fiesta. Apagaba la luz de mi habitación y cerraba la puerta. Tras repetir el ritual con Freddie, él y yo escuchábamos sus pasos bajando por las escaleras, y era entonces cuando nuestro particular «¡Acción!» empezaba y el sonido de mi corazón trastabillaba de la emoción y los nervios.

Las paredes de nuestra casa se hallaban bien insonorizadas y mamá no organizaba el tipo de evento que desemboca en un caótico desfase. Era por esta razón por la que siempre estuve tentada de abrir la ventana para escuchar lo que sucedía abajo, pero no debía, mamá podría pillarnos, así que me veía obligada a imaginar, ensimismada desde nuestro escondite, el ruido de la escena que contemplaba. Era una hija obediente, había cumplido con las normas de mamá y la ventana había permanecido cerrada, hasta el día que esta historia empezó.

Aquella noche me escabullí de mi cuarto como de costumbre, respiré hondo y evité ponerme las pantuflas para ser lo más sigilosa posible. Cuando llegué a la ventana, Freddie ya estaba esperándome. Él siempre llegaba primero a pesar de que su habitación estaba más lejos.

—Siempre tan lenta. —Sonrió con suficiencia, con la vista todavía clavada en el exterior, y me dejé caer a su lado para tener una panorámica igual de buena que la suya. A fin de cuentas, estar allí había sido idea mía, él solo me acompañaba para compartir responsabilidades y castigo si mi madre nos pillaba.

Para los artistas de teatro asistir a los eventos de Claire Dawson otorgaba estatus, a mí espiarlos me proporcionaba una buena dosis de adrenalina y algo que me sobrecogía por dentro y expandía mi pecho como si se tratara de una galaxia. Nunca comprendí por qué aquello me fascinaba tanto.

—¿Algo interesante? —pregunté.

La sonrisa de sus labios se ensanchó y adiviné que se disponía a hablarme del trasero de algún camarero. Teníamos catorce años, pero mi hermano no albergaba ninguna duda sobre sus preferencias.

—El culo de ese no está mal, aunque tampoco es nada del otro mundo. —Mis ojos se pusieron en blanco de manera instintiva, Freddie rio y me dijo—: Vale, bien, paro de hablar de culos. Aburrida...

—No soy una aburrida —protesté.

Ignoró mi comentario y siguió hablando de algo que sí me interesaba.

—Aún no he averiguado en qué consistirá la sorpresa de hoy, pero sospecho que son fuegos artificiales. He visto al tipo ese que los prepara merodeando por el descampado desde el que los lanza.

Asentí. Las fiestas de nuestra madre eran conocidas por cuatro cosas: la calidad de los invitados, la exquisitez de la comida y la bebida, el final de infarto y la sorpresa, que giraba en torno al arte. Me atrapé el labio inferior entre los dientes y lo mordí con fuerza. Siempre era divertido tratar de adivinarla, aunque esa noche dispusiéramos de poco tiempo.

—Entonces, ¿habrá fuegos artificiales? —Liberé el labio.

Freddie se encogió de hombros y un mechón de cabello tan negro como el mío le cayó sobre la frente. Era de los pocos rasgos que teníamos en común a pesar de haber compartido barriga, que no bolsa (eso es cosa de gemelos), durante treinta y ocho semanas; en lo demás éramos completamente distintos. Mientras que sus ojos poseían la tonalidad oscura de la noche, los míos eran ambarinos, similares a los de un gato o un lobo. Mi hermano era bastante más alto que yo y su cuerpo estaba bien definido. Pero lo que más nos diferenciaba eran su capacidad para llamar la atención y mi firme tendencia a la discreción, su carácter afable y mi celosa prudencia. Aunque nunca dudaba en sacar las garras cuando era necesario.

—Los camareros están despejando una parte del jardín y han empezado a colocar sillas como si hubiera un escenario, así que apostaría las tareas domésticas de un mes a que se viene actuación. —Posó sus pupilas en las mías y negué con la cabeza de un lado a otro a la vez que le decía:

—No pienso apostar nada contra ti.

—¿Te asusta lo listo que soy? —Alzó las cejas divertido.

—Lo que eres es un tramposo, y seguro que te has enterado de algo que yo no sé. —No lo negó, y la atención de ambos regresó al jardín.

A veces la espera para la sorpresa se podía alargar hasta pasada la medianoche, aunque en esa ocasión, por el movimiento que había

a nuestros pies, no parecía el caso. Mientras esperábamos observé a los asistentes relacionándose entre sí, admiré sus bonitos trajes, la deslumbrante agua azul turquesa de la piscina que brillaba como si estuviera compuesta de pequeños diamantes y los artistas que se entremezclaban tratando de pasar desapercibidos entre la masa, a pesar de ser imposible por el halo invisible de luz propia que poseían. Distinguí a humoristas, cantantes, músicos y actores, el pintor que me había enseñado un truco para aprender distintos métodos de pinceladas, personas que poseían la magia dentro de sí mismas. Tragué saliva. Los admiraba como los superhéroes encargados de embellecer el mundo que eran. Repasando el pasado, supongo que nunca estuve a salvo de que me fascinasen; ellos habitaban y componían mi ADN.

Entre las invitadas una mujer llamó mi atención. No fue por vestir de forma despampanante o por mostrarse especialmente animada, sino por cómo cada asistente parecía esperar su turno para saludarla y cuando lo hacían la devoción en su rostro era palpable. La veneraban. Incluso más que a mamá. No la reconocí entonces, pero años más tarde agradecí el privilegio de haber coincidido con ella. Aquella mujer aparentaba unos sesenta años, aunque en realidad debía de tener bastantes más; en la industria del espectáculo la edad es un misterio. En especial la de las mujeres.

Nos mantuvimos en silencio hasta que se percibió que comenzaba la acción, y con ello los nervios anticipatorios que circulaban en mi interior se dispararon. Desde aquel rincón bañado por la luz robada al exterior habíamos asistido a recitales de poesía en directo cuyas palabras teníamos que imaginar, espectáculos circenses, música, pinceles que retrataban instantes de un modo original (en mi cabeza aún permanecía el recuerdo de la tarde en la que la pintura recorría los cuerpos desnudos de los voluntarios que se quitaron la ropa) y

representaciones de las escenas más populares de las obras clásicas, donde la sencillez y una buena interpretación enlazaban el nudo que se te formaba en la garganta.

Contuve el aliento durante un segundo cuando vi que guiaban al escenario improvisado a la mujer mayor en la que había reparado antes. Una pequeña parte de mí se sintió orgullosa en secreto de que mi intuición hubiera funcionado. Los invitados hicieron corrillo alrededor del escenario, algunos ocuparon sillas y otros prefirieron seguir de pie. Aplaudieron con entusiasmo por el mero hecho de que aquella mujer se pusiera frente a la audiencia. Ella, haciendo gala de la clase de alguien que se ha criado sobre las tablas, les hizo una breve reverencia y les pidió silencio. Desde nuestro escondite no pudimos oír lo que dijo, pero pareció que indicaba que lo que iba a interpretar sería breve. Descarté que fuera una canción, porque no había músicos y el DJ había abandonado su puesto, atento a aquella actuación. Entonces la mujer tomó una copa, la primera que vio, y llamó a un chico al escenario; por su forma de vestir y moverse supe que era actor, y además guapísimo. A Freddie se le escapó un suspiro. Pidió un aplauso para su compañero y cuando este cesó ambos parecieron entrar en un trance y de repente se convirtieron en otras personas. Sus cuerpos no habían cambiado, pero ya no eran ellos. Estaban interpretando.

Él se apartó a una esquina del escenario y la expresión de ella se perdió en la nada, era como si hubiera tomado cinco copas como esa que sujetaba, solo que hacía un momento estaba totalmente sobria. El actor entró en escena y empezaron una conversación en la que ella mostraba una falsa cordialidad y él disimulaba de mala manera su molestia.

La suerte quiso que en el instituto hubiéramos acabado de estudiar *Un tranvía llamado Deseo* y me pareció ver en aquella actriz

a una clara Blanche DuBois. De nuevo, mi instinto no me falló. Más tarde pude comprobar que estaban representando un fragmento de esa obra.

Me fijé en que los movimientos del cuerpo de la mujer estaban coordinados con la expresión de su cara, convirtiendo gesto y anatomía en una unidad de intencionalidad para ese puzle llamado «teatro», y disimuladamente traté de reproducirlo imitando la forma en la que agitaba la copa en el aire, pero no me salió y las mejillas se me encendieron por el mero hecho de haber osado ser... esto... actriz.

Discutían, y conforme la escena transcurría yo me moría de ganas de saber qué era lo que decían. Necesitaba abrir la ventana. Necesitaba saber qué era lo que estaba impactando tanto al público, que los observaba hipnotizado, con los ojos brillantes porque no se atrevían ni a parpadear. La mujer en el escenario se mantenía firme en la discusión con su compañero, no cedía terreno, pero se la veía tan frágil, tan vulnerable, que cuando su máscara cayó y las primeras lágrimas resbalaron sobre su rostro, también lo hicieron sobre el mío y el de algunos de los invitados.

No pude más y abrí un resquicio de la ventana.

—Espero que el riesgo de que nos pillen merezca la pena —bromeó Freddie—. En el fondo eres toda una rebelde —añadió aludiendo a la opinión generalizada de que yo era más templada cuando en realidad lo que pasaba era que elegía mejor mis batallas.

No le escuché, toda mi atención estaba puesta en ella. En la actriz. Con una risa mezclada con sollozos fingía que bebía de la copa y nos conmovía con su relato. Proyectaba la voz como se hace en los teatros, así que, a pesar de que el personaje estaba borracho y roto de dolor, pude entender a la perfección cada una de sus palabras.

—Sí... Y por eso hui y por eso me vine a esta casa... ¿A dónde iba a ir? Estaba quemada... ¿Sabes lo que eso quiere decir? Mi juventud, de pronto, ardió..., desapareció..., pero entonces te conocí... Me dijiste que necesitabas a alguien a tu lado... como yo... Y entonces recé porque nos habíamos encontrado..., porque parecías bueno..., porque eras un refugio donde esconderme de la ruindad del mundo... Cuando no se tiene nada el sueño no es más que... la paz...

Aguanté la respiración durante la pausa en la que, descompuesta, guardó un doloroso silencio.

—Por lo visto he soñado demasiado.

Freddie cerró la ventana de golpe un segundo antes de que mi madre girara la cabeza en nuestra dirección. Fue rápido y nos libró de un castigo.

Pero para mí ya era demasiado tarde, había quedado fascinada y, sin yo saberlo, mi vocación había nacido. Aquella noche mi historia empezó.

Quería contar historias y quería hacerlo con mi cuerpo, mi rostro y mi voz. Quería conectar con el público, emocionarle, hacerle reír y llorar. Quería...

El corazón no me daba tregua.

Palpitaba frenético.

Entonces miré a Freddie.

—Es arte, Freds.

Como regla general, cuando hacía eso no solía encontrarme con la complicidad de mi hermano, al que le importaba entre poco o nada lo que estaba pasando y se encontraba allí para acompañarme y porque jamás rechazaba un plan que supusiese ir en contra de lo que nos habían ordenado. Sin embargo, aquella noche su gesto era confuso.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿No lo has sentido?

—¿El qué? ¿El arte?

Asentí.

—No. ¿Qué se siente?

Fruncí el ceño. Freddie nunca había dado ninguna señal de que el tema le interesase en absoluto. Aquella pregunta me hizo pensar y no fui capaz de articular una respuesta, así que me moví hacia delante arrastrándome por el suelo y le cogí la mano para guiarla hasta mi pecho, justo donde podía notar el pulso de mi desbocado corazón.

—Joder, Sadie, se te va a salir. —Me encogí de hombros y él retiró la mano.

—Cuando lo tengo cerca vibra así. Es el único instante en el que alcanza esta velocidad... El arte es como si un pie pisase el acelerador y fuese más rápido que nunca.

Llegaba el turno de los fuegos artificiales, pero coincidieron con el momento en el que los ojos de Freddie se abrieron como platos de pura sorpresa al comprender lo que le estaba diciendo, de modo que me perdí el inicio de la explosión de luces en el cielo.

Freddie me sonrió, aunque era evidente que seguía dándole vueltas a algo.

—Sabes que no tengo tu sensibilidad artística, pequeño búho, pero si tú lo dices me lo creo.

—Bien. Me alegra que por fin aceptes mi infinita sabiduría. —Esbocé una sonrisa. El ritmo de los fuegos artificiales aumentó para la traca final, e iba a ponerme de pie con la intención de regresar a mi habitación en cuanto terminasen cuando mi hermano volvió a intervenir.

—¿Crees que eso se deja de sentir?

No le entendí.

—¿El qué?

—Sentirlo como tú lo sientes y que te haga... feliz.

Bajó la voz y su mirada se desvió a otro sitio. Al lugar en el que mi madre, en vez de disfrutar de los fuegos artificiales o recibir los elogios de sus invitados, discutía molesta con el encargado del catering porque lo más probable fuera que hubiera cometido algún error en su opinión inadmisible en una fiesta de su categoría.

Me embargó un sentimiento de tristeza. Sabía a lo que se refería Freddie. Últimamente mamá parecía incapaz de disfrutar de nada, y aquello no era lo peor. Lo peor era la velocidad a la que sus enfados la conducían a vaciar copas en su garganta, como hizo en ese instante para poner fin a la discusión, con mi hermano y conmigo observándola desde la distancia. El encargado se marchó con los hombros caídos y miré a mi mellizo. Si hubiera habido alguien más, Freddie habría dibujado una expresión de absoluta indiferencia, pero como estábamos los dos solos se permitió el lujo de que la preocupación se reflejase en su rostro y unas pequeñas arrugas se le formaron en la frente. Aquello me impactó. Él era el experto en mantener los dramas a raya y darle a cada cosa la importancia que merecía. Que pensase que el ritmo al que mi madre ingería alcohol y su creciente mal humor eran alarmantes significaba que yo también debía inquietarme.

Los nervios me recorrieron bajo la piel como si se tratase de afiladas puntas de agujas y quise llegar a la conclusión de que estábamos siendo unos exagerados. Nos encontrábamos en una fiesta. Bueno, para ser exactos, nuestra madre se encontraba en ella. Era normal que bebiera, del mismo modo que cualquier anfitriona quiere el mejor servicio para sus invitados, nada más. La

reflexión me aplacó y mi gesto se contagió de la calma autoimpuesta.

—Todo está bien, Freds. —Le sonreí.

Freddie podía desconfiar hasta de sí mismo, pero siempre me creía a mí. Por eso yo me tomaba sus preguntas muy en serio.

—¿Estás segura? —preguntó vacilante, con una vulnerabilidad impropia de él.

Medité.

¿Lo estaba?

No.

Sin embargo, no podía verle así. Tan frágil y quebradizo. Tan asustado.

Así que le mentí.

En ocasiones la mentira estaba justificada, ¿verdad?

—Completamente.

Freddie se recompuso.

Sin ningún interés por lo que venía a continuación, nos marchamos cada uno a nuestra habitación. Recuerdo que aquella noche casi no pude dormir. La adrenalina por lo presenciado me había invadido y era incapaz de dejar de pensar en ellos. En la actriz y el actor, en el poder que irradiaban cuando interpretaban, como si su sangre estuviese hecha de burbujas de champán, de estrellas.

Traté de coger el sueño un rato más, y como no podía salí de mi cuarto rumbo a la cocina para beber un vaso de agua. La fiesta había terminado no sabría decir hacía cuánto tiempo y los invitados habían abandonado nuestra casa en un desfile de Uber y taxis. No encendí la luz del pasillo ni la de las escaleras. A pesar de que era noche cerrada, los ventanales permitían que entrase algo de luz, la suficiente para poderme orientar. Alcancé la planta baja e iba a dirigirme a mi destino cuando oí cierto estruendo en el salón. Frené

y miré en aquella dirección. El ruido había cesado. Pude retomar mi camino e irme.

Pero no lo hice.

La curiosidad o la intuición me pudieron.

Me dirigí a la sala y me encontré a mi madre borracha rodeada de un pequeño desastre de botellas rotas a sus pies. Recuerdo que ella me reconoció, se llevó el dedo a los labios y dijo: «Shhh». Fue el primer secreto que le guardé. En muchas entrevistas me han preguntado por mi primera actuación y siempre hablo de la obra *101 dálmatas*, pero en realidad fue al día siguiente, cuando las dos nos levantamos y fingimos que nada había pasado.

2

Dacre

De adolescente todavía no era inteligente ni calculador. Cometí muchos errores. Incontables. El más estúpido de todos, con diferencia, fue escaparme de la casa de acogida en la que vivía en Wisconsin durante una tormenta de nieve. Aquella noche mi falta de cabeza estuvo a punto de matarme.

Mis padres habían fallecido en un accidente de montaña hacía tantos años que no conservaba ningún recuerdo de ellos. Mi familia paterna había decidido hacer como si yo no existiera, así que me había criado con mi abuela Molly, la madre de mi madre, en la famosa Chippewa Falls, conocida porque Jack Dawson, el protagonista de *Titanic*, era de allí.

Mi niñez transcurrió sin demasiados sobresaltos y parecía que la siguiente etapa continuaría por el mismo camino, hasta que mi abuela comenzó a desarrollar demencia y el frágil castillo de naipes que era mi vida se desmoronó. Durante meses logré ocultárselo al resto del mundo. Pero ninguna mentira es eterna. Llegó un punto en el que la situación se tornó insostenible. Molly salía, se relacionaba con otras personas y había que estar ciego para no verlo. Su comportamiento era errático, se desorientaba con facilidad y le fallaba la memoria hasta el punto de no recordar conversaciones enteras o a los vecinos a los que veía a diario desde hacía décadas. Desde el instituto en el que estudiaba se dieron cuenta y se

reunieron con ella, la convencieron para avisar juntos a las autoridades. Molly fue ingresada en una residencia donde podían atenderla y yo acabé en una casa de acogida de la que me escapé meses más tarde.

A ningún chico le gusta que le saquen de su casa, le alejen de su familia y le arranquen de la única vida que conoce, aunque esta consista en sobrevivir a duras penas haciendo malabarismos con las ayudas que recibía Molly y cuidando de alguien cuya salud mental se deteriora día a día. Pero no me fugué por eso, sino porque al día siguiente me enviarían a Nueva Orleans, donde los Stanley, una pareja adinerada, esperaba para acogerme en su casa. Sí, a mí, un chico de catorce años. Nadie acogía a adolescentes, y mucho menos una familia con dinero que no necesitaba la ayuda que daba el Gobierno a las familias de acogida. Ninguno de los trabajadores sociales se esperaba aquello y lo vieron como un milagro, como una gran oportunidad para mí. Yo solo pensaba en las más de mil millas que me separarían de mi abuela. No estaba de acuerdo con ese cambio. No tenía ninguna intención de alejarme ni una yarda más de ella y para lograrlo estaba dispuesto a mucho. A casi todo. Saqué las cosas más básicas de mi armario, las metí a presión en una mochila, le robé el abrigo a Cameron, entonces mi padre de acogida, y después de saltar por la ventana y deslizarme por los salientes de la pared comencé a caminar por una ciudad que a esas horas estaba prácticamente desierta.

Era invierno y hacía mucho frío en la calle. Las previsiones meteorológicas anunciaban grandes heladas para esa semana. Hundí las manos en los bolsillos del abrigo que acababa de robar y agradecí el gorro que encontré. Me lo calé en la cabeza a pesar de que me quedaba un poco grande. Me puse unos guantes y deambulé por aquel escenario postapocalíptico. La alarma que

habían propagado los medios de comunicación había dado resultado, no había ni un alma.

Mientras caminaba seguí hurgando en los bolsillos del abrigo de Cameron, quizá el destino aún tuviera algún regalo para mí como una cartera olvidada repleta de billetes de veinte dólares. No hubo tanta suerte. Tiré lo que resultó ser un folletín de propaganda de un spa en la papelera y continué mi camino. Llevaba algo de dinero conmigo, pero no lo suficiente para pagarme un spa. Podía pagar una noche de hostal si no cenaba, pero era menor de edad. Existía la posibilidad de que me pidieran una identificación y eso acabara con mi aventura. Si intentaba dormir en un albergue para los sin techo corría el riesgo de que avisasen a la policía y me llevasen de vuelta al punto de partida después de una reprimenda. Así que mi prioridad era localizar un cajero vacío o en su defecto un lugar abandonado con fácil acceso (tampoco tenía seguro médico, no me podía cortar reventando un cristal para invadir una propiedad privada) en donde quedarme. Por el momento, tenía dinero para pagar una cena caliente, quizá una sopa bien especiada, para coger temperatura. Más adelante, evitando que me reconocieran, podría ducharme en los gimnasios que ofreciesen sesiones de prueba y lavarme los dientes en los baños de las cafeterías.

Mentiría si dijera que no me surgieron dudas. Mi plan no me parecía infalible, pero sí realista. Localicé una cafetería en la que casi no había gente y entré haciendo sonar la campanilla de la puerta acristalada. Las dos personas que ocupaban una de las mesas no repararon en mi presencia, así que me senté en uno de los taburetes de la barra, me quité el abrigo y cené sopa y pastel de manzana casero dándoles la espalda. Recuerdo que en la televisión había un concurso que, por las escandalosas risas de la camarera, debía de ser muy divertido. No le presté atención. La incertidumbre de no

saber si en la casa de acogida se habrían percatado de mi fuga o si habrían denunciado mi desaparición ocupaba toda mi mente.

«Sea como sea, lo mejor es pasar desapercibido», pensé a la vez que pedía la cuenta.

En otras circunstancias dudaba de que el sistema emplease muchos de sus recursos en encontrarme, tan solo sería un chico perdido más, una boca menos que alimentar con los fondos públicos. Sin embargo, los Stanley tenían dinero, lo que suponía una buena motivación para localizarme.

La camarera me entregó la cuenta y me sorprendió lo cara que era la tarta. Había mirado el precio de la sopa, y el agua con hielo era gratis, pero el postre se me había ido del presupuesto. Comencé a contar billetes de un pavo y el apuro se debió de reflejar en mi rostro porque la mujer entornó los ojos y puso la mano sobre la mía para decirme:

—Paga solo la sopa, a la tarta invito yo.

La miré con la intención de oponerme, pero me di cuenta de que en realidad no quería rechazar lo que me ofrecía y lo acepté sin remordimientos.

—Gracias. —Sus pupilas se clavaron en las mías y por un segundo temí que se hubiese percatado de lo que hacía allí. Pero yo no tenía aspecto de vagabundo, al menos no aún. Me sonrió.

—Vete rápido a casa —dijo a modo de despedida—. Cuando la nieve cuaje y se compacte, la calle se va a convertir en un congelador y, créeme, tú no quieres transformarte en una pata de cordero helada.

No supe a qué se refería hasta que me volví hacia la ventana y me encontré con que mientras cenaba había comenzado a nevar con fuerza. En cuanto puse el primer pie fuera del establecimiento pequeños copos espolvorearon de blanco mi cabello oscuro y los

hombros del abrigo. Eché a andar. Lo primero que aprendí esa tarde encapotada fue que uno no es consciente de la cantidad de necesitados que le rodean hasta que estos se convierten en tu competencia directa; el fantasmal extracto de la población del que habías pasado a formar parte y contra el que debías *luchar* por los pocos recursos a tu alcance. Las previsiones de tormenta los habían puesto sobre aviso, y al ser más veteranos que yo ya ocupaban todos los cajeros cubiertos con los que me iba encontrando.

«A lo mejor debería haber prescindido de la cena. Con lo que he gastado podría dormir en un hostal. Podría haberlos convencido de que no me pidieran la identificación», pensé mientras las suelas de mis botas se clavaban dejando su huella en la suave capa blanca, que cada vez era más alta. Se podía sobrevivir con el estómago vacío o lleno a base de barritas energéticas de máquina, comida caducada o las sobras que los restaurantes tiraban en los contenedores vecinos a su negocio. Se podía sobrevivir sin comer, no con una hipotermia que te paralizase el corazón, y, a cada paso que daba, ese parecía mi destino.

Aun así anduve esperanzado. Visité buena parte de la zona comercial de Chippewa Falls hasta que tuve que internarme en los barrios más secundarios, donde escaseaban los cajeros y la vida humana. La capa de nieve cada vez era más densa y alta y los gruesos copos no dejaban de caer con fuerza, limitando mi visión al impactar con mis ojos y enredarse en mis largas y tupidas pestañas. Caminar comenzó a complicarse, cada vez requería más esfuerzo recorrer incluso las distancias más cortas.

Agradecí haberle robado el abrigo a Cameron. No estaba nada mal. El goretex de su tejido impedía que el agua se filtrase y me calase. La prenda me llegaba hasta la mitad del muslo, así que solo se me estaban congelando las pantorrillas.

Un repentino golpe de viento helado me azotó y bajé la cabeza. Los músculos de mi cara estaban rígidos e intuí que tenía los labios amoratados.

Aquello no me detuvo.

Seguí caminando hasta dejar la ciudad atrás, me interné en la periferia más industrial, la cual tampoco me ofreció refugio. Las luces que reflejaban la blanquecina nube de tormenta que envolvía a Chippewa Falls quedaron a mi espalda y atravesé un sendero secundario que no reconocí, pues una uniforme capa de nieve había igualado todos los caminos que no estaban señalizados.

El frío te masticaba los músculos y trituraba los huesos, así que al ver el puente abandonado no dudé en dirigirme hacia él. Casi todo el mundo en la ciudad lo llamaba «el puente de los yonquis» y los padres advertían a sus hijos que no se acercaran, pero yo no tenía ninguna persona que se hiciese cargo de mí. Alcé la barbilla y enderecé los hombros estirando la espalda para que nadie oliese el miedo que debería haber sentido si el frío y los temblores no lo estuviesen engullendo todo, incluidos mis sentidos y mi instinto de supervivencia.

Evité internarme demasiado. Tampoco es que ninguno de sus ocupantes me prestase especial atención. Tan solo un adicto que levantó la vista de la cuchara que calentaba con un mechero. Me dejé caer contra una parte solitaria del muro que olía a orín, pero hasta la que llegaba casi todo el calor que emanaba de la fogata de uno de los contenedores metalizados en los que habían prendido fuego. El tipo que disolvía su dosis en una cuchara me observó fijamente, sus pupilas se desplazaron hasta la marca del abrigo de Cameron y, al volver a impactar en las mías, mi inescrutable y amenazadora mueca debió de convencerle de que no era buena idea intentar robarme y volvió a lo suyo. Como digo, fue el único que

pareció darse cuenta de mi presencia, los demás ni me vieron. Me había vuelto tan invisible como ellos.

El tiempo pasó y el silencio poco a poco se apoderó del ambiente hasta que solo quedó el crepitar de las llamas y algún quejido ahogado, luego ya ni eso. Al principio permanecí en disimulada tensión, despierto, ovillado con las rodillas pegadas al pecho y calentándome las enrojecidas manos con un aliento que disminuía a cada soplido hasta que el vaho dejó de salir de mi boca. Fue entonces cuando las fuerzas me abandonaron y con ellas la capacidad de mover un solo músculo de mi entumecido cuerpo. Los párpados me pesaban y de repente la idea de dormir sonaba demasiado tentadora para rechazarla. Cerré los ojos y lo último que vi fueron las mantas que algunas de esas personas tenían mientras maldecía en silencio por haber sido tan estúpido de meter en la mochila vaqueros y ropa que no iba a utilizar en lugar de las prendas que podrían haberme salvado la vida.

Estaba convencido de que me moría.

Y no me importaba.

Lo prefería a la alternativa.

A ceder y ser cómplice del abandono de Molly.

Apreté la mandíbula todo lo que pude, que no fue mucho, y asentí conforme con la decisión que había tomado.

Las hogueras se apagaron en mitad de la noche, el frío que sobrevino fue voraz y mis dedos, paralizados en forma de garra, trataron de subir el cuello del abrigo, aunque ya estaba alzado al máximo. Fue en ese segundo cuando los dientes me castañearon, convulsioné y caí inconsciente. Hay una parte terrible y otra placentera en la muerte por congelación. Una vez superados el terror inicial de darte cuenta de lo que está sucediendo y el brutal dolor, comienza a invadirte una aparente calma. El cuerpo se relaja,

la respiración se torna lenta, tu pulso se debilita y sientes que por fin puedes descansar dentro de una nebulosa.

Es casi como dormirte. *Casi.*

Estoy convencido de que enfrenté mi muerte con un gesto de paz, pero no morí. Desperté horas más tarde en una cama, caliente, arropado y confundido. Tenía la vista distorsionada y nublada, me costaba enfocar y en mis oídos se colaba el sonido de un pitido que no reconocía. Intenté incorporarme y algo tiró de mí. El cable de una vía, al que le siguió una voz conocida.

—Procura no moverte, Dacre, la medicación te tiene un poco torpe —me dijo Cameron, el hombre de la casa de acogida, y antes de que pudiese plantearle alguna pregunta habló con alguien a quien no distinguí—. Avisa a la enfermera por favor. Se está despertando.

Mientras recuperaba la vista y distinguía las facciones preocupadas de Cameron, fui atando cabos. Mi padre de acogida tenía toda la pinta de haber pasado la noche en el sillón individual que asomaba detrás de él.

Me encontraba en la habitación de un hospital, y ni eso ni que Cameron me acompañase tenía sentido. La enfermera a la que habían ido a avisar entró, y esperé a que revisara mis constantes vitales y mi gotero y se fuera para hablar con él. En lugar de pedirle perdón por el susto o darle las gracias, solté:

—¿Cómo?

Cameron entendió a qué me refería.

—Las voluntarias de una ONG se han pasado por el puente para ofrecer plazas de emergencia en el albergue y te han encontrado. De no haber aparecido por allí habría ocurrido una desgracia. —Asentí y, pasando por alto lo afectado que estaba aquel hombre, continué interrogándole.

—¿Quién pagará esto? —Señalé el despliegue de medios—. Porque yo no he pedido que me trajerais aquí —articulé desagradecido.

Los hospitales para una persona sin seguro ni recursos eran un lujo que no me podía permitir. Cada centavo ahorrado por mi abuela era necesario para garantizar su bienestar en la residencia. La culpa comenzó a trepar por mi garganta y, de nuevo, intenté levantarme apretando los músculos. Aquel no era el final que perseguía al haberme marchado de la casa. Fastidiarla a ella.

—Tranquilo, los Stanley se harán cargo de todos los gastos, puedes relajarte.

Le examiné por si me estaba mintiendo y supe que decía la verdad del mismo modo que noté que las bolsas bajo sus ojos aquella mañana estaban demasiado oscuras para alguien para quien yo tan solo era una obligación laboral... Aquello no tenía lógica. Era innecesario que fingiera que yo le importaba; peor aún, ese tipo de engaño me cabreaba. Si yo le hubiera importado lo más mínimo me habría preguntado qué opinaba sobre largarme a demasiadas millas de distancia de la única persona de mi familia que me quedaba viva, a la que probablemente no volvería a ver porque era demasiado mayor. Cada tarde, cuando acudía a visitarla a la residencia, como sí podía hacer viviendo en Chippewa Falls, la encontraba más consumida. Quedaban pocos ratos en los que poder disfrutar con ella; no estaba dispuesto a perderme ni uno solo y me pedían que renunciara a todos. Que me tratasen como mercancía que se pudiera mover de un estado a otro era lo contrario a valorarme, y me enfurecía hasta el punto de no ver nada más, ni siquiera el modo en el que su voz tembló al inicio de su siguiente intervención, y eso que Cameron no se caracterizaba por mostrar en exceso sus sentimientos.

— ¿Por qué lo has hecho, Dacre? Podría haberte ocurrido algo muy...

—Quiero estar solo. Si los Stanley van a pagarme este resort con todo incluido me gustaría aprovecharlo. —Le interrumpí esbozando una falsa sonrisa repleta de sarcasmo y, por si acaso no le había quedado claro, giré la cabeza desviando la mirada hacia la ventana a través de la cual se apreciaba la ciudad cubierta por la bonita y letal nieve.

Cameron esperó un rato por si cambiaba de opinión. Pude ver en el reflejo del cristal cómo se marchaba derrotado. Él estaba en lo cierto. Podría haberme ocurrido algo. Algo muy malo. Entonces, ¿por qué de lo único que me arrepentía era de que me hubiesen pillado? El motivo era enrevesado y sencillo a la vez. Estaba claro que no quería alejarme de mi abuela. Pero también había más razones, argumentos que ni yo mismo era capaz de procesar. Estaba cansado. Toda la gente que me importaba había desaparecido y no podía soportar más pérdidas. Y aquello era lo que iba a suceder. Era imposible que los Stanley, una pareja joven, adinerada y, según decían, agradable, se hubiesen interesado en mí. Interesado de verdad. Había algo turbio en sus intenciones. Los ricos acogen bebés, no adolescentes. La razón me decía que yo era un capricho, un lavado de conciencia, una obra de caridad con la que mejorar su fama entre los vecinos. Un error del que tarde o temprano se cansarían y del que se desprenderían, y no estaba dispuesto a permitirlo. No me lo merecía. La soledad es destructiva, pero si tú mismo la eliges puedes sobrellevarla. Eso era lo que deseaba yo, tomar la decisión y estar bien, sobrevivir sin más fisuras por las que pudieran herirme, pero no me dejaban. Apreté los dientes y pensé durante horas en lo injusto que era todo.

Con catorce años nunca se me pasó por la cabeza ser actor. En cambio, en la habitación del hospital fantaseé con haber aprovechado, al borde de la muerte y bajo aquel puente, que mi torso estaba congelado para hundir el puño con violencia en mi pecho y arrancarme el molesto corazón que para mi propia desesperación no lograba dominar del todo, dejando en su lugar un boquete similar al que provocaría la explosión de una bomba dentro de la carne.

Entonces no sabía que existía una fórmula para mandar sobre tus sentimientos, no sabía que actuando domaría ese dolor. La interpretación te daba el poder de ahuecarte y, sin emociones ni moral, la existencia podía ser mucho más llevadera. Más divertida.

Con catorce años también fingí que estaba peor para que me diesen más medicinas y joder a los Stanley, que para eso pagaban. Siempre tuve un punto mezquino, o siempre estuve herido. No sé cuál de las dos afirmaciones es la cierta. Imagino que ambas.

3

Sadie

Tenía quince años cuando me apunté a la extraescolar de teatro en el instituto. No es que entonces soñase con ser actriz, es que dentro de la oferta de actividades había muchas que no eran para mí. Pasaba del deporte y no me consideraba especialmente entusiasta de la ciencia o de los elocuentes debates. Así, una vez eliminado también el coro, la banda de música y el competitivo equipo de ajedrez, me quedé con aquella clase que me intrigaba en secreto. Solo leer su nombre me provocaba un placentero pellizco por debajo del ombligo.

Teatro.

Teatro.

Teatro.

Recuerdo que la palabra se repetía en mi mente conforme formalizaba la solicitud. Con tan solo un clic una sonrisa se extendió por mi rostro. Me aceptarían, no existía ninguna prueba de admisión, y estaba ilusionada, aunque trataba de que no se me notase demasiado porque no creía tener mucho talento, y las ilusiones desbordadas eran para las personas que se podían plantear vivir de ello, que desde luego no era mi caso, ¿verdad? Supongo que admiraba a los artistas de un modo tan idealizado que me parecían inalcanzables, y también supongo que estaba aterrada de reconocer mis propios deseos, así que me convencí de que mi inscripción se

debía única y exclusivamente a que se trataba de una materia muy enriquecedora, entretenida y vistosa que podría incluir en mi currículo de cara a la universidad, nada que ver con el ligero aleteo en el estómago que no me había abandonado desde que había pulsado *enviar*.

Después de mandar el formulario cerré el portátil que descansaba encima de mis rodillas. Actuar no era solo interpretar, actuar era reflexionar sobre los comportamientos y las emociones propios del ser humano, cosa que de otro modo no haría. Sonreí al ser consciente de la complejidad que entrañaba. La voz de mi hermano me sacó del embrujo.

—¡Sadie, a cenar!

—¡Bajo!

Mamá estaba terminando de calentar la comida que nuestro cocinero había dejado preparada para la cena. En ocasiones le gustaba dar la noche libre al servicio y que estuviésemos solos los tres, como si ella no fuese una de las mujeres más poderosas de la industria y estar rodeados de gente no se tratase de nuestra rutina habitual. El aroma a menestra de verduras especiada me invadió, y la sonrisa que no se me había borrado desde que había abandonado mi habitación se hizo más amplia.

—A ti te ocurre algo... —murmuró Freddie al pasar por mi lado mientras colocaba la mesa. Me encogí de hombros haciéndome la misteriosa, saqué la botella de agua fría de la nevera, que era lo único que faltaba, y me dejé caer en la silla.

En aquel momento, nuestra madre colgó la llamada que la mantenía susurrante en un rincón de la cocina y se unió a nosotros, no sin antes detectar que la botella de vino no estaba y hacerse con ella. Freddie y yo nos miramos cómplices. La situación con el alcohol se había agravado y ahora había un factor nuevo: sus escapadas

nocturnas a pubs y bares. Al menos, como decía mi mellizo, volvía a casa en taxi. Me revolví incómoda cuando comenzó a servirse la copa y Freddie desvió la vista a sus manos, revisándose las uñas una a una y diciendo «Es imposible quitarse toda la suciedad» para que la atención recayera en otra cosa, en él. Había tenido el primer entrenamiento de fútbol americano de la temporada con el equipo en el que llevaba desde que yo podía recordar, y tal y como era costumbre el entrenador les había metido caña para que los indecisos se largasen.

—¿Has vuelto a apuntarte? —le preguntó nuestra madre, aunque era evidente que sí. Aquella noche estaba más ausente que de costumbre. Freddie imitó el gesto de mis hombros con una falsa expresión de humildad que sus palabras aniquilaron.

—No tenía opción. Sin mí estarían perdidos. —Negué con la cabeza y me colocó en el punto de mira—. ¿Qué hay de ti, pequeño búho? ¿Alguna extraescolar te ha llamado la atención o todas te producen pereza un *año más*? —matizó con ironía, y experimenté cierta satisfacción al sacarle de su error.

—Pues da la casualidad de que este año sí que me he inscrito en una.

—Vaya, vaya, no puedo con tanta intriga —proclamó sonriente, y mi mirada se desvió un poquito hacia mi madre para ver su reacción antes de regresar a él.

—Me he apuntado a teatro.

Si bien era cierto que no lo había hecho para complacerla, la verdad era que esperaba que se mostrase algo más entusiasmada. No que el rictus le cambiase a uno más severo, tenso y estirado, que perdiese algo de color y que, ante la atenta mirada de mi hermano, que era menos disimulado que yo y aguardaba a que la reina de las producciones se pronunciase, pasase por alto el tema y dijese:

—Esta noche te tocaba sacar la basura, ¿no, Sadie?

Vacilé como si su garganta se hubiese tragado la frase que venía antes que esa y yo le estuviese dando tiempo para regurgitarla. Sin embargo, aquello no sucedió y me vi obligada a responderle muy confusa.

—Eh, sí. Eso creo.

—Bien —asintió—, espero que no hayáis tirado nada de ropa. —Los dos negamos con la cabeza y ella asintió complacida—. Todavía hay gente que no sabe que se recicla.

Continuó hablando de reciclaje, y llegado cierto momento nos anunció que iba a salir. No tenía por qué darnos explicaciones, pero aun así lo hizo de forma escueta, lo que resultó más sospechoso que si se hubiera callado. Había quedado con un compositor. En adelante quería dar más importancia a la música en sus obras y... Podía ser verdad o una excusa para emborracharse. En otro momento habría intentado averiguarlo, pero estaba tan afectada que ni siquiera fui capaz de articular una palabra, así que Freddie lo hizo por los dos.

—Muy buena idea. La música en directo mola.

—Lo sé.

Charlamos... Mejor dicho, charlaron un poco más hasta que se marchó y después mi hermano y yo nos pusimos manos a la obra. Siempre solíamos repartirnos ciertas tareas de la casa, aunque al final terminábamos haciéndolas juntos. Por ejemplo, ese día a él le tocaba fregar y poner la mesa y a mí quitarla y sacar la basura, pero hicimos las cuatro cosas a cuatro manos.

Yo era consciente de que estaba rara desde la cena, y no solo por el modo en el que los ojos de mi hermano reparaban en los míos. También me había brotado una enredadera en el pecho que me lo oprimía. A diferencia de Freddie, a mí el exceso de atención me desbordaba. De recibir la misma que mi mellizo a todas horas en el

campo, los pasillos, vestuarios y el universo en general, haría años que habría colapsado.

Así que no se trataba de eso.

Ninguna parte de mí esperaba o deseaba que nuestra madre hubiese estallado de alegría. Protagonizar un numerito. Me habría conformado con algo más tibio. Un «Ya verás lo estimulante que es. Vas a aprender mucho, Sadie». Pero su frialdad y desinterés habían sido como un bloque de hormigón contra el que había chocado, y las contusiones dolían.

Terminamos de fregar y, con las manos aún húmedas, salimos. En casa reciclábamos y teníamos cierta tendencia a dejar las bolsas hasta que estaban a un paso de rebosar, de modo que compartir las tareas con Freddie evitó que tuviera que darme un par de viajes. Me encargué del papel y el plástico y él del resto de los residuos y el cristal, donde multitud de botellas chocaron contra el fondo del contenedor. Otro día aquel ruido me habría erizado el vello de la nuca, pero esa noche apenas le presté atención. Caminé arrastrando los pies bajo la suave temperatura de la noche californiana y mi hermano no me habló hasta que no hubimos acabado con la última bolsa de basura.

—Que no celebre cada decisión que tomamos tirando confeti no significa que no se alegre y esté orgullosa de nosotros, Sadie. Lo está, y en el momento en que se dé cuenta de lo que le has dicho tirará de agenda para fardar delante de todos sus contactos de que ha conseguido introducir a uno de sus dos hijos en la secta de las artes escénicas a la que ella entregó su alma hace ya muchos años. Te lo prometo. Confía en mí. —Me consoló, echó un brazo por encima de mis hombros para que volviésemos a casa y le creí... Con reservas.

Tenía la corazonada de que la reacción de mi madre escondía algo más y, en lugar de evaporarse, con el paso de los días la sospecha se fue afianzando a través de una serie de actitudes que ponían de manifiesto que entre nosotras existía un problema, una fricción. Aun así, valoré la posibilidad de que se tratase de imaginaciones mías. A fin de cuentas, Freddie no paraba de repetirme que me estaba volviendo paranoica con el tema, de modo que tomé la decisión de enfrentar directamente a mi madre.

Sucedió a las pocas semanas. Mamá cada vez pasaba menos tiempo fuera de Santa Bárbara. Decía que era para estar con nosotros, aunque resultaba casi imposible encontrarla por casa. Por ese motivo, cuando lo hacía, cuando estaba, Freddie y yo le contábamos nuestro día de manera atropellada con la intención de relatarle algo tan interesante que lográsemos retenerla y que no se marchase al lugar al que ambos sabíamos que iría en cuanto anunciase que salía a dar una vuelta, su solitario paseo nocturno.

Procuraba que el teatro no monopolizase mis respuestas a pesar de ser una parte de peso cuando ella preguntaba «¿Qué tal te ha ido hoy?», y yo había tenido la extraescolar. Pero, aun intentándolo, el tema de tanto en tanto se colaba en la conversación y era en esos instantes cuando el pálpito que habitaba en mi interior retumbaba con fuerza dentro de mi caja torácica. Nuestra madre no decía nada al respecto al mencionarlo. Nada de nada. Y era en el gesto hueco y vacío que se le dibujaba donde yo encontraba la confirmación a mi sospecha, pero necesitaba que ella lo verbalizase para no volverme loca y poderlo solucionar, así que aproveché un viaje de vuelta del instituto para aniquilar la incertidumbre.

Mamá vino a recogernos después de clase una tarde de octubre en la que el sol anaranjado bañaba la superficie del mar hasta

alcanzar la colina en la que se ubicaba nuestro instituto. Cuando llegó y subí en su descapotable verde oliva me preguntó por Freddie.

—Mañana tiene examen. Se ha quedado en la biblioteca a estudiar —mentí.

En realidad, se encontraba debajo de las gradas enrollándose con un chico del equipo de atletismo al que probablemente estaba absorbiendo la vida. Abroché el cinturón y me pareció que mamá apretaba los labios como si aquello la disgustase.

Descarté la idea que se me pasó por la cabeza en el acto. No podía incomodarla que las dos estuviésemos solas, más que nada porque no era la primera vez. Claro que, antes, el teatro no había irrumpido en mi vida. Aclarar lo que acontecía se convirtió entonces en una necesidad. Aguardé a que hubiésemos salido del aparcamiento y le pregunté:

—¿He hecho algo que te haya molestado?

No oculté mi preocupación cuando nuestros ojos se encontraron en el retrovisor y durante un instante me pareció que el gesto de mi madre cambiaba. Las comisuras de sus labios bajaron y manifestó cierta conmoción, puede que incluso una pizca de culpabilidad.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Desde que me apunté a teatro estás distante. —La perdí de nuevo.

Mamá no me contestó inmediatamente. En su lugar, condujo un rato callada y cuando estábamos alcanzando el desvío que había que tomar me propuso:

—Podemos ir a casa como estaba previsto o salirnos en State Street. The Granada Theatre va a traer un año más *El cascanueces* y me han chivado que esta tarde tienen ensayo; ¿te apetecería verlo?

Casi me desmayo de la impresión en el coche al oírlo. The Granada Theatre no solo era (y es) el teatro más impactante,

impresionante y todos los adjetivos de admiración del mundo que existe, también estaba el hecho de que *El cascanueces*, entre todos los ballets, era mi favorito. Me gustaba la historia y la melodía de un modo tan enfermizo que verla cada año se había convertido en una de nuestras tradiciones familiares navideñas. Incluso papá venía desde Connecticut, asistíamos todos juntos y después cenábamos en Blackbird, donde Freddie se pedía carne roja y criticaba mi ensalada de pollo con manzana. Una sonrisa se extendió por mi rostro y me sentí muy tonta por las dudas que había tenido.

—Me encantaría. Gracias, mamá —respondí.

Pienso en aquella tarde como una de las más ilusionantes de mi vida.

Le dijimos a Freddie si quería acompañarnos, pero declinó la invitación, de modo que aparcamos en el paseo marítimo, cogimos un helado para llevar y caminamos juntas hacia el teatro. El sol bañaba cada rincón de State Street y había personas en las terrazas tomando algo con sus *shorts* y camisetas de manga corta. Los más atrevidos, turistas y nuevos estudiantes que todavía se estaban familiarizando con la ciudad, incluso lucían bañadores o partes de arriba del biquini; todos ellos sonrientes, enmarcados en la atmósfera única que creaban las construcciones de fachadas blancas y tejados rojos que hacían referencia a las misiones españolas y por ello conservaban el estilo colonial original.

No sé si la alegría colectiva se me contagió o ya la traía conmigo, el caso fue que comencé a sentirme ligera al andar, a veces incluso como si levitase. Y cuando alcanzamos la fachada de temática andaluza y una mujer que resultó ser la directora salió a saludarnos y entramos, el corazón me trastabilló, derrapó haciendo ruedas y alcanzó una velocidad más propia de un avión frente a su despegue que de un coche.

Fui terriblemente feliz.

Así de simple.

Así de cruel.

Aún hoy no encuentro palabras que puedan definir el interior de aquel teatro, la belleza que se escondía entre tonalidades doradas, rojizas, grabados y butacas burdeos. El lugar era tan majestuoso que con tan solo mirarlo se te encogía el pecho. Entonces, cuando creía que nada podía superar la emoción que sentía, distinguí el escenario al fondo con los bailarines sentados formando un semicírculo. Estiré tanto los labios que las mejillas me dolieron. Mientras lo hacía, miré agradecida en dirección a mi madre por el regalo que me había hecho. Ella caminaba charlando con la directora y también me observó, pero no dijo nada.

No supe descifrar su gesto.

Debería haber prestado más atención.

Bajamos y me enseñaron la parte del teatro visible para el público y la que no lo era. Los camerinos, los decorados, el vestidor donde guardaban la ropa. Luego me dejaron hablar con las bailarinas y los bailarines un rato antes del ensayo. La mayoría de los intérpretes de *El cascanueces* eran sorprendentemente jóvenes y desprendían una pasión casi irracional. Su nivel de entrega era absoluto y, aunque mencionaron solo de pasada la inestabilidad laboral y las condiciones del trabajo (no podíamos obviar delante de quién estaban hablando, la directora y mamá), no creí que mintieran cuando me aseguraron que, a pesar de todas las dificultades, si volvieran al pasado elegirían lo mismo, porque estar sobre un escenario es un regalo del universo, algo que te atrapa y de lo que no puedes escapar.

Me resultaron inspiradores.

Un espejo en el que no me importaba reflejarme.

Y atesoré muchas reflexiones.

«Cuando estás actuando es como si estuvieras durmiendo, soñando, y da igual que suceda algo que te perturba, porque despiertas y se queda atrás. Nada puede hacerte daño en el escenario, Sadie. Todo es una ilusión. Sobre las tablas estás a salvo», fue la frase que me dijo una bailarina, de la que no recuerdo el nombre, durante esa conversación que me perforó cerebro y pecho para quedarse dentro de mí.

Les robamos tiempo, pero no se quejaron. Respondieron con amabilidad mis preguntas, saciaron mi desorbitada curiosidad, y cuando llegó la hora de irnos mamá me sorprendió al consultarme si quería que nos quedásemos a ver parte del ensayo desde el patio de butacas. «Solo un rato —puntualizó—, no necesitaremos más», y nos despedimos para no interrumpir más tarde.

Por supuesto, accedí. Tomamos asiento más o menos a la mitad de la platea y me incliné hacia delante para poder escuchar las directrices que la directora les daba marcando acción y ritmo. La tarde parecía mejorar por momentos y con ella mi entusiasmo. Mi ingenuidad. Tanto es así que concluí que estaba equivocada. Entre nosotras no existía ninguna fricción. Qué idiota había sido. Me volví con una sonrisa hacia mi madre para señalarle el modo en el que una de las bailarinas volaba sobre las puntas de los pies y me encontré con que ella también tenía los ojos puestos en los míos.

—Te gusta lo que ves, ¿eh? —me preguntó.

Ignoré la tensión que se instalaba en mis nervios por lo confuso de su tono frío, casi diría que autoritario y propio de la productora y no de mi madre, y le respondí. ¿Cómo no podía gustarme? Estar sobre un escenario, interpretar, era mágico. Lo que escondía el Everest en su cima. Amplié la sonrisa y asentí con energía.

—Eres muy afortunada por trabajar en esto, mamá.

—Lo soy —confirmó; se mantuvo un par de segundos callada y añadió—: Por eso conozco cómo funciona. —Desvió la vista al frente, donde la pareja protagonista escuchaba el marcaje de la directora, y me pidió—: Míralas bien, Sadie. A todas ellas. Una por una. ¿Lo has hecho ya?

—Sí —dije vacilante.

—Bien, ahora dime. ¿A cuántas recuerdas? ¿A cuántas de ellas reconocerías por la calle si no hubiéramos tenido una conversación previa? —Dudé, porque no comprendía qué intentaba decirme, y mi madre contestó por mí—: A ninguna. No has tenido tiempo suficiente de quedarte con su cara. Solo un parpadeo. —Ladeó el cuerpo en mi dirección y me explicó—: Ese es el estrecho margen de tiempo del que disponen para impresionar a alguien y labrarse una carrera memorable. Un breve parpadeo. Uno en el que, además, el director, productor de turno o agente no esté distraído. Sus posibilidades de lograrlo, en consecuencia, son escasas. Pero seamos optimistas, pongámonos en el mejor escenario. Alguien las ve, apuesta por ellas, gustan. Protagonizan un ballet, una película puntera para ampliar sus opciones. ¿Qué pasa después? —Yo seguía confusa y, de nuevo, mi madre me ayudó—. Pues que todas ellas crecerán. Se harán mayores. A los treinta alcanzarán su máximo esplendor, y estoy siendo demasiado benevolente. Esta industria es más amable con los hombres. Ellos pueden seguir siendo galanes a los cincuenta y con compañeras de reparto de veinte. Todavía tienen papeles apasionantes. Ellas... Se ven abocadas a la madre, la detective y la abogada, que no son personajes que abunden y para los cuales hay mucha oferta de actrices. ¿Sabes lo que sucede entonces? Que la mayoría se queda por el camino. Pierde. Y se frustran, se desesperan y claman al cielo por las injusticias... Desde la barra del bar de Los Ángeles en la que sirven copas. Con treinta

años se sienten acabadas teniendo toda una vida por delante. California está repleta de ejemplos similares. Lo contrario son excepciones tan puntuales y únicas que ni siquiera aparecen en las estadísticas. —Me dedicó una significativa mirada y reí, aunque lo hice flojo y medio temblorosa.

—Cualquiera diría que estás intentando quitarme las ganas de dedicarme profesionalmente a esto, mamá —bromeé, porque a) no se me había pasado por la cabeza hacerlo, y b) si fuera así mi madre no emplearía un discurso tan duro y desmoralizante conmigo. Es más, me apoyaría, ¿no?

Algo dentro de mí se quebró cuando me dedicó una mirada impasible.

—Intento quitarte las ganas de que te dediques profesionalmente a esto, y no solo por las pocas posibilidades de triunfar, Sadie.

—¿Por qué más?

—Porque no lo tienes.

—¿El qué?

—El brillo que las personas como yo apreciamos en las futuras estrellas. No eres un diamante. Eres... Una roca. Y nadie quiere una piedra deslucida en su elenco.

Fue como si me sacase el corazón y lo apretase en la palma de su mano. Noté la perforación, el hueco vacío y la manera en la que me desangraba. Recuerdo que lo sentí tan doloroso que me creí morir. Mamá no debería hablarle a nadie así, pero mucho menos a mí. Era su hija, joder. Y me había disparado. Lo que más me dolió fue ver que mi reacción no le afectaba. Delante tenía a Claire Dawson, no a mi madre, y la productora que me había dicho que no valía siempre llevaba razón. El brillo de una ilusión que no sabía que tenía se apagó hasta convertirse en una luciérnaga con interferencias.

—Más tarde, cuando rememores esta conversación, pensarás que he sido cruel, pero lo cruel sería alimentar tus fantasías y permitir que malgastes tu vida persiguiendo un sueño para el que no tienes opciones —concluyó; aguardó a que asintiese con los labios apretados y las lágrimas acumulándose detrás de mis ojos y dio por terminada la visita.

Creo que fue la primera vez que odié a mi madre.

No le conté nada a Freddie esa noche cuando regresó a casa y al día siguiente, desmoralizada, fui directa a borrarme de las clases de teatro. Su discurso me había calado hondo. Pero no logré hacerlo. Levanté la mano dispuesta a llamar a la puerta y pedir que me cambiasen de extraescolar y no llegué a golpearla. Se quedó ahí. En el aire. Estática. Como mi relación con Claire. De esta manera, vencieron las ganas, la rabia y el ser incapaz de renunciar a lo que ya era. A lo que quería. Aunque no valiese. Aunque jamás llegara a ser buena. Así, cada martes y jueves durante el resto del año me subí al escenario dejándome las tripas porque creía que se acababa, que era el final, y me enamoré de la interpretación irremediablemente asumiendo que se trataba de un amor no correspondido.

Nunca sospeché la sorpresa que me tenía deparada el futuro.

Actué sin pretensiones hasta que estuve hecha de los pedacitos de la profesión destinada a instaurar un muro de hormigón entre mi madre y yo, y durante mucho tiempo le guardé el secreto de lo dura e inhumana que podía ser con sus palabras.

4

Dacre

Aterricé en Nueva Orleans, Luisiana, un lunes por la noche. Lo hice acompañado del trabajador social que no me quitó un ojo de encima y con el que apenas intercambié una palabra durante todo el trayecto. Recuerdo que las luces de la ciudad conocida por los festivales, el jazz y su cocina única brillaban mientras descendíamos y que esa fue la última vez que me permití echar de menos Chippewa Falls.

Recogimos las maletas y salimos. Al otro lado de la puerta de llegada nos esperaban Juliette e Ian Stanley. Los reconocí de inmediato. La mirada severa de él y el entusiasmo mal disimulado de ella los hacían destacar entre la multitud que aguardaba en el aeropuerto. Además, ellos habían visto una foto mía y tenían los ojos clavados en mí. No tardé en adivinar que Ian, el hombre ceñudo de expresión desconfiada con el pelo castaño, los ojos marrones y la piel curtida gracias a las excavaciones en las que había participado antes de establecerse como profesor en la universidad, no diría mucho y se dedicaría a observarme. Así fue. Mientras que Juliette, a la que solo se podía calificar como la amabilidad en persona, actuaría como si nada hubiese ocurrido con el fin de no incomodarme y que mis primeras horas, días, con ellos resultasen fáciles. La elegante rubia tenía el pelo sedoso y suave de una princesa Disney, si en alguna película hubiesen alcanzado la

madurez. Trabajaba en el departamento financiero de la empresa de alta costura del diseñador Roberto Stanley, su padre, del que Ian había adoptado el apellido y gracias a quien ambos mantenían un estilo de vida muy alto. Eran unos putos ricos, detalle que afianzaba mi teoría de que se terminarían arrepintiendo de una decisión visceral no meditada.

Juliette fue la primera en saludarme. Pronunció un nervioso «Hola» que le dibujó una sonrisa en la cara. La siguió Ian, que la imitó con expresión perspicaz mientras enlazaba los dedos de su mujer con los suyos para tranquilizarla. Hice lo propio materializando la misma palabra, y conforme comenzaban a hablar con mi acompañante, dejé de prestarles atención. No sabría decir cuánto tiempo estuvimos en el aeropuerto, pero sí que cuando salí solo me acompañaban ellos, ya que el trabajador social se había quedado en la terminal para tomar un vuelo de regreso.

—¿Nos vamos? —preguntó Juliette mientras le perdíamos de vista; mi gesto al desviar la mirada debió de revelarle que no era buena idea que me acariciase el brazo con la mano que había levantado en mi dirección, así que la bajó.

—Vale —dije alerta, observando todo lo que me rodeaba como un animal acorralado que para sobrevivir busca los recovecos de su jaula, pero aparenta una calma absoluta.

Su Toyota Avalon gris metalizado nos aguardaba en el aparcamiento. Guardé mis maletas y me senté detrás del asiento del copiloto, que ocupaba Ian. Juliette iba al volante. Agradecí que no me forzasen a hablar durante el viaje porque lo que menos me apetecía en esos momentos era protagonizar una estampa de felicidad falsa. Estaba cansado física y mentalmente, y un poco derrotado por haber terminado allí.

La casa en la que vivían los Stanley se hallaba a las afueras, en un acomodado y acogedor barrio residencial. El césped de la entrada estaba tan impecable y cuidado como el de las casas vecinas, y cuando bajé del coche pude apreciar la magnitud de la fachada y las pinceladas de las ramas de los árboles del jardín trasero que asomaban detrás del edificio. Aquel era el tipo de vivienda con la que jamás habría soñado en Chippewa Falls, pero en lugar de activar de un chispazo mi ilusión y prenderla incrementó el rechazo que sentía hacia ellos. Rechazo que conseguí disimular gracias a mi fiel aliada: la indiferencia. Siempre tuve un control absoluto sobre mis facciones, para que revelasen lo menos posible de mis verdaderos sentimientos. Además, como última opción podía sonreír. Las sonrisas son las grandes aliadas de los mentirosos.

—Espero que tengas hambre —dijo Juliette ayudándome a sacar las maletas—. Como no sabíamos qué te podía apetecer hemos comprado un poco de todo. Casi diría que hemos atracado el súper y ahora disponemos de su amplia variedad —bromeó. Intentaba ser simpática, pero a mí no me nació responderle de la misma manera.

—He picado algo en el avión. No tengo apetito.

Seguía tenso y, para que ella no se diese cuenta y no tratase de consolarme, fingí una media sonrisa amistosa que la calmó.

—Ah, vaya. —Se desanimó un poco, pero enseguida se repuso—. Lo dejamos para mañana.

Ian y ella me enseñaron la casa, dejando estratégicamente mi habitación para el final. Recuerdo que al entrar me invadió el olor a limpio y que mirara donde mirase todo parecía nuevo, la inmaculada imagen de un cuarto sacado de una revista y decorado por un profesional.

—¿Te gusta? —me preguntó nerviosa la mujer, y mis ojos verdes continuaron barriendo la estancia minuciosamente.

Había una cama gigante, un escritorio, una silla de *gamer*, un sillón, un puf, un armario enorme y media Apple Store: último modelo de Mac, iPad, cascos, *todo*. Una pantalla plana de cine que colgaba suspendida en el aire.

Imagino que esperaban que reaccionase con una febril emoción, pero lo que sentí fue que me estaban comprando. Delante de mí se encontraba mi precio. Odié que creyeran que estaba en venta, pero volví a camuflar la ira apretando disimuladamente el puño en lugar de la mandíbula.

—No está mal, aunque falta una palomitera para cuando vea una película —concedí con una sonrisa impostada.

Avancé un paso adentrándome en la habitación y la pulcritud comenzó a asfixiarme, aunque de nuevo no se me notó. Sabía mantener alzada la fachada. A fin de cuentas, había pasado meses encubriendo una puta demencia senil.

—Te hemos apuntado al instituto —anunció Juliette, que se había quedado detrás con Ian—, pero mañana no es necesario que vayas. Seguro que desde la dirección lo entenderán y...

—Quiero ir —la interrumpí, y aquello pareció confundirla. ¿Qué iba a hacer allí un día (o días) entero encerrado con ellos? Prefería salir y, ya que había rechazado la idea de volver a escaparme, el nuevo instituto sonaba igual de bien que cualquier otro destino. Todo me daba lo mismo.

—Eh, okey —pronunció aún desubicada—. Me he cogido unos días libres en el trabajo. Puedo acercarte. Si quieres, claro.

—Vale, gracias.

Entendió que era mi última palabra y antes de irse me informó de algo más.

—Te compramos un par de uniformes de dos tallas distintas. Los tienes en el armario. El resto está vacío para que lo llenes con tus

cosas, y si te apetece ir de compras... ¡Solo tienes que decirlo! El tiempo aquí es algo distinto al de Wisconsin e Ian adora ir de tiendas.

Ladeé el rostro y contemplé al mencionado por encima del hombro. Dudaba y mucho de que Ian Stanley adorase ir de tiendas. En mi rostro empezó a esbozarse una perversa sonrisa entretenida por su reprimida mueca de horror y solo por molestarle estuve tentado de aceptar la oferta, la más estimulante que había recibido desde que había llegado, pero finalmente me di cuenta de que ni eso merecía la pena. Me contuve, asentí con lentitud y me dejaron solo.

No recuerdo cuánto tiempo estuve quieto en mitad de la estancia, sí que llegado un momento fui consciente de que debía abandonar la parálisis y obligué a los músculos de mi cuerpo a ponerse a trabajar. Me agaché y abrí una de las maletas que componían mi escaso equipaje. Era vieja, con el falso cuero marrón ennegrecido y desprendido en algunas partes. Había pertenecido a mi abuelo y desentonaba con el resto de los enseres de aquella habitación de diseño. Cogí unos vaqueros y una de mis múltiples camisetas negras y fui a colgarlos.

El armario estaba empotrado para no restarle espacio a la estancia. Tenía las puertas correderas y un espejo en su interior. Coloqué mi ropa en una de las tantas perchas vacías y me topé con los uniformes a los que había hecho referencia Juliette. Bastaba un simple vistazo para adivinar que eran de tela de calidad y que su tacto recién planchado era suave, digno de pertenecer a una institución elitista. En cuanto al atuendo, estaba compuesto por camisa blanca, un pantalón de traje gris, igual que la chaqueta a juego, aunque esta tenía una franja burdeos en los bordes, de idéntica tonalidad que la corbata fina y los zapatos. Acerté con la

primera de las tallas que cogí para probármelo. El uniforme me quedaba perfecto, como si un diseñador lo hubiese cosido directamente sobre mi cuerpo y estuviese destinado a llevarlo. Un escalofrío abrasador ante el que me mantuve impávido recorrió toda mi anatomía mientras observaba mi reflejo. Aquello, el escenario que me rodeaba, era todo lo que un chico de mi edad podía desear, pero en mi caso claudicar y disfrutarlo suponía esculpir la palabra *traidor* en mi frente. Y podía traicionar a mucha gente, a casi todo el mundo si me lo proponía, menos a ella. A mi abuela.

Seguí contemplándome y decidí ser más inteligente que en la ocasión en la que la víscera me había dominado y casi me mató. Actuar con las tripas, como aquella vez me pidió la sangre, solo me había servido para sufrir una hipotermia, pasar unos días en el hospital y terminar igualmente en Nueva Orleans unas semanas después. Mi aventura no había cambiado nada. No obstante, si era capaz de apartar los prejuicios, si podía olvidar que los Stanley en algún momento se arrepentirían de su decisión y se desharían de mí... Entonces sería capaz de ver mis posibilidades. Aquello no era solo un simple uniforme. Aquello era mi llave de acceso a una institución pija y exclusiva a la que de otro modo no tendría forma de asistir. Si jugaba bien mis cartas podría obtener contactos que me facilitarían la vida en un futuro, cuando mi supervivencia dependiese solo de mí.

«Puedo y debo encajar», pensé, y me observé con renovado interés.

¿Significaba eso que iba a olvidar que los Stanley me habían arrancado sin mi consentimiento de todo cuanto conocía? No, del mismo modo que no podía bajar la guardia y debía tener siempre presente que algún día el matrimonio se daría cuenta de su error al

elegirme antes que a un bebé o un niño, de manera que estaría preparado cuando quisiesen deshacerse de mí.

Miré mi reflejo un rato más con determinación, terminé de sacar mis cosas y me dormí. Al día siguiente durante la ducha estrené mi propio baño, que era el que se encontraba pegado a mi habitación, desayuné con una habladora Juliette y un silencioso Ian y, uniformado, me subí con la mujer al Toyota para que me llevara a mi nuevo instituto.

—Hemos encargado los libros. Deberían llegar esta misma semana. En cuanto a la mochila y otros accesorios, bueno, ya lo verás, pero todo en el Saint Claude va a juego. Son un pelín corporativos —me explicó divertida.

Habíamos dejado nuestro barrio y nos estábamos adentrando en uno en el que las mansiones, a simple vista más lujosas que los hogares de nuestra zona, parecían antiguos caserones de plantaciones sureñas.

—¿Estudiaste allí? —le pregunté cuando también dejamos ese barrio atrás, mientras transitábamos un camino rodeado de vegetación, y Juliette abrió la ventana de su lado para sujetar el volante con una mano y sacar la otra con la intención de dibujar ondas mientras el aire le agitaba el pelo.

—Sí, mis padres me apuntaron cuando nos mudamos desde Filadelfia. Al principio me resultó tan pijo que quise escapar, casi me planteé dejar de estudiar, aunque estoy convencida de que no me lo habrían permitido —rio—, pero luego me di cuenta de que no estaba tan mal. A veces las cosas nuevas solo necesitan una oportunidad. —Comprendí el paralelismo que intentaba hacer y evité contestar.

Cuando alcanzamos nuestro destino me asombró descubrir el tamaño del Saint Claude. Era como si a una de esas plantaciones sureñas, de pasado esclavista, la hubieran rodeado por una muralla

y provisto de las mejores y más modernas instalaciones académicas y deportivas. Ni siquiera era necesario salir del coche para respirar el aroma a dinero que circulaba por allí. El lugar estaba poblado por adolescentes millonarios que algún día dominarían el mundo. Miré a Juliette y, al darme cuenta de que no tenía nada que decirle, tiré de la manilla para abrir la puerta.

Me disponía a abandonar el vehículo cuando ella me detuvo.

—Todo va a ir bien, Dacre, pero si no es así no te preocupes. En ocasiones hay cosas que tardan en encajar. —De nuevo aprecié el símil que intentaba trazar entre nosotros y asentí al tiempo que un grupo de estudiantes pasaba por nuestro lado y reparaba en mí sin ocultar la agradable sorpresa que les producía—. Por lo que veo has llamado la atención... —Como llevaba haciendo toda la mañana, Juliette sonrió justo antes de cambiar de tema, ponerse algo más seria y decirme—: Jamás voy a pedirte ninguna explicación de por qué hiciste lo que hiciste, Dacre, pero sí que me gustaría que nos des la oportunidad de demostrarte cómo somos para que algún día seas tú el que quieras quedarte. No es necesario que respondas.

Como no me pidió una respuesta, no se la di.

—Adiós, Juliette, gracias por traerme.

Salí del coche sorprendido por mi propia actitud apaciguada al despedirme. Imagino que parte de su comportamiento respetuoso se me había filtrado, aunque no tardaría en sacármelo de encima. Levanté la vista hacia la fachada de mi nuevo instituto y me interné en el Saint Claude como un estudiante más. Sin ningún miedo o sentimiento de inferioridad. Así, mientras caminaba por primera vez por sus pasillos e instalaciones rumbo a secretaría para que me entregasen mi horario, continuaba resentido por la manera en la que los Stanley me habían arrancado de Chippewa Falls, pero también les agradecía que me hubiesen vestido, dado de comer, apuntado a

ese lugar que pensaba aprovechar y que Juliette no me hubiese avasallado, sobre todo esto último. De haberlo hecho, yo habría puesto dos palmos de distancia entre nosotros, pero como no lo hizo permití que se acercara, olvidando que es en las distancias cortas donde eres más vulnerable a los puñales.

Llegué a secretaría y, tras presentarme, el trabajador cogió el móvil para llamar al estudiante que me acompañaría a mi primera clase. Reparé en las fotos de las grandes personalidades que habían pasado por allí al tiempo que esperaba, y fue entonces cuando el plan que había tejido mientras me probaba el uniforme se afianzó en mi cabeza. Exprimiría cada segundo que pasase en la institución y eso me abriría todas las puertas. Nunca pensé que durante mi estancia allí me relajaría, descuidando una de las ventanas de acceso a mi interior, y alguien se colaría destrozándome desde dentro. Nunca pensé que esa vida en apariencia sencilla escondía peligros que guiarían mi camino y me empujarían a formar parte del elenco de *Los nueve círculos*.

Aquel día solo pensé que el *show* debía comenzar.

Siempre fui actor, con *Averno* solo conseguí trabajo.

5

Sadie

A pesar de haber nacido con una diferencia horaria de treinta segundos, Freddie y yo no podíamos ser más opuestos. Mientras que en el instituto él era la ovacionada estrella del equipo de fútbol, su flamante *quarterback*, a mí se me consideraba un ratón de biblioteca. Me gustaba leer, aprender cosas nuevas, visitar las misiones españolas y los museos. Y también me gustaba salir con mis amigas al centro comercial de estilo colonial, ir a la playa y mirar de reojo a Louis, el chico de intercambio francés que tenía un parecido demasiado evidente con Timothée Chalamet. Fue en una de esas tardes de arena, mar y sol cuando se produjo otro pequeño cambio, una de las minúsculas perturbaciones que precedieron a mi gran huracán interior.

Recuerdo que era viernes, los últimos rayos del día acariciaban mis pálidos hombros, que habían cogido algo de color en verano, y las olas del océano Pacífico respetaban tanto a los que querían darse un baño suave como a los que se internaban un poco más adentro para surfear. Casi todo el instituto había acudido aquella tarde a la playa, incluida yo, que descansaba sentada sobre mi toalla azul celeste con un colorido bañador de rayas verticales. El sol se escondía en el horizonte pincelando el cielo de tonalidades naranjas. Estábamos de fiesta. Alguien, probablemente un amigo de mi hermano o él mismo, había traído altavoces inalámbricos para que

escuchásemos música, y otra persona una nevera con latas de cerveza y refrescos. No se necesitaba más.

Ojeé a mis amigas jugando al voleibol y a Freddie haciendo el pino para beberse una cerveza boca abajo y regresé a lo mío, a los folios encuadernados que me esperaban sobre la tela. Había vuelto a apuntarme a teatro un trimestre más. Me gustaría decir que con el paso del tiempo el comentario de mi madre había dejado de afectarme y se había borrado, pero sería mentira, lo que sucedía era que sus palabras habían enraizado en mi interior y había aprendido a convivir con ellas. Lo bueno de las raíces era que no se veían; lo malo, que afectaban a cómo crecía el árbol.

«Eres una roca, y nadie quiere una piedra deslucida en su elenco»; aparté su siseante voz de mi cerebro y volví a lo mío.

Destapé con la boca el subrayador dorado para destacar las líneas de Anita, la mujer de *101 dálmatas*, sobre el manuscrito que había fotocopiado para trabajar en él. La profesora había anunciado que la película de Disney versionada sería la obra de teatro que interpretaríamos al finalizar las clases. La semana siguiente eran las audiciones y me estaba preparando el papel.

Entre los deberes, los exámenes y la fiesta de mamá de esa semana casi no había tenido tiempo de echarle un ojo. Una sensación amarga brotó de la boca de mi estómago y ascendió por mi cuerpo. La calidad de las veladas que organizaba mi madre estaba disminuyendo, ya no había arte, y no solo eso, la mayoría de sus inspiradores invitados habían pasado a ser personas ruidosas y maleducadas, como el tambaleante borracho que subió a la planta de arriba y al que Freddie tuvo que echar, o los despojos humanos que quedaban al día siguiente tirados de cualquier forma por todas partes. Invitados malolientes, sucios y muy resacosos.

Expulsé su imagen de mi mente y me concentré en lo que tenía delante al tiempo que mi hermano me divisaba, detenía sus acrobacias alcohólicas y venía a molestarme.

—¿Qué haces, empollona?

Se dejó caer a mi lado. Todavía tenía el pelo negro mojado por el baño fugaz que se había dado para refrescarse y las gotas se le desprendían de las puntas resbalándole por los hombros y el pecho. Alcé la vista y me di cuenta de que eran muchos los candidatos a terminar la tarde con él, pero Freddie no parecía impresionado por su flamante éxito. En realidad, aquella era la tónica habitual en su vida. Lo raro habría sido que media playa no se lo quisiese tirar. Volví a contemplarle y sonreí.

—Decirle a una persona que tiene inquietudes por aprender no es un insulto.

—Lo sé, por eso te lo llamo, como halago. ¿Qué haces? —me preguntó a la vez que me cogía el guion de teatro.

—Eso, quítamelo sin pedir permiso —dije, pero él no contestó. En su lugar abrió el manuscrito y vio la primera página, donde figuraba el título de la función. Luego me observó con los ojos entornados.

—¿Me estás diciendo que lo que te tiene apartada de la fiesta es la lectura de una versión pirata fotocopiada del clásico infantil de hace tropecientos años? Eres rara de pelotas, Sadie. A veces dudo de que compartamos genes.

Aproveché su confusión para recuperar mi texto y me tomé la molestia de darle una explicación mientras dejaba *101 dálmatas* al otro lado de mi cuerpo sobre la toalla.

—Es la obra que se va a representar este año en el instituto. Voy a presentarme a la audición y me disponía a subrayar las líneas de mi personaje antes de que te tomases la molestia de interrumpirme —

bromeé, y él ignoró la parte que no le interesaba para emitir un silbido.

—Guau. Vas a hacer de Cruella de Vil. Siempre he pensado que tiene *rollazo*.

Le saqué de su error negando con la cabeza.

—No. En el hipotético caso de que todo vaya bien y me seleccionen seré Anita.

—¿Anita? —Frunció el ceño—. No me suena. ¿Es una de las perras?

—Es la dueña a la que se los roban.

Freddie me contempló unos segundos sin parpadear y finalmente soltó:

—Estás de coña.

—¿Por qué iba a estarlo? —Anita era un papel muy digno que se ajustaba a mis posibilidades, aunque mi hermano no pensase lo mismo.

—Es la secundaria de las secundarias. Su relevancia en la trama es nula. Joder, ni siquiera recuerdo su cara, Sadie, y tengo muy buena memoria.

No me tomé a mal su reticencia. Él era competitivo y yo realista. En fin. Me disponía a cambiar de tema porque no íbamos a llegar a un punto común, pero entonces pronunció la frase que me alteró la sangre.

—¿Es por lo que te dijo mamá? —A pesar de no habérselo contado en un primer momento, a mi regreso de The Granada Theatre finalmente le hablé de nuestra conversación en el patio de butacas. «Eres una roca, y nadie quiere una piedra deslucida en su elenco», se repitió en mi interior, y camuflé el escalofrío que aquel recuerdo me producía, aunque no pude evitar que se me pusiese la piel de gallina. En esos instantes me arrepentí un poco de haberme

desahogado con él. La tensión inundó mi cuerpo con un murmullo eléctrico, y probé a deshacerme de su cosquilleo esbozando la expresión facial prefabricada de falsa tranquilidad que había aprendido en las clases de interpretación y que me venía de lujo en ese contexto. Puede que no me sirviesen para convertirme en la siguiente Florence Pugh, pero esas muecas me valían en mi día a día. Aclaré la garganta e iba a hablar cuando mi hermano se me adelantó—. No lo hagas, Sadie. No utilices tus trucos artísticos conmigo.

Sus palabras me desarmaron, los hombros se me cayeron y fui un poco sincera, aunque no del todo. La mella que había hecho mi madre en mí era más profunda que la pequeña perturbación que le estaba mostrando a mi hermano.

—¿Qué quieres que te diga, Freds?

No era necesario que verbalizase la verdad para que él la supiera. Flexionó las piernas y echó la vista al frente. Luego se mostró pensativo y por un momento tuve miedo de que sacase el tema del alcoholismo de mamá. Ya de por sí no era algo de lo que me gustase hablar, pero me apetecía todavía menos en una fiesta rodeada de nuestros compañeros. No quería que ellos se enterasen, la mujer que nos había traído al mundo no se merecía tantos miramientos, pero quería protegerla. Doblé las piernas como segundos antes había hecho él, y mientras pegaba las rodillas a mi pecho le escuché decir:

—Quiero que te presentes para Cruella de Vil. —Lo pronunció con firmeza y a mí se me escapó una carcajada de puro nerviosismo ante su intensidad. Freddie no podía ir en serio, aunque por alguna extraña razón su rostro no reflejaba que se tratase de una broma. Ladeé la cabeza con los ojos clavados en los suyos, tratando de descifrar sus intenciones. ¿Qué ganaba él? Mi hermano añadió—: No

te he dicho que lo consigas, te he dicho que lo intentes. Los conceptos son muy distintos.

—¿Por qué? —Si ya sabía que el papel no iba a ser mío, para qué perder el tiempo.

Freddie adivinó lo que estaba pensando y chasqueó la lengua. Por su gesto creí que iba a regañarme, de hecho, estoy segura de que esa opción le pasó por la cabeza, pero sus ojos se perdieron por mi rostro y la expresión le cambió a una en la que la ternura, el enfado y las ganas de cuidarme se mezclaron.

—No puedo borrar el comentario de mierda que te hizo Claire, ¿sabes? —Recordé que solo la llamaba por su nombre cuando estaba cabreado con ella—. Pero sí puedo chantajearte para que te des el puto voto de confianza que te mereces de una maldita vez. —Sonrió, y el tono de su voz cambió hacia uno más firme y sincero—. Eres la persona que más trabaja y se esfuerza de todas las que conozco, lo que tampoco dice mucho de ti porque la mayoría de mis amigos son unos cretinos y unos vagos. Pero yo... Te admiro. Y necesito que de algún modo recuerdes e interiorices que mereces desear cosas, da igual si luego las consigues o no, lo importante es que sepas que tienes derecho a soñar, incluso con una profesión. Lo peor que hizo mamá no fue ser cruel contigo, fue quitarte la capacidad de ilusionarte con la incertidumbre, y es lo que me gustaría devolverte.

—Chantajeándome.

—Al precio que sea —pronunció con intensidad, y tragué saliva.

Freddie nunca se había caracterizado por ser de halago fácil o de frases bonitas de libro de autoayuda, no lo decía porque sí, y en el fondo tenía razón. Al pedir un deseo a una estrella fugaz no solo disfrutabas cuando se cumplía, sino también al formularlo. Le

contemplé con renovado interés, el corazón martilleando, y un poco de recelo.

—¿Cómo planeas hacerlo?

—¿El qué?

—Extorsionarme para convencerme, me pica la curiosidad.

—Oh, eso es sencillo. Si no me levanto de esta toalla habiéndome salido con la mía voy a ir directo hasta Louis para exigirle que ocupe mi lugar y hable contigo. Vuestra adorable e incomprensible castidad comienza a ser un poco desquiciante. —Me dio flojo con el hombro y las mejillas me ardieron.

La idea de acabar la tarde con mi boca sobre la del chico francés despertaba un cosquilleo en la parte baja de mi vientre. Sin embargo, a esa imagen le sobrevenía otra. La de nuestra madre cuando la pillé enrollándose con uno de mis profesores casados durante la subasta benéfica del instituto. Recuerdo su indiferente «¿Qué?», al tiempo que mi profesor se marchaba a toda prisa del aula vacía, y me di cuenta de que desde entonces había perdido cierto interés en las relaciones románticas. Observé a Freddie, que desconocía lo sucedido, y actué como si yo tampoco lo hubiese presenciado, tragándome otro de los indigestos secretos de mamá.

—Tu amenaza es un poco ruin, ¿sabes? Hace tiempo que dejó de estar de moda utilizar a las personas para conseguir un beneficio.

—Llevas razón —admitió—, así que lo diré de otro modo. No tiraste la toalla cuando la puñetera Claire Dawson te hundió.

—Me *advirtió*.

—Utiliza el eufemismo que te plazca. El caso es que no lo hiciste. Y tu desobediencia significa algo.

—¿Que peleo batallas perdidas? —tanteé, y él negó.

—Que eres cabezota, perseverante y tienes bastante más personalidad y criterio de lo que piensas. Confía en tu intuición y en

lo que te ha hecho seguir. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Que finalmente tengas que interpretar a la intrascendente y soporífera Anika?

—Anita...

—Como se llame. —Hizo una pausa y añadió—: Si ese es el riesgo, merece la pena correrlo. Yo voy a estar orgulloso de ti sea cual sea el resultado.

Bajó el volumen de su voz para que la última frase fuera más íntima, más nuestra. Apoyé la cabeza en su hombro y nuestras manos se enlazaron sobre la toalla transmitiéndome una agradable sensación que me calentó por dentro.

—Gracias por intimidarme, Freddie.

—Jamás dejaré que te menosprecies.

Estuvimos en la playa hasta que anocheció. Encendieron una hoguera, relegué el guion a un segundo plano y asé malvaviscos pinchados en un palo con mis amigas sin poder quitarle la vista de encima a Louis, aunque finalmente me marché sin decirle nada. Una vez en casa lo suyo habría sido darme una ducha con la que quitarme la sal y el sudor que se habían pegado a mi piel y meterme en la cama a dormir, pero no me pude reprimir, cogí el móvil que descansaba en la mesita y me tiré varias horas buscando y leyendo información sobre Cruella de Vil. Era un personaje repleto de capas, como las preciosas muñecas rusas que salían una de dentro de otra, y eso hacía que su interpretación supusiera un reto único, apasionante y divertido. Comprenderla y darle voz cosquilleaba en mis entrañas cuando de madrugada caí rendida.

Recuerdo los días previos al casting como una revolución de endorfinas y adrenalina. Iba a clase, estudiaba, comía y veía a mis amigas, pero mi cabeza siempre estaba en otra parte. En Londres, donde se desarrollaba la trama. Mi imaginación paseaba por la

ciudad europea y la estética de los escenarios de la obra mientras me lavaba los dientes, abría la nevera o iba de camino al instituto.

Y llegó el día de la prueba.

Aquella mañana me levanté tan nerviosa que no pude probar bocado. El estómago se me había cerrado. Visto desde fuera tan solo era una audición para una obra estudiantil sin mayor relevancia; sin embargo, desde la perspectiva de mis entrañas, se trataba de todo un acto de rebeldía. Presentándome para ese papel no solo le llevaba la contraria a mi madre, también me enviaba un aterrador mensaje a mí misma: «A lo mejor esto puede ser más que una ilusión pasajera. A lo mejor mereces soñar...». Por esa razón, mientras esperaba en la antesala del teatro a que llegase mi turno, tomé la decisión de huir. Me levanté sin hacer ruido de la silla plegable en la que estaba aguardando y ninguno de mis compañeros, demasiado sumergidos en sus textos, se dio cuenta cuando me encaminé hacia la puerta. La empujé y al otro lado me recibió la imagen de mi hermano con una irresistible sonrisa torcida de orgullo satisfecho por haber adivinado mis intenciones antes de que incluso yo las supiera. Negó con la cabeza y pronunció divertido:

—Sadie, Sadie, eres demasiado previsible.

—Aparta.

—Ni lo sueñes, y no busques alternativas. Tengo a medio equipo bloqueando las salidas del instituto y, por si estás tan desesperada, también las ventanas de esta sala.

Le miré con detenimiento y supe que no mentía.

Resoplé irritada.

—Te detesto.

—A por todas, Bergman. —Después de esa alusión a Ingrid Bergman, una de mis actrices favoritas, me cerró la puerta en las narices.

La profesora me llamó un cuarto de hora después. Entré... Y lo logré. «Hacía años que no veía un proceso de aprendizaje tan evolutivo y sorprendente. Eres nuestra Cruella, Sadie, y como sigas a este ritmo podrás ser quien tú quieras. Enhorabuena», fueron sus inesperadas palabras, un abrazo en mitad de esa carrera de piedras. Cuando salí todavía me temblaban las manos y el alma. No podía dar crédito a lo logrado, los sonidos de mi alrededor se distorsionaron y sentí una felicidad tan extrema por dentro que temí que me partiese los huesos. Entonces vi a Freddie.

Como era de esperar, mi hermano malinterpretó mi gesto pálido con la mirada acuosa y tiró de mi mano para apretarme contra su pecho y abrazarme.

—Lo siento, Sadie, lo siento mucho, pero que te haya ido mal no cambia el hecho de que...

—Es mío —le interrumpí, y separé la cara un poco para poder mirarle a los ojos.

—¿Cómo? —balbuceó confundido.

—Que lo he conseguido —le revelé en un susurro con las lágrimas abandonando mis ojos y el brote de una risa alterada.

Freddie parpadeó, me escrutó y en ese momento gritó:

—¡Mi hermana es la puñetera Cruella de Vil! Abrid paso a la estrella.

Nos separamos, me echó el brazo por encima de los hombros y perdí la cuenta de a cuántas personas se lo contaba de camino al aparcamiento, pero fueron las suficientes para abochornarme. Le propuse ir a cenar unas gambas marinadas en el paseo marítimo de camino a nuestra casa para celebrarlo, pero Freddie negó con la cabeza al tiempo que me decía:

—Hay que contárselo a mamá. Tiene que formar parte de esto.

Imagino que él, al igual que yo, creía que su reacción sería distinta, por eso accedí.

La encontramos en la cocina. Claire fingía que preparaba la cena. Había despedido a nuestro cocinero tres días antes acusándolo de robar bebida, cuando en realidad era ella quien vaciaba una tras otra las caras botellas de las que abusaba. Aquella semana había sido fatídica. Había faltado a varias reuniones importantes y desde la productora no estaban contentos. Lo sabía porque mamá se había enfrentado a ellos chillando por teléfono mientras mi hermano entrenaba y yo estaba en casa oyéndolo todo.

La observé al tiempo que ella disimulaba cogiendo el sobre de puré de patatas que acompañaría a las judías verdes del tarro que tenía al lado, y algo en su expresión me advirtió que no era buen momento para decírselo, quizá el gesto ido de su mirada. Traté de detener a Freddie, pero no me dio tiempo.

—Sadie ha conseguido el papel de Cruella de Vil. Creo que deberíamos ir a celebrarlo a un restaurante de los caros —propuso, y los ojos de mamá se desviaron hasta los míos taladrándome, vaciando la culpa de lo que fuera que hubiese pasado en mí.

Inmediatamente me sentí incómoda, pegajosa, con ganas de largarme de allí. Le acaricié el brazo a mi hermano y dije:

—Anda, Freddie, vámonos. No es necesario que...

—Desde luego que sí —insistió él, que, o bien no se enteraba de lo que estaba ocurriendo, o bien no quería hacerlo. Sin embargo, la tensión se encontraba ahí, entre nosotras, palpitante, lista para electrocutar—. Lo que ha hecho Sadie es...

—Lograr un papel en una obra cutre de instituto —completó nuestra madre cortando su discurso de raíz, para después añadir como estocada final—: Es como si pretendieras que tiremos la casa por la ventana cada vez que ganas una pachanga. No tiene sentido y

me decepcionaría mucho que insistieras. No me gustaría haber educado a un par de niñatos malcriados y derrochadores. —Mi hermano iba a oponerse, perplejo por su actitud, y le apreté el brazo que le había acariciado para que no la liase.

—Tiene razón —dije.

Me urgía irme de allí antes de que la gelatina en la que se estaban convirtiendo mis piernas provocara que me derrumbase. Sostuve la mirada un par de segundos más a mi madre esperando por si se arrepentía y, como no lo hizo, enfilé hacia la puerta con Freddie pisándome los talones sin pronunciar ninguna palabra. Salimos al jardín. El atardecer se reflejaba en la superficie de la piscina cuando mi hermano me preguntó confuso:

—¿Por qué se lo permites...? ¿Por qué no le plantas cara? Tienes carácter, Sadie.

Reflexioné. Había un motivo para que no estallase y me enfrentase a ella. En aquel momento, el viento sopló suave y me revolvió el pelo. Lo aparté de mi rostro y le confesé con los labios apretados:

—Porque el día que lo haga no habrá marcha atrás.

Freddie me observó un instante más y asintió. Era la persona que mejor me conocía del mundo y por eso sabía que donde otros veían una personalidad débil existía una tolerancia limitada. Él era de mecha corta, una cerilla. Se prendía, salía la llama y al rato se apagaba. Yo era más como un incendio lento. La pequeña chispa que necesita ser avivada varias veces y con fuerza para activarse, pero que una vez que se torna fuego resulta imparable. Y no quería detestar a mi madre y carbonizar toda nuestra relación, aunque ella se esforzase en conseguir lo contrario.

Cerré los ojos e inspiré y espiré hasta templar mis emociones. Solo cuando lo hube logrado, devolví la atención a mi hermano y le pedí

que volviéramos dentro. Regresamos y... Quizá ese día no tomase una decisión vital para mi futuro. Definitivamente no lo hice. Pero el personaje de Cruella de Vil fue la parada que necesitaba en una estación de servicio para recargar la energía que me permitiría continuar hacia delante y amortiguaba la voz de la mujer que sin motivo alguno me despreciaba. De todos modos, la chispa del incendio ya vivía dentro de mí y bastaba un soplido para que se encendiera.

6

Dacre

Me pasé la lengua por mi abultado labio inferior y noté el regusto del sabor metálico de la sangre junto al ligero escozor de la herida que Jackson me había hecho con el puño hacía unos minutos. No era la única parte de mi cuerpo afectada por la pelea. La hinchazón del ojo derecho me nublaba la vista, y el vientre me dolía cada vez que me balanceaba en la silla del despacho de dirección en la que me encontraba sentado. Aunque lo disimulaba muy bien con mi media sonrisa de superioridad burlona.

Mientras la directora nos reprendía miré por la ventana. El día estaba despejado en Nueva Orleans, a diferencia de en Chippewa Falls, donde había leído que por la noche había caído a plomo una buena nevada.

—Este tipo de comportamientos violentos son del todo inadmisibles en nuestro centro. Es injustificable... —continuó su discurso la directora.

La sangre me hirvió en el interior de las venas. Lo que Jackson me había hecho era del todo justificable. Es más, me lo había ganado.

Me lo había buscado y no me arrepentía.

Habitualmente no me permitía pensar en mi vida anterior, en Chippewa Falls, era un buen mecanismo de supervivencia, pero ese día lo había hecho y me había infectado una sensación amarga ante la que había cedido.

Me encontraba en una jornada importante en el Saint Claude. La de las «segundas oportunidades», la llamaban. Los indecisos, rezagados y las personas que se habían equivocado en su primera elección podían participar de nuevo en las pruebas deportivas y redirigirse. Si por algo tenía fama la institución educativa era por formar a los mejores, y para lograr la excelencia tenías que ser bueno en todas las disciplinas académicas, deportivas y, además, mostrar intereses culturales.

Podía con ello.

La actuación de niño bueno no se me estaba dando nada mal. Iba a presentarme a las pruebas del equipo de atletismo para participar en sus famosas carreras de velocidad y después iría a la cafetería en la que se reunían los miembros del equipo, recién duchado y con la equipación puesta, a seguir mintiendo.

En ocasiones, interpretar a un niño de papá era incluso divertido, gracioso.

Me había propuesto ser uno de ellos y lo estaba consiguiendo a un ritmo vertiginoso, propio de Usain Bolt, considerado el mejor corredor de la historia. Mientras estiraba para la prueba, muchos de los alumnos que pasaban por mi lado me saludaban con un «¿Qué hay, Dacre?», al que yo respondía alzando la barbilla para dedicarles una sonrisa. La mayoría eran unos pijos con una percepción muy distorsionada de la realidad, pero intentaban ser simpáticos conmigo, agradables. Me habían acogido como el chico exótico, distante y misterioso, etiquetas a las que no me había enfrentado porque me daba francamente igual lo que pensasen de mí, siempre y cuando le hablasen maravillas sobre «el nuevo» a *papá*, mi futuro jefe.

Entonces, si había encajado en aquel círculo elitista de una manera tan perfecta, ¿por qué había terminado protagonizando una

pelea en la pista de atletismo con Jackson, quien hasta la tarde anterior formaba parte de mi grupo de «amigos» engominados?

La respuesta era sencilla. De entre todos, Jackson era el más fácil de provocar, y esa tarde necesitaba que todo estallase por los aires, dinamitar lo conseguido y que la sensación de que me había acomodado e incluso me gustaba estar allí dejase de abrasarme la piel desde dentro hasta desear arrancármela. La tensión que atenazaba mis músculos los estranguló emitiendo punzadas de dolor intermitentes y me removí en el asiento. Mi abuela cumplía ochenta y cinco años en esos mismos instantes, y allí estaba yo, en un despacho a millas de distancia, sintiéndome impotente y culpable. La sonrisa sombría que mostraba se ensanchó y por un segundo la directora perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Quise responderle que la mayoría de los gestos desafiantes e irreverentes escondían un interior hecho añicos, pero al final preferí sostenerle la mirada en silencio sin cambiar un ápice de mi mueca hasta que retomó el discurso.

—En resumen, al tratarse de un hecho puntual y aislado no habrá consecuencias notables, pero no os confiéis. Si se repite... —La mujer confirmó que se apiadaba de nosotros y no nos expulsaba, y Jackson, rojo de contener la respiración, recobró la capacidad de introducir aire en sus pulmones.

Aquello, a priori bueno para mí, me encendió. Necesitaba las *consecuencias notables* de las que me había librado. Quería las *consecuencias notables*. Deseaba con toda la furia de mi alma algo que me alejara de esa realidad de ensueño. Enderecé la espalda sintiendo una aguda molestia en el vientre al estirarlo y dibujé una media sonrisa ladeada entre retadora e impertinente. Todavía me quedaba alguna baza por jugar e iba a emplear todas mis cartas.

—Entonces, solo para que me quede claro: ¿desde hoy tengo prohibido hablar del tamaño diminuto de su polla? ¿Esa es la amenaza, directora? Siempre me ha costado entenderlas... —pronuncié con falsa inocencia, y los ojos de Jackson se abrieron como platos por la sorpresa al tiempo que decía:

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? Estás pirado, tío. Eres un puto demente.

El primer golpe había venido por eso. Jackson se pavoneaba desde el carril más próximo a las gradas, humillando a su manera al resto de los corredores, porque sabía que las chicas que tenía justo al lado le estaban escuchando, y yo le había dicho de un modo nada casual y totalmente intencionado que dejara de medírsela con los demás porque con su tamaño iba a salir perjudicado. Después todo había ido rodado.

La directora pidió a Jackson que nos dejase a solas tras mi comentario y pude ver cómo el gesto de iracunda confusión de mi compañero mutaba a uno de profunda angustia cuando nos anunció que nuestros padres habían venido a por nosotros y aguardaban fuera. La piel de su rostro palideció y los hombros se le hundieron al cruzar el umbral y cerrar la puerta tras de sí mientras yo permanecía indiferente, demostrando que la posible presencia de los Stanley no me afectaba una mierda. Estuvimos un par de segundos en silencio, y la mujer que se encontraba sentada al otro lado del escritorio no se hizo de rogar.

—¿Acaso sabes quién es su madre, muchacho?

«No, pero imagino cómo la tiene su padre», pensé, aunque al final me callé el comentario porque no me convenía tensar más la cuerda. Estaba en el punto que necesitaba. Que deseaba.

Estiré aún más la sonrisa. «Así sí, bien». Me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Exhibición de poder y amenazas.

Un recordatorio de las razones por las que detestaba a esa gente. Pasé de nuevo la lengua por la herida del labio con lentitud y me acomodé en el asiento, listo para afrontar la segunda pelea de la jornada con la esperanza de que en esta me dejasen KO.

—Es senadora. No recuerdo el partido. Entre nosotros, tampoco me importa demasiado.

La madre de Jackson trabajaba en política. Esperaba la reacción de nuestra directora cuando, de forma fugaz, recordé la presión a la que se encontraba sometido el chico para conseguir que le admitiesen en Stanford y seguir sus pasos. Me lo había contado durante las tardes que habíamos coincidido en la biblioteca y salíamos juntos en los descansos, explicándome que la mínima cagada le separaría de su meta, de ahí que tan solo se pudiese permitir perseguir la asfixiante perfección. Parpadeé al notar una nueva sensación abriéndose paso en mi pecho. La culpa otra vez, pero por otra persona distinta a mi abuela. Supongo que en aquel entonces todavía no estaba echado a perder del todo y aún no había abrazado la oscuridad que tantas puertas me abrió. Es la única explicación que le encuentro a que los principios que me habían conducido hasta ese instante se tambaleasen. Jackson no podía flaquear, mucho menos tener una pelea. Una sensación amarga me recorrió el esófago. Lo que iba a hacer no era sinónimo de que me compadeciese de Jackson. Simplemente no le quería arruinar la vida.

—Yo le he incitado —confesé.

A fin de cuentas, lo que buscaba era que aquel acto tuviese consecuencias para mí y de ese modo conseguiría una amonestación superior. Con algo de suerte podríamos retomar el tema de la expulsión. La mujer posó su inquisitiva mirada en la mía y lo incomprensible ocurrió. Poco a poco su gesto se suavizó, como si

gracias a su experiencia leyese algo en mí que yo no alcanzaba a comprender.

—Lo sé, pero una pelea es cosa de dos. Da igual cuánto tires de la cuerda si la otra parte se mantiene firme, y a eso es a lo que nos dedicamos en el Saint Claude. A formar caracteres fuertes y bondadosos. —Hizo una pausa—. Dice más de lo que piensas de ti que hayas querido atribuirte todos los méritos de vuestra sesión de violencia. —Intenté oponerme a sus palabras, pero no me dejó interrumpirla—. Sin embargo, la próxima vez dale dos vueltas antes de *incitar*. A veces el daño que hacemos a los demás puede ser irreparable. —Aguardó a que lo hubiese entendido, y sin posibilidad de réplica me despidió—. Adiós, Dacre.

—Entonces, ¿no hay expulsi...?

—Adiós.

Al otro lado de la puerta del despacho se hallaba Juliette. No sé por qué no me sorprendió que no hubiese ni rastro de Ian. La mujer mencionó que los padres de Jackson y ella habían hablado con la directora mientras nosotros estábamos en la enfermería antes de entrar, y emprendimos el silencioso camino rumbo al coche. No sabía cómo habían reaccionado los padres de mi compañero, pero me los imaginaba dirigiéndole reprobatorias miradas de absoluta decepción, quizá porque eso era lo que yo esperaba para mí mismo. Lo que deseaba. Aunque no lo obtuve. En su lugar, lo que Juliette parecía era preocupada por darme mi espacio.

Chasqueé la lengua disconforme con su forma de actuar, siempre tan comprensiva.

Nos subimos al coche, me puse el cinturón y cuando nuestros ojos se encontraron le retiré la mirada, enfadado. Todo estaba mal en su actitud. Absolutamente todo. El vehículo se puso en marcha y ladeé mi aquejado cuerpo para observar por la ventanilla cómo

abandonábamos el aparcamiento, y después las instalaciones, mientras por dentro continuaba refunfuñando. ¿No podía ser una persona normal y echarme un puñado de mierda encima para hundirme? Ninguno de los dos dijo nada durante los minutos siguientes hasta que finalmente fue ella la que habló.

—No iremos directos a casa, Dacre. Antes tengo que hacer una parada.

—Vale —contesté apretando los labios sin dignarme a mirarla.

Seguía queriendo que se disgustara. Que me despreciara. Quería que me hablase de cómo mis actos afectaban a su intachable reputación de exalumna modelo y que lo hiciese de un modo tan despiadado que con su tono me recordara los motivos por los que debía odiarla, las razones por las que era el enemigo en aquella especie de guerra latente. Pero Juliette no hacía nada de eso y a cada segundo que pasaba mi desesperación porque ocurriese algo aumentaba hasta el punto de arañarme las entrañas, aunque exteriormente no lo mostrara.

Con la misma quietud dejamos atrás las instalaciones del colegio y nos sumergimos en la autopista para terminar en el aeropuerto. Juliette no me había dicho nada del destino al que nos dirigíamos, realizamos el trayecto callados, así que deduje que íbamos a la terminal para recoger a Ian de uno de sus múltiples viajes. Estacionamos, guardó el ticket del aparcamiento de pago en la cartera y salimos. Hacía una tarde estupenda, por lo que la mujer sugirió que esperásemos a su marido fuera, en la calle, justo delante de la puerta corredera al otro lado del paso de peatones. Acepté. Lo cierto era que me daba igual dónde estar. La sensación de ahogo a la que comenzaba a acostumbrarme no variaba dependiendo de la ubicación. Juliette revisó su teléfono para asegurarse de que el vuelo había aterrizado a la hora y mis pupilas planearon hasta mis manos.

—Están recogiendo el equipaje —dijo, pero apenas le presté atención. Había algo en mis manos..., en la piel suave y las uñas limpias..., que me produjo un escalofrío.

Cuando vivía en Wisconsin me vi obligado a encargarme de muchas cosas, entre ellas la colada. Tenía poca idea cuando empecé y nadie que me lo explicase, de modo que durante las primeras lavadoras me cargué casi todas las prendas claras. Decidí que, en adelante, si me compraba ropa sería oscura y teñiría de negro todo lo que había en mi armario. La idea resultó ser un desastre, no tanto por cómo quedó la tela, sino más bien por mí. Lo hice a mano en un cubo, la tinta se adhirió a mi piel y debajo de las uñas, y estuve días frotando la carne áspera y cada vez más descarnada, no como ahora, que lucía impoluta y suave gracias a las cremas que Juliette me compraba. Me mortificó que todo fuera mejor en Nueva Orleans, incluso mi capa más externa. Apreté la mandíbula sin poder fingir un instante más y la mujer dejó de evitar el tema.

—Está bien, Dacre. ¿Qué es lo que te molesta exactamente? —dijo, y que me lo preguntara casi me pareció una ofensa.

Ni siquiera sabía que aquella era una fecha importante para mí, y yo no pensaba contárselo. De hecho, de mi boca no saldría un reproche. Pronunciaría las palabras exactas para tejer el camino con el que conseguir lo que buscaba: confrontación, libertad para despreciarla. Posé los ojos en los suyos y, mientras los coches pasaban por el carril que teníamos delante y un hombre se ponía a nuestro lado fumando un cigarro de liar, le pregunté con una expresión indescifrable, calculando la siseante tonalidad impertinente que empleaba.

—¿Tú nunca te enfadas?

Ella pareció sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que quiero una respuesta. —Le dediqué una sonrisa.

Reflexionó un par de segundos y respondió:

—Muchas veces. Cuando me han llamado al trabajo y he salido para ir al Saint Claude estaba muy cabreada.

«Bien».

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿No serán las disculpas que no te he pedido?

—¿Quién te ha dicho que lo haya hecho? ¿Que te he perdonado? —Nos quedamos un instante callados y me aclaró—: Estoy muy cabreada, Dacre. No creo que la violencia sea el camino para llegar a ningún sitio. Pero, si te soy sincera, tampoco pienso que gritándote y poniéndome a la altura de tus puños vayamos a solucionarlo.

—Entonces, ¿lo dejamos pasar?

—Desde luego que no. —Negó con la cabeza para acompañar a sus palabras—. Posponemos la conversación al momento en el que confíes en mí y me expliques lo que te ha pasado por dentro. Entonces podré ayudarte a gestionarlo. Trataré de ser todo lo paciente que necesites siempre y cuando durante ese paréntesis no hagas nada ni remotamente parecido a lo de hoy. Te conozco, Dacre. Estás muy por encima de las peleas.

—Me conoces... —le vacilé, pero ella no se amedrentó.

—Pues sí, y no voy a discutir contigo, así que para de esforzarte por conseguirlo.

Me dejó mudo, y al hombre que teníamos al lado le dio tiempo a terminarse el cigarro y llamar a la persona que había ido a recoger antes de que Juliette volviese a abrir los labios ante mi silencio sepulcral.

—Los padres no siempre llevan la razón —dijo al cabo de un rato, y la escuché, a pesar de creer que nada de lo que me dijera podría interesarme—. Eso es algo que he aprendido ahora, por las malas.

De pequeña pensaba que lo sabían todo, que su conocimiento era absoluto, y por eso nunca se equivocaban y tampoco pedían perdón. Mis padres nunca me dijeron «lo siento». —Llevó a cabo una significativa pausa y continuó—: Pero yo no quiero ser ese tipo de madre..., el día que lo sea —añadió, para que me quedase claro que entendía que todavía no había alcanzado ese estatus para mí y que lo respetaba. Luego siguió hablando—. El día que te acogimos, cuando todo se hubo formalizado y nos anunciaron la fecha en la que te unirías a la familia, me fui con Ian al centro comercial a quemar la tarjeta. Quería que cuando vinieras, cuando pisases la casa y vieras tu habitación, te encontrases con lo mejor. Quería que lo tuvieses todo. Televisión tamaño cine, consola, portátil y cualquier cosa que el vendedor de la tienda de tecnología nos dijera. Quería que lo que tenías te cegase tanto que no echaras en falta nada de lo que habías dejado atrás, de tu antigua vida... Estaba confundida, Dacre.

Fruncí el ceño. ¿Acababa de admitir su error? Aquello no me lo esperaba. Fue en ese instante cuando Juliette comenzó a desconcertarme y me interesó lo suficiente para mirarla y descubrir que, joder, parecía sincera.

—Tenías derecho a echar de menos todo lo que se había quedado en Chippewa Falls. —Se aclaró la garganta y reveló—: Sé que hoy es el cumpleaños de tu abuela y también sé que estar aquí tiene que ser doloroso. —Tragué saliva y apreté los dientes para deshacer el nudo que amenazaba con formarse. Ni ella ni nadie tenía por qué verme así. Abatido. Vulnerable. Si un animal dejaba su herida al descubierto en la selva, incluso el depredador más débil lo atacaba —. Ian fue el que me abrió los ojos. Me dijo: «¿Por qué, en lugar de emplear tanto tiempo, dolores de cabeza y recursos en interpretar lo que Dacre desea desde tu punto de vista, no te paras a pensar en lo

que quiere él?». Y de forma automática mi mente regresó a la noche que te escapaste de la casa de acogida. —Enarqué las cejas sorprendido. Juliette nunca había sacado el tema y me extrañó que lo hiciese entonces, como si hubiese algo que yo no supiera—. Estuvimos allí, aunque no nos viste porque no nos pareció lo más adecuado, por eso sabía que incluso en tu estado de semiinconsciencia tenías las ideas claras. Sabías lo que querías. Lo que deseabas desde lo más profundo de tu ser. La palabra que no parabas de repetir medio adormilado. «Abuela. Abuela. Abuela». —Los ojos se me llenaron de unas lágrimas que reprimí—. No pedías pantallas planas, un barco o visitar París. La pedías a ella. Era tu deseo. Y durante todo este tiempo he podido dártela y no lo he hecho, así que te pido perdón por haberme demorado tanto.

Fue como si de repente el tiempo se detuviese y el espacio dejase de tener sentido.

Incluso yo desaparecí.

—¿A qué te refieres? —Traté de mantenerme firme, pero mi voz tembló un poco.

No podía hacerme ilusiones.

No podía...

—Hablo de que Ian y yo hemos estado gestionando el modo de traerla con nosotros y ha sido complicado, había mucha burocracia de por medio, pero al final lo hemos conseguido. Queríamos que fuese una sorpresa. —Se mordió el labio dudosa a la vez que las reservas que custodiaban mi corazón saltaban por los aires, dejándolo desprotegido—. A lo mejor en esto también nos hemos equivocado y deberíamos haberte mantenido al corriente. Lo lamento, Dacre.

—¿Ella...? —balbuceé incapaz de pronunciar nada más sin que las rodillas me fallaran.

—Está viniendo. Ian ha ido a recogerla a Chippewa Falls.

Así que ese era el motivo de que estuviésemos en el aeropuerto. Mi corazón se saltó varios latidos y observé a Juliette con otra mirada.

—Convivir con mi abuela es complicado —solté sin poderme creer lo que estaba oyendo.

—Pondremos todo de nuestra parte para que funcione.

—¿Él...? ¿Ian está de acuerdo?

Me dominó el recelo mientras la ilusión luchaba por desbordarme.

Parecía tan inverosímil...

De final feliz.

La mujer me dedicó una sonrisa y confirmó mi pregunta.

—Los Stanley tomamos las decisiones en familia, y tú formas parte de ella. Tendremos tu opinión en cuenta para futuras ocasiones.

El malestar que solía venir asociado a aquella palabra, *familia*, no apareció. En su lugar lo hizo mi abuela agarrada del brazo de Ian a través de las puertas correderas de la terminal, y a mí me temblaron las piernas justo antes de echar a correr hacia ella y atraerla con delicadeza contra mi pecho como si fuera la última gota del desierto y yo me estuviese muriendo de sed.

Molly vivió cinco meses más después de aquel reencuentro en el aeropuerto de Nueva Orleans. No quiero romantizar la enfermedad. La demencia es un pulso constante para que el deterioro de la persona a la que amas no te parta por la mitad. Lloras mucho por dentro y te desangras de pura impotencia. Así pues, del mismo modo que hubo días relativamente buenos, también se dieron los malos, en los que los gritos, los insultos, la violencia y la desesperación eran la tónica que los dominaba, pero la diferencia fue que allí tenía en quien apoyarme y, aunque los primeros días

reculé evitando hacerlos partícipes, poco a poco, y de manera natural, me fue resultando más sencillo pedirles ayuda.

Se marchó un día precioso. El médico nos había avisado, así que despejamos las ventanas para que entrase luz y yo me tumbé a su lado abrazándola, y le dije adiós con la esperanza de que parte de su esencia se filtrase bajo mi piel y jamás me abandonase. La respiración se le aceleró, luego se ralentizó, expulsó una bocanada con su último aliento y se marchó con los ojos cerrados y sonriente. Sé que lo hizo en paz porque yo me quedé tranquilo, sosegado. Había conocido a Juliette e Ian, también a mis amigos, y había formado parte de una vida que no la excluyó y por lo tanto yo podía aceptar. Se había ido acompañada y querida. De repente las porciones combativas de mi interior estallaron una a una y me quedé sin bombas, sin guerra. Fui feliz dentro de la tristeza. Por fin podía bajar la guardia y respirar.

Ninguno de los dos éramos de grandes velatorios, así que tuvo una despedida sencilla en su ciudad, a la que acudieron muchas personas, y esa misma noche regresamos a Nueva Orleans. La calefacción de la casa de Chippewa Falls se había estropeado y tampoco teníamos nada más que hacer allí. Volvimos tarde e Ian se puso a cocinar mientras Juliette colocaba las cosas en la mesa para que cenásemos una vez que me hubiese quitado el traje y dado una ducha. Mi papel era sencillo. Subir, meterme debajo del agua y bajar. Pero mis pies no se movían. Me había quedado anclado y, contemplando la escena que tenía delante, traté de descifrarme. «¿Ensalada y filete a la milanesa os va bien?», oí decir a Ian, y la distorsionada respuesta afirmativa que emitía Juliette como si se tratase de una radio alejada.

Miré alternativamente a uno y a otro y de repente lo comprendí. No era que no pudiese andar, era que lo hacía en la dirección

equivocada. El miedo me acarició el vello de la nuca cuando supe lo que tenía que hacer, lo que quería hacer, pero le planté cara. Deshice el camino y me situé frente a Juliette, que se quedó un poco desconcertada.

—¿Te encuentras bien, Dacre? —Asentí, aunque no era del todo cierto.

La acción que me disponía a hacer era novedosa para mí y estaba repleta de riesgos. Peligros que me aterrorizaban. Nunca tienes tu corazón más expuesto como cuando una persona te abraza, porque te rodea y lo roza. Aun así, iba decidido. Era entonces o nunca, y si elegía la segunda opción dudaba de que la primera se repitiese. Avancé un paso con determinación, me tragué todos los prejuicios y temores y la envolví entre mis brazos para atraerla hacia mi cuerpo. La abracé sin aguardar un segundo más. Pero no como lo había hecho otras veces con gente diferente. La abracé de verdad. Apoyando un poco mi peso en ella para poder sentir cómo me sujetaba. La abracé con los sentidos y con los sentimientos. Me permití descansar en la obra de mi vida y que mi corazón se asomase a la escena.

—Gracias —susurré contra su pelo retomando la palabra que debería haberle dicho en el aeropuerto, y en aquel instante, en aquella cocina, las barreras bajaron del todo, mi alma quedó expuesta y sentí que sí, que ella podría ser mi segunda madre.

No sé si mi gesto influyó, pero pocas semanas después Ian y Juliette me ofrecieron adoptarme. Ellos lo habían querido desde el principio, nunca me vieron como algo temporal, nunca planearon mi estancia como una acogida. A pesar de mi actitud distante enseguida me consideraron parte de su familia, lo que había cambiado era que ahora yo parecía más dispuesto a aceptarlos a ellos como parte de la mía.

Accedí a la oportunidad de dejar de ser un depredador solitario e incluso hicimos una pequeña celebración familiar en la que sentí que había tomado la decisión adecuada. Lástima que todo fuera mentira. Que se tratara de un espejismo. Lástima que no identificase que todo aquello tenía los días contados. Que la felicidad me sería caduca. Que mis recién estrenados padres me clavarían un puñal por la espalda, lo retorcerían y, gota a gota, las pocas emociones que me quedaban me abandonarían.

Aunque eso no iba a ser necesariamente malo.

Porque el vacío, la inexpresividad y la frialdad me darían poder. Porque la falta de escrúpulos era todo lo que necesitaba para convertirme algún día en el actor del año.

Debería haberles agradecido cada uno de los baños de masas que más tarde vinieron.

7

Sadie

Cuando te dedicas a tu pasión los periodistas presuponen que guardas una gran historia detrás, motivadora, inspiradora y bonita, y te preguntan en todas las entrevistas, obligándote a mentir si no es el caso. La versión más extendida de cómo terminé dedicándome a la interpretación era que mi madre me inculcó los valores de la actuación y no tuve escapatoria. «Iba en mi ADN, ¿qué iba a hacer?». Aquello les encantaba. «Entonces, ¿por qué nunca trabajasteis juntas?», era la siguiente cuestión. «Porque era una alcohólica y la despidieron, ¿no te enteraste? Montó un espectáculo terrible», esa habría sido la respuesta real, pero, igual que con la anterior, también mentía: «Se retiró antes y nunca quise abusar de sus contactos. Deseaba labrarme mi propio camino».

La realidad era otra muy diferente. Mi futuro se forjó de manera distinta, sobre las tablas del instituto. Había transcurrido un año desde la interpretación de Cruella de Vil en *101 dálmatas*, mi madre había regresado esa misma mañana de uno de sus últimos viajes a Europa, todavía no la había visto y estaba haciéndole una videollamada a Freddie desde el camerino común del teatro. Una semana antes mi mellizo se había caído esquiando con sus amigos en Vail mientras yo asistía a los últimos ensayos y me perdía la nieve. Aún no era definitivo, pero todo apuntaba a que su lesión en

la pierna izquierda le apartaría de la NFL, pérdida que si le había afectado lo disimulaba muy bien.

«En el fondo todos somos actores», pensé mientras él me hablaba de la comida del hospital como si aquello fuera lo más relevante de su vida.

Esa tarde tenía lugar una nueva función trimestral en la que interpretaba a la inigualable Marieta. La profesora de teatro del año anterior se había mudado a Miami y en su lugar nos daba clase Florence, una mujer italiana que tenía una visión más de autor y se había decantado por una ficción poco conocida en la que las líneas de los diálogos y la forma de representarlas cobraban toda la importancia por encima de la austera puesta en escena. O lo que era lo mismo, había situado la responsabilidad en los actores y yo estaba encantada con su atrevimiento, porque a su vez nos había dado las herramientas para que saliésemos airosos del reto y confiaba en que podíamos lograrlo. De este modo, suponía la primera vez en la que alguien nos trataba como a profesionales y no como a estudiantes adolescentes. Pensaba aprovecharlo, aunque no estaba segura de que el resto de mis compañeros opinasen lo mismo.

Suspiré.

Viéndolos era fácil adivinar que para muchos de ellos era solo una extraescolar, un *hobby*. Por ejemplo, Pacheco, compañero de equipo de Freddie y rollo puntual de este, se paseaba por detrás de mí para salir en la pantalla y finalmente le hizo un calvo a mi hermano. Negué con la cabeza a la vez que Freddie daba su conformidad a la acción y soltaba una carcajada.

«No tienen remedio», pensé, y mi mellizo lo adivinó.

—Joder, pequeño búho, borra esa cara. Solo nos estamos divirtiendo. La desnudez es muy entretenida. Deberías practicarla más. Liberarte de la ropa.

Le ignoré centrándome solo en lo que me importaba: el teatro. Pacheco, como varios de ellos que no encajaban en ninguna otra actividad, se había apuntado obligado. No obstante, era bueno, y su personaje, interesante. Hablaba de los prejuicios. Solo por eso, por su brutal diálogo y las líneas interpretativas, debería haberle apasionado. Debería haberle hecho palpitar de emoción. Pero prefería enseñarle el culo a mi hermano, y «Oh, genial, ahora es el turno de los abdominales», sonó en mi cabeza al tiempo que se subía la camiseta y Freddie ronroneaba.

—Utilizad Grindr o el riguroso directo —refunfuñé, y los dos rieron, demostrándome que existían serias posibilidades de que aquello estuviese pactado para desestresarme.

Estaba nerviosa y entusiasmada, lo que multiplicaba por mil mi inquietud. Aquel papel, el de Marieta, requería múltiples registros. Que hablase desde las vísceras con una voz rasposa que arañaba, que pronunciase discursos furiosa y que me desmoronase en el suelo supuestamente abatida para resurgir como algunas plantas marchitas hacían en primavera. Aquello demandaba un control exquisito de mi voz, mi expresión facial y los movimientos de mi cuerpo. Y es que sobre las tablas nada era casual. Si te lo tomabas en serio, claro.

Contemplé mi reflejo en el espejo del único tocador que había allí y que había conseguido gracias a llegar la primera, y tragué saliva. En aquel instante Florence vino para decirnos que empezábamos al cabo de cinco minutos y la sala estaba llena. De familiares y amigos. Pero llena. «Mierda». Quise saltar de la emoción.

—Te los vas a comer con patatas fritas y kétchup, Sadie. Te espero en la primera fila para criticarte —se despidió mi hermano confirmando con sus palabras que llamaría a alguno de sus amigos

que se encontraban allí para hacer una videollamada y comentar con él mi actuación, y asentí.

La interpretación es una profesión muy competitiva porque hay pocos papeles y los castings son salvajes, pero a la vez es una profesión muy colectiva porque los actores se necesitan los unos a los otros cuando están trabajando, ya que el resultado final dependerá del sabor que entre todos hayan metido al público en el paladar. De esta manera, el peso de la función no recaía solo sobre mis hombros. Sin embargo, quería hacerlo bien, y no sabía en qué proporción ese deseo se debía a mis ganas de sentirme realizada y obtener una merecida recompensa por todo el esfuerzo realizado, o a que por primera vez mi madre se encontraba allí, entre los demás espectadores, y más que impresionarla, lo que pretendía era darle en las narices y demostrarle lo equivocada que estaba y que se tragase sus palabras.

«¿Por qué habrá venido?».

«¿Por qué ahora?».

Me levanté para parar de darle vueltas a la incógnita. La obra comenzó y me dediqué a pasear por la antesala. Cada actor tenía su truco antes de salir a escena. Había algunos que recitaban sus líneas en voz alta, otros que desentumecían los músculos moviendo el cuello de un lado a otro, se desestresaban dando saltitos o que directamente pasaban. En mi caso me evadía. Dejaba de escuchar y veía lo que me rodeaba desde la distancia, concentrada por completo, hasta que me llamaban.

—Sadie, tu turno —escuché a Florence, y me encaminé hacia ella.

Marieta era uno de los últimos personajes en aparecer, así que mi actuación tenía un pelín más de importancia porque el sabor que dejaría en el espectador sería más intenso, lo notarían más cuando el telón bajase. Aguardé en un lateral a que el compañero que me

precedía terminase, y justo cuando pasó por mi lado y nuestros brazos se rozaron salí. Lo primero que sentí fueron los focos impactando de lleno en mi cuerpo. Caminé hasta donde tenía la marca de posición y me detuve. Ahí debía hacer una respiración exagerada, formaba parte del papel.

Me pareció distinguir a Louis en las primeras filas, me preparé e iba a inhalar una bocanada de aire cuando se produjo un estruendo en el patio de butacas.

Que no cundiese el pánico.

Alguna persona habría tropezado al intentar salir para ir al baño. Era bastante típico. Repetí el ritual y un murmullo generalizado me sacó del personaje. «Pero ¿qué diablos...?». Un grupo de espectadores se había levantado y se apartaban a toda pastilla del epicentro del desastre. Coloqué la mano en forma de visera para enterarme de lo que estaba sucediendo y el corazón se me paralizó en el acto. La espectadora de la que todo el mundo se separaba no era otra que mi madre. Lo peor fue que no me sorprendió.

Estaba doblada, vomitando, y los buenos samaritanos esperaron a que hubiese expulsado hasta el último átomo de alcohol que tenía en el estómago para ayudarla a marcharse de allí con la mayor dignidad posible. Se armó cierto revuelo a mis pies y la profesora salió para anunciar un descanso improvisado de quince minutos en la obra, con la intención de solucionar el estropicio (esas últimas palabras no las dijo, pero fueron evidentes).

—Acompáñame, Sadie. —Se dirigió a mí cuando el telón bajó, y fui consciente de que hasta ese momento no me había movido del sitio.

Seguí a Florence y a mitad de camino se nos unió la directora del instituto. Habían trasladado a Claire a la habitación donde la maquilladora y también peluquera había estado caracterizándonos y la puerta se encontraba cerrada. Nos detuvimos enfrente y, mientras

las dos mujeres se dirigían una mirada cómplice, analicé mis sentimientos. Si realizaba un ejercicio de sinceridad conmigo misma, lo cierto era que no estaba preocupada por mi madre, estaba enfadada con ella por haberse emborrachado de ese modo y por robarme mi momento, sobre todo por lo segundo. Aquello me hizo sentir mala persona y deseé que no se enterasen de lo que pasaba por mi cabeza, así que camuflé mis emociones poniendo en práctica lo que la propia Florence me había enseñado.

—No tienes que pasar si no quieres. Podemos hacernos cargo nosotras —me ofrecieron.

Le resté importancia con la mano y, automáticamente, para no resultar fría, pensé en cómo proceder si lo que deseaba era ocultar la verdad. Mis reflejos fueron rápidos. Lo más verosímil era actuar como si se tratase de un hecho puntual: una comida se le había ido de las manos y me abochornaba tremendamente. Dibujé un gesto de profunda vergüenza y les contesté titubeando.

—No, no. Quiero verla.

Si de verdad fuera algo puntual, a pesar de lo embarazoso de la situación, me habría preocupado por ella. Bajé la mirada para imprimirle más carácter al papel y supe que me habían creído cuando la mano de Florence aterrizó en mi brazo para acariciarme.

—No te agobies. Todos nos hemos pasado con la bebida alguna vez. La gente lo entenderá. Entra y cuando estés tranquila, si aún quieres, retomamos la obra y...

—Sí quiero —la corté sonando demasiado ansiosa por seguir, de modo que me serené para que mi siguiente intervención fuese más acorde al personaje que estaba construyendo, al cual le importaba más su madre que una función—. Quiero decir, como mi actuación se cancele por esto, esta noche se va a sentir fatal. Culpable. Mejor

evitárselo. —Los ojos de la directora me recorrieron y pude distinguir el instante exacto en el que la tuve comiendo de mi mano.

—Eres muy buena chica, Sadie. Y talentosa. Te auguro un gran futuro.

«Modesta», ordené a mis rasgos y mi voz.

—Gracias. —Batí las pestañas y noté el calor de las mejillas al ponerse rojas para la escena.

Las dos mujeres se echaron a un lado y me deslicé entre ellas. Al final la actuación de mi madre me había beneficiado. Experimenté un retorcido sentimiento similar a la satisfacción y traté de aplastarlo conforme atravesaba la puerta. No tardé en localizar a Claire. Se encontraba sentada en el mismo sitio en el que minutos antes yo había dejado que me caracterizaran. Tenía la cabeza echada para atrás en el respaldo y un cubo, esperaba que vacío, descansando a su lado. Busqué en mi interior una chispa de empatía por ella y la localicé muy al fondo, brillando. Avancé hacia esa chispa al mismo tiempo que lo hacía hacia mi madre. No quería ser mal pensada. De verdad que no. Prometo que deseaba con toda mi alma estar confundida. Pero ¿no era curioso que la primera vez que mi madre mostraba interés en esa faceta concreta mía, en lugar de rehuirla, diese ese tipo de espectáculo en público? Las casualidades existían, sí. No obstante, ¿tendría algo que ver con todas las veces que durante los últimos meses Freddie le había repetido lo importante que aquella actuación era para mí? Me detuve a su lado y luché por aferrarme a la luz en lugar de a la sospecha que me condenaría a odiarla.

Aclaré la garganta carraspeando y la llamé.

—Mamá..., ¿estás bien?

Ella abrió uno de sus ojos claros, después el otro, y no pudo disimular la sonrisa de satisfacción al verme allí en lugar de, intuí,

sobre el escenario.

«No pienses mal. No pienses mal».

—Supongo que nos vamos —articuló. Acto seguido, se enderezó en el asiento lo más recta que pudo y se puso de pie. Sin mediar palabra, se encaminó hacia la puerta y al darse cuenta de que yo no la seguía se giró antes de abrirla para mirarme—. No te agobies. Tendrás más oportunidades interpretativas en el futuro y con papeles menos ambiciosos y más acordes a tus capacidades, Sadie. Según he visto, esta carecía de una escenografía potente, música o compañeros donde poder camuflarte a la sombra del verdadero talento. En el fondo, he evitado que acabases la tarde en mal lugar y con un buen disgusto.

Normalmente, la dejaba humillarme, herirme, pero ese día decidí que se había acabado.

Mi madre no solo iba borracha, sino que también lo estaba disfrutando.

Puede que no lo hubiera hecho a propósito, yo nunca lo sabría; sin embargo, le gustaba cuál había sido el resultado, y acabé convenciéndome de que una vez que las cosas se le fueron de las manos, no había hecho nada por no llevarlas hasta el límite.

Cogí una bocanada de aire y le di la última oportunidad a nuestra relación sin que ella lo supiera.

—¿Por qué lo haces?

—¿Ser sincera? No sé, imagino que es la costumbre. Son muchos años en esto y...

—Cállate —le ordené. La cuerda acababa de partirse. El vínculo estaba roto.

Claire no se esperaba aquello. Me estudió con calculada frialdad y, un tanto desubicada, pronunció simulando su habitual firmeza:

—No se habla así a una madre.

El problema fue que no me amedrenté.

—No se trata así a una hija. —Sin dar posibilidad de réplica, adelanté unos pasos y aproveché su confusión para añadir—: Te diré cómo vamos a funcionar a partir de ahora.

Se recompuso y emitió una carcajada sarcástica, aguda.

—Así que te crees que puedes darme órdenes. Qué chica tan dura.

—No lo creo, lo sé. O a partir de este momento, cuando el gran jefe llame a casa dejaré de inventarme excusas y le diré la verdad. «Está en un bar poniéndose hasta el culo de alcohol y no piensa ir a trabajar, ¿quieres que le dé algún recado?».

Esbocé una falsa sonrisa inocente que acompañaba a la tonalidad de la escena que acababa de representar y las dos nos taladramos con la mirada. Imagino que por su cabeza pasó decirme algo similar a «No serías capaz», pero finalmente no lo hizo, porque se dio cuenta de que lo era, de que me había cansado. De que ya no le iba a guardar más secretos.

—¿Tengo tu atención? —dije, y ella asintió—. La tengo. —Me sorprendió lo agradable que era no dejarse pisotear... Y hacer una exhibición de poder, erguirte frente al opresor, quien, por muy triste que sonase, era mi madre—. A partir de ahora no me darás ninguna opinión que no te pida y, confía en mí, no tengo ninguna intención de hacerlo. A cambio, prometo no mencionar jamás lo desalmada que fuiste cuando me convierta en la actriz que siempre me has negado ser, y saldré de aquí sin contarle a nadie de qué forma tan mezquina puedes llegar a actuar, alegrándote de lo que te acabas de alegrar, contenta porque tu salida de tono me haya fastidiado. —No lo negó, y la certeza me partió en dos con la violencia de un rayo. Por supuesto, mi madre no se dio cuenta de nada. Yo ya había construido mi imponente fachada—. Pero esto no se repetirá jamás.

Nunca volverás a ponerme la zancadilla o interferir en mi vida, ¿me has entendido? —Aguardé por si se producía una disculpa por su parte, y al no escucharla pasé de largo adelantándola—. No sé qué hay mal en ti, pero averiguarlo ha dejado de interesarme.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó sin moverse del sitio como si fuera una estatua.

—Al escenario, mamá. El espectáculo debe continuar. Para ti seré solo una piedra deslucida, pero voy a ser la roca más brillante de todas las jodidas minas.

Salí de allí rota de dolor. Agobiada. Por mucho que mi madre fuese una cabrona, siempre había sido *mamá*, y me angustiaba que hubiese dejado de serlo. Las palpitaciones se me desbocaron y tenía un nudo asfixiándome en la garganta. Pero nadie lo notó. Ni la directora del instituto, ni Florence, ni el centenar de personas que me ovacionó al terminar la obra, ni siquiera Freddie. Actué, y lo hice tan sumamente bien que los manipulé a todos. Aquel era el pensamiento que no me podía sacar de la cabeza cuando terminamos y me hube cambiado de ropa. Entonces recordé aquella frase: «Cuando estás actuando es como si estuvieras durmiendo, soñando, y da igual que suceda algo que te perturbe, porque despiertas y se queda atrás. Nada puede hacerte daño en el escenario, Sadie. Todo es una ilusión. Sobre las tablas estás a salvo».

Todas las piezas encajaron.

Quería estar a salvo. Bien. Y para conseguirlo solo tenía que interpretar a todas horas.

Aquella noche sucedieron dos cosas muy importantes. La primera fue que decidí que me dedicaría a la actuación por todas las razones equivocadas: venganza, rencor, dolor. La segunda fue que me creé un personaje, un papel. Uno que me ayudaría a sobrellevar la

realidad. La chica que esa misma noche se fue de fiesta con el resto del elenco aparentemente lo pasó bien y terminó acostándose con Louis en el asiento trasero de su coche, para al día siguiente no dirigirle la palabra. Esa noche me coloqué una máscara y se estaba tan a gusto detrás que olvidé quitármela al día siguiente, y al otro también, y así amanecer tras amanecer, hasta que poco a poco olvidé cómo lucía mi rostro.

Esa noche fue la que nació la actriz y se comió a la persona.

Y meses después traicioné a mi madre.

8

Dacre

Tenía dieciocho años cuando abandoné Nueva Orleans y acabé donde desembocan la mayoría de las almas descarriadas y rencorosas que en lugar de deprimirse quieren pasárselo bien y quemar el mundo: en Las Vegas. Allí vivía en un pequeño apartamento compartido en Flamingo Road, cerca de Las Vegas Strip, y trabajaba en el casino ubicado en la planta baja de un flamante hotel.

Mi trabajo era sencillo: servía copas gratis a los clientes que me las pedían o a quienes yo mismo decidía. Pronto aprendí que los valores quedaban fuera de los límites de la ciudad del pecado. De este modo, el negocio de mis jefes era propiciar que con el alcohol las personas que ponían un pie en sus instalaciones acabasen apostándose hasta las escrituras de su casa, y yo era uno de los instrumentos que lo facilitaba y se beneficiaba de las propinas.

Debo admitir que mi papel no me incomodaba.

Tampoco era que los apuntase con un revólver en la sien para que se emborracharan.

Me acercaba, ofrecía la copa y había gente que la aceptaba y gente que no, de forma que lo que sucediese después de beberla era cosa suya.

Como he mencionado, buena parte de mi sueldo pertenecía a las propinas. Por esa razón me vi obligado a desarrollar cierto ojo

crítico. Las Vegas también es la ciudad de los actores, de los mentirosos. Las personas fingen muchas cosas allí. No estar casados, que es la primera vez que se drogan, la primera vez que pagan por sexo o que su solvencia es mayor de la real. De esta manera, mi capacidad de cribado era vital para que los bolsillos de mis vaqueros oscuros terminasen repletos de propuestas indecentes, billetes arrugados y algún que otro número de teléfono.

Continuaba usando ropa oscura, aunque entonces supiese utilizar a la perfección la lavadora de la lavandería, pero me había habituado y el color negro alimentaba mi fama. Corrían muchos rumores de mí en Las Vegas. «Estuvo en la cárcel». «Su familia le abandonó». «Es un tipo oscuro». «Le encanta follar». Ninguno cierto, excepto el último. Permitía que opinasen de mí lo que quisieran porque nunca me ha gustado dar explicaciones, y enseguida me di cuenta de que el aura sombría y misteriosa de la noche me beneficiaba, aumentaba mi atractivo y el interés de los magnates recurrentes.

La madrugada en la que mi suerte cambió no hice nada distinto a las anteriores. Mi turno era el que empezaba más tarde y eso lo convertía en el más codiciado, porque a medida que pasaban las horas el desenfreno de las personas se precipitaba y facilitaba nuestro trabajo. Me detuve en un lateral de la sala con el atuendo negro y la bandeja de plata y estudié la estancia repleta de luces, ruido y gente desfasada.

Algunos de mis compañeros iban a por los desesperados. A esos era fácil distinguirlos. Sudaban mucho, se desabrochaban el primer botón de la camisa y, conforme más perdían, más subían el importe de sus apuestas y el dinero que daban a los camareros para aparentar. Para alimentar su falsa sensación de control y que quedara por encima de una conciencia que les hablaba de abandonar y de ruina. Se trataba de los culpables de que las

ventanas de los hoteles no se abrieran del todo y los puentes estuviesen custodiados por paredes de cristal para evitar suicidios. Víctimas sencillas. Pero ese no era mi público. No se trataba de conciencia ni falsa moral. Se trataba de que yo buscaba conseguir mi sueldo de un modo más *amable*, con el que no corriese el riesgo de que tarde o temprano acabasen despertando en mi interior unos principios que se encontraban de lujo desterrados en las vacaciones semipermanentes a las que los había enviado.

Las compañeras de *bridge* de mi abuela a las que servía el café los domingos decían que era guapo, y medio Saint Claude lo había ratificado, así que tan solo debía servirme de mi físico y estaba más que dispuesto a usarlo.

Deslicé la mirada por la sala y encontré los primeros candidatos.

Los aspirantes a pagar la renta de mi apartamento solían ser personas que me devolvían el vistazo nerviosos por detrás de su copa o que clavaban los ojos en los míos con descaro. En una primera ronda localicé tres opciones que se ajustaban a ese criterio. Un hombre casado cuya mujer se había ido hacía un rato a dormir, una pareja a la que no le importaría que me uniese a ellos y una chica del grupo de mujeres pijas que me observaban en bandada y que probablemente se hallaba en su propia despedida de soltera. Sonreí. Las tres opciones eran muy buenas. Al final, me decanté por la última por las posibilidades de diversión añadida que ofrecía gracias a sus amigas, e iba andando hacia ella cuando alguien me detuvo.

—Eh, tú, muchacho.

Miré en la dirección de la que provenía la voz, y me encontré con una mujer menuda a la que las piernas le colgaban por encima del taburete y cuya media melena negra le enmarcaba la cara coronada por unas enormes gafas redondas. Se encontraba jugando en la

ruleta y, en aquel momento, yo no sabía que se trataba de Shonda Davis, que se había visto obligada a acudir allí por trabajo y que estaba a punto de cambiarme la vida. Es más, cuando no me quedó ninguna duda de que era a mí a quien llamaba y que el jefe de la sala lo había visto y no podía negarme, me aproximé un poco irritado, pero el reloj de cuatro cifras que lucía en la muñeca y que no pegaba con su traje austero me hizo darme cuenta de que quizá sí que tenía dinero. Eso suavizó mi inicial enfado.

—¿Desea que le traiga algo?

Sonreí educado, pero ella fue a lo suyo.

—¿Son tuyos? —dijo examinando mis facciones.

En aquel instante, el *crupier* la avisó de que había ganado una buena suma de dinero, y Shonda ni siquiera le devolvió la mirada y se limitó a restarle importancia con la mano cuando este le dijo: «Pero es que tiene que recoger sus ganancias». Acto seguido, y ante su insistencia, le indicó a la chica que la acompañaba que apostase todo al veintisiete, añadiendo la muletilla de «Aquí tengo algo mejor». El descaro y lo inapropiado de su reacción (sus pupilas no cesaban de pasear por mi rostro) me desorientaron y durante un par de segundos no supe por dónde me andaba.

—¿El qué?

—Los ojos. ¿Usas lentillas o son tuyos, muchacho? —repuso aburrida, como si ya me lo hubiese aclarado un millón de veces y no se tratase de la primera.

Adiviné a lo que se refería. La tonalidad verde fluorescente de mis ojos era algo característica, similar a la que Disney utilizaba para señalar que un personaje era un villano, como sucedía con Scar en *Elrey león*. Eran una advertencia. Recobré la compostura y de nuevo alcé las comisuras de mis labios.

—Sí, totalmente míos. Ahora, ¿me dice qué quiere para que pueda traérselo?

—A ti.

Parpadeé anonadado ante su total ausencia de vergüenza. Estaba acostumbrado a que hombres y mujeres pretendiesen follarme, pero no a que lo expresasen en público y de ese modo tan abierto.

No me vendía por dinero. Nunca más. Detuve las ganas de mi mandíbula de apretarse y, otra vez, recuperé el control. Me disponía a decirle que se confundía conmigo cuando ella alzó la mano para mostrarme un anillo de matrimonio, como si me hubiese leído el pensamiento. Sin embargo, aquello no significó nada para mí. Los anillos de oro eran una joya, no un escudo contra la infidelidad. A menudo, de hecho, significaban lo contrario. Perdí un poco los nervios y le dije:

—¿Y?

La mujer resopló como si fuera yo el que no se enteraba de nada y no ella la que se estaba explicando fatal.

—Estoy casada con una mujer. No eres mi tipo. —Bajó del taburete de un salto y se dirigió a su acompañante, una chica joven a la que dejó allí—. Quédate con todas mis fichas en compensación por lo poco que te paga el rata de tu jefe, aunque fuiste tú quien lo decidiste; conmigo te habría ido mucho mejor. Me voy a una reunión. —Echó a andar, y llevaba ya unos cuantos pasos dados cuando se giró y cruzó los brazos en el pecho fulminándome con la mirada—. ¿Me vas a hacer esperar mucho? Mi tiempo es oro, muchacho.

Vacilé. Aquello era surrealista.

—¿Perdón?

—¿Sabes hablar?

Apreté los labios. La señora diminuta estaba acabando con mi poca paciencia.

—Es evidente que sí.

—¿Sabes escuchar? —respondió ella por mí—. Es evidente que no, porque de lo contrario ya habrías movido el culo hasta aquí.

Shonda Davis era conocida por tres cosas: por no tener filtro, por las fatales primeras impresiones que generaba y por ser capaz de hacerte ganar mucho dinero, pero yo no sabía quién era, así que decidí que ya había aguantado demasiado y me planté.

—No voy a ir contigo a ningún sitio.

—Ya lo creo que sí.

—Ya lo creo que no.

Sin pensarlo dos veces enfiló decidida en mi dirección y por un segundo temí que me cogiera de la mano y tirase de ella para arrastrarme, pero se detuvo a una distancia prudencial y en su lugar me tanteó.

—¿Cuánto ganas en este sitio en una hora? —Vacilé, pero no me dio tiempo a meditar si quería contestarle o no porque ella se adelantó—. Mira, me da igual, puedes inventarte lo que sea cuando terminemos de hablar y te lo doblo. Eres tan excepcional que pasaré por alto lo lentos que están siendo tus reflejos conmigo. ¿Vamos?

Decidí que estaba loca y que le mentiría triplicando mis ingresos reales.

Luego le dediqué una sonrisa.

—Vamos, *mylady*.

—Por tu bien, jamás me vuelvas a llamar así.

Reconocí el sitio al que me llevó de inmediato. Se trataba de uno de esos reservados vip del establecimiento de copas anexo al casino que mis compañeros visitaban a menudo, los que cobraban por sesiones de intimidad que podían ir desde tocamientos hasta

felaciones. El lugar estaba ubicado en la azotea y los diferentes espacios se hallaban amueblados con mesas bajas, sofás y camas balinesas revestidas de privacidad por cortinas blancas. Seguí a aquella mujer, que continuaba siendo una absoluta desconocida, y enarqué una ceja cuando al llegar a su mesa, que estaba situada en uno de los extremos y tenía su nombre en el cartelito de la reserva, un camarero me retiró el móvil.

—Tranquilo, lo más turbio que podría hacer en tu presencia sería cascarme un eructo épico, y no estoy por la labor de pasármelo tan bien como para llegar a ese punto. Mañana vuelo.

Se giró para pedirle al camarero su bebida, aguardó a que yo escogiese la mía y luego me dedicó de nuevo su atención. Me acomodé en el asiento recostándome y le dije:

—Espero que me invites.

Enlacé las piernas encima de la mesa.

—Me gustaría un mínimo de educación. —Me las quitó de un manotazo y aproveché ese lapso para estudiarla. Necesitaba hacerlo. Saber por dónde iba. Hacía mucho que no me encontraba con un misterio similar. Un puzle en el que ninguna pieza encajaba porque cuando ibas a juntarlas se ponían a bailar. Menos mal que ella no era de las que ocultaban su personalidad. Shonda Davis, de la que entonces ya sabía el nombre gracias al cartel, era excéntrica, rara, coleccionaba dinero y nunca se andaba por las ramas. Es más, en ocasiones podía pecar de falta de tacto—. ¿Te prostituyes?

Solté una carcajada creyendo que iba de coña, pero no.

—¿Por qué?

—No quiero líos legales, eternizan los procesos.

El camarero regresó en ese momento con las dos bebidas y nos las colocó enfrente. Una vez que se hubo ido, contesté.

—No.

—Bien. ¿Cuántos años tienes? —Mi cuerpo se tensó. Evidentemente era menor de edad para determinadas cosas en Nevada, así que salí por la tangente.

—¿Planeas representar la escena del bosque de *Crepúsculo*? —Hice alusión al momento del libro en el que Bella planteaba esa misma pregunta y descubría que Edward era un vampiro—. No recuerdo el diálogo.

—El amigo que te haya dicho que eres gracioso u ocurrente miente.

Shonda no sonrió, pero yo sí, por el placer de irritarla.

—No tengo amigos. Soy un chico muy solitario.

—Y yo no soy la persona que le va a poner remedio a eso. He venido hasta aquí contigo porque quiero hacer negocios. —Los ojos le brillaron, como si pensar en el dinero fuera lo único que la hacía realmente feliz y gracias a mí fuese a lograr mucho—. Pero antes tengo que conocer las probabilidades que hay de que la policía asalte mi agencia porque eres un niñato fugado. —Dudé, y llegué a la conclusión de que en realidad no existía ningún motivo de peso por el que tuviese que ocultarle mi edad.

—Dieciocho años. Tu agencia no se va a llenar de hombres uniformados por mí. —Estudió si decía la verdad y continuó el interrogatorio.

—¿Tus padres saben que estás aquí?

Noté el nacimiento de una bola amarga que aplasté contra mi paladar con la dulce indiferencia que debía sentir por ellos.

—Saben que me busco la vida, aunque les sorprendería la estampa de vernos a ti y a mí ahora mismo aquí sentados, eso seguro.

Coloqué un velo jeroglífico para que no descubriera cómo era mi nula relación con los Stanley y ella no indagó, puesto que lo único

que le importaba era que no supusieran ningún problema.

—Okey, entonces ya puedo presentarme. Me llamo Shonda, Shonda Davis, no te olvides nunca de este nombre, muchacho, y dirijo una de las mejores agencias de representación del país. Los actores vienen a mí o, si no, los busco, y podría decirte que tú eres una excepción, que jamás he hecho algo así, abordar a una persona en su puesto de trabajo, *quién osaría ser tan poco profesional*, *bla, bla, bla*. Pero sería mentira. —Hizo una pausa para dar un sonoro sorbo a su margarita—. Tengo edad, intuición y experiencia. ¿Sabes qué no tengo? Paciencia para los convencionalismos, miedo a que me juzguen o prejuicios. Y cuando veo algo que me gusta voy a por ello como los niños, con las manos manchadas de helado, y todo para que no se me adelanten. Por si no te has dado cuenta, tú me gustas, me gustas mucho.

—Algo había intuido, además de tu falta de modestia. Te escucho. —Presté atención para saber por dónde diablos salía aquella demente y ella continuó.

—Cada mañana, y no te exagero, llegan a mi despacho infinidad de candidaturas. Estar conmigo no siempre es sinónimo de éxito, pero casi. —Sonrió con orgullo—. Tengo ojos y oídos en la mayoría de los proyectos importantes que se desarrollan en nuestro país, y la poca vergüenza de invitar a sus peces gordos a cenar y durante cuatro largas horas fingir que me caen bien para que después tengan en cuenta a mis chicos. A cambio les ofrezco calidad, tendencias, rostros que se te clavan en la retina como espinas que no te puedes sacar. De mi parte solo recibirán lo mejor, y por eso me veo obligada a ser terriblemente selectiva y por el camino a romper muchos corazones...

—No pareces arrepentida.

—Porque no lo estoy. No todo el mundo puede ser el cometa de la década, y para las estrellas fugaces ya hay muchas agencias mediocres en Los Ángeles; que se vayan con ellos y a mí me dejen en paz. No derramaré ni una lágrima porque alivien mi carga de trabajo. Entre nosotros, estoy un poco harta de recibir y recibir a artistas y que ninguno sea mi pasaporte.

—¿Tu pasaporte?

—El actor por el que me tome unas merecidas vacaciones podrida de dinero hasta decir basta. Mi pasaporte a la lista Forbes. Quiero ser muy rica. Quiero tener la posibilidad de limpiarme el culo con billetes de cincuenta, aunque nunca lo haría. Me considero una persona ahorradora. —Su sonrisa se ensanchó. Después clavó las pupilas en las mías y añadió—: ¿Sabes lo complicado que habría sido para ti hablar conmigo en otras circunstancias?

—¿Pretendes que te dé las gracias? —Se me escapó una carcajada.

—Pretendo que aprecies el contexto, ya que por la vía normal esto que está sucediendo te habría resultado del todo imposible. Para mantener uno de los pocos encuentros que celebro con candidatos te habrías visto obligado a superar el filtro inicial de mi ayudante Crysta, que vive con miedo constante a decepcionarme y se pasa de cauta, además de tener un buen porfolio y un videobook, haber participado en otros proyectos, aunque fuese de figurante, y competir contra la pereza que me produce sociabilizar, convirtiéndote en el milagro que hace que se me atraganten los fideos chinos y corra para llamarte antes de que alguien de la competencia dé ese paso primero —dijo de carrerilla, y paró para volver a la carga saboreando sus palabras—. Pero te he visto y aquí estamos...

Se produjo un silencio y decidí que había llegado el momento de poner fin a la conversación. ¿Yo, actor? No tenía ningún puto

sentido. Demasiado había aguantado a esa mujer inestable. Al menos, había ganado una copa gratis. Apuré la bebida y me puse de pie dispuesto a marcharme en cuanto me diera el dinero prometido. Pero antes le dije:

—¿Te doy el consejo que no me has pedido, pero me apetece ofrecerte? La próxima vez que vayas a hacer tal despliegue de narcisismo, asegúrate de que a la persona que tienes enfrente le importa un mínimo de lo que hablas. Esta noche voy a sufrir una terrible jaqueca oyendo tus «soy la mejor en todo» con voz de pito.

Sonriendo, dejé caer el disfraz, y estaba pensando en el importe que le iba a pedir cuando Shonda me interrumpió, aunque no para mostrarse ofendida por mi comentario, que era lo que yo imaginaba.

—Ni se te ocurra creer por un instante que te vas a largar de aquí dejándome con la oferta en la punta de la lengua, maldito cretino de ojos impresionantes. Voy a decírtela, vas a escucharla y después, si aun así pretendes marcharte, tenemos un problema, porque es posible que te mejore las condiciones iniciales masacrando todas mis creencias de que un treinta es lo mínimo que merezco cuando voy a elevar a la gloria a un novato desagradecido e impertinente.

Parpadeé sin entender la razón de su cabezonería y terminé mascullando con recelo.

—No te entiendo, y mira que me considero una persona bastante perspicaz para los asuntos que me benefician. No tengo interés ni preparación ni ganas de aguantarte más allá de lo estrictamente necesario. De hecho, te he soportado durante esta copa para que me pagues mucho dinero. ¿Por qué te empeñas en captarme para tu agencia imaginaria?

—Porque la agencia existe y porque estás hecho del material. —Bajó el volumen de su voz como si me estuviera contando el secreto de la fecha de destrucción del universo.

—¿Cuál?

—El de los cometas, ya te lo he dicho. Las estrellas fugaces vuelan, trazan una trayectoria razonable y caen. Así son la mayoría de los artistas. En cambio, tu belleza es letal y, si aprendes a interpretar, Gobiernos y Gobiernos de diferentes culturas emplearán sus fondos en impedir que caigas al suelo. Tú ya comprendes el símil, espero, aunque por ahora no has dado muchas muestras de tu inteligencia. Pero... Tienes algo especial, algo que no he visto, o no he visto demasiado, y aún menos sin explotar; algo por lo que estoy dispuesta a reprimir las ganas de abofetearte por haber insinuado que tengo voz de pito, y a hacerte el mejor trato de toda mi carrera e incluso fingir que soy simpática. —Forzó una sonrisa tan exagerada y caricaturesca que por poco no se trasladó a mi rostro. De hecho, creo que le habría devuelto la sonrisa de no estar tan confundido.

—¿Seguro que esto no es un delirio fruto de algo que te has tomado? Por Las Vegas circulan muchas mierdas.

—De lo único que estoy segura es de que no me hace falta conocer tu nombre para saber que un día sonará como el del actor que marcó una década. Eres mi DiCaprio, mi Robert Pattinson, mi... —Aguardó a que se lo dijera, y por fin lo hice.

—Dacre Stewart —pronuncié, y aclaré la garganta—; ¿de cuánto estamos hablando?

Escuché el resumen del futuro que me planteaba, así como la forma en que podía alcanzarlo, y volví a tomar asiento. Esa madrugada comenzó mi carrera en la ciudad del pecado con la única motivación por mi parte de ser el rey del mundo y el diablo del infierno. No tenía nada y Shonda me lo ofreció todo. Por fin había ganado.

Episodio 2
El casting

ESCENA RESCATADA DEL CASTING DE *LOS NUEVE CÍRCULOS* DE SADIE SANDERS PARA INTERPRETAR A LIBE

INT. SALA DE TORTURAS DE TRAICIÓN-NOCHE

LIBE se despierta maniatada en una silla en estado de semiinconsciencia, herida, al oír a su captora, que se mueve con total libertad por la húmeda, oscura y mugrienta sala. La captora, SYBIL, se percata de que por fin se ha despertado y se da la vuelta luciendo una amplia y escalofriante sonrisa.

SYBIL

(Tonalidad aniñada, dulce y espeluznante).

¿Te estás muriendo? Espero no haberte matado, jo. Mi superior se disgustaría mucho, aunque admito que resultaría de lo más divertido haber terminado de una simple paliza con la humana de la que todo el mundo habla.

LIBE la mira desorientada. No sabe quién es aquella niña rubia, dónde están ni cómo ha acabado allí. Le cuesta enfocar. Parpadea varias veces tratando de distinguir lo que la rodea, y al tiempo que repara en las heridas de su cuerpo percibe un gran dolor. El pánico la domina y trata de desatarse sin éxito.

LIBE

¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Por qué...?

SYBIL

Las preguntas de una en una, que me agobio.

Se sostienen la mirada. LIBE intenta serenarse.

LIBE

¿Por qué estoy atada?

SYBIL

(Entusiasmada).

¡Porque vamos a torturarte! Y ojalá después te matemos de un modo agonizante, pero eso último no lo decido yo.

SYBIL hace un puchero. A LIBE se le pone la piel de gallina, aunque logra mantener la compostura para razonar con ella.

LIBE

¿Por qué querrías matarme? No me conoces.

SYBIL

Quiero matar a todo el mundo. No te lo tomes como algo personal. Asesinar forma parte de mi naturaleza.

SYBIL se mueve y LIBE puede contemplar, desplegadas sobre la mesa, las armas que van a utilizar con ella. Es incapaz de seguir controlándose y el miedo da paso al instinto de supervivencia, a la súplica.

LIBE

Por favor, no lo hagas, por fa...

SYBIL

(Negando con la cabeza).

Te aconsejo que no vayas por ahí. Tus ruegos solo aumentan mis ganas de cortarte en pedacitos muy pequeños.

SYBIL dibuja una sonrisa infantil y LIBE, comprendiendo lo sucedido y sabiéndose atrapada y sin posibilidad de hacerla cambiar de opinión, cambia de actitud, aprieta los dientes, alza la barbilla y la desafía.

LIBE

Cuando él venga, acabaré contigo.

SYBIL

Cuando él venga, con algo de suerte también le mataremos de una maldita vez. ¡Cuántos asesinatos! ¡Va a ser la mejor noche de este último siglo, y todo gracias a ti! Ahora mismo te quiero.

1

Sadie

Los nueve círculos, de Tracy Montgomery, era el título de la primera entrega de la trilogía *Averno*. Me lo había leído aquel agosto entre las tardes al sol en la playa de Santa Mónica y mis descansos de la heladería del paseo marítimo en la que trabajaba.

Me mudé a Los Ángeles nada más terminar el instituto ese mismo verano con la intención de perseguir mi sueño de convertirme en actriz. Mi madre no lo había aprobado, aunque yo tampoco le había preguntado, ni me había ayudado. Después de que la despidieran de la productora camuflándolo como abandono voluntario por agotamiento, no había vuelto a encontrar trabajo a pesar de estar rehabilitada; lo poquito ahorrado se lo había gastado y nuestra relación no había mejorado nada con el paso de los años. Así que acabé viviendo en un pequeño apartamento lejos de cualquier lugar interesante, tardaba casi una hora y media en ir a trabajar y mis progresos en el universo artístico habían sido nulos tras cuatro largos meses.

Al llegar a la ciudad de las estrellas todo era ilusión. Conseguiría un buen agente, me presentaría a un casting, lograría un papel chiquitito con el que cogería tablas y poco a poco iría ascendiendo hasta mi gran papel protagonista, el personaje que me daría reconocimiento. ¿Cuántas de aquellas fantasías se habían cumplido a

finales de octubre? Ninguna, y aquello comenzaba a ponerme nerviosa.

—Muy bien. Coge tu número y espera a que te llamen en aquella sala —me dijo la mujer de la recepción del edificio al que había acudido a hacer una prueba.

La mayoría de los representantes artísticos a los que había escrito o en cuyas oficinas me había presentado me habían rechazado, y los pocos que quedaban por decirme algo no me contestaban. Por esa razón, y porque creía que formarme constantemente era parte del trabajo, me había apuntado a una pequeña escuela llamada Metrópolis donde perfeccionaba mi interpretación frente a la cámara. Era en el tablón de la escuela donde había visto la audición y me había inscrito sin pensarlo.

—Gracias —le respondí a la mujer, y me encaminé en la dirección que me había indicado.

El papel para el que me iba a presentar era el de Libe, la protagonista femenina de *Averno*, historia que se ambientaba en el infierno de Dante de un modo bastante peculiar, personificando el pecado de cada uno de los círculos en un atractivo dios demoníaco y creando un triángulo amoroso entre Ira, Traición y ella, la humana. Abrí la puerta de la sala y se me cortó la respiración.

Había estado en muchos castings a lo largo de mi corta carrera, aunque el único papel que había conseguido era una pequeña intervención en un anuncio para una escuela de cocina, pero nunca, jamás, había visto tanta gente aguardando en una sala de espera. Tragué saliva y por mi cabeza se pasó la idea de escapar, aunque la fulminé de inmediato.

«Hoy lo vas a lograr», me dije, y entré.

Si hago memoria es imposible pasar por alto el modo en el que muchas de las presentes me miraron. La mayoría de las chicas que

se encontraban allí iban caracterizadas como el personaje. Es decir, Libe cumplía con todos los estereotipos de las protagonistas de la romántica paranormal más clásica. Tenía el pelo castaño oscuro, era tímida, pero más inteligente que el resto, y rehuía la moda. Vaqueros, camisetas y el cabello como si se lo secase al aire después de la ducha. Así vestían la mayoría de las aspirantes que estaban allí sentadas. Por el contrario, yo llevaba pantalones cortos con los bajos deshilachados, una camiseta de tirantes manchada de helado de pistacho por culpa de un niño y el pelo recogido en una coleta, porque a última hora mi compañera no había podido venir debido a que su mascota (un periquito) había enfermado; de modo que me había tocado hacer sus horas y no había podido pasar por casa para ducharme y vestirme con un *outfit* idéntico al de mi competencia, que también tenía preparado en casa sobre la cama. De esta manera, no es que fuera más original que el resto, es que tenía peor suerte y una vistosa mancha verde en la camiseta.

Tomé asiento en la primera silla que encontré libre y esperé.

Para quien no los conozca, los castings son un ataque constante contra tu autoestima porque siempre te hacen sentir que no eres suficiente, que te falta algo, lo que sea. Y la mayoría de los directores no se molestan en explicártelo, obligándote a naufragar en un mar de inseguridades. Por ello, la práctica totalidad de las chicas que estábamos allí nos encontrábamos muy angustiadas. Aquella se trataba de una de las pocas ocasiones en las que estaban buscando una cara desconocida, novedosa; o, lo que era lo mismo, había una posibilidad real de hacernos con el trabajo. La ansiedad trepó por mi garganta y la apacigüé inspirando aire y expulsándolo. Luego, revisé a mi competencia.

Reconocí varias caras de otras audiciones, con algunas de ellas incluso había hablado. Las acompañaban sus madres, amigas o

abuelas. Las más afortunadas iban de la mano de una representante novata. Se rumoreaba que para las grandes agentes había otra fecha, una en la que solo acudirían sus chicas, y yo me lo creía porque existen pocas cosas menos imparciales que la actuación. Así que sí, posiblemente había otra fecha para las privilegiadas, por no mencionar que se estaban llevando a cabo audiciones por todo el país, pero, aun así, confiaba. Había memorizado cada línea de las tres escenas que nos habían enviado y conocía a la perfección la historia de Libe. A pesar de no estar de acuerdo con muchas de sus decisiones, me resultaba un personaje interesante.

Desenfundé el móvil, me saqué un selfi y se lo envié a mi hermano.

«Aquí está la cara de la futura superestrella juvenil», le escribí.

No me importaba haber ido sola. En aquellos momentos, Freddie se hallaba en algún país de América Latina, creo que Perú. Le había perdido la pista. Después de su accidente en las pistas de esquí y de perder cualquier posibilidad de dedicarse profesionalmente al fútbol americano, se había apuntado a un curso de fotografía en el que había encontrado su nueva pasión: inmortalizar cosas bonitas. Para ello le había pedido a nuestro padre la ayuda que yo había rechazado por mi cabezonería y mis ansias de demostrar que podía sola, y se encontraba de viaje por Latinoamérica, disparando con sus cámaras a un lado y otro para obtener las imágenes que vendía a algunos medios de comunicación y agencias de publicidad, mientras seleccionaba las que en un futuro muy lejano compondrían el stock de la galería que pensaba montar. Lo tenía todo muy bien planeado, y estaba guapísimo en el selfi que me mandó de vuelta con un look de estilo explorador recorriendo las impresionantes cataratas de Ahuashiyacu (eso me dijo), acompañado de un guía que bien podría ser el guapísimo Emilio Sakraya.

«A por todas, pequeño búho», me respondió.

Guardé el teléfono con una sonrisa. Aquella exhibición de confianza en mí misma no era del todo cierta, aunque tampoco se trataba de una farsa. Digamos que había trabajado en mi autoestima y que las ganas de vencer a mi madre, así como el rencor y la tristeza profunda que me pesaban muy al fondo, en algún punto muerto al que no quería mirar, se habían convertido en una motivación excelente.

—La veintisiete —asomó una mujer de la sala—, adelante.

Era el número que tenía en la mano. Me levanté y evité las miradas del resto de las aspirantes que quedaban, quienes, como había hecho yo misma minutos atrás, me analizaron con detalle para valorar las posibilidades que tenían de superarme.

Había cosas de los castings que no te contaban en las escuelas de interpretación. Otras sí, como que la presión te embotará la cabeza, que sufrirás ansiedad o que en ocasiones el guion que con tanta delicadeza habías memorizado cambiaba sobre la marcha y debías amoldarte porque la directora de casting quería ver cómo te manejabas con las breves o grandes alteraciones que una directora de ficción podía solicitarte en directo en pleno rodaje; es decir, más o menos sondeaba tus posibilidades de subirte a un coche circulando, aferrar el volante y ser capaz de controlarlo.

Pero otras no.

Por ejemplo, nadie te hablaba de la enorme decepción que te llevabas al realizar tu primer casting y aterrizarlo en la realidad. En mi imaginación, las pruebas se realizaban en salas diáfanas, blancas, donde la limpieza, pulcritud y tranquilidad reinaban. Con varias personas, cuatro si me ponía a sumarlas, al otro lado de una mesa de madera de pino clara, prestándote toda su atención. Se respiraba paz, tranquilidad, armonía y espacio. La realidad era que daba igual

que se tratase de una película del mismísimo Spielberg, las audiciones se llevaban a cabo en salas pequeñas, claustrofóbicas, que bien podrían haber sido un cuarto de interrogatorios o un almacén, con una mesa bastante más pequeña y funcional, mucho olor a café, cámaras enfocando, portátiles abiertos y folios dispersos sobre la mesa. Aquella fue la estampa que me encontré en la audición de *Los nueve círculos*, y eso que Lázaro, el director de casting de esa ficción, era conocido por una intolerancia al desorden que debió de olvidar para la ocasión.

—Sadie Sanders, ¿verdad? —me preguntó una de sus ayudantes mientras él hablaba con la otra como si yo no hubiese pasado.

—Tenía fuerza, pero le faltaba algo. Algo potente...

«Descartada la chica anterior», pensé, y reprimí una sonrisa. Parecía buena.

—Sí —respondí.

—¿Recibiste las tres escenas? Hemos tenido algunos problemas con los envíos —continuó la ayudante.

—Recibidas y memorizadas.

—Bien.

En aquel instante Lázaro terminó y sus ojos impactaron de lleno con los míos. Automáticamente me puse tensa.

—¿Eres la siguiente? —preguntó. «No, estoy aquí porque he visto una puerta cerrada y me he dicho: ¿y si pasas a ver qué hay?», ironicé en mi cabeza, por lo absurdo de su pregunta, pero exterioricé una sonrisa educada y tranquila.

—Sí, lo soy.

—Genial.

A continuación, me examinó. Estaba acostumbrada a que parte del proceso fuese que repasasen cada centímetro de mi piel, aunque eso no evitaba que se tratase de un momento un tanto incómodo

durante el cual había que disimular. Generaba muchas inseguridades. «¿Estoy demasiado delgada? ¿Demasiado poco? ¿Soy muy corriente? ¿Fea? ¿Común? ¿Qué falla en mi aspecto?». Tragué saliva y me aferré al timón que todo artista debe tener amarrado en el pecho para que su barco no vaya a la deriva. Sus pupilas recorrieron mi cuerpo, mis rasgos, y estoy segura de que dio buena cuenta de mi estatura y complexión a pesar de tenerlo en el currículo y el *videobook*.

—Empezamos con la escena del secuestro. Linda te dará la réplica. ¿Lista?

Linda era una de sus ayudantes. La maleducada que todavía no me había dicho ni hola. Rondaría los cuarenta, rubia, y se ocultaba detrás de unas gafas excesivamente caras con brillantes. No era la mejor opción. Por lo general te lucías más si para la réplica contabas con otra actriz, aunque esta no formase parte del elenco definitivo. Con una artista la escena fluía de una forma más natural. Pero Linda era todo lo que tenía, así que la exprimiría como a una naranja.

—Cuando queráis.

Me puse en mi posición en la silla simulando estar maniatada.

Había practicado mucho esa secuencia en casa, tanto sentada como haciendo las tareas domésticas, siguiendo el consejo de mi última profesora, Esperanza, quien aseguraba que memorizar los diálogos en movimiento era clave para romper la conexión cuerpo-cerebro tan necesaria, y así, una vez en el rodaje, poder atender a las sugerencias de cambios posicionales del director sin perder tus líneas por el camino.

La mirada de Linda descendió a los folios que tenía delante, la otra ayudante, de la que desconocía el nombre, activó las cámaras para que grabaran y el director de casting solo dijo «Allá vamos» antes de que empezásemos.

La primera en hablar era Linda. Leería las líneas de diálogo de Sybil, el círculo-pecado de la Avaricia, que tenía el aspecto de una niña rubia con una personalidad un tanto desequilibrada que seguro encantaría al público. Narraba el momento en el que ella secuestraba a Libe para entregársela a Traición, Jude, uno de los protagonistas. Para entender la fuerza de la escena, de la trama, además de versionar los círculos del infierno de Dante, *Averno* pretendía ser una historia de amor. De hecho, esa era su mayor ambición.

Los pecados, hermanos encarnados en seres inmortales, luchaban entre sí por hacerse con el dominio de la Tierra y liderar la jerarquía familiar en una batalla eterna al tiempo que evitaban sucumbir a su única vulnerabilidad: el amor. Ningún ser podía acumular tanto poder sin que existiese algo capaz de destruirlo, y en este caso era el ser humano al que estaba conectado, la persona a la que entregaría sin remedio su alma hecha ceniza desde el primer instante en que la viera. Su final. El de Ira era Libe. Ahí entraban los dos protagonistas principales. Y Jude, Traición, el tercero en discordia, pecado sin moral o principios, bastante harto y aburrido de esa guerra milenaria, que no dudaba en tratar de sacar ventaja secuestrándola para someter a su hermano; con lo que no contaba era con que Libe le despertaría sensaciones. A fin de cuentas, ella no era su persona, y los pecados no podían amar si no era por culpa de la maldición, ¿verdad?

Los ingredientes estaban servidos.

Tramas bélicas, acción, oscuridad, mucha maldad y dos monstruos intentando proteger a la misma persona por razones opuestas y que a la vez la querían ver sin vida porque se trataba de una debilidad y en su universo un líder frágil era un líder muerto, ambos lo sabían muy bien.

Lo cierto era que había disfrutado mucho con la lectura.

Mi atención regresó a la audición. Bajé la cabeza, cerré los ojos, relajé el cuerpo, lo dejé caer, y cuando los abrí de nuevo, de golpe ya no era Sadie, era Libe. Estaba en su piel. Ojeé lo que me rodeaba aturdida y desorientada y lo que tenía delante desapareció para transformarse en la celda húmeda, oscura y fría que había dibujado en mi imaginación mientras estudiaba el guion. Me entregué tanto a la escena que incluso oí el goteo del agua cayendo por las paredes e impactando contra el suelo, como si de verdad me hubiese trasladado a aquel universo, y por la ventana con barrotes que simulé que estaba a mi derecha se coló una ráfaga de aire helado que me puso la piel de gallina.

—Te estás muriendo. Espero no haberte matado, jo. Mi superior se disgustaría mucho, aunque admito que...

Linda recitó la primera línea de su personaje de manera monocorde, y no podía culparla. Ella no era actriz y con toda probabilidad le gustaba tanto tener que interpretar como a mí que lo hiciera. Yo no podía manejar su tonalidad, pero sí el modo en que la oía, de forma que le puse la voz adorablemente siniestra que se le presuponía a Sybil. Mi confusión prosiguió, parpadeé, y antes de que quisiera darme cuenta distinguí las heridas que esas bestias me habían causado y el dolor comenzó. Me retorcí de agonía.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Por qué...?

Una bola de pánico explotó en mi interior y me quemó mientras trataba sin éxito de deshacerme desesperada de la sujeción invisible que, en mi estado, completamente entregada al personaje, podía sentir aferrando mis muñecas y piernas en carne viva.

—Las preguntas de una en una, que me agobio.

Linda volvió a emplear la misma voz sin vida, pero en mi cabeza la escuché como debería ser, y me di cuenta de que con los nervios

disparados no iba por el buen camino con ella. Traté de serenarme, de buscar la vía para recurrir a su empatía.

—¿Por qué estoy atada?

—¡Porque vamos a torturarte! Y ojalá después te matemos de un modo agonizante, pero eso último no lo decido yo.

Hay algo mágico cuando interpretas a un personaje y te conviertes en él, y es que tu cuerpo y tus emociones empiezan a responderle. De ese modo, la que estaba allí ya no era Sadie Sanders, la actriz de dieciocho años con una mancha de helado en la camiseta, sino Libe, la humana que habían secuestrado, herido y se moría de miedo porque la acababan de amenazar con torturarla y matarla. Noté un calambre en los músculos y mi corazón comenzó a galopar. Estaba aterrada, con ganas de aovillarme y llorar, pero si algo sabía hacer como Sadie y como Libe era camuflar mis verdaderos sentimientos.

—¿Por qué querrías matarme? No me conoces. —Continué con la escena, tragándome la desesperación y el pánico que no me beneficiarían con la niña cruel cuyas líneas leía Linda.

—Quiero matar a todo el mundo. No te lo tomes como algo personal. Asesinar forma parte de mi naturaleza.

El tiempo se paralizó para mí y pude oír mis propias pulsaciones. Llegaba el momento clave. Los dos actos. Dos instantes con dos cambios de actitud que definirían el carácter que le quería otorgar al personaje. Si lo lograba, si conseguía deslizarme por la curva del arcoíris para acto seguido caer al abismo, tendría alguna posibilidad de que el papel fuese mío. E iba a dejarme la piel y los huesos en obtenerlo. Visualicé la mesa con armas de tortura que mi personaje estaba examinando en esos momentos en la escena, y el miedo me cerró la garganta.

—Por favor, no lo hagas, por fa...

«No quiero morir».

«No quiero morir».

«No quiero morir».

«Quiero acabar contigo».

Todos esos pensamientos resonaban en mi cabeza. La angustia era real. Tenía que desatarme. Tenía que coger alguno de esos instrumentos afilados y clavárselo en la cabeza. Me removí con el instinto de supervivencia recorriendo mis venas y escuché a Linda recitando con la poca energía con la que llevaba haciéndolo todo el rato: «Te aconsejo que no vayas por ahí. Tus ruegos solo aumentan mis ganas de cortarte en pedacitos muy pequeños». Pero ya daba igual, porque estaba completamente dentro.

Es curiosa la cantidad de cosas que se le pueden pasar por la cabeza a una actriz en un parpadeo. Recuerdo que durante aquellos trescientos milisegundos, mientras intentaba soltarme de unas cuerdas que no existían, pensé que en mi siguiente intervención me lo jugaba todo porque perfilaría a Libe y le daría el matiz único y diferenciador que podía obtener conmigo. Pensé que sentía miedo por no lograrlo, ansia por hacerlo, y a la vez deseé con toda mi alma, que apenas había empezado a corromperse, asesinar con mis propias manos a la mujer que tenía enfrente, que no era Linda, era Sybil. Lo que me diferenció de las demás aspirantes fue concederle un atisbo de maldad a Libe. Permitirle subirse en la mano de la furia y la sed de venganza sin remordimientos y que esta la alzase, liberarla de la presión de tener que ser siempre buena cuando el universo se mostraba hostil con ella. A fin de cuentas, solo un monstruo podía plantar cara a otro. Aplasté el pavor, alcé la barbilla y la desafié.

—Cuando él venga acabaré contigo —pronuncié, y añadí de mi propia cosecha—: Y pienso disfrutarlo. —Dibujé una sonrisa triunfal

igual de tétrica, reflejo de la de Sybil, y Lázaro anunció «Paramos», ya que la siguiente frase era lectura de Linda y ella no formaba parte de la prueba.

Se produjo el silencio. No sé qué me esperaba, pero desde luego no era eso. Regresé a mi cuerpo como Sadie y empecé a ponerme nerviosa. Lázaro tenía las cejas enarcadas y me observaba sin decir nada. Así un segundo tras otro. La expresión de sus ayudantes, igual de confundidas que yo, tampoco me ayudaba. Una sensación amarga ascendió por mi estómago y llegué a la conclusión de que me había equivocado. Había jugado mal mis cartas y había perdido la partida. Pero no me arrepentía. El personaje tenía derecho a rebelarse, a oscurecerse y sacar carácter. Era lo que sentía cuando le daba vida. Era lo que sentía cuando... era ella, porque en el momento en que estaba actuando me transformaba con un nivel de entrega total.

Lázaro continuó sin decir nada y determiné que ya había esperado bastante. Si el director de casting estaba elaborando un discurso con el que rechazarme, este era innecesario. Iba a ponerme de pie y emitir una falsa disculpa por el atrevimiento de salirme un poquito del guion, por si en el futuro volvíamos a cruzarnos en otra sala tan asfixiante y destartalada como esa, cuando él habló.

—No sé si lo que has hecho es una genialidad o una falta absoluta de respeto por el personaje original. Pero eres la primera Libe que quiero volver a ver. Quiero volver a verte, Sadie Sanders.

Conseguí mi papel cinco castings después, y todo porque hice de la buena de Libe, una chica con carácter que no se dejaba pisotear, y enamoré a la mismísima Tracy Montgomery. Fue así como conseguí que hasta mi personaje rehuyese las emociones que a mí me hacían daño.

ESCENA RESCATADA DEL CASTING DE *LOS NUEVE CÍRCULOS* DE DACRE STEWART PARA INTERPRETAR A RHETT

EXT. ZONA BOSCOSA FRENTE GIMNASIO BAILE-NOCHE

LIBE, visiblemente molesta con RHETT, se adentra en la zona boscosa frente al gimnasio donde se está desarrollando el baile del instituto. Él la sigue.

RHETT

Libe...

LIBE
(Sin detenerse).

Vete.

RHETT

Libe...

LIBE se para y se gira exasperada. RHETT también frena. A ella le sorprende la poca distancia a la que se encuentra el pecado. Vacila, pero no se amedranta.

LIBE

¡He dicho que me dejes en paz!

RHETT

(Pierde los nervios, frustrado.

No comprende su actitud).

¡Libe, joder!

LIBE

¿Qué quieres, Rhett? ¿No has tenido suficiente con el espectáculo que has montado?

RHETT

(Recupera la aparente compostura.

Tono sarcástico).

¿Espectáculo? ¿Así llamas tú a que te salve el culo? Porque no sé si estoy muy de acuerdo con el nombre...

LIBE

Vete al infierno.

LIBE va a darse la vuelta, pero él se lo impide agarrándola del brazo.

RHETT

Olvidas que es como una segunda casa para mí. Me crie allí. La próxima vez intenta ser algo más original, anda.

LIBE experimenta un escalofrío por el contacto, que disimula. Se sostienen la mirada, las pupilas descienden hasta los labios del otro, RHETT baja la mano y ella suspira, irritada.

LIBE

Te has comportado como un neandertal.

RHETT

Soy más antiguo que ellos.

LIBE

(Vuelve a la carga).

¡Lo que has hecho no tiene ninguna justificación!

RHETT

Medio Averno te está persiguiendo y dos tipos se te han acercado en actitud amenazadora; yo diría que sí.

LIBE

Sé defenderme sola.

RHETT

(Cruza los brazos a la altura del pecho).

De pequeña diste judo. Eso no te convierte en el arma de matar que te crees.

LIBE

(Resopla).

Eres insoportable.

RHETT

Y tú harás que acaben con nosotros como tardes mucho en aceptar tu nueva realidad, pequeña humana de las narices.

2

Dacre

Habían transcurrido tres años desde que Shonda me había reclutado y, a pesar de haber hecho pequeños avances (había participado en algunas series como secundario y en una de ellas había logrado convertirme en un personaje regular), no me parecía suficiente y mi paciencia comenzaba a agotarse. Por lo tanto, sabía lo determinante que *Los nueve círculos* sería en mi carrera, aunque lo disimulaba demostrando que las clases y los *coaches* que mi representante había contratado para formarme habían servido de algo.

Mi casting fue privado y lo llevamos a cabo en las oficinas que la productora tenía en Los Ángeles. Nos encontrábamos en la sala de espera y me había dejado caer con actitud desenfadada en una de las sillas blancas junto a una mesilla. Las piernas relajadas igual que la espalda, mi atuendo oscuro y las gafas de sol puestas.

—Quítate las gafas —me ordenó Shonda—. Es muy cutre llevarlas en un espacio cerrado.

Hacía tres años que trabajábamos juntos, pero su carácter no se había suavizado ni un poquito conmigo. Aquello me gustaba, que fuese tan peculiar. Dejé que las gafas resbalaran por el puente de mi nariz como si se tratase de un tobogán hasta mostrar mis ojos verdes, y le dije:

—Me pone realmente nervioso que la mayoría de las personas que están en una sala quieran follarme, y tengo que permanecer

tranquilo para ofrecer una buena imagen, tú misma lo has dicho. Con las gafas puestas mi atractivo disminuye, aunque siga habiendo un amplio porcentaje de seres humanos que pretendan quitarme la ropa a bocados —añadí para irritarla y desviar la atención del verdadero motivo, y lo logré, más cuando no pudo negar que tuviera razón.

El recepcionista, la chica que estaba esperando en otro asiento y varias personas del interior de la oficina me observaban a través de la cristalera con pensamientos bastante evidentes. No dejaba a nadie indiferente, esa era la verdad que me había acompañado toda la vida. Volví a subirme las gafas y Shonda refunfuñó mientras pronunciaba:

—Cuando salga Lázaro te las quitas. —Le hice un saludo militar llevándome la mano a la frente.

—A sus órdenes, *mylady*.

—Algún día, cuando ya no me sirvas de nada, te romperé la nariz por llamarme así.

Sonreí. El verdadero motivo de querer llevar las gafas de sol puestas no era camuflar mi atractivo, que me importaba una mierda, o esconder una de las tantas resacas que había vivido desde que me había mudado al apartamento de Venice Beach y había empezado a salir mucho; era para poder examinar el entorno sin que nadie se diese cuenta y estar protegido, poner una barrera entre el mundo y yo.

—Háblame de él.

—¿De Lázaro?

—De tu mejor amigo de la infancia.

—Vete a la mierda.

—De Lázaro, sí.

Aquella audición era vital. Shonda decía que no me desesperase, que nuestro momento se acabaría presentando, pero en el fondo cada día que me despertaba y el papel clave no había llegado temía que la mujer rompiese nuestro contrato y quedarme sin nada cuando en mi interior ya se había despertado la ambición de desearlo todo. A fin de cuentas, aparentemente el cariño que me había cogido en ese tiempo era inexistente. Aunque no la culpaba. Si algo tenía claro era que siempre había sido alguien difícil de querer, y hacía mucho que había dejado de esforzarme para que eso cambiara. Ladeé el rostro fingiendo que la escuchaba y mis ojos se desviaron detrás de ella a la puerta por la que, de un momento a otro, saldría el director de casting que podría dar un giro de ciento ochenta grados a mi suerte. La expresión de Shonda vino a decir: «¿En serio, Dacre? ¿Vas a obligarme a socializar todavía más? ¿No te basta con que esté sentada aquí contigo?», y asentí, sin dejarle otra alternativa que hablar a regañadientes.

—Lázaro Sprouse es exigente, pero educado, amable. Un perro viejo, aunque no de los que hacen que salgas con la cola baja y meado hasta arriba de los ladridos que te mete. Buen profesional y muy evidente, demasiado. Si algo le gusta, no se puede reprimir y solo le falta ponerse a dar ridículos saltitos de celebración. —Hizo una pausa y sus pupilas se clavaron de forma intencionada en las mías—. Así que espero que después de verte salga haciendo piruetas de la emoción que le causas —señaló, y la presión aumentó en mi interior.

Exteriormente la sonrisa que lucía se ensanchó.

—Parece que te cae bien.

—A mí nadie me cae bien, muchacho, pero puedo respetar a las personas.

En aquel momento salió Lázaro. Recuerdo que Shonda y él se saludaron, ella me presentó y hablaron un rato antes de que yo entrase solo en el casting. Mi audición fue un desastre. Hacía la prueba para Rhett, el pecado protagonista que representaba a Ira, y la réplica me la daba Penélope Owen, actriz confirmada para interpretar a Pereza en la serie. Entonces, ¿en qué había fallado? Básicamente en todo. El tono de Rhett, a pesar de tratarse de un ser paranormal letal que había realizado todo tipo de actos violentos y crueles que escapaban a la moralidad, era comprensivo, en cierto modo torturado, y yo había sonado sarcástico, irritado y combativo con Libe. Rhett aceptaba cada una de las decisiones de la chica sin cuestionárselas y yo la había retado tomándome muchas licencias como, por ejemplo, añadir «joder» al «¡Libe, joder!», porque no se detenía cuando el error de Ira había sido intentar protegerla, el «culo» frustrado de «¿Así llamas tú a que te salve el culo?» o el «pequeña humana de las narices» sonriente de «Y tú harás que acaben con nosotros como tardes mucho en aceptar tu nueva realidad, pequeña humana de las narices».

En mi defensa, aquello estaba «justificado». Shonda me había dicho que le diese mi toque al personaje; claro que lo que yo había hecho era reconstruirlo por completo. El problema había sido la maldita escena. No era ninguna de las tres que nos habían enviado para prepararnos. En palabras del propio Lázaro, el cambio se debía a que daba por sentado que podía clavar los diálogos del guion mandado y quería comprobar hasta qué punto era moldeable. Aquello tampoco me había pillado por sorpresa. Mi representante me había prevenido de que podía suceder. Un casting no era solo interpretar, era mostrar al director de la prueba de qué material estabas hecho, y lo que todos querían era que fueses arcilla maleable. Convencerlos de que llegado el momento te adaptarías a

las ocurrencias de la directora de la ficción en plena grabación sin hacer perder un segundo del valioso (y caro) tiempo de rodaje.

Había ofrecido un Rhett arrogante y sarcástico cuando lo que buscaban era uno abnegado, paciente y heroico. Y ni siquiera me brindaron una segunda oportunidad. Al terminar, cuando fui consciente de mi error, traté de enmendarlo con la siguiente escena, cerrando los ojos y buscando en mi interior hasta localizar la voz en la que durante tantas semanas había trabajado; y una vez que la hallé («Libe...»), Lázaro anunció el fin de la prueba.

—Hemos terminado. Te acompaño.

De esta manera, salí de aquella sala cabreado y Shonda, que sabía de los problemas que me podía acarrear mi boca cuando no tenía nada que perder, me hizo un gesto para que me callase.

—¿Y bien? ¿No me negarás que te he traído un Romanée-Conti de la región de Borgoña? —Me comparó con un vino que deduje era muy caro y me preparé para que Lázaro le hablase de la chapuza de mi prueba, pero en su lugar sonó completamente sobrecogido.

—Tenías razón.

—La duda ofende.

La miré interrogante con una ceja alzada y Lázaro dijo:

—Es él. —Lo que fuera que hubiera debajo de la capa de hielo que cubría mi interior retumbó—. Hacía años que no veía un perfil tan claro. Tiene algo mágico. Con Dacre cerramos el casting. Es el Jude perfecto que todos estábamos esperando.

Aunque conseguí uno de los papeles principales, el del villano que no se quedaba con la chica, era el tercero en importancia. No el puto protagonista. Los dientes me rechinaron cuando tuve que fingir que no ser la opción ganadora me hacía profundamente feliz, que era una persona modesta y que lo importante para mí era participar.

Que me sentía agradecido por la oportunidad y no con ganas de darme de cabezazos en la pared más cercana y chillar.

3

Sadie

Comparo el día que me enteré de que iba a ser la protagonista de *Los nueve círculos* con el Big Bang que formó el universo. Algo dentro de mí explotó, hubo unos segundos de incredulidad y silencio y después se produjo la vida, una emoción desbordada que me condujo a derramar lágrimas de alegría... y lágrimas de tristeza, porque todo podría haber sido diferente y muy bonito si «¿Lo ves, mamá? Que te jodan» no hubiese sido la primera frase que se reprodujo en mi mente. Al final, ella había vencido porque su veneno superaba a mi ilusión.

4

Dacre

La tarde en la que terminaron las negociaciones entre la productora y Shonda, en cuanto firmamos el contrato y pude ver por escrito (y confirmado) mi caché, cogí un vuelo directo a Chippewa Falls, me alojé en la mejor habitación del mejor hotel, me emborraché a base de champán y terminé la noche en mi cama con dos preciosas chicas que estaban de vacaciones y pretendían hacer un trío. Agotadas, las desconocidas se quedaron a dormir. Así, mientras ellas descansaban enlazadas, abandoné mi cuarto y me dirigí a la enorme terraza.

Todavía no había comenzado la época de nieve en Wisconsin, pero hacía frío. Mucho frío. Dejé caer el albornoz blanco arremolinado a mis pies con una sonrisa ladeada gélida, y las temperaturas glaciales me mordieron la piel desnuda. Sonreí todavía más y me entregué a la noche con los ojos cerrados, abriendo los brazos en forma de cruz. Luego, hundí una pierna en el humeante e iluminado jacuzzi, después la otra, y me recosté con medio cuerpo fuera experimentando el placer del contraste. El calor me abrazaba y el frío era un reconfortante soplido. Allí, con la ciudad que me había visto perderlo todo postrada a mis pies, me dije que comenzaba para mí una nueva etapa. Una en la que jamás volvería a ser el chico que vivió en sus calles, en la que me lo pasaría en grande y evitaría volver a caer en el terrible error de anhelar el cariño de alguien. Era más sencillo así. Yo solo disfrutando. Yo solo sumando poder.

Metí la cabeza debajo del agua y cuando la saqué, como si se tratase de un recordatorio de los fantasmas que me habían conducido hasta ese punto, Juliette me llamó, pero la ignoré porque en aquel instante me sentía libre de ella, libre de todos. Libre de mí. Era mi momento.

ARTÍCULO ONLINE

Casting de *Los nueve círculos* desvelado: conoce a los actores que interpretarán a Rhett, Libe, Jude y mucho más

Los fans de la trilogía *best seller Averno*, escrita por Tracy Montgomery, están de enhorabuena, y es que Sky Blue, la productora que hace unos meses reveló que se iba a encargar de su adaptación, acaba de anunciar que mañana desvelará el casting oficial que interpretará al trío más popular de los últimos años. Son muchos los que apuestan por que *Los nueve círculos* será el fenómeno sucesor de las clásicas sagas *Crepúsculo* o *Los juegos del hambre*, o de éxitos más recientes como *Una corte de rosas y espinas* y *Alas de sangre*. Después de semanas de conjeturas y apuestas, por fin veremos a quién han elegido.

Si quieres que te avisemos cuando puedas conocer a tus nuevos actores favoritos, suscríbete **aquí** y recibirás la noticia de inmediato.

ANUNCIO DEL CASTING DE *AVERNO*

Algunas reacciones rescatadas

Me encanta Rhett; es justo como lo imaginaba.

¿Y qué me decís de Jude? ¿Habíais visto alguna vez a semejante HOMBRE? Parece hecho por IA.

Estoy harta de que las protagonistas femeninas siempre tengan que ser simplonas y anodinas. ¿Es que nunca van a arriesgarse a romper el estereotipo? La chica que hace de Libe tiene una cara muy aburrida.

5

Sadie

Conversación telefónica el día del anuncio del casting

—¿Crees que nos hemos equivocado, Freddie?

—¿En qué? ¿En elegir para IMDb la foto en la que pareces una artista *indie* que se ha vendido al cine comercial? Tranquila, la gente no te lo tendrá en cuenta. La mayoría de las personas ni saben de la existencia de esa base de datos ni tampoco la consultan.

—No. En elegir la interpretación y la fotografía por encima de lo convencional.

—Lo convencional es aburrido, Sadie. ¿Dónde me has dicho que rodabais?

—En Brookings.

—¿Y eso está en...?

—Oregón.

—Bien, vas a rodar en Brookings, Oregón, una serie con proyección internacional en la que además eres la puta protagonista. Yo diría que, te hayas equivocado o no, salga bien o falles, tienes por delante una etapa emocionante que debes aprovechar.

—Has dicho la palabra prohibida. *Fallar.*

—Es que es una posibilidad. Mira a Lily Collins con *Cazadores de sombras*, pero después le vino *Emily en París* y remontó. ¿Hace cuántas horas se ha anunciado el casting?

—Cinco.

—No pienses en éxito o fracaso ahora mismo. Permítete disfrutar. Va a ir bien, y si va mal tendrás mi hombro para llorar y entre los dos reconduciremos la situación. La universidad, el año sabático para descubrir quién eres o el viaje de mochilera por Europa no se van a marchar a ningún lado, y yo tampoco, estrellita de Hollywood.

—¿Ya no soy un pequeño búho? Creo que lo voy a echar de menos.

—Puedo llamarte de muchas maneras. Por cierto, ¿cómo lo vas a hacer para no mojar la ropa interior cuando compartas plano con Nate Levigne o Dacre Stewart? Porque tremendos compañeros de reparto te han puesto, Sads. Solo por chuparles un abdominal ha merecido la pena.

—Siendo profesional y evitando chupar cualquier abdominal que tenga delante.

—Por esa razón nunca podría ser actor. Adoro chupar abdominales. —Risas y después una pausa—. ¿Hay algo más que me quieras contar? Estoy en medio de ninguna parte con cero batería.

—Mañana vuelo a Oregón y... Me han afectado.

—¿Por qué bajas la voz? ¿El qué?

—Algunos comentarios sobre mí; luego los he expulsado de mi mente, pero durante un segundo lo han hecho.

—Eso es porque, te guste o no, eres humana y... No te digo que construyas una verja electrificada a tu alrededor o te coloques una armadura que te mantenga alejada del mundo, pero sí que tengas cuidado. Debes protegerte y recordar que las opiniones son como los culos, cada persona tiene uno y el único que importa es el tuyo, porque es por donde cagas. No dejes que un usuario sin nombre te robe la felicidad de este día ni de los que tienes por delante. Y si lo necesitas, pide ayuda.

Episodio 3
La primera lectura de guion

1

Sadie

Llegué a Brookings a principios del mes de noviembre. Laura, una chica de Producción con el pelo corto azul, vino a por mí al aeropuerto. Recuerdo lo extraño que me resultó que se ofreciese a cargar mis maletas y cómo me negué alegando que tenía dos manos y podía usarlas, a lo que ella contestó con una burlona sonrisa amistosa: «Todavía».

Grabaríamos en Oregón. La productora, especializada en dramas adolescentes sobrenaturales, fantasía y *thrillers*, había adquirido unas naves allí que había transformado en estudios. Los complementaría con localizaciones en la ciudad y en los escenarios naturales, tan propios de este tipo de género, que ofrecía el entorno. Y es que Brookings era un pueblo rodeado de vastos bosques de pinos, cielos encapotados, montañas rocosas, acantilados que daban al mar y una niebla que de vez en cuando lo cubría como una lengua y lo sumergía en un cuento de terror. Además, su población era reducida, no más de siete mil habitantes, por lo que si se desataba el fenómeno fan estaríamos a salvo.

«Fenómeno fan...». Solo de pensarlo me daban escalofríos.

Pero no era ninguna locura.

La productora había hecho una gran apuesta y eso solo podía significar que confiaban en el potencial del proyecto y lo avalaban con un buen presupuesto. La idea era rodar las tres temporadas

(una por libro) del tirón con sus descansos correspondientes, así que me esperaba un largo tiempo allí. Según las previsiones iniciales, más o menos un año y medio, aunque se podía prolongar un poco si, por ejemplo, de las tres temporadas contratadas pasábamos a cuatro o de los ocho capítulos por cada una de ellas a alguno más para regalarle a la serie un final apoteósico.

Suspiré y miré por la ventana. A medida que habíamos ido subiendo por la carretera escarpada que conducía al camping donde el equipo se alojaría, la vegetación que nos rodeaba se había vuelto cada vez más densa e invasiva, ocupando buena parte del arcén e impidiendo que observásemos el cielo gracias a sus enormes, altos y apiñados árboles. El ambiente se había vuelto más oscuro, el musgo cubría casi todas las piedras con las que nos encontrábamos y la humedad no solo se percibía a través de la tierra mojada y el color verde apagado de la zona; también se filtraba y podías olerla, respirarla directamente del bosque y que este te hiciese cosquillas. Tomé una bocanada profunda de aire y sonreí.

—Esto es increíble —se me escapó. «Y perfecto para hacer de Worship, el pueblo ficticio de *Averno*», pensé. Laura me devolvió el gesto. Parecía simpática.

—Los tres primeros días que te pilla de improviso una tormenta te cabreas un poco, pero una vez que aprendes a salir preparada tiene su encanto.

Buena parte del equipo del rodaje llevaba tiempo allí, sobre todo los departamentos más técnicos. Así, solo restábamos los últimos, los actores. Aquel pensamiento me hizo plantear una duda.

—¿Ya estamos todos?

—¿El *cast*?

Asentí mientras Laura tomaba una pronunciada curva y me precipitaba a un lado.

—Faltabais dos. Creo que contigo terminábamos. ¿O era con Dacre? Da igual. No lo sé. El caso es que habéis venido la mayoría en las mismas fechas. —Encogió un hombro.

—¿La mayoría? —Eso evidenciaba que algunos se habían adelantado.

—Hay personas muy impacientes.

Me mordí el labio. Por alguna extraña razón tenía la imperiosa necesidad de resultar muy profesional. Bueno, por alguna extraña razón no, tenía la necesidad porque en el fondo aún no podía creerme que me hubieran cogido y temía que diesen marcha atrás, así que debía ser perfecta, actuar como una actriz de verdad, pero no sabía cómo se hacía. Es decir, ¿tendría que haberme presentado antes con el pretexto de reconocer el terreno y aclimatarme? ¿Eso era lo que se esperaba de mí? No saber por dónde andaba estaba acabando con mis nervios y ponía de manifiesto que tarde o temprano tendría que aceptar a alguno de esos representantes que me habían rechazado o ignorado y que desde mi selección me llamaban todos los días para ofrecerse a llevarme. A fin de cuentas, lo único que me impedía contestar que sí era mi orgullo herido. Me removí nerviosa y Laura lo malinterpretó.

—Tranquila, no te has perdido nada interesante. Mucho estrés, grabación de planos recurso, bastantes gritos y un par de fiestas para nada excitantes. La verdadera temporada empieza mañana, y luego celebraremos que estamos todos y que la primera lectura ha ido como la seda. —Cómo no, ahí estaba el puñetero alcohol. Cambié de postura mientras controlaba que la rabia que sentía por el poder de la bebida no dominase a la sangre en mis venas—. Podrías pasarte. Suele ser muy entretenido.

Asentí sin tener del todo claro que iría. A mí me gustaban las fiestas, pero por algún motivo yo no les gustaba a ellas.

—Lo pensaré. Depende de cómo me encuentre. Han sido unos días intensos.

Continuamos el camino en silencio. A pesar de que California es conocida por la belleza de sus costas, los devastadores incendios que en verano nos rompen el corazón y la temperatura suave y regular, también tenemos paisajes montañosos, bosques. Pero los que había ante mí eran incomparables a los de allí. Por momentos, me sentía en el atardecer de una novela de las hermanas Brontë, una película de vampiros o en la salvaje y cruelmente hermosa Alaska.

El campamento estaba en mitad de la nada, donde aprovechaba un claro del bosque con acceso directo a la costa. Atravesamos el portón de madera que lo custodiaba y fuimos directas a mi cabaña. Por el camino pude ver las primeras casitas, donde vivía el equipo técnico, la enorme cabaña que albergaba el comedor, el sendero señalizado que conducía a la playa, varias mesas de madera salpicando una zona de césped y un parque.

El enclave era sobrecogedor y no tardamos en alcanzar nuestra zona.

Había diferentes tipos de cabañas. Las de los actores episódicos que se irían rotando, las compartidas y las últimas, las nuestras. «La de Nate Levigne y la tuya», señaló Laura. Bajé del coche con el corazón comprimido. Por más que hubiera tratado de hacerme a la idea, por más que hubiera visto sus fotos cerca de un millar de veces, no había podido imaginar lo impactante que era el que sería mi hogar durante los siguientes meses. El tejado a dos aguas trazaba un ángulo escarpado y le daba un aspecto tradicional que chocaba con el moderno porche, envuelto por una cristalera. La madera clara, de abeto de la región, lucía recién tratada y barnizada. La construcción no podía resultar más acogedora. Estaba al fondo,

algo alejada del resto para que tuviésemos intimidad, pero desde nuestra posición podíamos ver todo el complejo con el plus de que cuando apagásemos la luz nos quedaríamos a solas con las estrellas (o las nubes cargadas de lluvia), el ruido desaparecería y lo único que interrumpiría nuestra quietud sería el sonido del bosque. Sonreí completamente enamorada de lo que tenía delante y Laura frunció el ceño. Se había bajado al mismo tiempo que yo, aprovechando mi ensimismamiento para sacar mis maletas.

—Qué raro. Rudolph se encargaba de traer a Dacre Stewart y esa es la cabaña de Nate Levigne, que lleva una semana aquí. —Seguí la dirección que marcaba su mirada y me encontré con un coche detenido enfrente de la cabaña gemela a la mía. Laura soltó las bolsas y me consultó—: ¿Te importa que vaya a ver qué ocurre y luego las suba? Da la impresión de que han pinchado.

—No me importa, y no es necesario que las subas; aunque no lo aparente tengo la suficiente fuerza para poder con ellas.

Le dediqué una sonrisa y la chica de Producción accedió. Se encaminó hacia el coche de su compañero y yo me dirigí a mi cabaña, pero en el último instante, cuando tenía un pie en la escalinata que conducía al porche, cambié de idea y fui detrás de ella. No para ayudarla, mis conocimientos sobre cómo cambiar una rueda eran nulos, sino para curiosear y con algo de suerte conocer a Dacre Stewart o Nate Levigne, mis compañeros de reparto.

Alcancé a Laura y al otro chico justo cuando estaban murmurando.

—Es un gilipollas prepotente y arrogante. ¿Yo qué coño tengo que ver con que los de arriba no le hayan dado su propia cabaña? Y para colmo hemos pinchado...

Até cabos. Por lo visto uno de mis compañeros de reparto, Dacre Stewart, el otro vértice del triángulo amoroso, no se había tomado

bien la aplastante realidad de que su protagonismo era inferior, que *Averno* era la historia de amor entre Rhett (Nate Levigne) y Libe (yo), y que eso tenía consecuencias en la práctica: menor presupuesto para sus caprichos. Los repartos eran muy jerárquicos. De hecho, cada personaje tenía asignado un número por orden de importancia que servía para la documentación, los guiones y otras muchas cosas. Yo era el dos, Nate Levigne el uno y Dacre, al que distinguí en aquel instante en el interior del vehículo, el tres.

—Tienes que aprender a poner la mente en blanco, no ser demasiado cristalino y guardarte todas las críticas para cuando estés con nosotros —le aconsejó Laura también en voz baja.

—Bastante que no le he atropellado —rumió el chico, y al percatarse de que yo estaba allí se calló.

No tenía intención de contarle a nadie lo que había escuchado, de modo que fingí no haberlo hecho, saludé a Rudolph y me dirigí a conocer a Dacre Stewart. Normalmente no era tan amistosa, pero me había propuesto que eso cambiara. Entre mis metas estaba sociabilizar y actuar como una chica normal, alejándome de la persona que había sido hasta entonces.

Juro que caminé hasta él cargada de buenas intenciones. Saludarle, hablar, incluso sumarme a su queja de no tener una habitación individual. Entablar una amistad. Comenzar con buen pie. Alcancé la ventanilla del asiento trasero en el que se encontraba sentado y me topé con el perfil del chico más endemoniadamente atractivo que jamás había visto; era como si un ángel y un demonio se hubiesen fusionado en una escultura imponente y perfecta en la que se mezclaban rasgos de ambos, aunque aquello no me impresionó. Tenía cosas más importantes en la cabeza que su cabello oscuro, sus labios gruesos y el contorno perfecto que cualquier artista se moriría por inmortalizar; por ejemplo, que mis

primeras pisadas de exploradora en un universo desconocido fueran en la dirección correcta. Forcé una sonrisa, y estaba planteándome si debía llamar a la ventanilla o esperar a que se diese cuenta de mi presencia cuando su rostro se ladeó de pronto.

«Joder», pensé, por su sigiloso movimiento, casi similar al del ser sobrenatural milenario al que interpretaría, y por su mirada. Aquellos ojos verdes recordaban a las sinuosas llamas de los conjuros peligrosos en la ficción, al veneno, una serpiente. Tragué saliva y me recompuse. «No has venido hasta aquí para ponerte cachonda, Sadie», me advertí a mí misma, y, de nuevo, dibujé la sonrisa más cordial del repertorio de sonrisas falsas que tenía. Acto seguido, aguardé a que se produjese el mismo gesto por su parte. Pero no, en lugar de devolverme la curvatura de labios, Dacre me observó un segundo sin alterar la expresión y devolvió la vista al frente como si contemplarme no mereciese un segundo más de su atención. Creo que estaba demasiado ofendido para representar su papel.

Aquello primero me confundió y después me cabreó.

«Gilipollas».

—Menos mal, ya viene —oí a Rudolph conforme otro coche, previsiblemente de alguien que sabía cambiar ruedas, apareció al fondo.

Impactada por la actitud de mierda del imbécil que se encontraba en el interior del vehículo, me quedé un instante congelada, pero cuando el coche de Producción llegó y la conductora bajó y se pusieron manos a la obra, recobré la movilidad. Me despedí de Laura y los demás, y me disponía a irme, subir mis maletas e insultarle durante la siguiente hora y media cuando la impotencia por el feo que el actor me había hecho tomó el control de mi cuerpo: roté sobre mis propios talones y le dediqué un contundente corte de mangas.

«Que te jodan, Dacre Stewart», era lo que quería decirle, lo que sonó en mi interior, claro que sin que me viera. Mi instinto laboral suicida no era tan elevado como para hacérselo a la cara. El problema fue que estiré el gesto un microsegundo más de lo que debía; su mirada se alzó hasta el espejo retrovisor y, antes de que quisiera darme cuenta, sus ojos impactaban con los míos sin ningún margen temporal para girarme y continuar mi camino o alterar la postura. De este modo, me vi en una encrucijada en la que tan solo tenía dos senderos que coger: el de la vergüenza profunda y el arrepentimiento, o el de afianzarme en mi atrevimiento y reforzarlo.

Me decanté por el segundo y conté hasta tres en la misma posición para que le quedase bien claro que sabía que me estaba mirando y no me importaba; pero cuando en mi cabeza sonaba «dos», él, aburrido, dejó de prestarme atención. Aquello me enfureció todavía más. Me di la vuelta con la barbilla bien levantada y los hombros rectos, y retomé el plan inicial de insultarle un buen rato de camino a la cabaña y continuar una vez dentro.

En las entrevistas siempre decíamos que tuvimos buen *feeling* desde el inicio, era lo que vendía, pero la realidad es que la primera vez que nos vimos me resultó un cretino impresentable y yo le causé indiferencia. Mi respuesta sincera habría sido: «Cuando conocí a Dacre Stewart deseé que un meteorito le cayera encima».

ESCENA RESCATADA DE LA PRIMERA LECTURA
DE *LOS NUEVE CÍRCULOS* DE JUDE Y LIBE

EXT. ZONA BOSCOSA NOCHE

LIBE yace inconsciente en el suelo después de abrir la caja que ha desatado el infierno en la Tierra. Abre los ojos. Parece confundida y le cuesta enfocar. Entre la oscuridad distingue la silueta alejada recortada de una persona.

LIBE

(Llevándose la mano a la cabeza herida).

¿Qué ha pasado?

No recibe respuesta. Con torpeza se incorpora sentada en el suelo e intenta hacer memoria. La silueta (JUDE) se acerca y le ofrece la mano. LIBE alza la mirada, pero no le reconoce.

LIBE

¿Quién eres?

JUDE

Soy la persona que te va a secuestrar y que aún tiene que decidir si te asesina a sangre fría o se beneficia de lo que representas, Libe.

2

Dacre

Dos horas antes de la primera lectura

Hirieron mi ego nada más llegar y enterarme de que Nate Levigne y Sadie Sanders tenían su propia cabaña en el complejo mientras que a mí me tocaba compartirla con Gascón Parker, Herejía en la ficción; y algo así, cuando aterrizas tan subido como yo, no es bueno. Por esa razón, mi mente no calculó.

Toca hablar de Gascón.

Gascón Parker era un chico de Alabama bastante intenso, pero no era eso lo que me molestaba. Ni siquiera compartir cabaña con él. Lo que me molestaba era que desde el principio me hubiesen situado en una categoría inferior a las otras dos estrellas cuando a esas alturas yo ya lo quería todo. El cielo. El infierno. La Tierra. Los agujeros negros. Los corazones sangrantes que mi personaje arrancaba.

Entramos en la cabaña donde se servía el desayuno esa mañana. Había tratado de librarme de mi compañero en numerosas ocasiones, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. El muy *persistente* me había esperado a la salida de mi cuarto para presentarse, en la puerta de la ducha para seguir hablando, y cuando me había sentado para tomarme un café de la cafetera de cápsulas que todos teníamos en nuestros alojamientos se había

sentado enfrente para mirarme fijamente casi sin parpadear y decir: «Guau. Eres perfecto». Suficiente. Había decidido irme al comedor común por si ahí hacía nuevos amigos y me libraba de él. De esta forma, mientras caminábamos por la neblina de primera hora de Brookings me había dado cuenta de su obsesión con el físico, aunque en voz alta se esforzase en mantener lo opuesto.

—La gente en el rancho piensa que me lo tomé mal, ¿sabes?

Me sujetó la puerta de la cabaña comedor y la soltó cuando pasé. Escudriñé el espacio. La construcción donde se servían las comidas, siempre que no estuviésemos rodando en otro sitio, era amplia, de techos altos y vigas de madera clara pulida. Tenía muchas ventanas y olía condenadamente bien. Las tripas me rugieron. Estaba dividida en una zona habilitada para mesas y un pasillo bufet al fondo donde servirte. A pesar de lo temprano que era, se encontraba atestada de gente. Cuando las producciones se ponían en marcha siempre había algo que hacer. El ritmo era frenético. Por ejemplo, los actores tendríamos aquella mañana la lectura del piloto.

Gascón siguió a lo suyo y mencionó a su abuela.

—Amá me dijo que lo dejara, que, si era por dinero, ella me daba más. Pero es que mi sueño es ser actor, Dacre, y nada puede con un sueño. Tú lo sabes bien.

De lo que yo sabía era de dinero, y Shonda me había prometido mucho.

No se lo dije.

Gascón provenía de una familia adinerada, tenía vacas y tierras, y nadie en su entorno comprendía que se hubiese metido en esto porque llevaba desde niño estudiando interpretación en silencio («Solo la Amá lo sabía. Ella me lo ha financiado»). También les extrañaba el papel para el que se había postulado y su decisión de seguir adelante a pesar del rechazo de los pecadores, el *fandom* de

la saga, cuando lo anunciaron, y de las voraces críticas que había recibido.

—Haré cambiar de opinión al público —dijo en ese instante conforme nos adentrábamos más en el comedor.

Las descripciones de los protagonistas masculinos de la trilogía de Tracy Montgomery consistían en un conjunto de palabras idénticas: inhumana belleza abrumadora. Todos los personajes, del primero al último (si hablábamos de los pecados-círculos), eran guapos, con un atractivo que podía variar entre encantador, violento o sosegado, y la autora siempre especificaba en detalle los perfectos rasgos de su rostro y su trabajada musculatura definida. Con los humanos se había permitido alguna licencia para que no la tacharan de poco inclusiva, pero con los seres sobrenaturales no. Por ese motivo, que hubiesen seleccionado a un chico con sobrepeso, nariz ancha y ojos saltones para encarnar al personaje cuya escena más popular era la orgía que se montaba en el interior de una iglesia del primer pueblo que dominaba, no había encajado del todo entre el público, aunque tales críticas no tuviesen ningún tipo de sentido porque las orgías no iban de peso, iban de sexo.

—Daré la vuelta a todo lo que han dicho de mí. —Por ejemplo, que había arruinado al personaje—. Incluso las personas que firmaron en Change.org para que me despidieran van a arrepentirse. —Sonrió al tiempo que nos colocábamos en la cola. Gascón era muy dulce. Amable e inocente. O su carácter se agriaba o le harían papilla—. Hum, huele delicioso. —La sonrisa se le expandió al apreciar el olor a bacón y chocolate, aunque al instante se corrigió —. Pero yo voy a pedirme algo liviano, poca cosa, no quiero echar la pota de los nervios en nuestra primera lectura. Estoy atacado.

«Nuestra primera lectura», pensé. Faltaban pocos minutos para que comenzáramos. La cola se desplazó e iba a moverme cuando

reparé en algo que me hizo frenar de golpe. Allí, al fondo, en un discreto lateral, se encontraba Nate Levigne, previsiblemente repasando las líneas de su personaje en la mesa que tenía reservada con su nombre solo para él, para que nadie le molestara. A mí nadie me había hablado de darme mi propia mesa y ese detalle absurdo e innecesario (no necesitaba repasar para saber que iba a bordar mi papel) me llenó de crispación por dentro; de nuevo me situaban un escalón por debajo de él. El poder en aquel mundo radicaba en que la gente pensase que eras importante. Y al ser una opinión las apariencias eran fundamentales en un sentido u otro. Atravesé a Nate con la mirada sin alterar mi expresión mientras Gascón no callaba, y de algún modo Nate se dio cuenta y me miró, nuestros ojos se encontraron y me dedicó la sonrisa más tímida de todas cuantas había visto.

Por un momento su actitud me confundió, hasta que por mi cabeza pasó:

«Que no me invite a ir con él por compasión».

Le devolví el gesto con algo más de decisión. Había visto fotografías de Nate Levigne, ya que, a diferencia del resto del *cast* principal, él sí que había participado en otras producciones, aunque de niño, y le habían seguido bastantes años de parón. Estaba casi irreconocible debido a que de pequeño era menudo, pizpireto, perfecto para convertirse en el sucesor de Macaulay Culkin o hacer un *remake* de *Daniel el Travieso*. Sin embargo, al crecer había ganado estatura, anchura (jamás había visto a nadie tan musculoso como él) y tenía el cabello rubio ceniza largo, a la altura de la barbilla ovalada, y los ojos azules.

Decidí mantener la máscara de mi sonrisa mientras me movía para deshacer el contacto visual antes de que se produjese una invitación indeseada, pero, al girarme de golpe, una chica que caminaba a mi

lado con un bol de gachas en las manos tropezó conmigo y me lo derramó por encima.

—Lo siento —se disculpó automáticamente.

Clavé los ojos en ella. Se la veía apurada. Gascón se rio y pronunció un «Parece que te has corrido» restándole importancia. Revisé la situación. La masa resbalaba por mi camiseta negra y buena parte del pantalón, del mismo color. En realidad, no me importaba. Tan solo era una mancha y tenía ropa de sobra en el armario. Pero suponía la oportunidad que estaba esperando para demostrar mi estatus. Mi fuerza. Mi inaccesibilidad. Lo imbécil y gélido que podía llegar a ser.

Además, ella me daba igual. Desde lo acontecido en Nueva Orleans me había prometido no volver a sentir nada, ni bueno ni malo, y eso incluía la empatía.

Resolví utilizar a aquella chica con el fin de imponer distancia.

Tampoco pensaba gritarle. Mi reacción tan solo sería quedarme en silencio mirándola fijamente con cara inexpresiva hasta que se fuera, pero lo cierto era que esa mueca en mi cara podía imponer bastante. No me preocupaba. Marcaría los límites. El stop en rojo en mi dirección. Siempre era mejor ser el actor cretino al que todos temen e insultan por la espalda que el tipo agradable del que tienden a abusar y al que critican igualmente.

Llevé a cabo mi plan y la chica, lo más probable, una becaria del Departamento Audiovisual en su primer trabajo, se puso nerviosa. Aguardé limitándome a alzar la ceja y ella amagó con limpiarme sin darse cuenta de que precisamente su comida se encontraba en esos momentos compactada en mi entrepierna e iba a rozarme la polla. Poco a poco, el ambiente se tensó y se cargó de animadversión hacia mí. «Bien», sonreí para mis adentros. Aquello me gustaba. Que me detestasen. Que me temiesen. Que reforzasen mi certeza de

que nadie, ni Gascón, que se notaba que estaba incómodo cuando susurró su «Tío, te estás pasando», ayudaría. Porque en el fondo el ser humano solo lucha batallas de las que puede salir beneficiado y a las demás les da la espalda, como en ese momento, cuando varias de las personas que nos rodeaban comenzaron a mirar sus platos para fingir que no nos estaban viendo y de esa manera no tener que intervenir. A fin de cuentas, estábamos acostumbrados a ver todo tipo de horrores en la televisión, el móvil o el ordenador y acto seguido descomprimir el corazón grabando un tiktok, ¿no?

Aquellas personas no eran mejores que yo, solo se engañaban más.

Todos carecíamos de moralidad, la diferencia era que yo no negaba mi naturaleza.

Decidí dejar de alargar el momento, puesto que ya había alcanzado el efecto deseado y no había necesidad de recrearme en la inquietud ajena. Me disponía a pasar de largo, ignorar la mirada decepcionada de Gascón y unirme al renovado movimiento de la cola cuando alguien intervino.

—¿En serio nadie va a decirte que eres un impresentable? Porque mereces saberlo —dijo una persona a mi espalda con un resoplido.

No la reconocí hasta que me di la vuelta. Se trataba de Sadie Sanders, la coprotagonista a la que solo había visto a través de fotografías y al otro lado del cristal del coche de Producción que me había traído la tarde anterior. Mientras caminaba a mi encuentro abriéndose paso me pareció menuda, y también molesta, como si fuera un piojo que ejecutaba unos pasos de mamut que no le correspondían. Anodino pelo liso, nariz alargada, cara ovalada y unos ojos del color de la miel que eran por lo único que destacaba. Pálida. Se plantó delante de mí y se cruzó de brazos con una expresión acusadora, al tiempo que la chica a la que había ido a defender le

daba las gracias y se alejaba del ojo del huracán. Reconozco que yo no quería debatir con ella, menos aún en un lugar público, pero no me dejó otra alternativa cuando entrecerró los ojos asesinándome con la mirada y me di cuenta de que buena parte del comedor nos estaba contemplando.

Había que cortar eso de raíz.

Ya.

«Dacre, sé simpático con esta tocanarices».

—Gracias, sin esa información no habría sido capaz de conciliar el sueño.

Lo del coche había sido un lapsus y no me convenía que en el set se rumoreara que nos llevábamos mal. Simulé una sonrisa y en el último segundo no pude reprimirme y añadí con un tono sarcástico que ponía de relieve lo mucho que me había irritado su intervención:

—Me halagan las ganas de comunicarte conmigo que tienes y el empeño que le pones. Desde luego no eres de las que se rinden.

Sadie no se amedrentó.

—¿Lo dices por la peineta o por el insulto? Para conocer tus preferencias y no repetirlas.

«Lo digo porque eres un ser exasperante».

Mi sonrisa se estiró de cara al público, avancé un paso y bajé el volumen de mi voz.

—Lo digo por lo poco inteligente que es que los dos protagonistas principales muestren su animadversión en público, molesta liendre. —Eché una ojeada a mi alrededor con un cuidado gesto y añadí—: Por cierto, no me gusta que se metan en mis asuntos.

—Y a mí no me gusta que intimiden a las personas —me imitó, para después darme un golpe bajo como el insecto desesperante que desde el primer segundo descubrí que era—. Además, tú no

eres el protagonista principal, Dacre. —Mi buena voluntad desapareció.

«A la mierda».

—Ah, ¿no? —Ladeé el rostro.

—No. Hasta donde yo sé, Libe nunca duda de que ama a Rhett. —El personaje interpretado por Nate Levigne, mi competencia en el triángulo amoroso de la ficción—. Deberías haberte leído las novelas. —Y lo había hecho. Varias veces. Sonreí con satisfacción. Iba a devolvérsela.

—Deberías leértelas tú, y no hablo solo de los diálogos en diagonal. Para quererle tanto, Libe se acuesta con Jude.

—Un desliz.

—Cuatro orgasmos y un capítulo de veinte páginas de *desliz* —la corregí, y crucé los brazos a la altura del pecho con suficiencia. Luego, nos contemplamos mutuamente desafiantes hasta que ella rompió el silencio.

—No me creo que estemos debatiendo la vida sexual de nuestros personajes.

«Bien, su primer comentario razonable».

—Yo tampoco me creo que lleves un día aquí y hayas hecho pleno en tocarme las pelotas. No sé si debería felicitarte o ponerte una medallita en la camiseta que lo acredite. —«No vayas por ahí», me advertí a mí mismo, y cambié de actitud en plena intervención. «¿Qué me diría Shonda?», me pregunté, y yo mismo reproduje su respuesta: «No la jodas con alguien importante en el primer desayuno». Reculé, me apacigüé y suavicé la postura y el tono que estaba empleando—. No mentía al decir que nos conviene llevarnos bien, y no solo en público. En las series no se pueden grabar las escenas íntimas del tirón, como sucede en el cine. Rodando una peli

no pasa nada si después los dos protagonistas principales se llevan a matar, pero a nosotros nos queda un rato de *intimidad*.

La actriz me examinó y también bajó un poco las revoluciones.

—Y dale con que eres el actor principal —replicó, aunque lo dijo con otro tono, uno más sosegado, de inspección—. No lo eres y, en el caso de que lo fueras, soy lo suficientemente profesional para separar el trabajo de la vida real. Mira a Patrick Swayze y Jennifer Grey en *Dirty Dancing*, o a Ryan Gosling y Rachel McAdams en *El diario de Noa*. No se aguantaban y nos regalaron dos de las películas más románticas de la historia.

Vale, no pensaba ponérmelo fácil.

«Relájate, Dacre».

—Ryan Gosling y Rachel McAdams se liaron. No me sirven como ejemplo, a no ser que me estés lanzando una indirecta con la que no estoy para nada de acuerdo.

—Tranquilo, no tendrás esa suerte.

—Yo utilizaría otra palabra.

Sadie me contempló y dictaminó:

—Dudo de que vayamos a poder ser amigos.

Paré de fingir.

—No podría estar más de acuerdo, pequeña liendre.

—Veo que no te decides con la palabra que poner delante de *liendre*. Eres tan indeciso como impresentable. —Me miró por encima del hombro y añadió—: Deberías cambiarte de pantalón o darás una impresión en la primera lectura a la altura de como realmente eres, y no me refiero a sucio.

Acto seguido se marchó y yo me quedé con cara de tonto. Creo que ese fue el momento en el que resolví que Sadie Sanders era mi enemiga del rodaje, aunque si alguien me preguntaba en alguna entrevista afirmaba que, junto con Nate, siempre habíamos sido el

apoyo del otro. Las promociones son una enorme mentira, y mi primer deseo para la actriz fue que se quedase afónica para siempre y no tener que escucharla más.

3

Sadie

Llegué a la lectura de guion cabreada, muy cabreada, con Dacre. No me gustó llamar la atención en mi primer día de trabajo y menos de esa manera. Para relajarme escribí un mensaje a mi mellizo en el que le decía: «¿Qué opinas de que asesine a mi coprotagonista la primera semana de rodaje?», y él me contestó: «Me parece que es más interesante cepillártelo». Refunfuñé por lo bajo, guardé el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros y entré en la cabaña en la que llevaríamos a cabo la lectura.

Se trataba de una construcción donde normalmente se practicaba yoga. La habían despejado y amueblado con una mesa en forma de U, varias sillas y un par de cafeteras que adelantaban que pasaríamos allí muuuucho rato. Estaba medio vacía. Los demás todavía no habían llegado porque la gente no era tan impaciente como yo. Saludé a Laura, la chica de Producción, que, junto con varios compañeros, ultimaban detalles, y me paseé alrededor de la mesa. Había carteles con nuestros nombres. El mío en un lateral, con los humanos, y el de Nate Levigne y Dacre enfrente, con los pecados. Al ser el piloto interveníamos muchos actores porque había que presentar a varios personajes, aunque buena parte del peso recaía en mí en la primera mitad, en Rhett (Nate) en la segunda y en Jude (Dacre) en los últimos segundos.

La historia comenzaba con un plano de mi ojo, que haría las delicias de los nostálgicos de *Perdidos*. En él, la cámara se adentraba en mi pupila y ofrecía una imagen del fuego del infierno. Llamaradas y llamaradas enrolladas danzantes creciendo. Entonces la imagen regresaba a mi personaje, que se veía obligado a apoyarse con la mano en una de las mesas del restaurante en el que trabajaba como camarera, a la vez que estudiaba el último año de instituto, para no perder el equilibrio como consecuencia de la visión que acababa de tener, y se sumaba a la cadena de visiones que no habían parado de asediarla ese verano. Sin embargo, la primera frase no era mía, era de Gloria, el personaje al que daba vida Candice Evans.

—¿Te encuentras bien, Libe?

—Eh, sí —balbuceaba mi personaje confuso—. No sé qué me ha pasado.

—Yo sí.

—¿Perdón?

—Mesa trece, cierto chico al que este verano le has partido el corazón. No te juzgues. Lo superará. Solo necesita tiempo. —Se refería a Jacob, el humano con el que Libe había salido unos meses y con quien había roto. De ahí la presencia del nombre de Matt en un cartel, el actor que lo interpretaba.

Continué mi travesía recorriendo la mesa mientras repasaba el piloto.

Gloria le hablaba de una fiesta que se llevaría a cabo esa noche en el bosque, Libe dudaba (estaba muy preocupada por las vívidas pesadillas), pero terminaba accediendo a ir. La siguiente escena era en su casa. Por eso también estaban convocados los actores que interpretaban a mis padres y a mi hermano. Un poco de charla, alegría de mis padres porque retomara mi vida social y un plano de mi hermano, quien se entreveía que sería un personaje que se

metería en problemas a lo largo de la trama. Le seguían un par de diálogos poco trascendentes con Gloria en la fiesta, la mirada de golden retriever cabreado de Jacob y la llamada de la caja de madera mística que conducía a Libe a adentrarse en el bosque y despertar el infierno.

Ese era el punto en el que la lectura recaería en la fila enfrentada a la mía, la de los pecados. Intervenían Nate (Rhett, Ira), Gascón (Nicholas, Herejía), Annie (Sybil, Avaricia) y Dacre (Jude, Traición), los cuatro más importantes en la adaptación de la primera novela, aunque a lo largo de los episodios se veía a alguno más. Comenzaba con el «Es ella» de Herejía mientras Ira contemplaba su reino de espaldas, sin que todavía se le hubiese visto la cara, y decía «Aniquiladla», y terminaba con la lapidaria frase que Jude le decía a mi personaje: «Soy la persona que te va a secuestrar y que aún tiene que decidir si te asesina a sangre fría o se beneficia de lo que representas, Libe».

El piloto se cerraba con un plano de la sonrisa gélida de Dacre seguido de uno mío asustada.

Paseé el dedo por la impoluta madera. En aquel momento la puerta se abrió y empezó a entrar gente. Teníamos que hacerlo bien. Ellos y yo. Sobre todo yo, que había decidido ponerme el nivel de exigencia por las nubes como si toda la producción pendiese de mí. Eché un vistazo y reconocí a algunas de las personas, a las que saludé, aunque no había ni rastro de Nate ni de Dacre, pero sí de nuestro director episódico de los cuatro primeros capítulos, Lucien Strauss.

—Por fin una protagonista puntual. —Me recibió con una sonrisa.

Era un madurito atractivo y parecía simpático. Aproveché que dedicaba un segundo de su atención a cada miembro del equipo que se encontraba allí para situarme de pie al lado de mi sitio e intentar

calmarme. A esas alturas ya se podía confirmar que estaba al borde del colapso.

Nos jugábamos mucho en aquel primer episodio. Numerosos espectadores solo le darían esa oportunidad a la serie y teníamos la presión añadida de cumplir las expectativas de las lectoras. Los guionistas ya habían hecho su trabajo. Crear un guion a la altura de la historia en el que el ritmo no devorara la fidelidad de la trama principal, y donde hubiera giros inesperados y un final de infarto.

Llegaba nuestro turno.

La inquietud comenzó a pinzarme los nervios, y en aquel momento alguien me habló.

—Hola, soy Candice, y cuando estoy atacada digo muchas tonterías, así que no me lo tengas en cuenta —dijo la chica que se encontraba a mi lado.

La reconocí como la actriz que iba a interpretar a Gloria. Laura, de Producción, le acercó un vaso de agua y le advirtió con una sonrisa ladeada:

—Bebe despacio, no vaya a ser que te atragantes, Perlitas.

Como respuesta, la actriz sonrió y le dijo:

—Gracias.

Luego nos quedamos en silencio. Las amistades así de primeras no eran mi fuerte. Por eso agradecí las habilidades sociales de mi compañera de reparto.

—Normalmente se me suelta la tripa cuando estoy estresada, pero hoy mi garganta ha decidido quedarse seca. Soy Candice, Candice Evans —repitió, y me tendió la mano.

—Lo sé. Sadie Sanders. —Yo también le ofrecí la mía.

Nos la estrechamos en el momento en el que Nate Levigne entraba en la cabaña. Mi primera impresión de él fue que era altísimo, tanto que a pesar de que el techo se encontraba muy por

encima de nuestras cabezas no estuve segura de que no fuera a chocar. Totalmente musculado, con el pelo largo que ocultaba detrás de la oreja, me recordó a la Bestia de *La Bella y la Bestia* cuando se convierte en humano; rasgos dulces, ojos muy claros y una sonrisa vergonzosa y tierna que te invitaba a confiar en él. Otro detalle que me llamó la atención fue que tenía un pecho descomunal, en serio, parecía una jodida roca.

Le seguían algunos de los pecados y, en último lugar para que se le viera bien, cerrando la comitiva, el indeseable de Dacre Stewart. Reparé en que algunas de las personas de la sala me miraban para ser testigos de mi reacción (el rumor de lo acontecido había corrido) y trabajé mi más absoluta indiferencia. Los actores tomaron asiento. Nate me dijo «Hola» desde la distancia, intercambiando lo mínimo imprescindible su mirada retraída con la mía. Como yo, Dacre fingió que el otro no existía y me dejé caer con Candice, imitándolos, mientras la chica comentaba impresionada:

—Estaba convencida de que lo habían hecho con IA, pero es real.

Se refería a los múltiples comentarios que insinuaban que las imágenes de Dacre tenían que estar alteradas, más o menos los mismos que se metían conmigo por ser demasiado sencilla. Traté de sacarme de encima la sensación incómoda que me produjo recordar esas frases y, como si se diera cuenta de que estábamos hablando de él, la comisura de los labios de Dacre se alzó con cierta prepotencia sin mirarnos. Las personas que quedaban de pie ocuparon su sitio y fue el turno de Lucien Strauss de dirigirnos unas palabras desde la cabecera de la mesa.

—Hola a todas y todos. Vaya, menudo equipazo tenemos. —Rio. Parecía agradable—. Cada director que pase por aquí tendrá su método, pero para mí la lectura del guion, sobre todo de este primero, es vital. El momento de escuchar vuestras voces, oír las

propuestas que tenéis, deciros las mías y entre todos pulir el material. Este es un trabajo en equipo, no mío. No dejéis de trasladarme vuestras dudas, sugerencias y los interrogantes que tengáis de vuestro personaje, entre todos podremos desentrañarlos. Y ahora al lío. Sadie, Candice, haced los honores.

—Sabe mi nombre —murmuró extrañada la actriz para que solo yo la oyera, y pensé que era lo normal, aunque no tuve oportunidad de decírselo. Todos teníamos delante una tablet con el guion. El director encendió la suya y yo hice lo mismo.

—Bien, comenzamos después de la pesadilla —indicó—. Sadie, tú estás perturbada, asustada. Llevas todo el verano con esas visiones y eso te quema la piel. Candice, tú estás trabajando en la cafetería donde hacéis unas horas para ahorrar para la universidad, aunque tu sueño es fugarte a Nueva York y vivir de la moda, y confundes la actitud de Sadie con cierto sentimiento de culpabilidad por haber roto con su novio, vuestro amigo, e intentas animarla; porque eso eres tú, el timón con purpurina que impide que su barco vaya a la deriva. —Una vez que nos lo hubo explicado agregó—: A partir de ahora os llamaré Libe y Gloria. Adelante, chicas.

Eran unas frases simples. De novata. Para romper el hielo. Lucien se colocó las gafas y las miradas de todo el elenco bajaron al guion. Tan solo tenía que leer. *Leer*, maldita sea. Con tonalidad, pero tampoco hacía falta que fuese cien por cien interpretado. Candice dijo su «¿Te encuentras bien, Libe?», y cuando le contesté mi voz era un susurro y me salió un gallo estrangulado: «Eh, sí. No sé qué me ha pasado».

—Tranquila, Sadie, a todos nos cuesta coger el tono. —Lucien trató de consolarme con amabilidad y consiguió el efecto contrario. Porque mientras Candice retomaba la lectura y decía «Yo sí», por mi cabeza solo circulaban frases del estilo de «No puedes decepcionarle

el primer día» y «Le darás la razón a ella». Mis nervios se acentuaron y cuando me tocó intervenir con «¿Perdón?», mi voz sonó exagerada e impostada, casi de caricatura de las primeras óperas, para nada con el tono desubicado y asustado de quien tiene el pánico adherido al paladar.

Y la cosa fue de mal en peor. ¿Sabéis cuando hay una construcción de bloques mal encajada, cae uno y eres consciente de que el resto también lo hará porque la ves temblar? Más o menos eso fue lo que ocurrió conmigo. Si me hubiera dedicado a leerlo como quien lee un cuento lo habría hecho mejor. Pero no fue lo que sucedió, porque intenté remontar y, cuanto más trataba de mantener el dichoso bloque alzado, más se tambaleaba haciendo equilibrios. Quizá debería haber permitido que se venciese del todo y armarlo de nuevo, aceptando la sugerencia de Lucien de «¿Quieres que nos tomemos un descanso y empezamos de nuevo?» cuando en la lectura llegamos a la escena de mi casa, y los actores que encarnaban a mis padres me observaron estupefactos y parpadearon ante la sospecha de que tenía que estar haciéndolo a propósito, una broma de cara a empezar, porque era imposible que alguien con tan poco talento como yo fuese la protagonista, a no ser que se tratase de la propietaria de la productora, y no era el caso.

Comencé a sudar, las palpitaciones me aumentaron y agradecí que les llegase el turno a los pecados. Candice me acarició la pierna por debajo de la mesa y la apretó como si fuese consciente de la presión que destrozaba todo a su paso por mi interior. Una parte de mí, retorcida y oscura, deseó que los actores de los círculos lo hiciesen mal, ser la norma de los novatos en un piloto y no la excepción. Comprendí que Nate Levigne lo hiciera bien, tenía experiencia, incluso Annie y Gascón, sus papeles eran cortos y las frases poco vitales.

Dacre debía transmitir en una única frase toda la potencia del cierre de un capítulo. Quise que lo hiciera estrepitosamente mal, porque además era un capullo.

—Sadie, volvemos a ti —cortó Lucien para darme indicaciones, lo que no había hecho en ninguna ocasión con Nate o el resto—. Yaces en el suelo inconsciente por la onda expansiva que te ha arrastrado al abrir la caja. Despiertas y al principio estás algo desubicada, no sabes muy bien dónde te encuentras, pero poco a poco armas las piezas, y en mitad de la imposible revelación del puzle, descubres una silueta en medio de la nada que aún no eres capaz de enfocar y, dolorida, preguntas de quién se trata. ¿Lo tienes? —Asentí sin ser capaz de hablar—. Dacre, tú llevas siglos deseando que alguien que representa lo que representa Libe, la posibilidad de que tu hermano sea destruido, aparezca, y no puedes creerte tu suerte al llegar el primero, aunque por dentro te debates entre utilizarla o ceder a tus impulsos y partirle el cuello de un simple movimiento por el placer de ver a Ira sufrir y así vengarte. ¿Lo tienes?

La mirada verde eléctrica del actor se dirigió a la del director.

—Sí.

—Bien, vuestro momento es vital para que los espectadores deseen enganchar con el siguiente episodio. Vamos.

Dacre deslizó los ojos a la tablet sin que se encontraran con los míos, y yo hice lo mismo. Clavé las pupilas en el texto a pesar de saberme de memoria las dos frases.

«Venga, Sadie, siente el dolor de las heridas, la confusión, el terror».

Aclaré la garganta, aunque el sonido no quedase bien en mitad de la lectura después del espectáculo que había dado, y pronuncié:

—¿Qué ha pasado? ¿Quién eres tú?

Lo hice peor que la mujer que me había dado la réplica en mi primer casting.

Un sentimiento de agobio trepó por mi cuerpo como el abrazo de una enredadera salpicada de espinas. Abandoné el guion y le miré a él con la esperanza de que la cagase más a fondo que yo y recrearme en ese momento. Pero, de nuevo, no fue lo que pasó. Dacre Stewart pronunció: «Soy la persona que te va a secuestrar y que aún tiene que decidir si te asesina a sangre fría o se beneficia de lo que representas, Libe», con la tonalidad exacta con la que su voz se reproducía en mi cabeza cuando leía la novela. Y al acabar me miró, y por un instante sentí que tenía enfrente a Jude, que había salido de las páginas de la novela, y se me puso la piel de gallina.

Le odié por hacerlo tan condenadamente bien.

Apreté los labios para no lanzarme a morderle.

—De acuerdo, primer pase terminado. Un café y lo leemos de nuevo, he hecho algunas anotaciones.

Dacre continuó con su mirada fija en la mía mientras nuestro director hablaba, y articuló moviendo solo los labios al tiempo que le asomaba una sonrisa de superioridad burlona:

«Eres muy mala, Sadie, una tragedia».

«Ojalá te rompas la cabeza antes de que se acabe el día», le contesté de la misma manera. Mantuvo la sonrisa como si mis palabras no le hubiesen afectado y me ignoró durante el resto de una mañana en la que no logré mejorar ni un poquito.

Mi segunda impresión de Dacre Stewart como persona fue que merecía la guillotina.

Pero mi primera impresión de Dacre Stewart como actor fue que era excepcional.

No debería haber olvidado ninguna de las dos.

Episodio 4
El plan

1

Dacre

—¿No te da pena? —preguntó Gascón.

—¿Es tu prima?

Nos encontrábamos en el set de rodaje aguardando para grabar nuestra primera escena, que en mi caso no era otra que mostrarme completamente ataviado de negro frente a un croma que después tendría la imagen del infierno, de espaldas, ya que el primer plano de mi cara estaba reservado para cuando secuestrase a Libe (Sadie). Por su parte, Gascón rodaba al día siguiente y si estaba allí era porque había tenido la prueba de vestuario y, al verme sentado en el taburete con mi nombre, no había podido resistir la tentación de acercarse.

A esas alturas había asumido que me había salido un apéndice muy cotilla.

—No —contestó a mi pregunta.

—¿Familiar tuyo?

—Tampoco.

—¿Salvó a la mascota de tu infancia?

—No, y no entiendo por qué es importan...

—Entonces no, no me da ninguna pena —le corté.

Desde que había llegado había estado hablando de Sadie y de los rumores que corrían sobre ella (que actuaba fatal y habían tenido que alterar la orden de rodaje un día por si se producía el milagro y

ese hecho cambiaba). Es decir, desde que había llegado había estado hablando de la realidad.

Sadie me daba igual y tenía la fama que se merecía. Su final de lectura había sido apoteósico. El ideal para una actriz que pretendiese cavar su tumba y enterrarse viva en el universo de la interpretación. Gascón miró el hueco vacío que había a mi lado y pertenecía a Nate Levigne. El actor que encarnaba a Rhett, Ira, estaba pasando por caracterización debido a que tenía un plano en el que aparecía engrilletado, desvanecido y medio desmayado, sujeto a unas cadenas ancladas a la pared que el taciturno pecado reventaba una vez que la humana abría la caja, aunque la visión de su rostro también estaba reservada para cuando se produjera su encuentro con Libe. No tardaría en venir, pero a mi compañero de cabaña no pareció importarle, porque se sentó en su sitio con las piernas colgando.

—Todo el mundo la critica. —Insistió con el tema mientras el ayudante de dirección pasaba por nuestro lado.

—Todo el mundo dice que es mala actriz, que es la verdad —puntualicé; comenzaba a hartarme de que Gascón no dejara de rebuscar en mi interior alguna señal de empatía por ella. Nuestros compañeros no mentían sobre lo que había sucedido, pero él parecía incómodo con ello.

—Dentro de tres minutos sales —me avisaron, y agradecí tener una excusa para dejarle. Sin embargo, cuando me iba a levantar él añadió:

—¿No te preocupa?

Le contemplé con el ceño fruncido. Aquello no me lo esperaba.

—¿Sus sentimientos? —vacilé, porque no daba la sensación de que fuese eso—. Imagino que puedo sobrevivir a que esa chica tenga el corazón profesional roto.

Mi compañero negó con la cabeza y la arruga de mi frente se acentuó. Daba la impresión de que le costaba articular las siguientes palabras, y ese detalle las revistió de importancia. El problema de mi ausencia de emociones era que a veces se me escapaban cosas. Atendí y me explicó:

—¿No te preocupa que afecte a la producción? Sadie es la protagonista.

Hasta entonces no lo había visto así, que si ella lo hacía mal todo se iría al carajo.

Una mala actriz podía cargarse una buena serie.

—Pueden sustituirla.

—O no. —Bajó la voz, y a mí eso me puso de los nervios. Odiaba que la gente hablase en voz alta cuando mostraban lo mejor de ellos y en apenas susurros cuando sacaban lo peor—. Todo el mundo se pregunta por qué no la despidieron ayer y la respuesta podría ser que no pueden. A fin de cuentas, ella es hija de quien es —mencionó como si se tratase de una información de dominio público, que en mi caso no era.

—¿Su madre es congresista? —tanteé por si me había topado en dos ocasiones con la misma piedra.

—No. Su madre es la productora Claire Dawson.

Su nombre no me dijo nada, pero tomé nota mental de buscarla.

En aquel instante nos interrumpieron. Me fui al croma para grabar con una sensación rara en el pecho. Sadie Sanders no me importaba, pero sí me importaba lo que podía cargarse, así que estaba obligado a ayudarla.

2

Sadie

Siempre he sido un poco cobarde, de huir y esconderme. De pequeña mi caparazón estaba hecho de libros, apuntes y tardes en mi cuarto. Cuando el problema de mi madre empezó, esa coraza consistió en alejarme y borrar ciertas imágenes de mi cerebro fingiendo no haberlas visto nunca. Y cuando la odié, cuando intentó hacerme daño y la detesté, se transformó en una máscara que me absorbió. Pero allí, en el rodaje, no tenía ninguno de esos caparazones y como buen caracol lo busqué desesperada.

La noche anterior pedí un coche de Producción para que me acercase al pueblo. Laura, la chica que me había llevado, no dijo nada ni al verme salir de mi cabaña con un minúsculo vestido negro y tacones ni cuando, de la mano de un desconocido, le pedí que volviera al camping, explicándole que después me cogería un taxi. En ningún momento traté de ocultar que iría a un hotel para desquitarme follando. Sin embargo, la distracción duró poco.

La había fastidiado y eso no era lo peor, lo peor era que no sabía cómo arreglarlo.

Me interné en una de las naves en las que se encontraban los platós de *Los nueve círculos* y en lugar de encaminarme hacia la luz, donde estaban grabando, lo hice hacia el lado opuesto. No pillaba el pulso al personaje. No era capaz de enviar órdenes directas a mi cuerpo o a mi voz. Bueno, sí lo era, pero, o bien llegaban tarde, o mi

interpretación se ponía en huelga y no obedecía. Había realizado la lectura como si fuese una niña asustada, alterada y algo quebradiza, todos los lastres que durante el casting le había quitado a Libe y que era el motivo por el que me habían elegido.

Ni siquiera sabía por qué no me habían despedido.

En el rodaje se rumoreaba que era por mi madre, pero yo sabía que entre todas las razones plausibles aquella era la única imposible, porque mamá jamás movería un dedo por mí en ese aspecto, en todo caso haría lo contrario.

Caminé por los pasillos de suelos cableados, cielos de focos y paredes de cartón, y pronto me di cuenta de que me hallaba en el infierno, y no metafóricamente hablando. Entre las naves había una de escenarios más terrenales (el instituto, la cafetería, mi casa) que se complementaba con los exteriores del propio Brookings, y otra con las zonas propias del averno y sus múltiples salas de tortura. Me metí en una que emulaba una especie de laboratorio infernal y, mientras intentaba calmarme repitiéndome el mantra de que no iba a darle la razón a mi madre, comencé a observar lo que me rodeaba y poco a poco la curiosidad aplacó mi ansiedad. Esconderme en escenarios vacíos podía servirme de caparazón y aquel no estaba nada mal para empezar.

Paseé el dedo por una de las dos estanterías que delimitaban el decorado y me puse de puntillas para ver más de cerca los botes en los que supuestamente se conservaban restos humanos y demoníacos en líquidos. Arte había hecho un trabajo sublime. Sonreí porque adoraba poder contemplar cada pequeño resquicio de todas las partículas que daban vida a una ficción a través del microscopio de mi mirada. En aquel instante oí un ruido detrás de mí.

—Perdón, no sabía que había alguien.

Reconocí la voz de Nate de inmediato y me di la vuelta. Supongo que haberse quedado sin aliento habría sido fácil. Nate Levigne vestía de beis y blanco por completo, con la camisa rasgada, el pelo revuelto y caracterizado como su personaje. En resumen, estaba listo para fundir la ropa interior de los espectadores. Los de maquillaje y peluquería se habían esmerado. Sin embargo, cuando me dedicó una sonrisa dulce e hizo amago de marcharse, no sentí unas ganas irrefrenables de empotrarlo contra la primera estantería que encontrase para desquitarme, sino más bien el deseo de prestarle atención y compartir mi lugar con él, fuera lo que fuese de lo que Nate estaba huyendo. Le dediqué una expresión cómplice y le dije:

—Puedes quedarte si quieres. En la zona de los corazones arrancados por vuestros puños, hay una banqueta libre que parece cómoda.

Nate dudó, y estoy segura de que si finalmente accedió fue porque no encontró alternativa. No era el único decorado libre, pero sí el menos atractivo. Nadie iría hasta allí a no ser, claro, que estuviese huyendo como nosotros.

—Gracias.

Pasó de largo con su pecho desgarrado por heridas postizas, se sentó, y yo inspeccioné las falsas extremidades amputadas, cuernos y demás cosas interesantes antes de volver la vista hasta él, que se ruborizó cuando le pillé mirándome.

—Soy Nate, Nate Levigne... —La lengua le trastabilló al presentarse por segunda vez, y le resté importancia.

—¿Te confieso un secreto? Conocía ese detalle antes de que me dijeses tu nombre en la lectura. He cotilleado un poco las fotos del elenco, y quien dice un poco dice que me conozco toda tu biografía de memoria. —Sonreí amistosa, me acerqué hasta su posición y le

consulté—: ¿Qué haces aquí? —Su lectura había sido tan perfecta como se le presuponía a alguien con cierta experiencia, y además el *fandom* le adoraba («Me lo han arrancado de la imaginación», decían). No tenía razones para ocultarse. Observé cómo dudaba y me di cuenta de que no le apetecía contármelo, pero era tan educado que no sabía cómo negarse, así que le eché una mano—. Tranquilo, yo tampoco tengo ganas de explicarte lo que me ha traído hasta aquí.

Me senté en la caja donde en la ficción se hallaban las almas descarriadas y Nate intentó que no se notara, pero su gesto delató que intuía los motivos por los que yo quería desaparecer del rodaje. Había tratado de contactar con mi hermano para desahogarme con él. Sin embargo, Freddie se encontraba en algún destino exótico en el que carecía de cobertura y necesitaba hablar con alguien, aunque fuese para materializar la frase que me llevaba atormentando desde que había salido de la cabaña donde leíamos.

—Sé actuar mejor de lo que lo hice ayer —dije, y, para mi propia sorpresa, no me arrepentí en el acto, porque Nate Levigne tenía algo que te invitaba a que confiaras en él.

—Lo sé. —Trató de consolarme.

—¿Porque lo hice tan mal que solo puedo ir a mejor? —bromeé, y al ver que se ponía rojo por el apuro se lo dije—: Estoy de coña. Sé que es imposible que sepas que voy a remontar, pero gracias por el voto de confianza.

Nos quedamos en silencio y Nate sacó unos cascos del bolsillo de su pantalón de lino sucio y ensangrentado.

—¿Te importa?

—Para nada.

Siempre pensé que había algo mágico en que dos personas pudieran estar juntas y pasárselo bien sin necesidad de

comunicarse, compartiendo un momento de silencio robado a la vertiginosa vida. Le estaba dando vueltas a la suerte que había tenido con el compañero de reparto y el maravilloso universo gótico que habían creado desde Arte cuando se oyeron unos pasos aproximándose.

A diferencia de los de Nate, que habían sido sigilosos y comedidos hasta el punto de que no me había enterado hasta casi tenerlo encima, los de este sonaban firmes, contundentes, fuertes. La persona que fuera se movía ágil y veloz. Y tenía claro el destino. Muy claro. Demasiado claro para buscarme a mí cuando yo creía que nadie sabía mi paradero. Se detuvo detrás de la puerta de cartón y la abrió con tanta potencia que a punto estuvo de tirar abajo el decorado.

Dacre Stewart asomó. Se veía amenazador, todo él de negro, con la ropa ajustada, de cuero, armado hasta los dientes con artefactos falsos místicos; la camisa abierta y una primera panorámica de su pecho. Me resultó terriblemente sexy, y un auténtico cretino, cuando paseó la vista de uno a otro y pronunció:

—¿Vosotros dos estáis...? —Negó con la cabeza—. ¿Sabéis qué? Me da igual. Pequeña liendre —se dirigió a mí, y a nada estuve de felicitarle por haberse aclarado con el adjetivo que iba delante de mi apodo—. Nos vemos a las ocho en tu cabaña para unas clases particulares.

«¿Perdona?».

No me ofendió que se ofreciera después de la impresión que yo misma había causado, me ofendió su tonito de mierda.

—Ja.

—Me alegra que te ponga contenta hacerme perder el tiempo.

Iba a darse la vuelta para largarse cuando dije:

—Ni de coña.

Me observó con sus penetrantes ojos verdes de reptil y replicó:

—¿Decías?

Puede que Dacre Stewart fuese muy buen actor, pero era incapaz de disimular lo mucho que yo le sacaba de sus casillas. Me puse de pie y caminé hasta quedar a su altura para que además de escucharme viese cómo cada uno de mis rasgos le despreciaba.

—No iría contigo ni a la vuelta de la esquina, aunque nos asegurasen que si llegáramos de la mano nos entregarían un millón de pavos y una mansión en Malibú. —Nos miramos desafiantes y la comisura de sus labios se alzó, a pesar de que sus ojos decían que estaba profundamente crispado conmigo.

—Eso significa que además de pésima actriz eres mala con las finanzas. Adiós, desquiciante liendre.

Se marchó cambiando de nuevo la palabra que precedía a *liendre* y yo solo pude pensar en lo exasperante que era y que necesitaba encontrar urgentemente un sitio en el que esconderme, pero que en aquel rodaje parecía que había ojos por todas partes. Me giré y me encontré con Nate. Había olvidado que se encontraba allí.

—Por si te alivia, no entiendo nada de lo que he visto —dijo.

—Supongo que todo se resume en que Dacre Stewart es gilipollas.

Me sonrió, y fue en ese segundo cuando supe que seríamos grandes amigos.

3

Dacre

Sadie Sanders era una desagradecida.

—Estás seguro de que has sido... Esto..., ¿amable?

¿Estaba seguro? Lo estaba. Me había ofrecido para enseñarle, tampoco iba a ponerle una alfombra roja o suplicarle. Iba a asentir, pero Gascón se me adelantó.

—Te conozco poco, pero a veces puedes resultar... Esto..., borde.

Nos encontrábamos en la fiesta que habían organizado para celebrar el inicio del rodaje, una de las tantas de la grabación. Esta tenía lugar en la caseta de madera techada sin paredes que estaba situada entre el bosque y el muelle, junto al río. La utilizaríamos de decorado para las fiestas exteriores de la ficción, es decir, las escenas que no acontecieran ni en el gimnasio del instituto ficticio ni en el bar multifunción.

Había acudido con mi compañero. Yo no era mucho de abrirme y confesar mis sentimientos, pero cuando estaba enfadado, como en aquellos momentos me ocurría con Sadie, se me notaba.

No solo había ido a buscarla preguntando a media producción dónde la podía localizar; además, después de nuestro primer encontronazo, me había bajado los pantalones, literalmente hablando, para decirle que le daría unas clases gratuitas, malgastando mi tiempo y entregándole los conocimientos en los que

Shonda se había gastado miles de dólares. ¿Cómo había respondido ella? De un modo arrogante, rechazándome.

Nos sumergimos en la fiesta y la mayoría de las miradas se deslizaron hasta mí.

No era solo que actuase mal, era que encima no tenía la madurez suficiente para dejarse ayudar.

«A lo mejor, si hubieras sido más amable, como ha sugerido Gascón»; acallé a mi conciencia. Eché un vistazo a mi alrededor y localicé a ciertos productores y al director episódico, con los que pensé que no me iría mal codearme. Iba a aproximarme a ellos con el apéndice humano que me había salido cuando le oí decir:

—Es una pena que vayan a cancelarla. Con el potencial que tenía *Averno*. —Gascón chasqueó la lengua, deprimido.

Yo no era quién para consolarle, o para decirle que estaba siendo demasiado negativo, pero sospechaba que su pesimismo podía ser contagioso, y dado que no me iba a poder quitar de encima a mi compañero me vi en la obligación de animarlo un poco.

—Solo es un personaje, *Averno* tiene una trama más amplia.

—El argumento flojea en algunos puntos y sin la historia de amor eso se evidencia —apuntó, y Macaulay Downey, productor del que solo había oído hablar y que yo no sabía por qué se encontraba allí (la de *Los nueve círculos* era Rose Plec), alzó la vista y al encontrarse conmigo me contempló interesado. Urgía codearme con él. Todo el mundo estaba al corriente de que el mayor peligro en una ficción de ese tipo era encasillarte en el personaje y que la mejor solución era tener un productor o director mecenas. Pero Gascón siguió hablando—. Es que si sale bien la pareja será épica, ¿sabes? De las que entran en los rankings.

Me cansé. Si tantas ganas tenía de hablar de amor, que lo hiciese con Nate (aunque no hubiese ni rastro de él) mientras yo hacía unos

contactos por los que Shonda se enorgullecería de mí.

—¿Por qué no se lo comentas a Nate?

—¿A Nate? —dudó.

Por los gestos y la actitud del grupo de productores me di cuenta de que no tardarían en irse; a fin de cuentas, aquella era una fiesta de batalla, de trabajadores, curritos de la base de la pirámide, y ellos estaban allí solo para hacer acto de presencia, porque en realidad se movían en otro estrato. Un estrato al que yo quería pertenecer y al que, conforme fuese más conocido, podría acceder.

—Nate es el protagonista masculino de la serie. —Me aceleré para que se marchase a buscarle y de ese modo yo también pudiese acercarme a mi objetivo—. Habla con él y que aplaque el ego de la bestia. La bestia es Sadie —aclaré por si no lo pillaba—. Para que no nos jodan a todos. Yo me voy a...

—Nate no es el protagonista. El protagonista eres tú —me interrumpió, y cuando le contemplé confundido me topé con una mirada idéntica por su parte que me desubicó todavía más.

Cogí una bocanada de aire. Gascón había perdido la cabeza por la evidente admiración que sentía por mí. Macaulay Downey se movió con los ojos aún puestos en mi persona y me apresuré a contradecirle a mi compañero.

—Por mucho que me gustaría que eso fuese cierto, está por todas partes que el protagonista es él, no yo. En la primera página de la Biblia de la serie y en la última de la trilogía, donde Libe no tiene ninguna duda de que le prefiere a él.

Puede que fuese una realidad que me perjudicara, pero reconocerla era la vía más rápida para quitarme a Gascón de encima. Entonces él pronunció la frase que hizo que mis pies se imantasen al suelo, y lo cambió todo en adelante.

—Las lectoras querían que se quedase contigo, y enloquecerán cuando en la ficción termine así. Si tan solo tuvierais química... Los guionistas se verían obligados a hacerlo. Sucede siempre, ¿sabes? —Descubrí que mi compañero era un experto en ficción—. Cuando los triángulos amorosos se trasladan a la gran pantalla, en los pocos en los que el protagonista «bueno» —entrecomilló con los dedos porque el personaje al que interpretaba Nate había matado a lo largo de su vida a miles de personas— se queda con la chica, varía, porque con tantas horas de televisión termina resultando aburrido, anodino. Es el gris, el falso villano malo, el de la doble moral, el que interesa con su arco. Si tuvieseis química —repitió con una inocencia que en mi cabeza se transformaba en plan—, creo que seríais mejor que Damon y Elena, y jamás en toda mi vida pensé que podría soltar una blasfemia así. De hecho, creo que debería ir a la cocina a cortarme la lengua como penitencia.

Me miró sin darse cuenta de lo que había activado y en mi mente se trazó una estrategia. Si Gascón tenía razón (y existían serias posibilidades de que la tuviera), podría convertirme en un personaje icónico con la complicidad de Sadie, el número uno, aunque en el guion me hubiesen asignado el tercer puesto. Tan solo tenía que conseguir que la actriz dejase de verme como un ser abominable y perfeccionase su manera de actuar en tiempo récord.

Quedaban menos de quince horas para que ambos tuviésemos que presentarnos en ese mismo punto, según citaba la orden de rodaje (con las alteraciones que había sufrido el plan, comenzaban con mi escena porque era en la que menos diálogo tenía la chica). Si lograse hablar con ella..., interpretar una versión de mí que no era real, pero que podía suavizar nuestra relación...

Como si se tratase de un regalo divino, en la fiesta se produjo cierto revuelo, y cuando dirigí la atención al punto hacia el que la

mayoría estaba mirando me encontré con Sadie Sanders. La actriz acababa de llegar. Ahora solo tenía que hallar la fórmula para acercarme a ella y engañarla para poder utilizarla.

—A lo mejor antes he sido un poco borde. ¿Cómo crees que podría resultar más amigable? —le dije a Gascón.

Él me sonrió sin sospechar lo que tramaba.

—Yo te ayudo a que le caigas bien a Sadie, Dacre.

A partir de ese segundo comenzó la gran actuación de mi vida.

4

Sadie

—Yo creo que lo voy a llevar mal, aunque, claro, nunca se sabe. Siempre he sido algo cohibida a la hora de hacer *topless* y esas cosas. Pero esto es diferente. Además, tendremos coordinadora de intimidad.

Candice Evans parloteaba sin parar mientras nos acercábamos a la fiesta. Al principio había pensado que lo hacía para distraerme y de ese modo ignorar las miradas acusadoras que buena parte del equipo me dirigía a nuestro paso (los rumores de que iba a ser la condena de la producción no habían tardado en difundirse); no obstante, pasado un rato había llegado a la conclusión de que la actriz no sabía estar en silencio.

Al día siguiente rodaría mi primera escena, la que menos diálogo y complicaciones tenía, y nadie apostaba por mí. Quizá esa había sido la razón por la que al final me había decidido a ir a la fiesta. Una cosa era necesitar un caparazón y otra que la gente lo supiese. En apariencia tenía que mostrar que las habladurías no me afectaban porque eran mentira, ¿y qué mejor modo de hacerlo que acudiendo al centro neurálgico donde se concentraba todo el equipo, que a esas horas me detestaba?

Saludé a un par de actores de los que interpretaban a los humanos y seguí a Candice hacia el interior. La cabaña sin paredes donde se celebraba el encuentro se hallaba algo alejada del

camping, siguiendo una señalizada ruta que descendía por el cuidado camino. Estaba en el muelle, frente al río, con el denso bosque dándole un abrazo. De no ser porque allí se rodarían muchas escenas, habría convertido ese lugar en mi armadura.

—Lo que más me va a costar es el sexo con mujeres. Había pensado ver porno para documentarme. Pero ver porno está mal, ¿no? —Candice era una pija de los Hamptons algo inocente, aunque en ocasiones me descolocaba—. No digo que sea ingenua. Me acosté con medio equipo de lacrosse. Pero, no sé, con una mujer nunca.

Como si se tratase del destino y sus ojos la traicionaran, pasamos por delante de Laura, que nos saludó con un «Hola, Sadie. ¿Qué hay, Perlitas?» que puso a mi acompañante algo nerviosa.

Continuamos andando y por fin accedimos al sitio. Olía a perfume, a comida cara para ese primer evento oficial y a la cera de las velas aromáticas que complementaban a las bombillas encerradas en farolillos, poniendo en riesgo de incendio la zona (siendo de California no podía evitar pensar en ello). Eché un vistazo a mi alrededor en busca de un candidato para que acabase la noche en mi cama a pesar de saber que se trataba de una mala idea. Mientras, Candice no cesaba de hablar.

—¿Tú crees que se empalman? Porque yo creo que mojaría un poco si me tocase hacer alguno de los sueños que Libe tiene con Dacre.

Como si mencionarlo fuese a traer de las tinieblas al propio diablo, me tensé, y, como si él intuyera que estaba ejerciendo algún tipo de efecto en mí, se asomó, colocándose en uno de los extremos con Gascón, su compañero de cabaña, y dirigiéndome una mirada con una ceja enarcada cuando mis ojos permanecieron un segundo de más en su cuerpo.

Estaba completamente irresistible con sus pantalones negros y la camisa del mismo color, pero eso no haría que entrase a formar parte de los candidatos con los que tener sexo, cosa que seguía siendo una pésima idea por mi parte. Mezclar trabajo y relaciones casi nunca salía bien. Tendría que escaparme de vez en cuando a Brookings. Sus ojos brillaron como si fueran piedras preciosas, a varias personas les fallaron las piernas y a mí me estaban entrando ganas de vomitar cuando oí dos frases. La primera pronunciada por un desconocido: «No entiendo la cabezonería de mantenerla, es que encima no es guapa», y la segunda de parte de Candice, que había malinterpretado mi indiferencia: «Perdona, ya me lo decía mi último ex. Todos te dejan porque hablas demasiado». Atendí solo a la frase de la chica a pesar de que la otra me arañó un poco.

Candice me estaba sonriendo, aunque solo con los labios, y me arrepentí en el acto de haberla ignorado. Yo no quería hablar de nuestros papeles porque estaba casi segura de que me despedirían cuando fuese incapaz de realizar la escena al día siguiente. No sabía qué me pasaba, el porqué de ese bloqueo. Pero sí sabía que la chica vacilante que me observaba con falsa tranquilidad necesitaba que estuviese allí con ella y no divagando sobre mi futuro, preocupándome por las opiniones de la gente que me rodeaba y pensando en cómo parapetarme detrás de mi fachada.

La contemplé; estaba tan imponente con su vestido negro corto de tirantes y a la vez me pareció tan frágil que le dije:

—Acostarte con hombres y mujeres se te dará bien. Lo harán de un modo respetuoso, profesional y bonito, créeme, me lo explicaron cuando me dijeron que finalmente, por sus problemas de agenda, no haría el casting con Nate Levigne para ver si éramos compatibles. Habrá alguien con nosotros durante los ensayos, y cuando sea la grabación y escasee la ropa reducirán el equipo al mínimo

imprescindible. —Intentaba tranquilizarla—. Por no mencionar que no tienes que enseñar las tetas si no quieres, aunque tienes unas tetas muy bonitas. —Le sonreí y ella me devolvió el gesto.

—A mí también me gustan las tuyas.

Me puse algo más seria y añadí:

—Nunca des credibilidad a alguien que dice que te dejan porque hablas demasiado, es un imbécil, y las palabras de los imbéciles no se interiorizan, solo impactan contra nosotras y salen despedidas a la vez que nuestra rodilla aterriza en su entrepierna.

Mi sonrisa aumentó, nos quedamos mirándonos y ella dijo:

—Te invito a una bebida. Bueno, qué tontería. Son gratis. Te sirvo y te traigo la bebida que quieras hasta aquí para que no nos roben el único hueco que queda con acceso directo al oxígeno —bromeó. La fiesta se había ido llenando poco a poco de gente y estábamos cerca de uno de los laterales abiertos, lo que nos daba ventaja a la hora de respirar sobre los demás apiñados. Candice se puso de puntillas mirando la mesa en la que estaban las botellas y enumeró —: Desde aquí veo ponche, whisky, cervezas, creo que ron y algo de un color muy raro fosforito que en tu lugar no me atrevería a probar porque todos los que lo llevan tienen una cara pasadísima.

Bajó de nuevo para quedar a mi altura y escuchar lo que escogía, y luché contra la tensión con pinceladas de angustia que me sobrecogía.

El alcohol no era mi tema favorito.

Mentiría si dijera que el alcoholismo de mi madre no influyó en mi decisión de hacerme abstemia. Era evidente que sí. Pero no lo fue todo. Es decir, Freddie había pasado por lo mismo y nunca había escuchado decirle que no a una cerveza fría, porque aseguraba que la lata le hacía ojitos. Sin embargo, a mí sí que me había ocurrido, lo aborrecía, y había tenido que aprender a convivir con ello.

Al inicio, cuando empecé a ser más consciente del alcohol, lo veía por todas partes, y me mordía la lengua para no decir: «Sabes que tienes un problema, ¿verdad?», a las personas que, mañana tras mañana, me encontraba en el mismo bar tomando un chupito antes de ir a trabajar, porque mi hermano me recordaba que no tenía que meterme en las vidas ajenas y que no era una maldita jueza. Aun así, continuaba pensando que existía algún problema en nuestra sociedad. Nunca una droga había estado tan normalizada, aplaudida y bien valorada. Sin embargo, yo no podía emprender una guerra contra el alcohol a no ser que pretendiese dedicarle toda mi existencia en exclusiva, y no era el caso. Bastantes años me había robado. Así que la única decisión que estaba en mi mano era no probarlo jamás, y fue la que tomé. Ahí comenzó mi enemistad con las fiestas. A mí me gustaban, pero definitivamente yo a ellas no.

Me distancié de mis amigas durante la etapa más *heavy* de la enfermedad de mi madre. A pesar de no soportarla y casi no hablarme con ella, me sentía en la obligación de cuidarla y protegerla. En el fondo, creo que incluso quería hacerlo. Desdeñarla a la vez que evitaba que algo malo le sucediese. Aquello requería una jornada a tiempo completo. Pero se rehabilitó. Continuó siendo una bruja, aunque limpia. Entonces regresé a las fiestas. Nunca había sido de las más populares, pero mis dotes interpretativas me habían permitido encajar, amoldarme y parecer una más entre los chicos de mi edad. Hasta que la maldita bebida pasó a formar parte de nuestras rutinas. Nos acompañaba a cada sitio que íbamos en forma de petaca escondida entre el tanga y los vaqueros con la camisa por encima, botella robada a algún padre o servida en los vasos del sitio al que nuestros carnets falsos nos permitían el acceso. Yo me negaba, y entonces empezaron los:

«Hazlo por mí».

«Venga, solo hoy, Sadie. Es mi cumpleaños».

«Un chupito no va a ponerte pedo».

Y no solo las frases. También las actitudes. Gestos con los que me hacían sentir aburrida o culpable cuando me divertía, porque estaba claro que determinados bailes y formas de pasárselo bien estaban reservados para cuando ibas borracha, y practicarlos sobria te convertía en una persona un poco rara, la que se acuesta con muchos y al día siguiente no quiere saber nada de ellos. «Está mal. Es una zorra», eran algunas de sus palabras, porque mucho sexo sin ir pedo te convertía en puta. «Como vuelvas a hablar así de ella te rebano la garganta y me hago un colgante con tu esófago», me defendía Freddie, aunque yo no lo necesitaba, porque a diferencia de lo que había notado con Candice, a mí no me importaban esas opiniones, las que hablaban de la chica que constantemente interpretaba.

Mis divagaciones se detuvieron y devolví la atención a la fiesta. La actriz aguardaba mi respuesta y a mí no me apetecía decirle «Soy abstemia» y que soltase alguno de los comentarios estrella como «Así podrás conducir el coche cuando salgamos», pero tocaba hacerlo, del mismo modo que me tocaría evitar la presión con ese tema más adelante con diferentes personas de la producción. Al final el alcohol hacía al ser humano común. Todo el mundo decía lo mismo en distintos escenarios.

—Soy abstemia.

Me preparé para cualquier tipo de reacción que hubiese escuchado antes, y entonces ella soltó:

—¿Eso es como los celiacos? ¿Tienes que mirar los ingredientes de las salsas para ver si llevan? Porque yo adoro las salsas; por ejemplo, no sobreviviría a una cena sin el kétchup.

Lo peor de sus absurdas y adorables palabras fue que las decía en serio y que estaba esperando a que yo se lo confirmase. Era una respuesta genuinamente sincera. Creo que fue en ese segundo cuando deseé que terminásemos haciéndonos amigas.

—La verdad es que nunca me lo he planteado. —Me sentí cómoda con ella, relajada.

—Pues deberías. En el bufet hay una mesa entera de guarniciones y condimentos, yo que tú me informaría. —Miró hacia la mesa de las bebidas, en la que en ese momento se encontraban Laura y más personas de Producción, y me preguntó—: ¿Te molesta que yo me tome algo? No planeo ponerme pedo, porque pretendo ser una actriz medio respetable, pero me gusta ir con el puntillo y de vez en cuando les doy alguna calada a los petas —me confesó como si quisiese entregarme la misma moneda de honestidad. Sonreí.

—Mientras después no me des un morreo para documentarte con el sexo lésbico no creo que haya problema.

No me pasó desapercibido que los ojos se le desviaban durante un parpadeo hacia la chica de Producción.

—Tardo poco.

—Tarda lo que necesites. No creo que cruzar el abismo de Helm sea fácil —bromeé.

—¿Te gusta *El Señor de los Anillos*?

—Me gusta Nueva Zelanda. Es el único sitio que mi mellizo Freddie ha prometido no visitar sin mí.

La animé a que se fuera con un movimiento de mano. Imaginaba que repondrían la bebida, pero de no ser así, y al ritmo de convocatoria que llevaba el encuentro, en menos de diez minutos no quedaría nada, aproximadamente el tiempo que Candice tardaría en alcanzar su destino al paso que llevaba.

Ojeé la fiesta, feliz. No todos los días se congeniaba con una persona de un modo tan sencillo, menos si eras yo y en una situación tan delicada como la que estaba viviendo. Barrí el espacio poniendo especial cuidado en no detenerme en la zona en la que estaba Dacre, que parecía la mar de entretenido, y expulsé toda la rigidez que no sabía que tenía en el cuerpo. Los hombros se me relajaron y comenzaba a estar más tranquila cuando me di cuenta de lo que estaba pasando. Unos chicos que se encontraban a mi lado junto a una de las mesas altas que salpicaban los laterales vertían alcohol de una pequeña petaca en la copa de otro, que estaba distraído, y se reían. Se reían a carcajada limpia.

No me molesté en averiguar si el desconocido era abstemio como yo para entrar en acción. Me enfadaba que emborrachar a alguien fuese una broma. A nadie en su sano juicio se le ocurriría echar ácido en la bebida de otra persona. Pero con el alcohol parecía no haber normas. Y la gente reía. Los que lo habían hecho y los que se habían dado cuenta y aguardaban a que el protagonista se llevase el vaso a la boca para contemplar la mueca que dibujaba.

Me abrí paso entre la multitud y llegué justo a tiempo de coger el recipiente de cartón mientras aquel desconocido lo inclinaba para beber de él. Se lo quité y el chico, que tendría unos veintipico años y llevaba todo el pelo recogido en unas rastas y ojos de fumado, me observó perplejo.

—¿Qué haces, tía? —me preguntó, y no me sentí ni un poquito culpable al chivarme.

—Te han echado bebida de una petaca. No sé qué es, pero el líquido era trasparente.

—Joder... —se quejó uno de ellos, y el otro le aplacó dándole un codazo a la vez que le susurraba: «Cierra la puta boca, Sven, es la protagonista». La advertencia surtió efecto y el afectado, es decir, la

víctima a la que había salvado de hacer algo en contra de su voluntad, paseó la mirada de uno a otro con lentitud para acto seguido partirse el culo.

—No me jodáis. Os había dicho que hoy iba de tranquis. Anda —me arrebató el vaso sin darme las gracias—, a ver qué mierda me habéis puesto.

Fin. Así se solucionó todo. Para ellos, claro. Yo perdí un poco más la fe en la humanidad y... En cierto modo me dolió que frivolizasen tanto con el tema. Pero mi interior corría en dirección contraria a ese tipo de emociones, así que los contemplé, por si acaso el chico cambiaba de idea y los increpaba, y cuando celebró lo que fuera que le hubiesen puesto bebiéndoselo de un trago y eructando, decidí irme de allí. Escribí un mensaje a Candice, que tardaría en leer porque estaba hablando con Laura, enderecé la espalda y salí consciente de que cada paso de vuelta a casa costaría porque estaría hecho con el pulso de los recuerdos.

5

Dacre

Sadie Sanders no caía bien a la gente.

A su penosa actuación, que podría costarnos empleo y sueldo, había que sumar una actitud en la fiesta que nadie comprendía. La gente la observó mientras se marchaba y luego comenzaron a hablar de ella.

—Hay algo extraño en esa chica.

Aproveché la oportunidad para iniciar mi plan.

—Voy a salvarla.

—Se dice «voy a apoyarla, acompañarla y respetar lo que necesite» —me corrigió Gascón, el nuevo gurú de las relaciones.

—Y por incomprensibles frases como esta, de aquí en adelante pienso pedirte muchos consejos —me despedí, y mientras cruzaba la estancia me arrepentí de dos cosas. La primera, no haber bordeado la cabaña, y la segunda, haber renunciado a la posibilidad de follarme a la modelo de tallas grandes que llevaba haciéndome ojitos desde que había entrado.

«Espero que merezca la pena», pensé cuando por fin alcancé la salida.

Sadie Sanders vestía un minúsculo vestido negro de tirantes que ponía de relieve la palidez de su piel, impropia de una persona que vivía en California y veía todos los días el sol, y llevaba el pelo suelto

y unos tacones que deberían haberla ralentizado, pero a los que tenía que estar bien acostumbrada por la velocidad que alcanzó.

Aumenté la longitud de mis zancadas y salí de la zona iluminada por los románticos farolillos de la fiesta. Luego, durante un tramo no excesivamente largo, la única claridad era la de la luna plateada. El viento revolvió la vegetación que nos rodeaba y localicé su sombra.

Aceleré la marcha.

La actriz se desplazaba dando grandes pasos con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, balanceándose por culpa de su rapidez y de la vivacidad de sus movimientos. Me puse detrás de ella, y mi silueta estaba a punto de fusionarse con la suya cuando Sadie se percató y frenó de golpe provocando que yo tuviese que hacer lo mismo si no quería que chocásemos y, confiad en mí, tocarla era lo último que deseaba en la vida. Fingí una sonrisa de cordialidad y me preparé para repetir una por una las preciosas palabras que había dicho Gascón y que a mí nunca se me habrían ocurrido, como si fuese un guion dulce y empalagoso que tenía que recitar, pero entonces ella se giró con aquella mirada suspicaz del color de la miel que sacaba de sus casillas hasta a la persona más paciente (y ese no era mi caso) y dijo:

—¿Estás acosándome, Dacre?

«Ni en tus mejores sueños», me dije, y luego recordé: «Sé amable. Es tu llave a Hollywood».

—Hoy estás graciosa —crucé los brazos a la altura del pecho y acentué mi sonrisa—, desconocía esa faceta tuya. Me gusta. —Si quería que tuviésemos una química capaz de dar un vuelco al argumento de la trilogía, un poco de tonteo no vendría mal.

Se me quedó mirando y dijo mientras retomaba el movimiento:

—¿Qué quieres? No me fío de ti.

—Joder, pero mira que me pones difícil hacer lo que he venido a hacer...

—Y eso es... —No cedió ni un poquito, y tuve que hacer acopio de todo el control que poseía para no soltarle una bordería como que se quedase quieta de una maldita vez porque no estábamos corriendo una puñetera maratón. «Sonríe, Dacre, la sonrisa irresistible».

—Disculparme.

Por segunda vez frenó y lo hizo a pocos pasos del cartel que señalaba el sendero que habíamos terminado.

—¿Por qué?

Esa respuesta la tenía.

—Antes en el laboratorio de atrezo he sido un borde.

—Y ayer —apuntó.

«Eres una maldición».

—Y ayer —concedí.

—Durante el desayuno, la lectura y todos los minutos que no estuve contigo.

—Durante el desayuno, la lectura —repetí de manera automática— y —«un momento»—, ¿todos los minutos que no estuve contigo? —Vacilé, y Sadie asintió.

—Dudo de que dejes de ser un capullo cuando nos separamos. No soy tan especial.

Me contempló con una mirada de superioridad y quise decirle muchas cosas, ninguna agradable, y para no fastidiarla y no conducirnos a un punto irreconciliable me mordí la lengua, apreté los labios y le di la razón hablando entre dientes.

—Qué rápido me has calado.

Tuve la sensación de que intentaba penetrar en mi interior con los ojos, analizarme, y que le frustró sobremanera no conseguirlo.

—Vaya, sí que tienes que estar desesperado de lo que sea que necesites de mí para rebajarte de ese modo. Mi respuesta a lo que vayas a pedir es no. Nunca. Jamás. Para que te evites el mal trago de insistir. —Se dio la vuelta y, otra vez, echó a andar.

Me quedé plantado sintiéndome un idiota y decidí que las buenas formas de Gascón se podían ir un poco a la mierda. Corrí tras ella y la alcancé cuando caminaba por el terreno que separaba la cabaña de Nate (que estaba iluminada) y la de ella de las del resto de los mortales. Sadie ni se inmutó en cuanto me puse a su lado, pero al menos tuvo la deferencia de escucharme.

—A lo mejor la que debería estar desesperada porque le prestase mi ayuda eres tú.

Llegamos al porche sin que se dignase a contestarme, y Sadie ya estaba posando la mano en la madera de la barandilla a la vez que se encendía la luz de su porche de manera automática cuando fruncí el ceño y le dije:

—Joder, creía que no existía ninguna persona más egoísta que yo, pero me superas, y mira que hay pocas cosas que me molesten más que admitir que alguien me gana en lo que sea. —Mi brote de comparativa sinceridad la activó, porque en ese instante se dio la vuelta.

—¿De qué hablas? —Por fin tuve su atención.

—De que piensas que esto, mi amable ofrecimiento...

—Tu prepotente ofrecimiento.

—Mi ofrecimiento de los cojones va de ti, de nosotros...

—¿Y no lo hace?

—Pues no. ¿Tú sabes a la cantidad de personas que vas a joder si esto no sale adelante?

Por primera vez pareció impactada, aunque fingió lo contrario.

—Me otorgas demasiado poder.

—El que tienes. —Dios sabe que me costó sangre y sudor pronunciar las siguientes palabras. Ascendí un escalón para situarme a su altura, posé los ojos en los suyos y le dije—: Eres la protagonista principal, tu actuación es más importante que la mía, y ahora mismo tu forma de interpretar no es para tirar cohetes.

—Mi forma de interpretar está casi al mismo nivel que tu sensibilidad —masculló, pero después se quedó callada para oír mi propuesta.

Bien, solo me había costado perseguirla por medio camping mientras deseaba volarme los sesos. Aclaré la garganta e hice un *mix* entre los consejos de Gascón y mi sinceridad a medias.

—No tenemos que caernos bien para ayudarnos. Mucha de la gente que se echa una mano no se soporta, pero lo hacen si persiguen objetivos comunes.

—¿Y nosotros lo hacemos?

—Nosotros queremos que esta serie salga bien y triunfar, aunque por distintos motivos.

Su mirada se paseó por mi rostro y al fin admitió que tenía razón con un gesto que evidenciaba sus reservas y lo poco que confiaba en mí.

—¿Qué propones?

¿Qué proponía? La verdad era que no había tenido mucho tiempo para pensarlo. El impacto de saber que aún no estaba todo perdido y podía aspirar a lo máximo que ofrecía la producción me había sobrevenido en la fiesta, pero tenía alguna idea de cómo ir encajando las piezas. La primera, trabajar en nuestra relación y en la puñetera química traspasabarreras.

—Podríamos practicar las escenas antes de grabarlas.

—¿Las nuestras?

—Las que necesitemos. —Me incluí para que no se pusiera a la defensiva—. Quedar aquí, en mi cabaña, en la playa, y hacerlo, de modo que ganemos algunos ensayos extras.

—¿Y por qué crees que mi..., que nuestra actuación mejorará con esta especie de pacto?

—Porque seremos tan buenas personas —elevó una ceja disconforme con esa afirmación en lo referente a mí, pero no llegó a interrumpirme— que le daremos al otro los trucos que ha aprendido durante su trayectoria. Por ejemplo, mi agente ha pagado cursos con muchas cifras para formarme, algo sé. —Traté de sonar modesto.

—Yo asistí a clases de teatro en el instituto y me he pagado alguna que otra formación adicional con lo que ganaba en la heladería.

Aguardé para que añadiese algo más, el secreto que me aclarase la razón por la que la habían cogido, pero no lo hizo, y tuve que esforzarme por no juzgarla cuando por dentro pensaba que deberían despedir al director de casting, Lázaro, por no tener ni puta idea en cuanto a selección.

—Seguro que allí aprendiste algo distinto a lo mío que me puede enriquecer.

Sus ojos miel me escrutaron un par de segundos más y terminó cediendo:

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana en mi cabaña al amanecer. Así irás con los conceptos frescos.

Comencé a girarme y entonces me preguntó:

—¿Qué ganas tú, Dacre?

La fama. El poder. Ser el diablo que no teme el descenso a los infiernos porque es su casita en la playa.

—Que esto vaya bien, nada más.

No me creyó.

—Sabes que lo averiguaré, ¿verdad?

Esbocé una sonrisa ladeada.

—Descansa, Sadie, y no olvides todo lo que me detestas. Tengo una idea sobre el lugar del que podemos extraer los sentimientos que necesitas.

—Pero en la escena de mañana Libe no te odia, solo siente confusión y miedo.

—No solo vamos a ensayar esa. Seremos unos alumnos muy aplicados y practicaremos también alguna más del primer episodio y una de las nuestras del segundo, la de nuestro enfrentamiento. —La que daba comienzo a nuestra historia de amor, según el *fandom* que apoyaba a la pareja de Jude y Libe. Mi primera oportunidad real de escalar en mi objetivo—. Buenas noches. Te deseo dulces pesadillas conmigo.

Episodio 5
Complicaciones

MARIANA RIVERS EN SU PÓDCAST
EL ROSA NO ES UN COLOR, ES UNA OBSESIÓN

El primer gran momento de Libe y Jude fue la escena de la celda. Se palpaba la tensión y la mayoría de las pecadoras JudLib aplaudimos con las orejas.

ESCENA RESCATADA DEL RANKING DE MEJORES ESCENAS DIALOGADAS ENTRE JUDE Y LIBE EN *LOS NUEVE CÍRCULOS* HECHO POR LOS FANS DEL PERFIL *VAMOS A PECAR*

INT.CELDA DE CASTIGO DE TRAICIÓN-AMANECER

LIBE despierta en el catre en el que lleva durmiendo las dos últimas semanas. Se la ve aseada y descansada, con una ropa diferente a la que vestía cuando fue secuestrada por JUDE (TRAICIÓN). La luz se filtra por la ventana con barrotes. LIBE se incorpora y bufa al distinguir al ser que hay al otro lado. Protegido por la oscuridad está JUDE.

LIBE

¿Ahora me espías mientras duermo? Cada vez eres más espeluznante.

JUDE sonríe. Se encuentra sentado en la butaca de la celda con los pies sobre la mesa. Baja una pierna con lentitud, después la otra, y habla al tiempo que se pone de pie.

JUDE

Me han dicho que ayer no comiste. Otra vez. Mi cocinero está un poco disgustado por tu huelga de hambre, y detesto sus constantes lamentaciones.

LIBE

(Encogiéndose de hombros para acto seguido desperezarse mientras también se levanta).

Probaría un bocado si te tuviese lo bastante cerca, así podría escupírtelo a la cara.

JUDE suelta una carcajada. La mirada de LIBE se desvía involuntariamente a la puerta mientras aprieta en la espalda el cuchillo que robó para poder escapar.

JUDE

No creía necesario hacer un alarde de todas mis virtudes tan pronto, pero...

(Avanza un paso).

Soy más rápido que tú.

(Otro).

Soy más fuerte que tú.

(Uno más, quedando muy cerca de LIBE).

Al contrario que tú, soy inmortal. Y el juguete que tienes en la espalda me parece adorable. Pero me lo vas a dar. *Ahora.*

(Se aproxima más y desliza la mano hasta agarrar el cuchillo. Ella no se mueve. Tampoco lo suelta. Le desafía con la mirada presionando la mandíbula).

¿De verdad piensas que es buena idea atacar al señor al que una panda de colgados rinde pleitesía? Ambos sabemos que no.

LIBE

(Apretando los dientes).

Algún día encontraré la forma de matarte.

JUDE sonríe y la examina durante un segundo antes de hablar.

JUDE

La única forma de acabar conmigo sería que encontrases a la persona que, como tú harás con Rhett, me devuelva mi alma, y eso es del todo imposible.

LIBE

¿Por qué?

La sonrisa de JUDE se extiende con frialdad.

JUDE

Porque yo mismo terminé con su vida.

(Le arrebata el cuchillo de un tirón y se aleja, dejándola sola. En mitad del camino se detiene

y le dirige unas últimas palabras).

No me importa que mueras de inanición cuando hayas activado la maldición. Y para eso no tienes que estar sana, ni siquiera consciente, solo viva cuando él te vea. No voy a dejar que mueras antes, LIBE, no hasta que hayas cumplido tu propósito. Así que, si quieres sufrir pasando hambre, adelante, y si quieres dejar de hacer el tonto, aceptar que estás metida en un buen lío y alimentarte, también. Soy de los pocos seres del averno que todavía no quieren que tu pulso se apague.

JUDE se va, LIBE se deja caer de nuevo en el catre y lanza a la puerta el plato con comida de la noche anterior, que se hace añicos contra el suelo. Después, sube las piernas dobladas, las pega contra su pecho y empieza a sollozar.

1

Sadie

«Date la vuelta».

«Date la vuelta».

«Date la vuelta».

Por el camino me fui dando órdenes simples que no cumplí. Después de comprobar por segunda vez que mi disculpa con Candice por haberme marchado de ese modo había surtido efecto («Tranquila, lo pasé muy bien con Laura»), había emprendido el trayecto rumbo a la cabaña de Dacre, y todo el mundo, incluida yo, sabíamos que aquel tipo de pacto que habíamos forjado no era buena idea.

No solo estaba el hecho de que no nos soportásemos, en plural, no iba a llevarme yo todos los méritos de nuestra animadversión; también existía el pequeño e insignificante detalle de que no confiaba para nada en él, y practicar algo tan importante como para mí era la actuación con la persona de la que te fías igual que de un espejismo demoníaco no era precisamente una elección inteligente.

Avancé por la porción de césped y arena que nos separaba a Nate y a mí del resto del equipo y me di cuenta de que mi compañero estaba despierto, y eso que él ese día no grababa. Más tarde aprendería que Nate Levigne era un chico de costumbres, pero esa mañana solo aprecié lo excesivamente temprano que era para que estuviese tan activo y cómo su musculatura se extendía y se

endurecía mientras hacía dominadas en la estructura del tejado que utilizaba como barra. Vestía tan solo unos pantalones de chándal grises que se le caían por la cintura. Ese tipo de pecho solo lo había visto en *Vaiana* con Maui. Sin embargo, cuando el actor que interpretaba a Rhett, Ira, advirtió mi presencia y me saludó a la par que se descolgaba para beber agua, no me entraron ganas de protagonizar con él una de las portadas antiguas de las novelas románticas con hombres descamisados, solo de sonreírle. Eso aplacó un poco los nervios por estar cometiendo, por mi propia voluntad, un error.

¿Qué podía enseñarme Dacre? Me refería a que... El problema no había sido que exhibiese mis conocimientos y no fueran suficientes, el problema había sido que estos no habían salido cuando los necesitaba. ¿Cómo iba él a mostrarme algo nuevo y que encima germinase? Las posibilidades de éxito eran irrisorias y aun así suficientes para que, desesperada, ascendiese la escalinata de su porche (más pequeño que el mío) y, tras revisar que nadie corría en mi auxilio para que no lo hiciera, llamase con los nudillos a la puerta.

Dacre no tardó en abrirme.

Lo hizo descamisado, completamente de negro, como una versión actualizada de Damon Salvatore después de una noche de desfases sangrientos y whisky. Le miré con una ceja enarcada y le pregunté:

—¿Hay algo que deba saber?

Él me dedicó una sonrisa.

—Se llama «caracterización». Anda, pasa antes de que alguien crea que vienes a follarme.

Se hizo a un lado y mientras entraba puntualicé:

—Sería más probable un asesinato.

Cerró la puerta tras de mí y me invadió un delicioso olor a repostería.

—¿Me estás horneando unos dulces? —vacilé, y su expresión sonriente se acentuó.

—No soy tan buen anfitrión, lobita.

—¿Lobita?

—Tenías un poco de Caperucita viniendo por el bosque, y tus ojos son muy amenazadores, aunque creo que es por la forma en la que me miras a mí. —Se encogió de hombros teatralmente y señaló—: Apodo adjudicado. Y es Gascón, cuando se pone nervioso cocina.

—¿Bollería?

—No lo sé, le conozco desde hace tres días, literalmente, pero hoy son magdalenas sin azúcar.

En aquel momento el aludido salió del baño con una adorable bata blanca de unicornios. Reparó en mí y me observó como si tuviese delante a un tiranosaurio a la vez que decía:

—Por favor, no entres. Podría morirme de la vergüenza. —Adiviné por dónde iba.

—Tranquilo, vengo con los deberes hechos de casa.

—Una conversación de lo más agradable sobre cuándo cagáis —apostilló Dacre, al que, por un segundo, casi había olvidado si no hubiese sido porque su olor y su presencia con el torso semidesnudo a mi lado eran capaces de llenarlo todo—. Vamos a ensayar —le indicó a su compañero de cabaña.

—Lo sé, yo te lo sugerí.

—Ya me extrañaba que una buena obra saliese de ti... —comenté con retintín.

—Le añadí mi toque —replicó, y volvió a dirigirse a Gascón—: Estaré en mi habitación con la lobita, aunque no sé por qué narices te estoy dando explicaciones.

—Porque quieres que os acerque unas magdalenas con la receta de la Amá cuando estén listas.

—Definitivamente ese no es el motivo.

—Aun así os las voy a llevar. —Gascón se dirigió al horno y Dacre abrió su postura indicándome con el cuerpo el camino hacia su habitación.

—¿Lobita es el apodo definitivo más original que se te ha ocurrido?

—¿Quién dice que pretendo ser original contigo?

—Me opondría a que me llames así, pero me da tan igual tu opinión que me es indiferente.

—Bien, veo que vienes con el intestino vaciado y el tono de la escena cogido de casa. Fantástico.

Reprimí la insólita sonrisa que se atrevió a formarse en mi cara y entramos en su habitación. Como ocurría con el porche y el espacio del salón y la cocina integrada, salvo por el tamaño (el mío era un poco más grande) aquel dormitorio parecía gemelo del mío. Paredes y suelos revestidos de madera se complementaban con el moderno mobiliario, como la lámpara negra estilo industrial que colgaba del techo, la suave y mullida alfombra beis y la cama, blanca y acogedora, repleta de cojines. El armario se camuflaba con la tonalidad dominante y una pared estaba conformada por una amplia cristalera, con marcos negros y cortinas que, como en mi caso, había dejado abiertas. Resultaba imposible cerrarlas con el espectáculo visual que teníamos delante.

Me aproximé al cristal y lo rocé con la punta de los dedos.

—Parece irreal... —se me escapó fascinada de entre los labios al contemplar la niebla que lo lamía todo hasta absorberlo.

Dacre me escuchó y dijo:

—Por eso los rodajes en el exterior los dejan para la tarde o para primera hora de la mañana, por lo visto la niebla lo invade todo cada día, pero, tranquila, no interferirá en la grabación de la escena que

tenemos hoy —me recordó, y dejé atrás mi lado romántico. Había ido allí para trabajar, no para quedarme embelesada con el paisaje que tenía delante, ni el de detrás...

—¿Se puede saber qué diablos haces?

Al girarme, vi que Dacre Stewart estaba recostado en la cama de matrimonio con los brazos cruzados en la nuca y una provocadora expresión que me llevó a pensar que, como me propusiese cualquier cosa con la que terminásemos con tan poca ropa, iba a salir de allí más furiosa con él de lo que había entrado. Me contempló con gesto burlón durante un par de segundos y luego rio al tiempo que se incorporaba.

—Solo para que te quede claro, cualquier interacción que tenga contigo dentro o fuera del plano laboral tendrá un fin profesional. Nunca lo olvides.

—No lo haré. Es más, lo celebro. ¿En esta ocasión es...?

—Dar vida a sentimientos. —Me indicó que me sentara en el borde de la cama y comenzó la lección—. Imagino que el otro día pusiste en marcha todos tus conocimientos. —Al dejarme caer rocé con el talón una especie de baúl escondido debajo de la cama. La vista se me desvió, y cuando me quise dar cuenta la punta de los dedos de Dacre me rozaban la barbilla para que le volviese a atender. Una inesperada suavidad que provocó una descarga eléctrica del todo inaceptable en mi estómago—. Estoy aquí. —No pude evitar echar una última ojeada al baúl conforme él insistía—. Continúo aquí.

—Vale, vale, lo pillo. —Retiró la mano y retomó el discurso.

—Como decía, imagino que el otro día pusiste en marcha todos tus conocimientos. Lo bueno de la interpretación es que hay muchas escuelas y trucos, así que no te voy a enseñar nada nuevo.

—Oh, genial.

Iba a levantarme, pero él continuó como si no me hubiese oído.

—En cambio te voy a pedir que dejes de actuar.

Aquello me pareció una soberana tontería, pero obtuvo mi atención e hizo que mi trasero no se moviese del sitio.

—¿Qué sentimiento te despierto yo? ¿Eh? —¿Qué sentimientos me despertaba? Dacre no querría saberlo—. Te ahorro que los enumeres —dijo, y en mi lugar lo hizo él—. Te provoco rechazo. Desconfianza. Una pizca de curiosidad. Y por supuesto eres inmune a los encantos de mi pecho. Ahora piénsalo bien, ¿qué sentimiento despierta Jude a Libe en esa maldita celda? —«Rechazo. Desconfianza. Una pizca de curiosidad por un ser inmortal. Y por supuesto es inmune a los abdominales que parecen nublar el juicio a todas las personas». Mi vista, que había descendido mientras pensaba, volvió a alzarse hasta sus enormes ojos verdes de hechizo. Dacre sonrió—. Lo has pillado. —Sí, lo había hecho. Existían ciertas similitudes entre nuestras relaciones. Entorné la mirada.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente?

—Háblame a mí, solo nosotros tenemos que saberlo, y solo hasta que lo que sea que te presiona afloje y recuperes tu toque. Entiendo que si has llegado hasta aquí lo tienes y lo que necesita es una tregua para relajarse y florecer. —«¿Florecer? Qué poético», pensé, y sacudí la cabeza para no desviarme de la conversación—. ¿Qué te parece?

¿Qué me parecía?

—Una gilipollez.

—Pues yo tengo la sensación de que es la primera vez que has empleado el tono de Libe desde que te conozco, y tú también te has dado cuenta. —Sonrió con satisfacción, y ¿a quién pretendía engañar? Llevaba razón. Por mucho que me pesase estaba entrando en su plan.

—No pienso darte las gracias por esta locura.

—No esperaba otra cosa de ti, lobita.

Me metí de lleno en la casa de una abuelita que era más peligrosa de lo que parecía y cuyo tacto aún reverberaba en mi barbilla.

2

Dacre

Sadie lo logró.

Tanto en su escena del primer día como en la del segundo lo hizo. Deslumbró y tranquilizó a los allí presentes, que ya se veían haciendo las maletas para volver a casa ante las bajas audiencias. Solo yo sabía que el recelo que manifestaba era por mí y no me importaba. Tampoco me entristecía. Mientras las escenas saliesen bien el resto daba igual, ya trabajaríamos más adelante aquellas en las que tenía que existir un resquicio de sentimientos entre nosotros. Por el momento, el odio bastaba.

Todavía caracterizado, me removí en el asiento alto en el que estaba sentado. Nate Levigne actuaba después que yo y había sido demasiado tentador quedarse a verlo. Reconozco que mi esperanza era que lo hiciese fatal, que la lectura hubiese sido un golpe de suerte, e irme contento a la cama, pero Nate Levigne bordó el instante en el que su ira anestesiada durante décadas brotaba a borbotones y dejaba a su paso un reguero de cabezas decapitadas, miembros amputados y sangre.

Todavía con el líquido rojo falso salpicado en la cara, el actor pasó por mi lado y me saludó, aunque no se quedó a hablar. Había apreciado eso en él, las distancias que ponía con el resto del equipo a pesar de su excesiva amabilidad.

No comprendía qué razones le llevaban a actuar así, por qué Nate Levigne tenía que ser tan condenadamente bueno y estropearme todo el plan. Enamorarse de él era inevitable, de modo que todo dependía de la química que Sadie y yo tuviésemos en la última escena que rodaríamos con Lucien Strauss y que aún quedaban semanas para que grabásemos. Me convenía empezar a trabajar en nuestra relación. El odio se nos estaba dando fenomenal, teníamos que replicarlo en el amor.

Iba a echar a andar cuando la ayudante de producción que me había guardado el móvil se acercó para devolvérmelo.

—Gracias, Laura. —Recordé su nombre.

La trabajadora de pelo azul les restó importancia a mis palabras encogiéndose de hombros, y parecía que iba a irse cuando me dijo:

—Hay alguien que quiere hablar contigo a toda costa. El teléfono no ha dejado de vibrar. Al final se lo he cogido por si se trataba de una emergencia, pero Juliette me ha dicho que no, que estuviese tranquila, aunque me ha prometido una casa en la playa si conseguía que le devolvieras la llamada. Entiendo que era una broma, pero no estaría de más que lo hicieras, parecía un poco desesperada por saber de ti.

Le dediqué una sonrisa tirante, apretando los labios para contener la frase que me estaba haciendo cosquillas en la punta de la lengua: «Métete en tus putos asuntos». No me había pasado desapercibida la imagen de Sadie al fondo del plató y tenía que interpretar bien al personaje que quería que ella viera. Laura continuó mirándome y, por segunda vez, se encogió de hombros adivinando que no pensaba devolverle la llamada a Juliette.

—Tú mismo. Un coche de Producción te espera fuera para cuando te cambies.

Mi segundo «Gracias» sonó más tirante.

Ojalá algún día Sadie apreciase los esfuerzos que estaba haciendo por engañarla.

Laura se marchó y yo me pregunté a qué se debía la insistencia de la mujer que me había adoptado, aunque no pensaba devolverle la llamada. Nuestra puerta se había cerrado hacía años. Eché a andar y lo cierto era que no quería darle vueltas al tema, pero no paraba de hacerlo, necesitaba una distracción y, mira tú por dónde, esta se me presentó.

Nunca se me había dado bien hacer de príncipe en la ficción. Sin embargo, en aquella ocasión lo vi muy claro. Otro de mis problemas es que nunca sé decir basta, ya está. Siempre quiero más. Y es en ese anhelo en el que acabo perdiendo las cosas. Por ejemplo, mi interpretación estaba siendo correcta, pero quería impresionarla más y acelerarlo todo.

Sadie se encontraba cerca. Ella también había advertido mi presencia, aunque hablase con la chica de Marketing que acompañaba a la fotógrafa que tomaba imágenes del rodaje. Justo en la otra dirección, entre el cableado y las cámaras, los dos técnicos con los que Sadie había tenido un encontronazo en la fiesta hablaban de ella y no precisamente bien. Casi parecía el destino. Su voz susurrándome: «Sé el héroe». Por norma general, en los guiones los héroes me parecían soporíferos, pero solían conquistar al público. Me terminé de convencer de las ventajas que aquel acto me podía suponer y giré el rostro en dirección a ambos cámaras justo en el segundo en el que rumiaban entre ellos:

—Seguro que se come las pollas dobladas, de otro modo no entiendo por qué no la han despedido. Debe de tener costras en las rodillas.

Estaban rabiosos. Aun sin conocer el motivo, su jefe, el director de departamento, les había echado una buena bronca por enfrentarse a

una de las estrellas en la fiesta, y eso les había generado un *poquito* de rencor. En condiciones normales, es decir, si no hubiese buscado obtener nada de Sadie, habría pasado de largo porque no había cosa más peligrosa que actuar como si las gilipolleces vertidas por idiotas no te diesen igual, pero, claro, quería que Sadie pensase que era muchísimo mejor persona de lo que realmente era. Y las buenas personas defendían a sus amigas, ¿verdad?

Me encaré a ellos con mi expresión más severa y sospecho que uno estuvo a punto de hacérselo encima. Por si fuera poco, también aclaré la voz para que sonase amenazante y siseé como un verdadero villano. Bueno, no, héroe. A veces se me olvida.

—Jamás volváis a hablar así de ella o yo mismo me encargaré de que salgáis de aquí de una patada con los huevos vaciados y no piséis un rodaje en lo que os queda de carrera.

Temblaron acojonados e iban a disculparse cuando sentí una presencia a mi espalda, la de Sadie. Su olor a la misma miel que dominaba sus ojos era inconfundible. Sonreí de lado y me preparé para recibir la recompensa por mi acto de defensa y bondad, pero en cambio la escuché decir:

—¿Se puede saber qué problema tienes, Dacre? Anda, acompáñame. Tenemos que hablar de tu testosterona.

Y con esa frase la lobita me sacó de mi órbita, y eso, añadido a la risa que se le escapó a uno de los cámaras, aunque el otro le dio un codazo para que cerrase la boca, me cabreó. Mala combinación para que charlásemos con la sombra de Juliette latiendo en mis venas.

3

Sadie

Todo mal con Dacre.

Fatal.

Y lo peor era que el muy idiota se creía que lo que había hecho estaba bien y se pavoneaba de ello.

Le dejé seguirme con el pecho hinchado hasta la primera puerta de uno de los decorados, en el que no había nadie, dando la casualidad de que se trataba del mismísimo cuarto del pecado-círculo al que encarnaba: traición. Dacre todavía no había rodado allí, pero desde Arte lo tenían todo dispuesto. La cama con dosel de la que pendían cortinas negras, el baúl a los pies, el escritorio donde firmaba sentencias de muerte y, lo más impactante e importante en la trama de la historia, su precioso y enorme balcón, desde el que se podía ver la luna impregnada de sangre cuando había una matanza, las llamas del horizonte y el territorio que, muy a su pesar, Jude se empeñaba en proteger. Se trataba de un escenario majestuoso, anhelante y desfibrilador (te garantizo que tu corazón no latía igual una vez que lo habías visto), pero no le había pedido que me acompañara hasta allí para admirar su belleza, sino para explicarle un par de cosas que quizá no sabía.

Le miré y Dacre compuso una falsa mueca de modestia.

—No hace falta que me des las gracias. Estoy convencido de que tú harías lo mismo por mí, lobita. —Se apoyó con despreocupación

en el escritorio con las piernas y los brazos cruzados.

Ni siquiera me irrité, y eso que lo ponía muy fácil.

—¿Exactamente qué es lo que crees que has hecho? —le pregunté, y él pareció dudar.

No podía decir «defenderte» ni «actuar como un macho alfa», porque aquellas afirmaciones, a pesar de que la primera era mentira, no le dejaban en buen lugar. Aguardé a que encontrase las palabras adecuadas y al final, al comprender que ninguna le beneficiaba y que por mi gesto (y la frase de «¿Se puede saber qué problema tienes, Dacre?») no estaba muy contenta que digamos, el que se exasperó fue él, lo que hizo caer su careta de buenas intenciones.

—Okey, la próxima vez permitiré que te insulten; ¿nos vamos?

Parecía afectado, como si detrás de lo que había hecho se escondiese algo que yo no era capaz de entender y mi reacción le fastidiara. Echó a andar y le detuve agarrándole por el brazo. De nuevo, experimenté una especie de sacudida al rozar la dureza de sus músculos y tuve que recordarme todas las cosas por las que ser endemoniadamente sexy no le hacían en absoluto deseable.

—Es que tú no tienes que permitir nada, Dacre —le expliqué. El actor se quedó mirando el punto exacto en el que mi mano le estaba tocando. Había algo nuevo en aquellos ojos verdes, algo de lo que parecía estar huyendo con nuestra chorrada de bronca. Retiré la mano y añadí—: Lo que has hecho, tanto en el contenido como en las formas, está completamente fuera de lugar.

Por mi parte el debate estaba zanjado. Es más, me disponía a largarme e ir a la cabaña a descansar cuando de su boca, situada unos pasos por detrás de mí, salió despedido:

—Hablaban de las posibles pollas que te has comido para conseguir el papel.

Sus palabras se me clavaron como una daga de hielo. Me giré, mientras notaba cómo la punta se enroscaba en mis órganos abriéndose paso, y observé cómo me dedicaba una sonrisa tirante, una que desvelaba que el cabreo provenía de otro sitio y que lo acababa de descargar conmigo. Quizá hubiese un motivo que había alterado sus emociones hasta volverlas ingobernables. Pero daba la casualidad de que yo no era el saco de boxeo de nadie, menos de Dacre.

En aquel momento podría habérselo dicho. O haberle explicado que era él quien me acababa de hacer daño y no esos desconocidos. O haberle hablado del método que seguía con Freddie desde que era una niña de decirles tres veces a los abusones «No me gusta. No lo vuelvas a hacer» antes de recurrir a un adulto, si no cambiaban de actitud, para que mediara. El método para resolver mis propios conflictos y fortalecerme. Pero qué iba a saber él si no solo se enorgullecía de su hazaña, sino que también anhelaba un agradecimiento. Dacre Stewart no solo me había robado, por culpa de su testosterona, tres oportunidades de imponerme zanjando el asunto; a la vez me había expuesto como alguien frágil, alguien que necesitaba protección y que una persona, en apariencia más fuerte y más imbécil, hablase en su nombre. Y no era el caso.

Me aproximé hasta quedar a su altura con toda la rabia bullendo en mi interior y lo único que acerté a pronunciar, porque explicaciones no se merecía, fue:

—No vuelvas a acercarte a mí si no es trabajando.

—A sus órdenes, lobita.

—Vete a la mierda.

Episodio 6
Promoción

ARTÍCULO ONLINE

Redes sociales de la periodista Marissa Clarke

El día D ha llegado. Mañana, durante un evento sin precedentes en Los Ángeles, tendrá lugar el estreno del tráiler de *Los nueve círculos*, la primera temporada de *Averno*, y se desvelará en exclusiva la fecha en la que comenzará la emisión de sus ocho capítulos. ¿Nerviosas? No os preocupéis. Pienso hacer un directo para que no os perdáis ningún detalle. Por el momento, ¿me ayudáis a elegir el *outfit*? Quiero vestir un conjunto digno de pecar.

1

Sadie

Que la apuesta de la productora era grande fue algo que siempre supimos, que era vertiginosa lo descubrimos en aquel viaje.

Nos sacaron de nuestro reconfortante, y aislado del mundo, camping en Brookings para presentar el tráiler del primer episodio. Normalmente, las series se esperaban a haber grabado y montado toda la primera temporada para hacerlo, pero tendríamos un parón en la emisión. Habían decidido subir los tres capítulos de golpe a la plataforma, el cuarto como si se tratase de un evento único, descanso, y después, del tirón, el resto. Podían permitirse ese lujo. Desconocía si la estrategia era buena (novedosa lo era un rato). No obstante, confiaba en su criterio. Querían que *Averno* fuese recordado como un acontecimiento sin precedentes que se saltaba todas las reglas, y lo estaban consiguiendo, aunque eso supusiera que los actores y el resto del equipo estuviésemos a un paso de desfallecer del agotamiento.

La persona que había sugerido rodar las tres temporadas del tirón se merecía toda mi inquina y malos deseos. Me removí en el asiento de la furgoneta negra con los cristales lacados. Habíamos viajado desde Oregón a California en avión y una vez allí nos había recogido una furgoneta. Esa misma noche había dormido poco porque a) regresaba a mi tierra (se me formaba una sonrisa), y b) suponía

tener que pasar más tiempo del habitual con Dacre (las comisuras de mis labios bajaban).

Como cabía suponer, las cosas no habían mejorado con él durante esas semanas.

Dacre Stewart era un cretino, imbécil y egocéntrico; por eso su personaje le iba como un guante.

Me habían pasado la agenda de los tres días que estaríamos allí y, además de tener que compartir con él varios espacios como esa furgoneta, en la que sospechaba que me estaba clavando las rodillas aposta por su postura de mierda, ya que tampoco era tan alto, coincidiríamos en la sesión de fotos que tendría lugar esa tarde. Estaríamos también juntos en la rueda de prensa, a la que asistirían nuestra productora, Rose Plec, y el primer director episódico, Lucien Strauss, y en el evento del día siguiente, al que seguía sin encontrar ningún sentido, porque el vídeo del tráiler tenía una duración de dos minutos con ocho segundos y habían habilitado un teatro con una capacidad de tres mil personas como si fuera el puñetero Dolby Theatre, la sede de los Óscar.

Nos íbamos a dar una soberana hostia y lo peor era que iba a estar muy bien documentada. Las rodillas de Dacre se clavaron un poco más en mi espalda y estallé:

—¿Te puedes estar quietecito de una maldita vez?

Ladeé el cuerpo en el asiento para dos que compartía con Candice y le vi. Se hacía el dormido, el muy falso, pero lo cierto era que la comisura de sus labios se alzó un poquito.

—Tiene un sueño bastante movido —intercedió por él Gascón, ubicado a su lado, al que tenía muy bien engañado.

—La próxima vez, que le pongan una furgoneta particular, como a Nate. Ah, no, que él no es el protagonista principal. —Se la devolví a modo de puñetazo en su orgullo y su mandíbula se tensó, aunque

no pudo decir nada porque se suponía que se encontraba en los brazos de Morfeo.

Satisfecha por el golpe me di la vuelta. Nate Levigne era el único que viajaba solo. Nos habían dicho que la razón era que había aprovechado para hacerse unas pruebas médicas, pero sin ser yo conspiranoica comenzaba a sospechar que había algo raro en él, algo por lo que le alejaban de nosotros.

Candice se pegó a la ventana y le presté atención. Estábamos llegando al hotel y, no es por fardar, de verdad que no, pero existen pocos lugares en la Tierra tan hermosos como California. De hecho, la mayoría de las representaciones artísticas del paraíso o el cielo se basaban en ella. Alcancé a ver las palmeras y la fachada del resort donde íbamos a alojarnos y en el que, si se descuidaban, podrían grabar una nueva temporada de *The White Lotus*, cuando mi compañera, a esas alturas ya buena amiga, frunció el ceño.

—¿Sabes si hay algún partido importante de cualquier deporte aquí? —me preguntó, y yo apoyé la espalda en el respaldo y, a través de este, le di un codazo disimulado a una rodilla de Dacre.

—Ni idea, ¿por?

—Creo que los del equipo rival se quedan en nuestro hotel. Ha venido mucha gente a esperarlos —me explicó, y por lo que pude ver a través del cristal llevaba razón. Había una pequeña multitud de personas concentrada en la entrada—. ¿Te imaginas que nos tiramos a un jugador? En los Hamptons no podrán creérselo —repuso coqueta—, aunque seguro que alguno de los compañeros de golf a los que me tiré ha llegado alto. Debería seguirles la pista. —Estaba claro que Candice había tenido mucho éxito entre los diferentes equipos y, oye, bien por ella.

Propiné otro codazo a pesar de estar segura de que tal cosa no afectaba lo más mínimo al indeseable que tenía situado detrás y me

asomé por la ventanilla con cierta curiosidad. Lo cierto era que, después de tomar la decisión de no acostarme con nadie del rodaje y habiendo conocido ya a los pocos habitantes del pueblo, mis posibilidades sexuales se habían visto mermadas y a esas alturas me daba igual acostarme con un jugador o con el que me abría la puerta si me entraban las ganas. Revisé el hotel una vez más y algo de lo que vi me hizo volver a apoyar la espalda en el asiento.

—¿Te encuentras bien, Sadie?

¿Que si me encontraba bien? Me faltaba el aliento, maldita sea.

—He visto... He visto... —balbuceé, y aclaré la garganta porque yo no era de las que se asustaban con tan poco, ¿verdad?—. He visto una pancarta con el nombre de Nate. —En realidad el nombre que había leído era el de Dacre seguido de un mensaje un tanto ruborizante, pero no pensaba darle ese triunfo cuando estaba completamente convencida de que me escuchaba. De hecho, las rodillas pararon de presionarme, deduje, para oírme mejor, alterando su postura como el lobo que aseguraba que yo era.

—¿Quieres decir que están aquí por nosotros?

—Por lo menos por Nate.

Candice volvió a mirar fuera y pegó un respingo, emocionada.

—¡Tienes razón! Veo el nombre de Dacre, Dacre, Dacre —casi me arrepentí de habérselo dicho por el baño de masas que se estaba dando mi compañero el impresentable—, también Nate, muchos Nates —sonreí porque intuía que Dacre le tenía un poco de envidia —, ¡y el tuyo!

—¿El mío?

Las emociones que estaba experimentando se pararon de golpe. Sabía que la fama era una parte inevitable de este trabajo. Es más, nos habían puesto a profesionales para que nos ayudasen a gestionarla. Pero no miento si digo que hasta ese momento había

sido como si no le diese credibilidad, como si estuviese oyendo una fábula que no iba conmigo, a la que no había tenido que hacer frente en nuestra burbuja de Brookings.

Lo cierto fue que no supe cómo sentirme al respecto. ¿Angustiada? ¿Pletórica? ¿Ansiosa? ¿Feliz? El coche estacionó cerca del paseo que conducía a la puerta y bajé detrás de Candice, cuando tan solo quedábamos ella, Gascón, Dacre y yo, con el conjunto de emociones que normalmente mantenía a buen recaudo chocando entre sí. Recuerdo que la gente chilló al verme y lo único que pude pensar fue en si, en nuestra parada para hacer pis antes de abandonar el aeropuerto, además de lavarme la cara me había deshecho el moño destartalado que había lucido durante todas las horas de avión. Jamás me había importado tanto mi aspecto. Pero la gente hacía fotos, vídeos, y me llamaban por mi nombre. Además, las críticas por mi belleza demasiado común zumbaban de vez en cuando en mi interior como si se hubiesen condensado en una pequeña avispa.

«Sonríe, Sadie, actúa»; obedecí a mi yo interior, y en mitad de aquel mar de personas que ponía de relieve lo que teníamos por delante distinguí un rostro familiar que me sacó de mi ensimismamiento y corrí hacia él mientras esa persona también se abría paso. Una vez a su altura, pegué un salto y enrollé las piernas alrededor de su cintura al tiempo que enlazaba las manos en su cuello y él me sujetaba.

—Van a pensar que somos pareja —dijo Freddie, al que hacía en Latinoamérica. Le agarré todavía más fuerte y hundí la cara en el hueco de su hombro para respirar directamente de él.

—Me importa un carajo. ¿Por qué no me avisaste de que vendrías?

—Porque de eso van las sorpresas.

Me aparté un poco, mi mellizo me sonrió e iba a decirle que estaba muy moreno cuando a nuestro alrededor se desató la locura. Literalmente. Lo prometo. Por un instante llegué a creer que detrás de mí había un imán para humanos y por esa razón se apiñaban mediante una reacción tan veloz y violenta.

Pero no.

Lo que sucedía era que Dacre Stewart se había revelado y lo había hecho de forma tan irresistible (e irritante) como de costumbre. Retiró las gafas de sol con lentitud para alimentarse del momento, las personas allí presentes se reventaron las cuerdas vocales. Sonrió, salió de la furgoneta sin cumplir mi fantasía de que perdiera el equilibrio, se partiera la boca y que quedase todo documentado, y a su paso por mi lado no pudo evitar susurrarme:

—Aunque te tires a todo nuestro *fandom* no tendrás mi poder de convocatoria, lobita —habló burlón, entretenido, malinterpretando la actitud que tenía con mi hermano. Como respuesta ignoré su comentario y simplemente le dije:

—El aliento te apesta.

Era mentira, pero surtió efecto, porque Dacre se había tomado un café rápido en la terminal antes de salir y desconocía si mis palabras eran ciertas o no. Por precaución evitó hablar más de la cuenta y se limitó a firmar, posar y dar las gracias con la boquita pequeña. Aquello me produjo un inesperado placer. La victoria sobre él.

En un lateral distinguí una figura que entraba por una de las puertas secundarias, medio escondida, aprovechando la distracción que había provocado Dacre. Reconocí su silueta y zapatillas. Se trataba de Nate, que o bien había ido al médico en un tiempo récord, o había acudido directamente como nosotros, pero en su propio coche. Unos cascos le insonorizaban del mundo.

«¿Por qué no está aquí con el resto del elenco?», pensé, y la situación a la que hasta entonces no había dado demasiada importancia comenzó a interesarme: «¿Qué diablos ocurre con Nate Levigne?». En aquel segundo, la camiseta de Dacre se subió un poco (seguro que de forma intencionada) y la chica que tenía al lado se medio desmayó teatralmente al ver su abdomen, pero ni eso me distrajo de mi nueva meta de averiguar más cosas sobre mi pareja en la pequeña pantalla mientras estuviésemos allí.

2

Dacre

—Yo creo que estaba de broma. No te lo tomes tan a pecho —habló Gascón a mi lado en el baño. Sadie había dicho que me apestaba el aliento, por supuesto que podía tomármelo a pecho. Escupí la pasta de dientes y me aclaré la boca.

Revisé mi aspecto en el espejo y no me pasó desapercibido el modo en el que Gascón se observaba poniéndose de lado y evitando respirar para meter tripa. Podría haberle dicho algo, quizá ofrecerme para hablar de lo que fuera que necesitara sin mencionar el problema con el peso que estaba comenzando a desarrollar. Apenas comía en el catering y por la noche lloraba cuando no podía resistirse y se metía un buen atracón en la cocina de nuestra cabaña. Pero a mí no me gustaba que se metieran en mis cosas si yo no daba una clara y evidente señal de que lo necesitara, y los ojillos acuosos de cordero degollado con los que me observó mi compañero no lo hacían. Decían que estaba mal, no que yo fuera la solución. Nos contemplamos un instante a través del espejo y finalmente él cambió de tema.

—Me muero por saber el *outfit* que nos han preparado para la sesión.

Haríamos las fotos caracterizados y la verdad era que Gascón llevaba entusiasmado con el tema desde hacía semanas. Por el momento, su vestuario en la ficción no estaba destacando por nada

en absoluto cuando en el libro era el más excéntrico de los hermanos, el de los looks imposibles y arriesgados. Tenía toda su fe depositada en aquellas imágenes promocionales y en el futuro inmediato, donde su personaje cobraba más importancia, y si querían ser mínimamente fieles a su esencia, deberían comenzar a utilizar el cuero, trasparencias y rejillas.

—Apuesto a que de alguna forma tu camisa acabará abierta para que se te vean los abdominales o será tan ceñida como una segunda piel.

Pasé de jugar porque lo más seguro era que tuviese razón. Desde la productora me cosificaban constantemente, pero el baño de masas que me había dado a la entrada había hecho que mereciese la pena.

—Vamos, espero que las paredes de nuestra habitación sean lo bastante gruesas para no oír tus ronquidos. No te me quito de encima —dije yo.

Gascón sonrió mientras nos encaminábamos a la puerta y reconozco que a mí las comisuras de los labios también se me elevaron un poco. Nos habían dado una suite con dos cuartos, salón y dos baños. Compartida, eso sí, no como el puñetero Nate Levigne, que la tenía para él solo; aunque el hecho de que Sadie también estuviera con Candice mitigaba un poco la rabia que sentía por ese tipo de injusticias y... Bueno, me había empezado a acostumbrar al chico de Alabama y no estaba tan mal. Aunque, evidentemente, no tendría ningún problema en estar solo cuando le arrebatase ese tipo de poder a Nate.

Salimos y una bandada de personas se precipitó hacia mí. Para mi propia desesperación aquel acto, que me pilló de improviso, coincidió con el momento en el que Sadie Sanders y su amante pasaban por delante. La insufrible actriz se percató y me dedicó un

gesto en el que el aliento abandonaba mi boca y las personas se desvanecían; yo le respondí rascándome el entrecejo con el dedo corazón para dedicarle una peineta y ella se marchó riendo. Tan solo pude desearle que el polvo que iba a echar le fuese de puta pena.

—Hacéis buena pareja —dijo en voz baja Gascón.

No podía compartir menos su opinión.

—Sadie y yo discutiríamos hasta follando por quién llega antes al orgasmo —sentencié.

Era evidente que los pecadores que pululaban a mi alrededor escupiéndome por la intensidad que les ponían a sus palabras y me tocaban se habían colado en el recinto. Lo más sencillo habría sido permitir a los guardias de seguridad, que llegaron *ipso facto* para salvarme, que los echaran y librarme de ellos, pero había muchas cámaras enfocándome a mi alrededor y me pareció el momento perfecto para labrarme una buena reputación y que las redes sociales e internet en su totalidad se llenaran de mi trabajada e irresistible expresión de pecado.

—Tranquilos, firmo hasta que el tiempo se me eche encima —dije, y quizá debería haber reparado en la manera en la que Gascón se hizo a un lado como si aquello no fuese con él y la forma en la que nadie le reclamó como el actor de la serie que era.

Firmé mucho y en muchas partes del cuerpo, sonreí más de lo que mi naturaleza me había permitido en años y me hice tantas fotos como mi apretada agenda me dejó, alternando los tres gestos *reducebragas a carbón* que había practicado frente al espejo de la cabaña de Brookings. Me despedí de los seguidores, a los que expulsaron del hotel, y caminé satisfecho hacia el ascensor. En el poco tiempo que llevaba en Los Ángeles había conseguido el hito de convertirme en el actor más deseado y fotografiado, y aquello subía el ego a cualquiera. Pregunté a Gascón si tenía las llaves de la

habitación; él me dijo que sí, e iba a tenderme una de las tarjetas que guardaba en el bolsillo de su pantalón mientras esperábamos el ascensor cuando alguien nos interceptó y se puso delante.

—Te ha salido un fan de última hora —dijo mi compañero, y alcé la barbilla lentamente simulando la sonrisa cordial ladeada que les había regalado a todos hasta que vi de quién se trataba, y la mueca me cambió a una de dientes apretados y palabras siseantes mientras intentaba que la sonrisa resurgiera transformada en otra de completa indiferencia.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tenemos que hablar.

No dudé ni un segundo en lo que tenía que hacer.

—Seguridad, por favor, sacad fuera a esta persona y que no vuelva a entrar. Es un acosador.

—Dacre...

Me di la vuelta y me mantuve en mi sitio mientras echaban a Ian del hotel sin que opusiese resistencia. Que se presentase allí era el colmo. ¿Qué coño querían Juliette y él de mí? ¿Eh? ¿Acaso ahora que todo apuntaba a que me iría bien pretendían beneficiarse en algo de mi poder? Porque desde luego regresar a mi vida no era negociable.

El ascensor abrió las puertas, Gascón y yo subimos y no me di cuenta de la tensión que acumulaba en mi mandíbula hasta que sentí las puntas de los dedos de mi compañero acariciándome el brazo y me topé con su mirada preocupada en el espejo.

—Debe de ser una putada tener un acosador. Lo siento mucho, tío.

Nuestras pupilas se encontraron y por un segundo estuve tentado de relatarle alguna de las cosas que habían acontecido desde que a los Stanley se les cayó la careta. Pero me callé. No porque me

avergonzase de las mierdas que me habían conducido hasta allí y habían lanzado por los aires mi alma (se vivía mejor sin ella). Me callé porque confesarme con él significaba lo que más temía, aunque lo hiciese con aire altivo y sarcasmo. Gascón podía estar convirtiéndose en un amigo y eso era del todo inaceptable. Recompuse la expresión de indiferencia y me encogí de hombros como si todo me resbalara.

—Está fuera y ahora que conozco sus intenciones no me lo volveré a cruzar —traté de zanjar, aunque mi compañero insistió.

—Pero es un acosador. Podría ser peligroso y...

—Mejor métete en tus asuntos —le corté.

Gascón pareció dolido, al tiempo que decía:

—Somos amigos.

—Somos compañeros —le corregí, y la herida que causaban mis palabras en el actor se reflejó en mi interior. Tendría que reforzar con hielo las partes que se me habían descongelado y asegurarme de que algo parecido, Ian cerca de mí, no se repetía.

3

Dacre

Mensajes intercambiados entre Dacre y Juliette
el día de la rueda de prensa

Dile a tu marido que no me moleste. Si no te contesto a ti es porque no quiero saber nada de vosotros.

¿Ian se ha presentado en Los Ángeles?

Sí.

Lo siento. No volverá a ocurrir.

Perfecto.

Dacre, ¿podrías decirme solo si estás bien?

Fin de la conversación.

4

Sadie

—En resumen, he comido *rico*, he follado *rico* y he dormido...

—¿Déjame adivinar? —interrumpí a Freddie, que no se había despegado de mi lado desde que me sorprendiera en la puerta del hotel y yacía recostado en el sofá de mi habitación, como si fuera una de esas antiguas modelos europeas a la espera de que su pintor las inmortalizara, mientras Candice inspeccionaba el hotel con Laura.

No estábamos solos. A pesar de que parte del equipo de maquillaje y peluquería que había acudido a adecentarme se había ido, aún quedaban un par de personas ocupadas con retoques de última hora para prepararme para las fotos que nos iban a hacer y para la rueda de prensa. ¿A mi mellizo le importaba a la hora de hablar? En absoluto. Del mismo modo que no le había importado para nada acoplarse en mi cuarto y decidir de manera unilateral que se quedaría durante los días que estuviéramos allí.

Observé mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Me habían vestido con un conjunto aburrido pero diseñado para asemejarme a Libe sin que fuese excesivamente evidente. Completé por Freddie:

—Y has dormido *rico*. —Incluso imité el tono tentador que utilizaba para esa palabra.

Uno de los chicos de maquillaje, que se encontraba recogiendo los bártulos, le gustaba y pretendía provocarlo. Mi hermano, que pilló

que estaba intentando pararle los pies, soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Qué va. He dormido poco porque el sexo salvaje no me dejaba tiempo para descansar.

Fui testigo de cómo los ojos del maquillador y los de mi hermano se encontraban en el cristal y, bueno, imaginé que tendría que ponerme más seria con el tema de que se tirase a quien le diese la gana, pero que no lo hiciera en mi dormitorio, aunque se hubiese apropiado de él. En poco tiempo sus cosas estaban expandidas por todas partes mientras que mi maleta continuaba perdida. Revisé el teléfono por si eso había cambiado y en lugar de llevármela a mi habitación me habían llamado, pero no tenía nada. Sin embargo, no importaba; por lo que había visto, el Departamento de Vestuario tenía planeado vestirme durante toda mi estancia allí, puede que incluso contasen con un pijama que dejarme.

Terminaron conmigo, revisaron cada uno de mis ángulos y me dijeron que se iban, avisando de que antes de que saliese para las fotos promocionales me darían un nuevo repaso. Aquello no era lo habitual. Convocar una rueda de prensa a esas alturas de la película, en nuestro caso, serie, para algo tan rutinario como un tráiler. Sin embargo, si algo aprendí pronto de Hollywood fue la importancia de proyectar. No podíamos hacer las cosas como los demás porque no pretendíamos ser como los demás, queríamos ser mejores, y era algo que debía notarse desde el principio. Marcar las distancias con cualquier hito anterior. «Dile a la gente que mereces la pena y algunos te creerán y otros no; pon un cartel luminoso con ese mensaje en algún lugar que la gente presuponga que es condenadamente caro y nadie dudará de tu valía», afirmaba una de mis profesoras cuando nos explicaba la importancia que tenía

invertir en tu trabajo y cómo no debíamos caer en el error de culparnos si alguno de nuestros proyectos no tiraba.

«Os dirán que el peso residía en vuestra espalda si el proyecto fracasa y que ellos os han elevado si la cosa se dispara. No os creáis ninguna de las dos cosas»; recordé otro de sus consejos.

Observé cómo mi hermano se encaminaba a la puerta con el pretexto de que era educado e iba a cerrársela al chico cuando el verdadero motivo era el número de teléfono que no me pasó desapercibido que le daba; aguardé a que cumpliera ambas misiones (dar el número y cerrar) y le advertí:

—No me la líes.

Freddie se rio.

—Como si tú no te hubieses tirado a medio equipo. Recuerdo que al final del instituto eras muy activa, y también recuerdo que yo estaba encantadísimo con ello.

Se dejó caer en el mismo sofá de la habitación. Esta era grande, con salón, terraza, dos dormitorios y dos baños para Candice y para mí, y ahora también para él.

Freddie me contempló aguardando a que le contestara y le dije:

—Lo cierto es que no me he acostado con nadie del equipo.

Oí ruidos en el pasillo de las personas que comenzaban a bajar para la sesión de fotos. La planta del hotel era nuestra. Según mi reloj faltaban cinco minutos para irme. Cinco minutos para que viniesen a por mí y todo explotara. Estaba más emocionada que alterada, pero no se me notaba.

—Aunque no tengo la obligación de darte reportes de mi vida sexual —añadí.

—Si es tan aburrida desde luego te agradecería que no lo hagas. —Nos quedamos un rato en silencio y finalmente me dijo—: Papá ha intentado venir, pero una reunión con nombre de querer volarte los

sesos se lo ha impedido. Me ha pedido que te dé un abrazo y te compre algo bonito para regalártelo después de la rueda de prensa.

—¿Y me lo cuentas porque no has comprado nada y para que no te delate la próxima vez que hable con él?

Freddie sonrió.

—Literalmente no he tenido tiempo, pero mientras te esperaba te he hecho un dibujo muy mono en una servilleta con todo mi amor y, ya sabes, el amor no tiene precio. —Alcé una ceja y le resté importancia negando con la cabeza. Las manecillas del reloj apretaban y era lo único que tenía que ocupar mis pensamientos—. También se lo he comentado a ella, que venía a verte y eso. —Pareció dudar—. ¿Debería hablarte de ella en estos momentos? —«Ella» era nuestra madre y la respuesta era no, pero ya lo había hecho. Me encogí de hombros aparentando una entereza que no sentía.

—¿Cómo le va?

—Ha encontrado trabajo en una joyería de lujo. A ver cuánto le dura. Y no volvería a pisar Los Ángeles aunque fuese el único punto habitable del planeta, así que si no viene es por la ciudad, no por ti.

«No viene por las dos», pensé, y fingí que su argumento, malo hasta decir basta, me consolaba. Si bien era cierto que desde su alcoholismo y posterior despido se había desvinculado por completo de la ficción, también lo era que su animadversión hacia mí venía de antes, de un origen confuso que yo no tenía ningún deseo de desentrañar. «Que le den», sonó en mi cerebro al tiempo que la apartaba. No me venía bien pensar en ella en esos instantes. No me venía bien experimentar el malestar asociado a su persona que me debilitaba las fuerzas. Sonreí falsamente y zanjé el tema con un:

—¿Está contenta?

—Ella nunca lo está, Sadie —me recordó mi hermano.

Mamá era una persona amargada que se paseaba por el mundo como si todo lo que la rodeaba la incomodase. Los trabajos le duraban poco porque a) era muy difícil encontrar algo decente cuando te precedía la fama de alcohólica y tú no ponías demasiado de tu parte para mejorar la opinión de los demás, y b) pocos seres humanos valían menos para el cara al público que ella, pero era en lo que la solían contratar, por lo que, si nos ateníamos a sus antecedentes, no superaría las tres semanas en la joyería. Sería todo un milagro que llegase al mes.

La indemnización que le habían dado al echarla, el poco dinero que le quedaba ahorrado y lo que ganó con la venta de nuestra casa debería ser suficiente para que viviese sin grandes lujos, sí, pero también sin grandes problemas. Podía permitirse probar diferentes profesiones y que la despidieran y... Mierda, otra vez estaba pensando en ella. Apreté las manos a ambos lados de mi cuerpo porque no me gustaba perder el control de mi mente, y alguien llamó a la puerta.

—Anda, vete a hacer cosas de artista, estrellita de Hollywood. —Freddie se puso de pie—. Yo voy a darme una ducha en el pedazo de jacuzzi que he visto en nuestro baño. —«Nuestro, ajá». Fue desnudándose al tiempo que hablaba—. Una buena bañera es de las pocas cosas que he extrañado en mi adorada Latinoamérica. Los albergues son más entretenidos, pero tienen sus limitaciones. —Se encogió de hombros y enfiló hacia el jacuzzi mientras yo hacía lo propio hacia la puerta.

«Respira, Sadie, respira».

Desde Comunicación nos habían pasado un documento con las preguntas que nos podrían hacer y todas eran inofensivas y muy típicas, fáciles de responder y con el foco en nuestra productora y el director, que eran los que tenían información más relevante.

Nosotros solo podíamos hablar del momento en el que nos comunicaron que nos daban el papel, sensaciones durante el rodaje y poco más. «¿Está siendo un reto interpretar a Libe?». «¿En qué te pareces a tu personaje?». «¿Qué es lo más complicado y lo más sencillo de darle vida?». Estaba más que superado. Por no mencionar que las fotografías eran importantes, sí, pero no vitales como las que nos harían, convenientemente caracterizados, para los carteles promocionales. No había razones para estar nerviosa. Lástima que los nervios no atiendan a motivos. Abrí la puerta esperando encontrarme con alguien de Comunicación, Marketing o en su defecto Dirección o Producción para acompañarme. No esperaba que fuese él.

—¿Nate? —El rostro del actor principal enrojeció en el acto. Bajó la mirada y me ofreció la maleta que descansaba a su lado.

—Creo que es tuya. Al menos, lleva tu nombre. Estaba en mi habitación, pero hasta ahora no la había visto. —Se le trabó la lengua.

—¿Hay mucha gente contigo?

—Cuatro.

—Aquí, en el momento cumbre de mi peinado han llegado a estar seis personas. —Le dediqué una sonrisa. Nate era tímido por naturaleza y siempre estaba a un palmo de distancia, aunque te encontrases rodando un cara a cara con él en el que vuestras narices se rozaban. No obstante, me caía bien. Y pensaba averiguar lo que sucedía con él, no lo había olvidado—. ¿Sabes si vienen ya a por nosotros? Estoy igual de impaciente que una niña pequeña en un viaje por carretera.

Me devolvió el gesto, aunque no la mirada.

—Mi representante me ha dicho que me espera en la sala Júpiter. De hecho, iba a bajar con él. Podrías ve... —Se calló antes de

invitarme a acompañarle, así que lo hice yo misma.

—Cojo el móvil y bajamos.

Me sorprendió verle de repente palidecer, hasta que oí a alguien hablar a mi lado.

—Hola, soy Freddie. El hermano sexy de Sadie.

«Por favor, que no vaya desnudo...».

5

Freddie

La primera vez que coincidí con Nate Levigne iba desnudo; él levantó la mirada y descubrí que en el azul de sus ojos había olas y que un ser humano puede concentrar toda la sangre del cuerpo en sus adorables mejillas. Me encapriché.

6

Nate

La primera vez que vi a Freddie Sanders él iba, esto, con poca ropa. Se apoyó en el marco de la puerta y me dedicó una sonrisa descarada sin, esto, *vestirse*. A mí me habían puesto unos pantalones vaqueros, una camiseta de lino blanca y habían dejado mi pelo rubio suelto. Le superaba en altura y en volumen (siempre superaba en altura y volumen a todo el mundo), pero ante sus ojos me sentí gelatinoso, tembloroso y deseado. El corazón me golpeó y mi tripa se zambulló en una montaña rusa. No quería mirarle y, al mismo tiempo, no podía apartar los ojos de él y me moría de vergüenza.

En su rostro asomó una sonrisa.

—¿Tienes nombre, rubito?

—Nate —articulé con la boca seca.

—La verdad era que ya lo sabía, pero quería escuchar tu voz. —Me guiñó un ojo.

El vello de la nuca se me erizó.

—Voy a asesinarte, Freddie —le dijo Sadie, y mientras discutían y él corría como un crío para que la actriz no le alcanzase, pensé que lo más conveniente sería no volver a cruzármelo y que tenía un trasero objetivamente perfecto.

7

Dacre

Gascón estaba inusualmente serio después de la rueda de prensa. No quería que me importase, pero en el fondo lo hacía.

Los últimos rezagados de la mesa en la que nos habíamos sentado frente a los periodistas abandonaron la sala por el lateral, tal y como había hecho yo pocos segundos antes. Gascón no había sido citado. En el estrado, como me gustaba llamarlo, solo nos habían reunido a los catalogados como los personajes más importantes. Todos los actores recurrentes estábamos en Los Ángeles y no todos teníamos *espacio* en la rueda de prensa. Aquello, por sí mismo (pertenecer a los elegidos), debería haberme otorgado un bienestar sobrenatural. Sin embargo, al mirar de reojo a mi compañero de habitación lo que experimenté fue una especie de espina clavada en la garganta; y, hasta donde yo sabía, no había comido pescado. Me despedí de Lucien Strauss, Rose Plec y su séquito y distinguí al fondo a Shonda, que le haría un poco la pelota a la productora antes de acudir a saludarme.

El peso de la rueda de prensa lo habían llevado ellos. Rose, Lucien y la estratégica sombra de Tracy Montgomery, la autora camuflada entre las butacas de los periodistas. A nosotros nos habían hecho las preguntas esperadas, y a ellos también, pero tenían más tablas y les habían dado la vuelta a los interrogantes para meter los mensajes que nos interesaban. De este modo, mientras relataban la

entrañable y falsa anécdota de la compra de los derechos (me constaba por mi representante que había sido un proceso algo más complejo), les habían colado lo superior que era nuestra ficción frente a una similar que desarrollaba una de las plataformas rivales.

«Me había leído todas las novelas del género y esta, sin lugar a duda, era la mejor. No había nada que se le comparase ni de lejos. Así que le pedí a Tracy el café sin lactosa que quería y le pregunté si estaba cómoda, porque no pensaba permitir que se marchase sin haber alcanzado un acuerdo», fueron las palabras de Rose.

Todo estaba medido y todos habíamos cumplido nuestro papel. Así pues, tenía que, *debía*, sentirme de puta madre, liviano, un rey. Sin embargo, la punta afilada del esqueleto del pez se me clavaba más y más.

—Gascón... —comencé lo que parecía una inesperada disculpa, pero él me interrumpió.

—Todo está bien.

La visita de Ian Stanley me había desestabilizado.

«¿Estás seguro? Esto es más de lo que hemos hecho hasta ahora».

«Follar es solo follar».

El eco de una conversación pasada con otra persona que no era Ian se reprodujo en mi mente y la fulminé en el acto. «Foco en el presente —me dije—, Juliette se va a encargar de que su marido desaparezca». Reforcé la coraza que siempre me acompañaba y me planté en la cara una sonrisa al ver que se acercaba Shonda.

—Me voy a la habitación —se despidió Gascón, y se marchó tal y como habían ido haciendo el resto de nuestros compañeros, aunque en su caso no me pasó desapercibido que hasta sus rizos estaban caídos.

Mi sonrisa se amplificó conforme mi agente se aproximaba y cuando me alcanzó ya estaba en su máxima extensión, iba a juego con mi pecho hinchado y satisfecho. Esperaba que, por una vez, la reina del sarcasmo se deshiciese en halagos hacia mí. Pero eso no era algo que mi representante pensase hacer ni en ese momento ni en los inmediatamente posteriores.

Pronto me quedó claro que el tono de la conversación sería otro.

—¿Te la has tirado? —apuntó con la boca fruncida, y al mirar a mi alrededor perplejo solo encontré a una persona.

—¿A Lucy? —Lucy era una agradable anciana con un talento sobrenatural para armar platós que se resistía a abandonar la profesión.

—Ya te gustaría a ti que Lucy te mirase con esas intenciones. Eres demasiado crío para ella. A Sadie. ¿La has ensartado con tu cosita traviesa?

—No tengo palabras para definir todo lo que está mal en tu comentario, pero no, no he ensartado mi *cosita traviesa* en ninguna prima hermana de Lilith. —La comparación de la actriz con la mujer de Satanás me pareció del todo acertada.

Shonda me sonrió, aunque era su sonrisa falsa.

—Entonces, ¿qué ha sido?

—¿Qué ha sido qué?

—Lo que le has hecho para que no haya ni una sola foto digna de rescatar de vuestra sesión.

Lo cierto era que Sadie había estado poco receptiva cuando los fotógrafos nos habían pedido que posáramos juntos. No hubo problema cuando posamos con Nate, cuando ella posó sola con él ni cuando me tocó a mí hacerlo con el pecado que en la ficción era mi enemigo y hermano. Chasqueé la lengua. Otra vez la actriz me había fastidiado. Definitivamente, esa era su especialidad.

—Quizá deberías hablar con ella, que era la que tenía la cara de mierda. Estoy convencido de que yo he estado espectacular. —Me fulminó con la mirada por detrás de sus enormes gafas y de mi garganta brotó una carcajada al adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza—. ¿Estás pensando en el modo de darme una colleja? Porque deberías subirte a un trampolín y saltar.

—Estoy valorando si merecen la pena los millones que me vas a hacer ganar a cambio de la agonía de tener que soportarte y aconsejarte. —Me concedió un segundo de silencio y después continuó—. Soluciónalo como muy tarde esta noche en la fiesta. Mañana quiero que lleguéis al evento fan de tan buen rollo que la gente dude de si estáis enamorados. No eres consciente de todo lo que te juegas, querido. En el nuevo Hollywood no solo se actúa delante de la cámara del set, sino frente a cualquier objetivo, y el mundo está plagado de ellos.

Fue en aquel instante cuando me di cuenta de que Shonda creía lo mismo que yo, que nuestra química era necesaria, aunque no aprobaría los métodos que pensaba utilizar y debía retomar.

—¿Y si de verdad nos enamoramos? —bromeé para enfrentarme a la pereza que me daba tener que volver a llevarme bien con ella, a pesar de que fuese de mentira. Por esa razón, me sorprendió la repentina seriedad que el interrogante tomó para Shonda.

—Será su perdición.

—¿Porque es muy difícil quererme?

—Porque has construido un muro que te impide sentir y arrasarás con cualquiera que amenace con derribarlo.

Episodio 7
La fiesta

PÓDCAST *CON LA BOCA LLENA DE PALOMITAS*

AMELIE: Hay que ver lo buenos que están todos en *Los nueve círculos*. ¡Incluso el gordo tiene su punto!

RIHANNA: ¡Tía, que tiene nombre! *(Risas).*

AMELIE: ¿Cómo se llamaba...? Bueno, total, no va a escucharnos, esa gente no lo hace, y si por casualidad lo oyera que sepa que iba con cariño. En este pódcast, a muerte con los cuerpos no normativos.

1

Sadie

—Deja de buscarle. Eres tan evidente, Freddie...

—Me importa una mierda ser evidente, Sads. Es más, me gusta.

Lucía una amplia sonrisa mientras paseaba la vista por la sala atestada de gente ataviado con el elegante esmoquin, que solo él sabía de dónde había sacado, y buscaba a una persona en concreto.

—Además, Nate no viene a las fiestas —añadí.

—Porque antes no estaba yo en ellas.

No creía que su atractivo y un encontronazo desnudo fuesen tan impactantes como para provocar que el coprotagonista abandonara su habitación del hotel; de hecho, dada la cantidad de personas que había allí, dudaba de si un incendio lo lograría, pero si así Freddie estaba contento y me acompañaba, mejor, ya que Candice se había caído del plan por culpa de una indigestión. Ojeé la habitación del hotel con acceso directo al jardín donde se desarrollaba la fiesta y me di cuenta de que la mayoría de los invitados se encontraban fuera fumando.

—Voy a por una copa, ¿te traigo agua? —dijo mi hermano.

—Mejor un refresco. No quiero que se piensen que les doy a las drogas. Gracias, Freddie, aunque tu ofrecimiento no sea más que una burda excusa para ampliar el rango de tu búsqueda.

No lo negó y se marchó para localizar a uno de los camareros o, en su defecto, ubicar la barra. Lo cierto era que en aquellas fiestas

corría el alcohol y se rumoreaba que otras sustancias (la realidad no era tan exagerada como los chismes. No había bandejas con cocaína pululando a mi alrededor). No obstante, el número de desconocidos era elevado, habitualmente el agua en ese tipo de eventos era sinónimo de que le estabas dando a otra cosa, y pasaba de que me catalogasen como lo que no era. En aquel mundillo resultaba muy complicado sacarte de encima la fama después de que te cayera su capa, o eso era lo que yo presuponía de las pocas advertencias que había escuchado que mi madre hacía a las actrices en sus fiestas antes de que sus eventos y ella misma decayeran: «Hay que ser excesivamente cuidadoso en esta profesión. Caminar con la cautela con la que lo harías en un pasillo lleno de pies que te ponen la zancadilla. Mídelo todo, porque una palabra puede elevarte y una palabra puede hundirte, y después no hay marcha atrás». Si me asociaban con alguna sustancia adictiva estaba jodida, porque las comparaciones con la mujer que me había traído al mundo serían inevitables y odiosas.

Freddie se puso a hablar con una conocida actriz que se lo comía con la mirada y revisé la estancia. Allí había muchas personas de las que me sabía el nombre y otras tantas de las que debería saberlo, y eso solo podía significar una cosa. La ficción despegaba con buena propulsión.

En Hollywood todo se trataba de apuestas. Los componentes de aquel microolimpo tenían una imagen, y para conservarla debían seleccionar con mimo dónde se dejaban ver. De este modo, igual que asistir al estreno de una película que resultaba ser un fiasco disminuía tu estatus, ir a aquella que triunfaba lo aumentaba, razón por la que los artistas, las caras más visibles, debían estar siempre ponderando. Valorando. Arriesgando. Tenías que subirte al barco antes de tener la certeza de que su trayectoria sería todo un éxito

porque más tarde te bloquearían el acceso. Y la mayoría habían decidido que *Los nueve círculos* merecía la pena. Esa era una buena señal.

Sonreí y la mueca se me congeló en el rostro al reconocer a alguien que a su vez me reconoció a mí, me saludó con la mano y se despidió de los dos tipos con los que estaba hablando para acudir a mi encuentro.

«Mierda, Kaylee Boyd», mascullé para mis adentros.

Que coincidiese con alguien de la época de mi madre era inevitable. Que esa persona fuese Kaylee Boyd fue un golpe de mala suerte. Siempre me había resultado simpática, a pesar de que en ese instante no me hiciese demasiada gracia hablar con ella y tuviese que forzar una renovada sonrisa cuando me alcanzó, posó la mano en mi brazo para agarrarse y haciendo equilibrios se recolocó los tacones.

—Algún día se los lanzaré al primer desgraciado que pase por mi lado pavoneándose. Utilizarlos como arma arrojadiza me parece un uso más práctico que calzarlos.

Kaylee Boyd pertenecía a la rama más *hippie* de los antiguos amigos de mi madre. Tenía el pelo castaño claro encrespado, gafas de grueso cristal redondo y su ropa casi siempre olía a incienso y marihuana (de pequeña, mi madre no me dejaba acercarme a ella cuando estaba fumando para que no me colocara). Su poder en la industria cinematográfica era indudable, brutal. Habría podido recurrir a ella para labrarme una carrera. Nadie decía que no a la productora ejecutiva con más puntería de los últimos tiempos. Pero quería lograrlo por mis propios medios para a) no cargar con la losa de que lo logrado era por mi apellido, y b) evitar la conversación que estaba convencida íbamos a tener y que esta se repitiese a lo largo

de los días. De hecho, la pregunta que la inició llegó a los pocos segundos, después de las frases vacías de rigor.

—¿Cómo está tu madre, Sadie?

¿Cómo estaba? No lo sabía. De hecho, el dato más actualizado que conocía de ella era que trabajaba en una joyería de la que probablemente la despedirían.

—Bien —mentí.

—Lo de su alcoholismo fue una putada para la industria. Era la mejor.

Kaylee y ella se habían conocido de jóvenes cuando las dos estudiaban cine en París.

—Ya —respondí con cierta incomodidad camuflada. No me gustaba hablar de la adicción de mi madre, y menos con una persona tan trasparente y directa como Kaylee, quien provocaba que las mentiras, mientras observabas su honestidad, te supieran amargas.

—Le advertí que estaba jugando con fuego en la última fiesta en que nos encontramos, esa en la que fingiste ser sonámbula cuando te pillé espiando para que no se lo contase —me recordó, y las mejillas se me encendieron—. Pero no me hizo caso. Siempre ha sido muy terca y orgullosa, como tercos y orgullosos son todos los genios con los que me he topado. —Hizo una pausa ratificando con un gesto de asentimiento sus palabras, y al instante la mirada le cambió y añadió casi diría que emocionada—: Lo supe desde el primer día, ¿sabes? Que ella tenía magia. —Sonrió a la vez que se hacía con una copa de champán.

Ahí estaba la segunda razón por la que no me gustaba hablar con sus viejos amigos. Odiaba cuando me relataban aquella versión de ella tan antigua y fascinante a la que yo nunca tendría acceso porque se había evaporado.

—En las clases parecía mediocre. Una idiota sin demasiadas pretensiones que había ido a Francia porque papá y mamá se lo habían pagado, aunque en las fiestas era muy divertida, y que, como la mayoría de nosotros, se marcharía de Europa sin pena ni gloria, sin que se notase su ausencia. Pero entonces llegó ella. —Los ojos se le iluminaron—. Marié, aunque todo el mundo la conocería como Maggie Banks.

La mirada se me abrió por completo. Sabía quién era Maggie Banks. Todo el mundo en el sector la conocía. Había sido una estrella pionera, aún se estudiaba en las escuelas; su solitario final en una carretera había abierto los telediarios de las principales cadenas y ocupado buena parte de la programación y las publicaciones de los diferentes medios en los días posteriores. Era holandesa, pero se había criado medio nómada por los países de Europa, y la habían descubierto en...

—¿Mamá la descubrió? —se me escapó, y la curiosidad se antepuso a la necesidad de sacar a la mujer que me había dado la vida de esa facción de mi universo.

Claire podía ser muchas cosas, pero nunca escatimaba en enumerar sus logros. Entonces, ¿por qué no mencionar a una de las mejores estrellas de su trayectoria? Kaylee interrumpió mis pensamientos y me dijo:

—Supo lo lejos que llegaría Maggie desde que estaba sentada en las escaleras de Montmartre quejándose del calor y la vio actuando con una banda callejera a nuestros pies vestida de pirata. De hecho, esa misma noche tu madre nos engañó, nos emborrachó e hizo que nuestro reducido grupo de pijos invirtiese un pellizco de su fortuna en el pequeño teatro en el que Maggie comenzó su andadura, un dinero que sospecho que usó para rehabilitar el local, solo para que la actriz de la que únicamente conocíamos la dirección del albergue

en el que se quedaría una semana brillara. El único que vaciló fue Tom. Tenía más aguante que el resto a la absenta. Pero Claire resultó muy convincente, le ganó la partida de dardos en la que se lo apostaron, estiró la mano en su dirección con la palma hacia arriba y le dijo: «Sanders, dame tu pasta». —Rio al recordarlo—. Esa noche nacieron dos leyendas, una de la producción y otra de la actuación, y varias personas temimos que nuestros padres nos cortasen la tarjeta de crédito con las tijeras de podar cuando se enterasen del atraco a mano armada que habíamos hecho a su cuenta.

Volvió a reír y no pude responderle de la misma manera. Me había quedado paralizada con la inexplicable mención de... Enarqué una ceja mientras confirmaba que mis oídos no me habían jugado una mala pasada.

—¿El Tom del que hablas es papá?

—¿Qué otro Tom Sanders podría ser? —Dudó, y yo no entendí nada. Sabía que papá y mamá se habían conocido en Europa, pero no que primero habían sido compañeros de clase y después habían compartido negocio. El pequeño teatro con el que mi madre comenzó su andadura de productora...

Arrugué la nariz. Aquello no tenía ningún sentido.

Mi padre poseía la creatividad, el talento o el deseo artístico de un escarabajo. Kaylee me leyó el pensamiento y dijo:

—Estaba huyendo. Tom, me refiero. Tu abuelo era un tipo dominante y quiso demostrarle que sería lo contrario de lo que le pidiera, aunque cuando aflojó y le dio la posibilidad de tomar sus propias decisiones terminó siendo lo que el viejo siempre había deseado, pero por elección, no por imposición, que es muy distinto.

Aquello me cuadró. Toda la gente decía que mi abuelo había tenido un carácter de mierda que con el tiempo se había ido

puliendo y suavizando, así que esa versión de su pasado tratando de imponer que se dedicase al negocio que llevaba en el presente podía ser cierta, aunque en la actualidad a mí me pareciese poco más que un osito amoroso demasiado aficionado a las gorras.

Parpadeé. La información que Kaylee me había dado era suficiente para amenazar con hacerme estallar la cabeza. Maggie Banks, mi padre, mi madre, esa mujer y el resto de sus amigos juntos en París. Sin embargo, lo que terminó por dinamitarla no fue eso. Fue la pregunta que me dedicó la productora a continuación y que me devolvió a aquel presente en el que nada de lo que hubiese ocurrido en el pasado de Claire Dawson importaba.

—Me sorprendió que no me pidiese que fuese tu mecenas. Es algo que ha hecho muchas veces, antes de retirarse forzadamente, con los actores y actrices que creía que merecían la pena para el audiovisual. Y, confía en mí, yo aceptaba con los ojos cerrados. Nunca se ha confundido con su criterio. Pero de ti ni una palabra. Ni una sola. Eso es extraño —se dijo más a sí misma que a mí—. Eres su maldita hija y estás interesada en la interpretación, razón más que suficiente para que se sacuda el polvo de la vergüenza o el cabreo que debe de tener y descuelgue el puñetero teléfono para llamarme. Pero no —repitió—, y la he visto levantarse de golpes más grandes por personas que le importaban infinitamente menos. ¿Qué me estoy perdiendo aquí, Sadie?

En mi cabeza sonó: «Que no cree que yo sea de las que lo merecen». Aclaré la garganta y en su lugar le respondí:

—Respeta mi voluntad de conseguir las cosas por mí misma.

Kaylee me taladró con la mirada y replicó:

—Y una mierda. Claire Dawson podrá haber tocado fondo, pero jamás rechazaría potenciar a una actriz. No puede. Va en su naturaleza. Tiene que haber algo más...

Sin disimulo alguno comenzó a analizarme y en ese instante deseé irme de la fiesta, pero la única persona que podía darme una excusa, Freddie, había desaparecido.

2

Freddie

Vi su silueta recortada al fondo de la fiesta, semioculto, cuando salí al jardín con la actriz que acababa de conocer para que se fumase un cigarro. Aun envuelto en sombras, tenía un perfil inconfundible. Enorme. El de una montaña hecha de músculos. Y no me quedó más remedio que inventar un pretexto absurdo para salir del paso y largarme con él.

—Tengo que irme. Creo que podría estar a punto de conocer al hombre de mi vida o al chico con el que tenga por fin el tipo de sexo que te pone los ojos del revés, quién sabe —fueron las palabras elegidas.

Después sonreí. Supongo que la chica se quedó un poco pillada, aunque yo ya no estaba allí para verlo. Lo cierto era que su reacción no me importaba, tan solo ser la polilla que se dirige a su bombilla y se electrocuta entusiasmada dando saltitos.

Mi sonrisa aumentó a cada paso que daba por el fresco y verdoso césped; incluso estuve tentado de deshacerme de los zapatos. No tardé en alcanzarle. Nate se giró, retiró los cascos que tenía puestos en las orejas y me perdí en el azul de su mirada y el pequeño aro plateado que se ajustaba al lóbulo de su oreja derecha.

—Aquí estás.

—¿Ocurre algo? —se interesó, y su dulzura e inocencia eclipsaron la cara de ángel y el cuerpo de infarto a lo Jason Momoa que tenía.

—Debía demostrarte que con ropa gano igual que desnudo. No podía irme a la cama sin hacerlo. —Sonreí.

Nate pareció dudar y finalmente imitó mi gesto. Le salió un hoyuelo, uno solo, en la mejilla derecha sonrojada. Fue en ese segundo exacto cuando supe que algún día tendría que besarle.

3

Dacre

Ian en la ciudad, Shonda regañándome, y yo acababa de confirmar la cara de mierda y nula química de las fotos que nos habían hecho a Sadie y a mí en los medios, que ya las habían publicado; ¿qué más podía fallar?

—¿Cómo llevas lo de la amputación de tu *miembro*? Lamento mucho que por la complicación con los lobos durante la grabación del comercial que no se llegó a emitir tuviesen que dejarte sin polla.

Los ojos se me abrieron como platos. Por supuesto que la noche se podía torcer más. Evidentemente. Miré a Tina Cast, el icono sexual que sucedió a Jennifer Coolidge, la popular madre de Stifler en *American Pie*, que entonces rondaría los cincuenta y muchos, y le susurré entre dientes:

—Creo que te confundes de persona.

Ya no era solo que me dijese que no tenía rabo. Era que lo había hecho delante del productor Macaulay Downey, que se estaba acercando a mí y acababa de detenerse al oírlo.

—Yo creo que no —insistió la actriz rubia.

—Y yo te digo que sí.

La tensión se acumuló en mi mandíbula y me faltó bien poco para pedirle amablemente que se fuese hasta unas escaleras y se tirase por ellas. Pero la mujer no pensaba darse por vencida. Colocó la mano en mi brazo y lo apretó en un gesto de consuelo.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. No fue tu culpa que se la comieran. Bastante que solo te desmayaste con ese río de sangre.

«Suficiente», pensé, y debió de ser lo mismo que sonó por la cabeza del puñetero Macaulay Downey porque, sin mediar palabra, se marchó pálido como quien es capaz de reproducir la escena que acaba de escuchar y se dispone a echar la pota. Encaré a la actriz y, justo cuando iba a consultarle qué basura se había metido y con qué pobre desgraciado sin pene me había confundido, ella habló.

—De nada, pecadito.

Durante un instante me quedé perplejo, al siguiente estallé.

—¿Tengo que agradecerte que me hayas castrado por algún motivo en especial? —refunfuñé.

La puta oportunidad de intimar con Macaulay, perdida. *La puta oportunidad.* Igual que las fotos e igual que con Gascón, que me había dicho que se quedaba en la habitación porque estaba un poco revuelto, y era mentira. La asfixiante sensación de que debía hacer algo con él para que la culpa desapareciese regresó, pero la aparté de un puñetazo. Lo primero era lo primero, y en el pódium se hallaba entender qué quería aquella pirada que por algún extraño motivo se había quedado allí y me observaba como si fuera un corderito recién nacido que se dirige dando simpáticos saltitos al matadero. Solo que yo no era un corderito. Era la trituradora. Aguardé mientras se tomaba su tiempo y finalmente me aclaró:

—No te conviene convertirte en el capricho de un poderoso productor multimillonario, y sin polla pierdes un poco de atractivo.

«Pagaría lo que hiciese falta. Tú solo pon un precio», resonó en mi cabeza, y la sacudí disimuladamente para empujar la voz fuera.

—Sé cuidar de mí mismo.

Solo había coincidido con él en un par de ocasiones, pero eran suficientes para albergar la certeza de que ese tío quería follarme.

¿Le dejaría hacerlo? No. Sin embargo, permitir que me deseara y alimentar su anhelo era hablar en otros términos, unos en los que llevaba trabajando y en los que me manejaba desde que me fui de Nueva Orleans a Las Vegas, y un poco antes también. Podía sobrellevarlo siempre y cuando el equilibrio entre fantasía y pasar a la acción no se rompiera. Pero aquella mujer acababa de resquebrajar el sueño del productor, porque cuando Macaulay volvió a posar los ojos en los míos lo hizo con cierta aprensión.

—Me temo que debes solucionar la mierda de rumor en la que me has metido, querida.

—Y yo me temo que te crees más listo de lo que realmente eres y que rezumas ambición —replicó; y como no tenía nada mejor que hacer porque Sadie no paraba de hablar con la jodida productora más importante de la sala y no era momento de ir hasta ella y acercar posturas, y si miraba hacia otro lado me topaba con el entrecejo fruncido de Shonda, que no me quitaba el ojo de encima desde la distancia exigiéndome que actuara de una maldita vez, decidí encararme con la mujer que había puesto la guinda a un día terrible.

—¿Acaso ser ambicioso es malo?

—Depende de hasta dónde te lleve esa ambición. Por ejemplo, si es al despacho de Macaulay a dejarle que te chupe la polla que me he encargado de borrar de la faz de la Tierra por un papel protagonista, sí. O si te conviertes en una trituradora que aplasta a los demás sin control para conseguir tus objetivos dejando tras de ti un rastro de cadáveres, también. En esos casos es malo. Evitando ese tipo de masacres y alguna más, la ambición es buena.

Sonreí con falsedad y repliqué:

—Nadie me va a chupar la polla a cambio de un papel protagonista. Quizá sí que lo habría hecho con otra persona para

celebrar el trabajo que ahora no conseguiré porque al productor que me tenía echado el ojo le doy grima. Gracias, Tina, de corazón. No sé qué habría sido de mí sin tu arranque de meterte en mi jodida vida que, desde luego, jamás te he pedido.

Las comisuras de mis labios se alzaron con sarcasmo y aquello debió de hacerle gracia, me refiero al hecho de que fuese un gilipollas desagradecido que no valoraba que alguien con experiencia tratase de protegerle y aconsejarle a su manera en mitad de la fiesta cuando ni siquiera me conocía, porque la actriz me devolvió el gesto y señaló con la barbilla hacia delante.

—Este es el momento. —Seguí la dirección que me marcaba y me encontré con Sadie.

Vacilé.

—¿De contarle que una loca va diciendo por ahí que unos lobos me comieron la polla durante el rodaje de un anuncio? Tranquila, nada de lo relacionado conmigo le importa.

—Pero a ti te importa ella, o, mejor dicho, te interesa. —Le brillaron los ojos y me reprendí a mí mismo por ser tan evidente—. Si buscas el instante perfecto para acercarte, es este. Está tan desesperada que le agarraría la mano al mismísimo diablo...

—Gracias por las comparaciones. Si algo voy a sacar en claro esta noche es que eres terriblemente adorable... —refunfuñé, y ella me contestó:

—Prefiero caerte mal y hacer lo correcto a bailarte el agua al tiempo que veo cómo te sumerges en un río de corrientes peligrosas. En Hollywood son muy de aplaudir mientras te ahogas, pero a mí no me convence demasiado esa moda. —Sonrió, y añadió sin venir a cuento—: ¿Conoces la fábula del escorpión y la rana? —Fruncí el ceño.

—¿La de la rana que lleva a un escorpión en su espalda para cruzar un río y en mitad del trayecto el escorpión le pica porque es su naturaleza y ambos se ahogan?

—Sí.

—Bastante tétrica para convertirse en nuestro tema de conversación.

—¿Cuál es la lección de esa fábula?

Me ignoró y le seguí el rollo. Como digo, estaba aburrido y no había mucho que hacer allí hasta que no lo arreglase con Sadie.

—¿Que no debería haberla aguijoneado para sobrevivir?

—Exacto. —Me dedicó la última mirada y añadió como despedida —: Piénsatelo mucho antes de hacer daño a alguien, Dacre, a veces el dolor nos viene de vuelta y el efecto *boomerang* es tan grande que nos destroza.

Le echó una nueva ojeada a Sadie y de algún modo supe que hablaba de nosotros. Luego, vi marcharse a la persona que me había dejado sin pene.

Fue la primera y última vez que coincidí con Tina Cast. El destino no volvió a juntarnos más. Y estoy seguro de que a su manera la actriz trató de darme dos consejos bastante valiosos para mí: «El poder no lo es todo, pon límites y no hieras a nadie». Pero no la escuché. Bueno, sí, lo hice. Lo que no hice fue interiorizar y conservar la inmensidad de sus palabras. De otro modo no me habría encaminado hacia Sadie como si fuese el puñetero Mesías salvador del mundo cuando yo era el escorpión y ella la rana, y era mi vida la que estaba en sus manos.

La escuché, sí, pero no sospechaba lo importante que esa fábula sería en mi futuro.

4

Sadie

Por momentos temía que Kaylee desarrollase rayos X en sus ojos y leyese mi interior, y aquello no era lo peor. Lo peor era que si lo lograra, si contra todo pronóstico traspasara capas de interpretación y penetrara tan adentro que me viera, con lo único que se toparía sería con una profunda, angustiosa y muy exasperante incomprensión, porque podía mostrarle los hechos, no los motivos. Aquella Claire era una completa desconocida para mí, una ilusión imposible de asociar con mamá. Kaylee entornó todavía más la mirada, y me disponía a gritar mentalmente por si la telequinesis entre mellizos era cierta cuando alguien me liberó. No fue quien yo esperaba, eso desde luego, pero me habría agarrado a un clavo ardiendo con tal de salir de allí y escapar de las garras dubitativas de la productora, y fue de las pocas ocasiones en las últimas semanas en las que acompañar a Dacre Stewart a donde fuera que quisiese el actor me pareció una opción razonable.

—Sadie, ¿podrías venir conmigo un segundo?

Fingió ser educado y formal. Sé que lo fingió porque yo no tenía la menor duda de que era un ser despreciable, pero delante de Kaylee, igual que sucedía con mi madre, la gente cambiaba, mostraba su mejor versión. Y cuando no la tenían, como el chico que permanecía ante mí con un pantalón negro de vestir y una camisa del mismo color trasparente que marcaba cada línea de su pecho y su

abdomen, ambos completamente definidos, se la inventaban. En eso, en actuar, Dacre les llevaba ventaja porque era su profesión. Le dediqué una sonrisa y no me pasó por alto que la productora había deslizado la atención de mí hacia él, aunque no le observaba como la mayoría de las personas que le miraban, como si fuese una chocolatina comestible, sino que sus pupilas le acariciaban como si tuviese algo más que un buen físico que vender. En otras circunstancias me habría encantado echarle un cable a un compañero; sin embargo, Dacre era algo así como mi *enemigo*, así que hice todo lo contrario.

—¿Te importa? —consulté a Kaylee interpretando apuro—. Dacre tiene una almorrana enorme y sangrante y se ha dejado la pomada en mi habitación.

Aguardé a que el chico me soltase un comentario mordaz o punzante, pero en su lugar apretó los dientes con una sonrisa y dijo:

—Estoy convencido de que mi hemorroide era una imagen mental del todo innecesaria. ¿Vamos?

Fruncí el ceño. A Dacre no le había gustado una mierda mi comentario, pero lo estaba desmenuzando para tragárselo sin que se le atascase, le asfixiara y me montase un pollo. Aquello era impropio de su persona y solo podía significar que los motivos por los que había acudido a por mí superaban a su enorme orgullo y la tonelada de irritación y sarcasmo que albergaba su fibroso cuerpo.

La desesperación que intuí en él captó mi atención. Miré a Kaylee, que continuaba pareciendo interesada en el actor y bastante entretenida por nuestra escena, y accedí a la petición de Dacre porque a) quería irme de allí y él me estaba dando un motivo, y b) el placer de negarme a lo que fuese que me fuera a pedir iba a arreglarme la noche. Posé de nuevo los ojos en la productora como pidiéndole permiso y ella me dijo:

—Vete. Ya te he acaparado bastante. —Me disponía a moverme cuando ella añadió—. Y dile que no se puede esconder eternamente de mí. —Dudé, y me aclaró—: A tu madre. —Experimenté un escalofrío porque la trajese de vuelta—. Cualquier día cojo mi modesto Ferrari, me planto en vuestra casa y acampo hasta que salga, me atienda y me explique con razones por qué no me coge el teléfono y acepta la segunda oportunidad que estoy más que dispuesta a brindarle. Claire habrá cometido todos los errores que cuentan, pero es un puto genio.

«Un genio que opina que soy una piedra deslucida»; me entristecí, aunque al segundo me repuse.

—Así lo haré —mentí. No me hablaba con ella.

Perseguí a Dacre por los pasillos que se formaban entre los asistentes de la fiesta y una vez fuera, conforme comenzamos a recorrer el atajo que conducía a los baños y a nuestra libertad, unas chicas que pasaron por nuestro lado le devoraron con la mirada; no pude reprimirme y rompí el silencio.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

—¿Que en la misma noche me hayáis castrado y plantado una hemorroide en mi escandaloso trasero? Podré sobrevivir a ello. —Yo no sabía de qué iba lo de la castración, tan solo podía atribuirme la hemorroide, pero lo cierto era que no me refería a eso.

—El que te miren como a una galletita de canela. Odio la canela —le expliqué; torcimos, y mientras mis pies obedecían yendo detrás de él me percaté de que nos dirigíamos a la recepción y la atravesábamos—. Estoy esperando una respuesta —insistí, y, en lugar de dármela, Dacre encogió un solo hombro con un movimiento muy sexy que derritió al botones que recibía los coches, a quien también dejamos atrás.

—No sé. Supongo que igual que tú.

Frené en seco. Acabábamos de alcanzar la pequeña rotonda que había en mitad del camino que conducía al exterior, decorada con una fuente de piedra en la que una sirena de la que manaba agua saludaba desde el mascarón de proa. Dacre también se detuvo y me miró con sus ojos verdes de hechizo maligno inyectados en llamas, pero su forma de comportarse no se correspondía con ellos. Es más, incluso trató de mostrarse amable. Necesitaba algo muy muy muy importante de mí.

—A ver, lobita, ¿en qué he fallado? ¿Ha sido mi tono lo que no te ha gustado o el hecho de que te haga pensar en lugar de masticarte la respuesta? —No pudo camuflar del todo su personalidad.

—Ha sido que eres gilipollas y la falsedad de tu discurso.

—¿De qué narices me hablas? —Pareció confundido de veras.

Aclaré la garganta y le imité.

—*No sé. Supongo que igual que tú.* Con esa afirmación da la sensación de que crees que tengo el mínimo conocimiento de lo que se siente cuando te miran como si fueras una galletita de canela.

—¿Y no lo sabes? —O era muy buen actor o hablaba en serio. ¿Qué diablos...?

—¡Desde luego que no! —Rompí a reír, aunque lo que iba a decir no me hacía ninguna gracia—. ¿Sabes las características que pedían para Jude? Que fuera arrollador, carismático, atractivo, un semidiós. ¿Sabes qué se pedía para Libe? Todo lo contrario. De hecho, en mayúsculas y negrita ponía: «Que no destaque por su belleza». Se lo leí a una de las agentes que llevaba a sus chicas en el segundo casting —recordé, y, aunque era habitual definir el físico que se buscaba para que las representantes supieran a qué atenerse, no pude evitar volver a experimentar la sensación pegajosa que se me adhirió al pecho al leerlo. Sacudí la cabeza para apartar esa emoción

concreta de mi memoria y zanjé—: Así que no, no sé lo que se siente siendo una galletita de canela.

El gesto de Dacre no se alteró ni un milímetro, no sé si por empatía o por comprensión. Es más, la frase que salió de su boca fue:

—Yo tampoco soy una galletita de canela. Y no tengo la culpa de que en los castings pongan esas gilipolleces, y mucho menos de que tú seas tan idiota de creértelas. Mi apreciación era sincera, ahora haz lo que te plazca con la revelación de que a mí sí que me pareces alguien digno de mirar.

Ignoré su comentario porque creerle me provocaba sensaciones extrañas.

—La mayoría de la gente te mira como si fueras comestible. —Redirigí la atención a él.

—Entonces tendrías que preguntarles a ellos por qué lo hacen y no a mí si lo soporto.

Continuó andando y me sentí mal por haberlo cosificado, de modo que pedí una tregua a los muchos prejuicios que tenía con el actor y le pregunté:

—¿Te molesta? —Nos acercábamos al final del complejo donde se celebraba el evento.

—¿Te importa?

—Si no lo hiciera no malgastaría saliva.

En esa ocasión fue Dacre el que se detuvo.

—No, no lo hace, y doble no, no vamos a cruzar la barrera en la que abrimos nuestro corazón al otro —se burló—. No te he traído aquí por esa razón.

Dibujó una sonrisa torcida con la que recordé que mi cometido allí esa noche no era averiguar si a Dacre Stewart le molestaba o no que la gente le viese o le tratase como un juguete sexual, la imagen que

te llevas a la mente antes de entretenerte con un vibrador; estaba allí para entender por qué había interrumpido mi charla con Kaylee de esa forma tan desesperada. Decidí no andarme por las ramas y ser directa.

—¿Para qué me has traído si no es para que nos volvamos íntimos? —bromeé, y algo en su mirada brilló de un modo que no me gustó, porque mi estómago se encogió mientras que él parecía profundamente satisfecho con el rumbo que tomaba la conversación.

—Porque no parecías muy diestra con los cuchillos.

—¿Perdón?

En aquel momento un coche se detuvo a nuestro lado y me di cuenta de que se trataba de un taxi. Estábamos junto a la parada. Dacre se adelantó un paso y, si no hubiese lucido aquella expresión socarrona que me sacaba de quicio, habría reparado en lo endemoniadamente bien que olía el muy cretino.

—Se te veía tan incómoda que parecía que de un instante a otro intentarías rebanar los cuellos de quienes se interponían entre tú y la puerta para escapar de la fiesta, así que te he ayudado y te he librado de la pésima fama que te darían tus nulas capacidades para la masacre. Deberías agradecérmelo. Soy un héroe.

—O alguien que desconoce el peligro que puedo tener armada.

—Olvidas que te he visto pelear en el rodaje.

Habíamos grabado un par de secuencias con algo de acción. Las escenas que ponían de relieve mi aptitud para la batalla vendrían a continuación y para ellas tenía un entrenador.

—Yo también te he visto y no eres precisamente el arma de destrucción masiva que crees. —La sonrisa de Dacre se ensanchó y acto seguido hizo un gesto al taxi que teníamos al lado sin decirme nada, abrió y se dispuso a subirse—. ¿Qué haces? —le pregunté antes de que entrara en el vehículo.

—Irme de aquí.

Aquello me confundió y pronuncié una frase del todo fuera de lugar.

—¿Y yo?

—Ni puta idea. Te he sacado, ahora confío en que tengas imaginación suficiente para completar la noche. O podrías venir conmigo.

Entrecerré los ojos y poco a poco la neblina de la duda de la razón por la que me había ayudado comenzó a dispersarse.

—¿Todo este numerito es para que te acompañe a algún lado? ¿Te da miedo ir solo por Los Ángeles?

La sonrisa se le tensó y una especie de sospecha comenzó a tejerse en mi interior. Dacre estaba soportando demasiado y, aunque trató de hacerse el indiferente, yo veía más allá de la primera de las muchas capas de maquillaje que llevaba puestas, sobre todo porque en ese aspecto éramos muy similares.

—Según veo tienes dos opciones, quedarte o irte, y, tachán, tú eliges, pero hazlo rápido. Tengo prisa y no pienso suplicarte para que subas a mi lado.

—Así que, según tú, ¿mis únicas opciones son que me torturen ellos o que me tortures tú? Menudo escenario tan esperanzador. —Le seguí el juego haciéndome la tonta, aunque de tonta no tenía nada.

—Seguro que hay más, pero son las que manejo —repuso inocente, aunque de inocente tampoco tenía nada.

—¿Por qué querría salirme de mi zona segura sin Dacres? —Casi lo tenía. *Casi.*

—Porque eres lista.

El halago gratuito aumentó mi certeza de que había más.

—¿Y?

—Despreciarnos veinticuatro por siete comienza a pasarnos factura. —*Ahí estaba*—. Además, queda nada para que te secuestre, te lleve a mi castillo y nuestras escenas intensas se multipliquen. No estaría de más que nos soportásemos.

—¿De modo que propones que pasemos una noche juntos, nos divirtamos y aprendamos a tolerarnos por el bien de la producción? —Tejí mi tela de araña, y él cayó.

—Esa podría ser la motivación principal, sí. ¿Qué opinas, lobita?

Aguardó con cierto aire de victoria. Supongo que se esperaba una respuesta coqueta del tipo «Que sobrevaloras la importancia que tiene conocerte» con una sonrisa, no el guantazo verbal que le di, eso sí, sonriente y bien encarada.

—Opino que eres un egoísta y más impresentable de lo que ya me imaginaba. —El modo en el que sus facciones cambiaron hacia un gesto estrangulado de odiosa derrota fue digno de ser grabado—. Esto en ningún momento ha ido de mí, de verme mal y pretender echarme una mano; ha ido de ti, de sacar ventaja de mi incomodidad, manipularme y que deje de verte como la cucaracha sin alma que eres. Aunque en realidad no sé de qué me sorprendo, ni siquiera te has dado cuenta de que tu único amigo en esta producción está hecho polvo en vuestra habitación porque tú eres el sol que todo lo ilumina y tu propio brillo te ciega. —Resoplé, y antes de darme la vuelta añadí—: Que te quede una cosa clara. No me subiría a ese taxi contigo ni aunque el destino de la humanidad dependiese de ello. —Entonces sí, me giré.

—Sadie...

Le ignoré y él chasqueó la lengua.

—¡Eres peor que beber un tubo de veneno! —me gritó, y le respondí con idéntico volumen:

—¡Pruébalo, lo mismo está rico y te aficionas!

Emprendí el camino de regreso al hotel y le escuché refunfuñar cabreado sacando su verdadero yo a la vez que cerraba la puerta del taxi desde fuera, sin subirse, confirmando la teoría de que aquel viaje idílico para limar asperezas entre los dos tan solo era una trampa.

5

Dacre

Engañar a Sadie estaba resultando más complicado de lo que parecía al principio porque de algún modo sabía leer mi código, me veía a mí, y aquello era de lo más irritante. Cerré la segunda puerta de la noche de un portazo y me sumergí en mi habitación. Todo podría haber sido perfecto. *Per-fec-to.* Casi podía ver la escena. La actriz y yo habríamos ido juntos al sugerente muelle de Santa Mónica, la habría invitado a una pizza, nos habríamos sentado con las piernas colgando, habríamos compartido una aparente complicidad y asunto solucionado: ante vosotros la nueva pareja de moda.

Pero no. Ella la había jodido. Había fastidiado mi plan.

Me quité la camisa por la espalda y la lancé hacia el salón. No quería regresar a la fiesta y que Shonda me taladrase con la mirada detrás de las gafas. La bola de tela trazó un arco perfecto en el aire y cayó sobre el sofá, que se quejó.

—Ay.

Bueno, no fue el mueble el que lo hizo, fue la persona que yacía en él con los brazos cruzados sobre el pecho, a la que descubrí al encender la luz. Gascón estaba tumbado con el gesto mohíno que cabría esperar en una persona que, tal y como él mismo había afirmado, tenía el estómago revuelto. Sin embargo, las palabras de Sadie («Ni siquiera te has dado cuenta de que tu único amigo en

esta producción está hecho polvo en vuestra habitación») y mi propia intuición, que desde el inicio me había indicado que se trataba de una mentira, me asediaron y no tenía cuerpo ni ánimo para más batallas, así que fui lo más directo posible.

—¿Qué haces? —le dije al ver que se quitaba los cascos.

—Escuchar el pódcast *Con la boca llena de palomitas*.

Le contemplé un segundo fijamente y acto seguido le solté de golpe:

—Sadie cree que estás mal y que soy tan puto egoísta que no me doy cuenta.

Mi compañero abrió los ojos como platos y después se rio.

—Sadie no tiene filtro —dijo a la vez que se incorporaba.

—Sadie es peor que la almorrana que se ha inventado, pero ese no es el tema. ¿Estás mal?

Desde la terraza de nuestra habitación con las cortinas abiertas apreció que la indeseable se dirigía a la playa que estaba frente al hotel, y enseguida dejé de mirarla para no ponerme de mal humor. Corrijo. De peor humor. Bastante tenía con soportar que aquel cuarto espectacular fuese la mitad del que tenía Nate y que él no lo compartiese, aunque nuestra suite poseyese dos habitaciones privadas y en realidad Gascón y yo no tuviésemos que dormir entre las mismas cuatro paredes. Recordé que el chico estaba allí y al observarle le encontré examinándome.

—¿Te importa? —apuntó, y rememoré el instante en el que me había encontrado con Ian, me había inventado un acosador y le había soltado a Gascón que no éramos amigos, solo compañeros. Aquella maldita frase le había afectado. Y no quería retractarme, porque hacerlo significaba darle la razón y nada me aterraba más que la idea de que su verdad fuese cierta.

—Me preocupo por... —No podía decir «Por ti» ni «Por el bien de la producción» porque no sabía cuál de las dos afirmaciones era la real. Sin embargo, mi compañero debió de averiguarlo, porque no solo dejó de inventarse que se encontraba mal, sino que me reveló el verdadero motivo por el que su gesto se veía tan decaído.

—Estoy triste, pero se me pasará.

«No preguntes el motivo».

«No preguntes el motivo».

«No...».

—¿Por qué?

Me dejé caer en el otro sillón y, para mi propia sorpresa y confusión, lo hice realmente interesado. Gascón pensó en cómo explicármelo y al final señaló con un dedo mi pecho y las mejillas se le enrojecieron.

—Por eso.

—¿Te molesta que vaya siempre medio en pelotas por casa? —Dije «por casa» en lugar de «por la cabaña que me obligan a compartir contigo». Debería haber atendido a las palabras que surgían de manera inconsciente de mi mente, las de que estábamos formando un hogar, quizá el primero en mucho tiempo—. Porque puedo ponerme más ropa si quieres.

Mi compañero de *Los nueve círculos* sonrió y negó con la cabeza.

—Me molesta que yo la llevo en exceso. Cuando me ficharon para *Averno* y encima para un personaje tan guarro como el mío, creí que vestiría trasparencias, rejillas, que me hartaría de las escenas de sexo y se convertirían en mi especialidad. —No me extrañaba, su personaje follaba durante casi cada intervención en el libro—. Pero luego me enfrenté a la realidad. Me obligan a vestirme como un monje alérgico al sol, no me he dado ni un pico porque resulta que mi única función es hacer de carabina entre Nate y tú y... La sesión

de fotos de hoy ha escocido, ha escocido mucho, Dacre —confesó visiblemente apenado, y que la piel de mis brazos reaccionase poniéndose de gallina fue del todo incomprensible.

Fruncí el ceño, ignorando mi reacción corporal a sus sentimientos, y le dije:

—Suponiendo que sepa lo que es una carabina, ¿qué te ha afectado exactamente?

Hasta donde yo sabía, aparte de la cara de mierda de Sadie en nuestras fotos de pareja, lo demás había ido bien. Con profesionales talentosos y respetuosos y personal de la productora que nos había cuidado. Claro que aquello era según mi experiencia. Ladeé el rostro esperando su respuesta y Gascón continuó.

—Han venido tres fotógrafos y mientras llegaba he escuchado cómo dos de ellos hablaban con la chica de Comunicación y le decían: «No necesitaremos más de un par de fotos de este, así que nos llevará poco tiempo». Ni siquiera sabían mi nombre...

Los fotógrafos que habían acudido conmigo se contaban por decenas, al menos un par de ellas, pero aquel no era el punto.

—Si te consuela, a mí me llamaban Jude —confesé, y el actor sentenció:

—Me han cortado de todas las fotos grupales que se han publicado hasta ahora, dicen que por problemas de espacio, por eso me sitúan siempre en uno de los extremos, porque soy prescindible.

La voz se le fue ahogando conforme decía aquellas palabras, y me dedicó una sonrisa tan triste que se me hizo un nudo en la garganta. La realidad era que no había reparado en dónde estaba él en las imágenes porque me encontraba bastante ocupado regodeándome en mi posición central, a pesar de que Nate y Sadie fueran los que destacasen.

—¿Cómo puedo ayudarte? —La pregunta fue sincera y él lo supo.

—Ya lo has hecho. —Se levantó del sofá—. Me has escuchado, y tú nunca sueles escuchar a nadie, así que de algún modo tengo mi ración de sentirme especial del día. —Me sonrió de nuevo, pero no era su sonrisa auténtica, la que le subía a los ojos y le formaba hoyuelos en las mejillas.

—¿A dónde vas? —le pregunté al ver que se encaminaba a su habitación.

—A dormir. Mañana es el evento fan y me llevaré otro batacazo. Por lo menos, quiero estar descansado. —Abrió la puerta y antes de meterse me dijo—: Gracias, Dacre. Todo el mundo se piensa que eres un imbécil, pero yo sé que hay algo muy bueno dentro de ti. —Me halagó, porque la opinión del resto de la producción no me importaba, pero la suya algo sí.

Me dedicó otra sonrisa y se metió en su cuarto a descansar.

Me quedé sentado en el sillón. Lo normal, lo que yo mismo esperaba de mí, era dejar pasar el tema de Gascón y retomar el mío, rumiar sobre lo injusta que era la vida y en concreto Sadie Sanders al fastidiarme la carrera; pero la expresión apagada del actor no salía de mi retina, y antes de que quisiera darme cuenta me estaba poniendo de pie para cometer una locura. Me encaminé a tratar de ayudar a alguien que no era yo.

6

Sadie

Odiaba que la gente se aprovechase de mí. Era algo que había aprendido a detestar hasta límites insospechados gracias a las lecciones que me había dado lo acontecido con mamá. Cuando mi madre estaba bien eran muchas las personas que llamaban a nuestra puerta, decían que la querían y le reían las gracias. Sin embargo, cuando su buena fortuna se esfumó, fueron las mismas personas e incluso muchas más las que se alejaron y la abandonaron. Mi madre nunca fue un ejemplo de dulzura y paz espiritual, pero no se merecía aquella soledad repentina.

Hundí los pies en la arena de la playa donde me encontraba sentada y respiré directamente del salitre. Aquella masa de agua bien podría ser mi caparazón permanente si hubiera podido robarla y llevármela a cuestas, pero el mar era libre, y su libertad lo que me enamoraba. Suspiré. La mayoría de la gente del sector perseguía las luces, el ruido, la acción, pero a mí lo que me gustaba era actuar y después la intimidad.

Por eso las pisadas que oí a mi espalda y me sacaron de mi *mood* de relajación me exasperaron, y más cuando al ladear la cabeza tan solo un poquito por encima del hombro distinguí, entre el manto de estrellas que se libraba de la luminosidad que desprendía el hotel, a Dacre Stewart avanzando en mi dirección, exactamente igual de gilipollas que al dejarlo en la parada de taxis del hotel, pero sin

camiseta. Como si la visión de sus flamantes pectorales fuese a aplacarme un poquito, que no era el caso. Continuó andando, se sumergió en la arena con zapatos incluidos y cuando llegó a mi altura dijo:

—Necesito que me eches un cable, lobita, y no estoy para nada orgulloso de tener que pedírtelo.

7

Dacre

El primer sorprendido de estar allí era yo. Resultaba tan inverosímil que llegué a pensar que me habían lobotomizado sin mi consentimiento. Pero no, la exasperación que me refulgía en la sangre tan solo podía revelar que me encontraba en plenas facultades mentales y aun así había perdido la puta cabeza, no solo porque Gascón me importara (ya era absurdo no rendirse a la evidencia), sino sobre todo por recurrir a ella. Me dejé caer a su lado llenándome los pantalones de arena. Sadie examinó mi torso desnudo y dijo:

—Tienes mala cara y los pezones demasiado duros. No es buena combinación.

—No estoy para coñas, Sadie.

Si la actriz sospechara lo complicado que era para mí acudir allí... Si la actriz lo sospechara...

—Yo tampoco, así que te lo pondré fácil. Sea lo que sea lo que vienes a pedirme, mi respuesta es no. Ya puedes darte la vuelta. ¿Ves lo sencillo que ha resultado? Somos geniales comunicándonos.

Mi instinto primario fue observarla con desdén y largarme, pero me contuve, cogí una bocanada profunda de aire y repuse con más paciencia de la que realmente tenía:

—Lobita, estoy intentando ser un buen chico, no me toques las pelotas. Hoy no. —Le dediqué una sonrisa tirante y añadí—:

Llevabas razón. Gracias por hacer que mi noche pase de ser una puta mierda a una putísima mierda.

Las cosas estaban mal antes, pero desde lo de Gascón habían empeorado. La posibilidad de tener un amigo hacía muchísimos años que había dejado de ser real, más o menos desde que en el instituto comprendí que no debía acercarme demasiado a nadie para que no descubrieran lo que ocurría con mi abuela; y más tarde, durante mi etapa con los Stanley, aprendí que la confianza que requiere ese tipo de vínculo era el cañón de un revólver apuntándote. Pero ahí estaba, experimentando en mis tripas un poco del malestar ajeno.

La mirada de Sadie, de color ámbar, brilló, y las cejas se le arquearon.

—¿Estás buscando la forma de martirizarme un poco más? Puedes respirar tranquila, has hecho pleno.

—Estoy buscando el truco de tu máscara. No me puedo creer que...

—¿Qué? —Comencé a perder la paciencia.

—Que parezca que tienes corazón cuando ambos sabemos que te lo arrancaste del pecho y se lo lanzaste a un cocodrilo que pasaba por allí y murió intoxicado.

—¿Nunca te has planteado escribir cuentos? Porque se te daría de culo. —Sonreí.

—¿Qué ha pasado?

Su pregunta me sorprendió, porque casi parecía que se estaba replanteando aquello de echarme una mano. Al menos, su expresión era interesada. Decidí ser directo.

—Se han cepillado a Gascón de las fotos grupales.

—¿Podrías ser más concreto?

—Lo han cortado.

—Qué putada.

Por una vez coincidimos.

—Qué putada, sí.

Nos quedamos en silencio. Por mi cabeza pasó una entrevista que no sabía cómo había llegado hasta mí. Supongo que por la cantidad de fenómenos juveniles que Shonda me había hecho estudiar para que entendiese dónde pretendía meterme. En ella hablaba un actor europeo que formaba parte del quinteto protagonista (dos parejas y él, que terminó siendo el villano en el internado donde se desarrollaba) y relataba cómo publicación tras publicación se veía retirado o relegado a un histórico segundo plano por su cualidad de feo. Aquello, que le había sucedido durante la adolescencia, había minado su autoestima y aún hoy en día le costaba no venirse abajo cuando lo recordaba. Y hablábamos de la época en la que las opiniones no se volcaban en un estercolero llamado «redes sociales». Gascón necesitaba un abrazo que le ayudase a no partirse y dispersarse, y yo no era muy de abrazar, pero por lo visto sí de exigir soluciones mágicas.

—¿Tienes la solución o me has devuelto la conciencia por el placer de torturarme? —exigí, y ella apuntó:

—La tengo, pero no va a gustarte.

—De lo contrario no serías tú. Habla.

Le presté atención y soltó la mayor locura de todas cuantas había dicho desde que nos conocíamos.

—Podrías sacrificarte.

Vale, estaba de broma.

—No creo que entregarme a unos dioses imaginarios en un ritual sangriento vaya a mejorar el estado de ánimo de nadie.

—En el evento fan —matizó, y a mí se me empezó a poner la piel de gallina al intuir por dónde iban los tiros—. Le colocarán en un extremo para la foto grupal después de poner el tráiler, ¿verdad? —

Asentí. Notaba la boca seca ante la anticipación de lo que en aquel instante ya sabía que la puñetera Sadie Sanders, mal de todos los males, iba a decirme—. Tan solo tienes que ir con Gascón y colocarte junto a él, pero más alejado todavía del centro de la foto. Si tu importancia es tan enorme, como siempre has creído, no tendrán más remedio que sacarle, y si no lo es, al menos habrás demostrado ser buen compañero e intentar ayudarle.

—Ser buen compañero no me devolverá la puta posición principal en un evento clave —repuse entre dientes.

—Pero te llenará el alma.

Ladeé el rostro dispuesto a fulminarla con la mirada y reducirla a cenizas, pero la encontré riendo, riendo de verdad, y algo en mi interior se suavizó.

—De ganas de no volver a pedirte consejo. Ah, no, que de eso mi *alma* ya está a rebosar.

Pretendí sonar borde, aunque un indisciplinado labio se me curvó un poco. Fue lo más similar a una tregua sincera desde que estábamos juntos; claro que, conociéndonos, podría tratarse del ojo del huracán que precede a que todo vuele por los aires.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si te digo que no, vas a hacerla para molestarme, y si te digo que sí, vas a hacerla porque quieres. Así que dispara. Prefiero pensar que lo he elegido —concluí, y cuando pensaba que de su boca no podía salir una locura superior, preguntó:

—¿Por qué a mí?

Vacilé.

—¿Por qué a ti qué?

—¿Por qué, entre todas las personas del rodaje, has venido a hablar con la única con la que tienes un historial de discusiones tamaño enciclopedia?

La verdad era que no lo sabía. O quizá algo sospechaba. Pero lo que le dije fue del todo falso.

—Porque si no te hago caso experimentaré cierta satisfacción, aunque Gascón continúe en la mierda.

Su mirada ambarina se perdió durante unos segundos en la mía y adiviné que no me creía, pero que tampoco iba a indagar demasiado, porque mis motivaciones no le importaban lo suficiente para prolongar el tiempo que pasaba conmigo, aunque por primera vez, en aquella playa, una parte de mí se encontraba a gusto con su presencia. Sadie dio por zanjada la conversación, echó una última ojeada al mar y se puso de pie. En ese instante mi brazo sufrió el impulso por el que mi mano se vio alzada reteniéndola por la muñeca.

—Lobita...

Pensaba desvelarle la razón un tanto egoísta por la que en un hotel repleto de personas la había elegido a ella cuando distinguí una silueta que se movía a su espalda. Entorné la mirada y pronto comprendí que se trataba de un fotógrafo que probablemente acababa de abandonar la fiesta, había decidido dar un paseo por la playa y no podía creerse su suerte al encontrarse con dos de los protagonistas de la próxima serie del momento juntos. Desde su perspectiva y sin tener contexto de nuestra relación o de lo que nos había conducido hasta allí, Sadie y yo nos habíamos ido del evento para sentarnos en la fina arena de una espectacular playa iluminada por la puñetera luna llena y, para más inri, yo no llevaba la jodida camiseta. ¿Necesitaba más para iniciar un rumor? No lo creía. Bueno, quizá la habilidad del fotógrafo para esconderse detrás de los matorrales y calzarnos una foto sin hacer ruido, para que no resultara imposible fingir que no le estaba viendo. Las comisuras de

mis labios se alzaron movidas por la ambición al comprobar que lo estaba logrando y la actriz me sacó de mi ensoñación.

—¿Querías decirme algo o pretendías robarme la pulsera trenzada de la muñeca sin que me enterase? Si es lo segundo, debo confesarte que eres un poco patético como ladrón. Necesitas que te den clases.

«Mierda, sí». Sus palabras me devolvieron al presente y yo también me levanté a la vez que deshacía el contacto olvidando el motivo por el que le había acariciado la muñeca. Lo que aconteció a continuación fue rápido. El fotógrafo, que por fin estaba en su posición después de tres intentos frustrados y más de un arañazo en los brazos, había sacado la cámara y nos enfocaba. Tenía que representar la imagen que quería que él captara. La más deseable habría sido una con la punta de mis dedos alzándole la barbilla para que nuestros ojos se encontrasen con una intensidad que sugiriese conexión y un posible beso en el interior del hotel, pero dudaba de que Sadie no retrocediese un paso hacia atrás cuando le rozase el mentón como si mi piel fuera la de los tentáculos de una medusa, así que necesitaba algo más seguro, un contacto del que no se pudiese zafar tan fácilmente. La bombilla se me encendió y, aun sabiendo que era arriesgado, lo hice. Antes de que la actriz pudiese reaccionar le di un abrazo suave. Observé la ligera luz blanquecina similar a un pequeño relámpago en los matorrales que revelaba que la foto estaba hecha y sonreí justo cuando la actriz, petrificada por lo inesperado de mi gesto, murmuraba:

—Dime que no me has hecho caso en la parada de taxis, has probado el veneno y vienes a cargarme tu muerte, porque no soportaría conocer la cárcel precisamente por ti.

Sonreí al ver que algo salía bien aquella noche. «Por fin». Le devolví la atención a la chica y me encogí de hombros, ignorando el

modo en el que mis pulsaciones se habían multiplicado por el roce de una piel que todavía palpitaba en mis yemas.

—Solo quería darte las gracias.

—Y me has abrazado.

Me contempló con sospecha y traté de despistarla.

—Más bien te he dado un par de palmaditas en la espalda, no te vengas arriba. Mañana no voy a hacer caso a tu consejo, aunque agradezco que te esfuerces en destruirme la vida.

Me crucé de brazos en actitud desenfadada y Sadie navegó con sus ojos tratando de penetrar en el interior de los míos.

Contuve el aliento dejándome la piel en la mejor interpretación de los últimos tiempos hasta que la engañé. Que me pillase, con el fotógrafo merodeando aún por allí, habría sido un desastre, el segundo de la noche. Para poder plantearnos que nuestras discusiones fueran públicas primero había que alimentar el deseo de que estuviésemos juntos y verlo crecer y cimentarse en la mentira; después ya podríamos destrozarles el corazón a las espectadoras, que anhelarían que volviésemos por una ruptura falsa de una relación ficticia. Nos quedaba mucho trabajo por delante. Pero entonces Sadie dijo:

—A veces me confundes.

—¿Por qué?

—Porque la mayor parte del tiempo pienso que jamás moverías un dedo para apoyar a alguien, y algunas veces tengo mis dudas.

Me sorprendió que pudiese tener una opinión positiva de mí, así como el efecto efervescente que causó en mi vientre y que, por supuesto, aplasté en el acto.

—Tranquila, cumpliré los pronósticos de no moverme del sitio en el evento fan.

—Eso espero, o me estallará el cerebro y lo pringaré todo de sesos, incluido a ti.

—Odio mancharme.

Aguardó un segundo y se despidió.

—Buenas noches, Dacre.

—Buenas noches, Lobita. Que tengas dulces pesadillas conmigo.

Sadie se fue y yo celebré el final de día, la maravillosa guinda del pastel, mirando al cielo. Entonces no sospeché que una de las cosas de las que me arrepentiría en el futuro sería de que nuestro primer abrazo sucediese en esos términos, pero es que, cuando la ambición entraba en el juego, nada más importaba. Me cegaba de un modo que ni siquiera me di cuenta de que a partir de ese abrazo respiraría buscando su olor.

En esa playa la abracé por primera vez y en esa playa empecé a perderla.

8

Sadie

Me metí en la cama convenciéndome de que no solo Dacre no lo haría, sino que avanzaría un par de pasos desde su posición central para destacar por encima de Nate y de mí. Tenía que ser así. Viniendo a la playa determinado a ayudar a Gascón había agrietado mis prejuicios, pero si llevaba a cabo mi sugerencia los detonaría. El mayor peligro de Dacre Stewart no era su prepotencia, su egoísmo o que tuviera un carácter de mierda, era que no fuera como yo creía que era.

9

Nate

A pesar de lo echado para delante que era Freddie Sanders y lo mucho que imponía, cuando me acompañó a mi habitación aquella noche después de pasar varias horas hablando, bueno, en mi caso escuchando, no me besó, como se temían mis temblorosos labios. En su lugar, depositó una flor pequeña que debía de haber cogido en el jardín donde habíamos estado juntos y su boca descansó un instante en mi mejilla con un beso suave. Al apartarse dijo:

—Espero que mañana quieras verme y que eso se repita mientras estemos aquí.

—Sí —acerté a responderle tímidamente y con la voz débil, y él sonrió.

Jolín, qué puta sonrisa tenía.

Me paralizó el corazón.

Con el mismo gesto se marchó a la habitación de su hermana y mis palpitaciones se descontrolaron. Entré en mi cuarto, cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en la madera para que la fragilidad de mis robustas piernas, que en aquel momento estaban hechas de un material muy enclenque, no se viera vencida por mi peso. Freddie Sanders fue una sorpresa que me llenó con rapidez el pecho de ilusión. Y de miedo. Porque sabía que tenía que frenar, pero mi pie se negaba a pisar ese pedal.

Episodio 8
El evento fan

PROGRAMA DE RADIO MAÑANERO *DAME CHISME*

DAKOTA, LOCUTORA: Tía, no me jodas, ¿tú también?

MARY LOUISE, LOCUTORA: ¿Tú no?

DAKOTA, LOCUTORA: Evidentemente no. La cosa se nos está yendo de las manos. Podría ser un abrazo porque la chica acaba de potar o unas palmaditas en la espalda porque se está ahogando. A las románticas se os va la pinza. *(Risas).* Además, el noventa por ciento de estas relaciones son montajes creados por el equipo de marketing para la promoción de la serie o la película, y no espero menos de *Los nueve círculos*.

MARY LOUISE, LOCUTORA: Bueno, esta noche lo comprobarás de primera mano en el evento fan.

DAKOTA, LOCUTORA: Lo que voy a hacer en el evento fan es emborracharme hasta que enseñar la raja del culo deje de parecerme mala idea.

MARY LOUISE, LOCUTORA: Eres incorregible.

1

Dacre

Ninguno de mis testimonios busca despertar lástima. Esa nunca ha sido mi intención y nunca lo será. Y si alguien lo duda, que lo destierre de su mente. La lástima produce compasión y la compasión te hace débil, frágil, enclenque. ¿Quién en su sano juicio querría esa basura? Yo desde luego no.

En los distintos anuarios que tenían el honor de atestiguar mi penoso paso por Chippewa Falls, me colocaba en los laterales de las fotografías grupales de clase con la esperanza de que el espacio para esas imágenes fuese limitado y me eliminasen. Para tratar de conseguirlo ponía cara de querer reducir a cenizas a cualquiera que me mirase. No me gustaba que mi imagen con un chándal viejo, descolorido, roto o arrugado se perpetuase convirtiéndose en mi legado. No me gustaba quien era. No por el dinero o por el poder, era porque aquella ropa roída se correspondía con una abuela enferma, y si algo deseé más que nada en mi niñez y adolescencia fue creer en el milagro de que se pondría bien. Ese era el único sueño que recuerdo.

Me levanté de la butaca en la que estaba sentado. El evento fan había sido decadente en el buen sentido de la palabra. Cientos de personas, chillidos, lloros, algún desmayo y la manera en la que el lugar casi se había venido abajo cuando en mitad del tráiler, que más bien parecía un *teaser*, yo había aparecido. Se trataba de mi

primera imagen en la escena de la celda, descarado y letal, y muchas de las personas allí presentes habían infartado.

Sonreí.

Se podría decir que todo estaba yendo de lujo. La ficción tenía pintaza después del montaje, Shonda no parecía más enfadada que de costumbre, lo que significaba que había olvidado el episodio de las fotos promocionales por el momento, y llegaba el instante de subir al escenario. Allí era donde me iba a lucir. De entre todos los conjuntos que me habían ofrecido, me decanté por uno de pantalones negros, camisa del mismo color trasparente y una especie de cinta gruesa que se anudaba en un lateral de mi cuello, también oscura, con el que presentaba un aspecto amenazante e irreverente, digno de mi personaje.

A todos nos habían acercado estéticamente al papel que interpretábamos sin que fuese demasiado evidente, para que despertásemos en la audiencia la sensación de tener delante al personaje sin tenerlo y alimentar poco a poco al *hype* que estaba creciendo. Miré a mi alrededor. Sadie vestía un discreto vestido negro que resaltaba sus delicadas piernas y curvas mientras que Nate se había enfundado, alentado por los de Vestuario, unos vaqueros negros, una camiseta blanca y la cazadora de cuero que se estaba quitando estratégicamente para que se le marcaran sus fuertes brazos antes de subir al escenario.

«A lo mejor tiene calor», sonó en mi cabeza, pero lo descarté porque siempre era más satisfactorio pensar lo peor de las personas para no sentir que era el único monstruo en la sala. Sonreí para aparentar un descaro sombrío y sexy, y ya estaba subiendo, de hecho tenía un pie levantado para ascender el primero de los tres escalones que conducían a la tarima desde la que saludaríamos al

público y nos harían fotos detrás de Sadie, cuando tuve la mala suerte de que mi mirada se encontrase con la del puñetero Gascón.

Los ojos de mi compañero se veían tristes y aun así tuvo que dedicarme una sonrisa y enseñarme el pulgar contento por mí. *Por mí.* Porque él, tal y como sospechábamos, estaba en el extremo con un look tan excesivamente aburrido, de abuelo de los noventa, que deberían despedir a quien se lo hubiera recomendado. Se echó atrás para ascender en último lugar y alguien habló a mi lado rozándome el brazo:

—Vamos, Dacre, sigue. —Era una de las organizadoras. Estaba montando un atasco.

Obedecí y...

Solo sucedió una vez. Lo prometo. Tan solo hubo una ocasión en la que, antes de comenzar las fotos que nos hacían al finalizar cada curso, cuando yo estaba dos pasos separado de la masa, deseé con todas mis fuerzas que alguien viniese a por mí y me juntase con el resto. Algún alumno, a poder ser. Mi actitud de gilipollas había espantado a cualquiera que hubiese pensado en acercarse a mí. Sin embargo, Gascón no era un gilipollas.

Gascón era bueno, leal, auténtico, simpático y hablaba demasiado. El chico que para celebrar las cosas horneaba dulces. De estar en mi posición, él no dudaría ni un instante en hacer caso a Sadie y ayudarme. Pero yo acababa de dejar atrás los escalones y estaba jodidamente bien centrado en el escenario delante de la pantalla de cine, con los focos impactando en mi cuerpo y centenares de ojos posados en mí.

Allí todo el mundo me veía.

En el lateral donde habían situado a mi compañero no me vería nadie.

Y yo era condenadamente egoísta. Malo. Una bestia egocéntrica.

Comenzaban a darnos unas breves indicaciones (todos sabíamos saludar al público y posar) cuando cometí el error, la enorme imprudencia, de buscarle de reojo y al encontrarle fui consciente de que se iba a echar a llorar. Pero no como cuando por la noche me obligaba a ver películas dramáticas en la cabaña, gozándolo con cada lágrima, sino llorar de estar triste. Gascón nunca lo había verbalizado abiertamente; no obstante, lo había pasado mal en Alabama.

De vez en cuando hacía comentarios del tipo «Y la chica dijo "Siento si lo has malinterpretado, pero solo quiero que seamos amigos" cuando me vio en directo, mientras en la conversación me había pedido que fuese bien surtido de condones, pues para eso... Esta barriga mía, que me lanza directo a la *friendzone*». O «Mi familia siempre ha lamentado que por mi condición física no vaya a ser un buen ganadero, aunque la Amá dice que salgo ganando, así no oleré a mierda de vaca». Casi siempre eran comentarios que pretendían sonar graciosos, pero en el fondo percibía el ligero escozor que le habían causado. Las máscaras servían para proyectar la capa exterior; sin embargo, el interior seguía siendo el mismo y en ocasiones se apoderaba de alguno de los huecos mal adheridos a la piel de la careta para brotar.

Pero es que en aquel escenario estaba desbordando, joder.

Era como si el dolor por el pasado y las esperanzas que había depositado en el futuro después de que le confirmasen para el *cast* terminasen de abrazarse, de detonar. *Boom.* Apreté los dientes y observé a Sadie con toda la frustración del mundo. Ella me devolvió la mirada, confusa. Un instante después, actué. Prefería no pensarlo. Era inexplicable, pero no podía permitirlo. Existía algo profundamente irritante que tiraba de mí en su dirección y odié a mi

compañero con cada partícula de mi ser. Me encaminé al lado de Gascón detestándome y él me dijo:

—¿Qué haces?

—Cállate.

Ocupé la posición a su lado, el lugar más alejado del puto centro, y quise arrancarme las tripas por ello, pero sonreí, la jodida mejor sonrisa de mi repertorio, por si podía ser el salvavidas de una situación desde cualquier ángulo insalvable. Gascón parpadeó y de pronto adivinó mis intenciones. La boca se le abrió de golpe formando una enorme O antes de ponerse a negar con la cabeza efusivo.

—No, no y desde luego que no. No pienso permitírtelo —dijo.

—Me encanta oír opiniones que no he pedido y que te creas que si te lo propones puedes moverme del sitio con el poder de tu mente, pero no, así que ponte a posar de una maldita vez.

No varié el gesto, aunque por dentro era todo tensión, rigidez y enfado. La sesión de fotografías en la que yo no tendría ningún tipo de relevancia comenzaría en cuanto la organizadora, que no paraba de chistarme para que regresase a mi lugar, comprendiese que la estaba ignorando a propósito y Shonda sacase el móvil para encargar el muñeco con el que a partir de esa noche me haría vudú clavándome alfileres en las pelotas. Aquello era la mayor idiotez que había cometido en mi vida. Aquello era...

—Nunca nadie había hecho algo así por mí —susurró Gascón a mi lado con la voz tomada.

Le contemplé confuso e inquirí enarcando las cejas:

—¿Ponerse a tu lado en una fotografía?

—Anteponerme a cualquier cosa. Eres la persona con más ego de la producción, la que más desea estar en las portadas, y te has colocado aquí. Por mí —repitió como si no pudiese creérselo, y

titubeó al continuar—. Eso me hace sentir especial, Dacre, y nunca me había sentido así.

La mirada se le empezó a llenar de unas lágrimas distintas a las anteriores, de felicidad, y por algún extraño motivo olvidé que iba a pasar del todo desapercibido en ese evento al tiempo que la dureza abandonaba mis músculos y mi pecho se relajaba, incomprensiblemente apaciguado.

—Podríamos enseñar las pelotas. Así a lo mejor conseguimos algo de protagonismo.

Sonreí.

Sonrió.

Y juro que no la vi hasta que la chica de la organización no se pudo contener más y gritó:

—¡Me vais a joder la puta existencia!

Yo no era el único que había abandonado mi posición en el centro. Sadie también. Había acudido a donde Gascón y yo nos encontrábamos y se colocó al otro lado del chico.

—Vengo a asegurarme de que todo salga bien. Sueles ser bastante chapucero ejecutando planes —me soltó.

Miró hacia delante, sonrió y fue la primera vez que mi corazón se saltó un latido por Sadie Sanders. Me había salvado porque sí y su jodido olor, que llevaba buscando desde la playa, resucitó mis pulmones. Jamás había respirado como lo hice en ese momento. Jamás había pensado que una persona podía sorprenderme y clavarse en mis costillas.

2

Sadie

A la salida todo estaba sumido en un pequeño caos. Cuando algo estaba tan medido como aquel tipo de eventos, cualquier mínima alteración provocaba que una decena de adultos acabasen histéricos. A mí en el fondo me hacía gracia observarlos tan estresados por un irrisorio problema del primer mundo, pero me mantuve con expresión neutra y aguanté estoica la bronca que Dacre y yo recibimos de forma independiente.

Había sido improvisado y todavía no sabía si había surtido efecto. Quizá me había saltado el protocolo y había cabreado a un puñado de personas para nada. Sin embargo, no me arrepentía. Hacer lo correcto había merecido la pena, además de aliviar la tensión que había atenazado cada uno de mis músculos durante todo el evento.

Esa noche descansaríamos. Bueno, había varios miembros del equipo que saldrían a quemar Los Ángeles, pero yo no formaría parte de los disturbios. Estaba cansada de conceder entrevistas, tratar de agradar al universo en su totalidad y actuar como si el hecho de que centenares de personas posasen los ojos en mí no me produjese la misma incomodidad que vestir unos vaqueros dos tallas inferiores a la mía con el botón abrochado. De esta manera, mi plan no era otro que ir directa al hotel, bloquear la puerta del baño estratégicamente para dejar a Freddie fuera, meterme en la bañera con patas, llenarla de espuma y relajarme. Al día siguiente

regresaríamos a Brookings y tendría que serenarme para que no se notasen las ganas de aplaudir que me entraban ante la perspectiva de volver a rodar, de interpretar. Quería que *Averno* triunfara, quería la fama y la seguridad laboral que daba, pero lo que más quería era lo que ya estaba haciendo, y ser consciente de lo que te gusta el presente que estás viviendo mientras te encuentras sumergida en él es algo maravilloso.

Estaba a punto de torcer la esquina del pasillo que conducía a mi camerino cuando oí a dos personas hablando. Aquello era raro. Primero, porque en esa zona del recinto no había apenas gente, tan solo Nate, Dacre, yo y nuestros respectivos equipos, que en aquellos momentos se hallaban en la planta superior celebrando el éxito del acto a pesar de que la foto final hubiese sido un desastre. Segundo, porque las voces que se oían eran las de Nate Levigne y su representante.

Aunque me había desviado un poco de mi cometido de averiguar más del protagonista, debido a una distracción de ojos verdes, no olvidaba la curiosidad que me generaba, aún más desde que mi hermano se había puesto como meta de esas minivacaciones enrollarse con el misterioso actor.

Afiné el oído y alcancé a escuchar:

—Sabes que lo que estás haciendo está mal, ¿verdad? —dijo su agente con el consiguiente dulce «Sí» entre dientes del chico que interpretaba a Rhett, Ira, cuya voz sonaba mitad derrotada mitad «aun así me voy a pasar lo que me digas por el forro de los cojones», como acabó sucediendo.

Contuve la respiración durante los segundos de silencio que hubo entre ellos para no revelar mi presencia y finalmente Nate dijo:

—Estoy agotado.

—Lo sé. —El tono del agente sonó más comprensivo, pero también cansado—. Y tú sabes que nada me haría más feliz que decirte que salir con ese chico es buena idea, pero no lo es.

Me quedé petrificada. Hablaban de mi hermano, era un hecho. Mi curiosidad se disparó y quise asesinar a las personas que decidieron venir en ese momento y provocaron que la conversación se trasladase a otro sitio, el interior del camerino de Nate, donde yo no podía oírlos.

—Mejor hablamos dentro —fueron las últimas palabras del representante antes de desaparecer por la puerta.

Entré en mi camerino y una vez a solas me senté frente al tocador y arrugué la nariz. «¿Qué narices...?». Podía tratarse de un agente demasiado sobreprotector. La posibilidad existía. Aunque no creía que fuese lo que en realidad estaba sucediendo. La bisexualidad de Nate era pública y a nadie parecía importarle una mierda. La época de dejar a los actores forzosamente en el armario poco a poco había quedado atrás e incluso en aquel momento ese tipo de cosas daban un poco de morbo. No podemos olvidar que los pecados, los círculos, eran violentos y sensuales.

«No —negué con la cabeza—, hay algo más».

Dudé de si contarle lo que sabía a Freddie y en el último instante rechacé la idea. La información que poseía era tan incompleta que no solo le haría gracia y no tendría ningún efecto en él, sino que además me acusaría de ser la espía más ineficaz del mundo. Tenía que investigar más.

Observé mi reflejo en el espejo y no entendí muy bien por qué mis pupilas viajaron a las orejas, de las que, después de haberme peinado con el pelo liso, como establecía el protocolo «imagen de absoluta normalidad para Libe», habían dicho:

—El próximo día mejor le hacemos dos trenzas de raíz que se unan por detrás para empujarlas y que se peguen a su cabeza. Su arco sobresale demasiado.

Tenían razón. Mis orejas eran de soplillo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

3

Dacre

Dejé a Shonda en su estado habitual de enfado, advertencias y alguna que otra frase lapidaria («No solo no me vas a hacer ganar dinero, sino que me vas a hacer perderlo») unidas a alguna que otra mística («Te crees que sabes de lo que va esto, pero no»), y me encerré en mi camerino. El encargado de «cuidarme» del equipo me trajo mi «exigencia» al terminar el evento; la cogí y me dirigí a ver a Sadie.

Nuestros camerinos estaban próximos, así que no tardé mucho en llegar. No se puede decir lo mismo de los segundos que permanecí fuera planteándome si lo que iba a hacer estaba bien, acorde a mi personalidad y a quien quería ser. Al final paré de darle vueltas y simplemente llamé. La actriz pronunció «Adelante» y pasé. La encontré sentada frente al tocador, con la vista fija en ella misma.

—Dacre... —dijo al distinguirme detrás de su propio reflejo.

Parecía confundida de verme allí, yo mismo lo estaba, de modo que deposité la caja de pizza que llevaba conmigo en la mesa baja junto al sofá y me dejé caer en este.

—Podrías haberme avisado de tus intenciones, aunque, claro, entonces no habrías estado a punto de causarme un problema cardiaco —le dije, y reparé en que sus ojos se posaban un instante más de lo normal en sus ¿orejas? y el gesto se le torcía antes de dedicarme su plena atención.

—Eso sería si tuvieses corazón, y ambos coincidimos en que continúa siendo un misterio. —Soltó ese tipo de frase tan típica de nuestra relación a la vez que rotaba sobre las ruedas de su asiento, y me consultó con genuina curiosidad—: ¿A qué has venido? Nuestra jornada de interacción finaliza cuando termina la exposición al público.

Vacilé, porque tampoco tenía muy claro a qué se debía mi presencia, y para salir del paso de la respuesta y de mis propios pensamientos me incliné hacia delante y levanté la caja para enseñarle la pizza.

—Pepperoni, mozzarella, pimienta negra, orégano y albahaca. —Recité los ingredientes, y ella frunció el ceño.

—¿Vienes a que vea cómo te comes una pizza tan grasienta que se trasparenta el cartón? —Fingió que lo decía en serio porque la alternativa, la realidad, era tan extraña para ella como lo estaba siendo para mí.

—Vengo a ver si te apetece compartirla, y agradecería que, a poder ser, no critiques la jodida mayor maravilla culinaria de Los Ángeles. —Arqueó las cejas.

—Una pizza.

—La *pizza* —la corregí.

Me examinó un instante y, a la vez que se adelantaba con las ruedas de la silla arrastrándola, replicó:

—Pues sí que tienes el listón de la comida bajo.

Llegó hasta mi lado y aguardó a que yo la comenzara. Sadie y yo nos manejábamos bien con las discusiones y las tiranteces, pero aquello era un terreno desconocido. *Muy desconocido* en mi caso. No había obligación ni plan para estar allí, tan solo un pequeño impulso de agradecimiento. La chica no tendría que haberse movido de su sitio en la imagen, pero lo había hecho, y por más que yo me

había devanado los sesos desde entonces no había hallado la manera en la que esa acción la beneficiaba, llegando a la inverosímil conclusión y a la vez cierta de que ayudar a quien lo necesitaba formaba parte de su forma de ser. Sadie Sanders era un salvavidas, y eso para un océano embravecido como yo resultaba de lo más incomprensible. Manejaba bien pensar lo peor de ella, pero aquella nueva perspectiva me confundía y decidí extirparla verbalizándola, creyendo que era la forma de que perdiera parte de su fuerza.

—Eres buena —solté sin venir a cuento.

Evidentemente, ella vaciló.

—¿Perdón?

Mientras se lo aclaraba me incliné todavía más hacia delante y separé una porción de pizza, tratando de sonar indiferente.

—Ayer me preguntaste la razón por la que, de entre toda la producción, había recurrido a ti después de que Gascón me confirmase lo que tú ya sabías. La respuesta es que eres buena, Sadie, y necesitaba la visión de alguien así.

Al principio pareció estupefacta por mi declaración, y mira que me esforcé en restarle toda la importancia del mundo con mi despreocupada actitud cuando me llevé la punta de la pizza a la boca y la mordí. Luego me preguntó un tanto extrañada:

—¿Porque tú eres el anticristo?

Me encogí de hombros. Me llevaba bien con los insultos. Había recibido muchos y otros tantos los había inventado yo. A fin de cuentas, cuando nadie es capaz de sentir un mínimo de cariño por ti después de convivir contigo y que tú le ofrezcas todo lo que tienes dentro, significa que hay algo malo en ti. Aquella era mi verdad y la abrazaba. Pero no pensaba contársela. Reparé en su gesto de puro recelo y le dije sonriendo de lado:

—No te hagas la indignada por mis pensamientos. Me has llamado cosas peores, lobita. «Gilipollas», «egocéntrico»...

—«Galletita» —me interrumpió, y tardé en situar el momento en el que me lo había dicho, a la salida de la fiesta.

—«Galletita» no es malo, incluso se podría tildar de adorable.

—Reducirte solo a tu físico lo es.

En el par de segundos que duró nuestra mirada, por mi cabeza pasaron la cantidad de ocasiones en las que me habían ofrecido dinero a cambio de sexo en Las Vegas, todas las veces en las que Shonda había resaltado eso de mí por encima del brutal esfuerzo que le estaba poniendo a fomentar mi talento artístico, y lo otro, el episodio oscuro que me ponía la piel de gallina, del que no se hablaba y en el que no se pensaba, de modo que decidí cambiar el rumbo de la conversación con una sonrisa canalla.

—Vaya, pensaba que necesitabas más que una pizza para enamorarte. Lo siento, pero no es un sentimiento compartido.

Sadie se dio cuenta de lo que estaba haciendo y lo respetó.

—Vete a la mierda, Dacre.

—Adorable, como yo decía.

Me enseñó el dedo corazón, cogió su propio trozo de pizza y...

—¿Qué narices...? Tú... —me acusó con el mismo dedo con el que me había hecho el corte de mangas. Se levantó y fue corriendo a sacar una botella de agua de la pequeña nevera que todos teníamos en el camerino. La destapó y vació casi todo el contenido de un trago—. ¡Has intentado matarme! —Me fulminó teatralmente con la mirada y fue la primera vez que pensé que el instinto homicida de Sadie tenía un punto cómico. Un punto que se sumaba a los otros tantos que ya conocía. «Demasiados puntos para una persona...», pensé, y ella retomó el noble arte, al que estaba entregada por

completo, de increparme—: A ver, dime, ¿a cuántas personas has asesinado con el picante de esta pizza? ¿Eh? Exijo saberlo.

—Tolero bien la cayena.

—No hablamos de ti, hablamos de tus víctimas y... Oh, no —se llevó las manos a la cara para fingir una expresión de sorpresa—, ¿soy la primera persona con la que compartes esta pizza?

—Y vista tu reacción, la última. Me gusta comer tranquilo. —Confirmé sus sospechas.

La pizza era de Luigi, el restaurante que descubrí cuando me mudé a California y que me había parecido toda una revelación, una señal. La pizza más espectacular para la increíble etapa que vendría. Lo consideraba algo muy mío, y si no había llevado a nadie era porque disfrutaba del placer de la soledad (ya no necesitaba que nadie me alimentase) y porque era una de las pocas cosas reales que existían en mi vida. El placer al comerla era auténtico. Y cuando estás mintiendo a todas horas proteges con entusiasmo los reflejos que puedan revelar quién eres. Pero había llevado la caja al camerino de Sadie y ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

—¡Eres un cliché de los noventa! No creía que quedasen personas como tú... —prosiguió su ataque, divertida, se sentó de nuevo en la silla y le seguí el juego.

—Ahora se lleva más que te rapten, te trasladen a su castillo con fines deshonestos y te acaben cogiendo un poco de cariño. —Hice referencia a Jude y Libe, por una vez sin doble intencionalidad.

—¿Un poco de *cariño*? —Sadie pareció ofendida y enarqué las cejas ligeramente entretenido con aquel debate improvisado. De nuevo hablábamos de nuestros papeles en la serie. Nunca había debatido con nadie más sobre el argumento de alguno de mis personajes—. Jude acaba enamoradísimo.

—¿Enamoradísimo? Tan solo dice la frase esa que...

—Paralizó el pulso a todas las lectoras.

Fruncí el ceño de coña y pronuncié con tono burlón:

—Cualquiera diría que perteneces al *team* JudLib.

Así llamaban a la pareja compuesta por Jude y Libe. La actriz clavó los ojos en los míos y declaró con cautela:

—Sería muy estúpido por mi parte defender otro final que no fuese el épico entre Rhett y Libe interpretando yo a la protagonista, ¿no crees?

Nuestra mirada se intensificó y, hostia puta, ¿podría ser que tuviese delante a una verdadera fan de JudLib? Aquel golpe de suerte sí que era inesperado. Había comenzado a alegrarme de las posibilidades que ofrecía ese hecho a mi plan cuando mi móvil vibró. Leí el mensaje de Shonda en la pantalla: «Tamaño pulga, esa es tu presencia. Enhorabuena». Olvidé lo que estaba tramando, posé mis ojos verdes en los suyos ambarinos, y le dije con la emoción abriéndose paso en mi pecho:

—Creo que lo hemos logrado.

4

Sadie

La mejor manera de conocer a Dacre Stewart era cuando él creía que no lo estabas haciendo, que no se estaba exponiendo. Solo entonces el telón caía y durante un instante veías el atrezo de su obra.

Se levantó, sacó el móvil, sorteó la mesa donde descansaba la pizza asesina y acudió a mi encuentro para enseñarme el pantallazo que su representante le había enviado con la primera imagen del evento publicada en un medio importante.

—¿En serio...? —dijo detrás de mí conforme se inclinaba para enseñármela y... Estaba convencida de que lo primero que vería de la fotografía sería una ampliación de sí mismo (le había visto hacer el gesto en la pantalla con la yema de los dedos para agrandar la imagen). Sin embargo, lo que me encontré fue otra cosa cuando su cuerpo cubrió el mío, su olor me inundó de un modo narcótico y sentí la presencia de su cabeza sobre el hombro izquierdo a la vez que me mostraba lo que él mismo estaba observando—. ¿En serio el tío tiene a cincuenta fotógrafos delante y va y me mira a mí? No me jodas. —Rio, y fue su risa auténtica.

El estómago me dio un vuelco por su sonido y por lo que estaba viendo. Dacre no se había ampliado a sí mismo. Había ampliado a Gascón. La sonrisa de felicidad se la dedicaba a él. Ladeé el rostro, y con una visión demasiado cercana de su boca y sus labios llenos

solté la mayor estupidez de todas las que había pronunciado desde que nos conocíamos:

—Creo que es hora de darnos una tregua.

Nuestros ojos se encontraron y el verde de su mirada me oprimió el pecho cuando tras un segundo de duda asintió. Fue en ese momento cuando, después de haberme librado de muchas otras, caí en su trampa.

PROGRAMA DE RADIO MAÑANERO
DAME CHISME

(Al día siguiente)

MARY LOUISE, LOCUTORA: ¿Y bien?

DAKOTA, LOCUTORA: El evento fue un puto baño de masas y servían un whisky delicioso que me ha dejado una resaca terrible.

MARY LOUISE, LOCUTORA: No te pregunto por *eso*, te pregunto por *ellos*. ¿Cuál es tu opinión ahora que has compartido su espacio vital?

(Pausa dramática).

DAKOTA, LOCUTORA: Pues que se follan a todas horas, tía, y cuando no se están follando piensan en la pérdida de tiempo que es no hacerlo. ¿Tú has visto cómo se miraban cuando rompieron el protocolo de la foto grupal? Fijo que su electricidad dejó a alguna ciudad de la costa oeste sin luz. En el libro se acostaban, ¿no?

MARY LOUISE, LOCUTORA: Una vez.

DAKOTA, LOCUTORA: Ese episodio lo veremos yo y mi satisfyer.

5

Nate

Al día siguiente todo el mundo estaba pendiente de si me mostraba afectado porque Sadie y Dacre hubiesen acaparado toda la atención del encuentro, y algunos malinterpretaron mi gesto cuando estaba desayunando a solas, como siempre.

Mi mohína mueca mientras le daba vueltas al porridge de avena con la cuchara, sin llevármelo a la boca, se debía a que la noche anterior había terminado acostándome con Freddie Sanders, y el sexo había sido más que genial, pero al despedirnos, pues eso, nos habíamos dicho adiós. «Buenas noches, Nate». En aquella frase no había ningún plan de futuro, al contrario de la otra que me había dedicado: «Espero que mañana quieras verme y que eso se repita mientras estemos aquí».

«Mientras estemos aquí —se repitió en mi cabeza—. Y estar aquí se ha acabado».

Sabía que estaba en mi mano dar el primer paso. Pero tenía miedo. Porque había un motivo de peso para dejar de ver a Freddie Sanders. En cambio, el motivo por el que oponerme y dejarme llevar por mis propios deseos era más ligero que una pluma y, aun así, lo prefería, a pesar de tener menos volumen, menos relevancia, de ser menos correcto. Yo era el problema y, en ocasiones, la solución.

Cuando se abrió la puerta del salón del hotel levanté la vista esperando que el hermano de Sadie entrase, pero no lo hizo. Así, me

disponía a levantarme sin haber probado bocado y regresar a mi habitación solo, como siempre, cuando la luz de mi teléfono se encendió.

«Buenos días, rubio», me mensajeó.

> ¿Cómo has pasado la noche? Y no me refiero a
> follando con un dios griego.
> Por favor, no me bloquees por este comentario.
> Tengo muchas ganas de hablar contigo.

Sonreí como llevaba años sin hacer y volví a apoyarme en el asiento.

«Buenos días —le escribí mientras me llevaba la cucharada de porridge a la boca—. Yo también tenía ganas de hablar contigo, Freddie».

Los nueve círculos eran mi trabajo, pero Freddie Sanders fue quien me devolvió el pulso y es lo que más recuerdo de aquella época. No toda la locura, los fans, las entrevistas, los rodajes. Para mí lo más memorable de la etapa de *Averno* fue conocerle a él.

Episodio 9
La icónica escena de Libe y Jude en el cuarto episodio

ESCENA RESCATADA DEL CUARTO EPISODIO DE *LOS NUEVE CÍRCULOS*. ESCENA CLAVE DEL ROMANCE RHETTLIBE

EXT. ZONA BOSCOSA JUNTO AL MURO DE LA FORTALEZA DE RHETT-NOCHE

LIBE logra escapar de la mazmorra del reino de IRA, donde está recluida desde el anterior episodio, cuando el ejército de RHETT logró por fin arrebatársela a JUDE. Atraviesa el muro con su aparente CÓMPLICE y descubre que al otro lado de la fortaleza se encuentra JUDE, quien había sido avisado por este.

JUDE

(Sonriente, alzando la mano).

¡Hola, hola!

LIBE mira perpleja a CÓMPLICE y descubre que la mueca de compasión ha desaparecido de su rostro para ser sustituida por la del monstruo tenebroso y sin sentimientos que es. Automáticamente, echa a correr, pero JUDE la retiene de un brazo con aparente tranquilidad.

CÓMPLICE

Mátala rápido. Habla demasiado.

JUDE

Eso har...

Antes de que termine la frase alguien rebana de un corte limpio la cabeza de CÓMPLICE, que cae al suelo rebotando a sus pies. Se descubre detrás a RHETT. JUDE sonríe.

JUDE

(Bromea, divertido).

Vaya, vaya, esto se pone interesante. Hola, hermanito, echaba de menos tus ataques de ira.

RHETT

(Evitando mirar a LIBE).

Cállate.

JUDE

Cállame.

La acción no se hace esperar. JUDE empuja a un lado a LIBE y RHETT le ataca con fuerza. Se produce un enfrentamiento sobrenatural entre ellos. LIBE observa cómo primero JUDE vuela por los aires, luego cae de pie y corre con una velocidad inhumana para darle con la cabeza en el estómago a RHETT, que se precipita más allá de donde llega su vista. LIBE trata de huir. Se interna en el bosque corriendo todo lo que dan de sí sus piernas y se agacha ante el grito de advertencia de RHETT.

RHETT

¡Agáchate!

Un puñado de gravilla a modo de proyectil vuela por encima de su cabeza. LIBE cae de la impresión y se magulla las rodillas.

JUDE

Ups. Mi puntería está algo oxidada. Al menos, podréis contarles a vuestros hijos que facilité vuestro primer momento heroico.

(Mientras habla, LIBE vuelve a echar a correr).

Me aburro. Simplifiquemos las cosas.

En un abrir y cerrar de ojos está delante de LIBE, le sonríe y con un movimiento ágil la retiene retorciéndole el brazo y atrayéndola hacia su pecho. Luego le susurra al oído mientras ella intenta zafarse.

JUDE

Mi recomendación es que te estés quietecita y dejes a los mayores hablar. No queremos que sufras más daño del necesario.

LIBE no obedece y da un tirón, a consecuencia del cual se le desencaja el hombro. Aúlla de dolor. RHETT se planta delante de ambos cuidándose de no intercambiar la mirada con ella. JUDE sonríe a su hermano.

JUDE

Este encuentro es pura historia familiar. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra última desavenencia? ¿Un siglo? ¿Dos?

RHETT

No lo sé.

JUDE

(Esbozando un mohín fingido).

Pensaba que llevabas la cuenta de nuestras discusiones. Es muy hiriente que no lo hagas.

RHETT

¿Qué quieres?

JUDE

Para empezar, que este juguetito tan irritante aprenda la lección y se esté quieta *(LIBE continúa revolviéndose, pero JUDE la sujeta con firmeza)*; y para continuar que la mires y me cedas el trono sin más derramamiento de sangre.

RHETT

Sabes que no puedo.

JUDE

Sabes que voy a obligarte.

RHETT

Mátala, por favor.

LIBE no puede reprimir el gesto de sorpresa.

JUDE

Y una mierda. Cada latido de este corazón desbocado es una garantía de que acabaré saliéndome con la mía, y ya sabes que no hay nada que me guste más en este infierno que ganar.

La maleza que RHETT tiene detrás se mueve y aparecen más seres sobrenaturales. JUDE comienza a reír.

JUDE

¿Has traído un puto ejército para mí? Me halagas.

(Avanza un paso arrastrando a LIBE con él).

Lo cierto era que pensaba solucionarlo de una manera más diplomática, gracias a un chantaje y tal, pero tu desmesurada reacción precipita las cosas. Vas a mirarla, RHETT, y vas a mirarla ya o la torturaré quebrándole cada hueso de su menudo y frágil cuerpo hasta que no le queden fuerzas para gritar o sostenerse de pie, y entonces aguardaré a que se despierte y continuaré con la hazaña.

(JUDE mira a LIBE, que está aterrada).

Lo siento mucho, pequeño ser vivo dispuesto en el mundo para ser mi ventaja. En mi defensa diré que, cuando mi hermanito decida dejar de hacerse el renegado y te acoja, sus curanderos te sanarán en un abrir y cerrar de ojos y podrás dedicar el resto de tu existencia al placentero acto de odiarme. Hasta entonces...

Sin previo aviso le parte uno de los dedos. El chillido de LIBE es desgarrador.

RHETT

(Visiblemente afectado y con la mandíbula

apretada, pero sin mirarla).

Siempre te ha gustado dar el espectáculo.

JUDE

Y tú nunca has disfrutado al infligir dolor. Eres un pecado defectuoso.
(Le observa retador).

Pero yo no.

Acto seguido quiebra un hueso de la pierna a LIBE y la suelta. La chica se precipita hacia delante rota de dolor y en el último instante, cuando parece que va a impactar con el suelo, RHETT se adelanta y la coge, cometiendo el fatal error de que sus ojos se encuentren. Se percibe la intensidad de esa mirada larga, el inicio de la maldición, de la historia de amor. RHETT alza la cabeza un instante, observa a su hermano con el gesto descompuesto y tenso, y JUDE sonríe.

RHETT

Acabas de arruinarme la existencia.

JUDE

Acabo de hacer que la eternidad sea un poco más interesante. Volveremos a vernos. Me debes una corona.

Antes de que a RHETT le dé tiempo a reaccionar, JUDE desaparece. Solos, con la compañía de su ejército, que permanece detrás de ellos, RHETT mira de nuevo a LIBE soportando el torrente de emociones que le zarandean. LIBE le devuelve una mirada débil y mientras se debate entre la conciencia y la inconsciencia tan solo alcanza a decirle:

LIBE

Te odio.

Después cae desmayada en sus brazos.

1

Sadie

Era la escena más esperada para el *fandom* que apoyaba a la pareja principal, formada por Rhett (Ira) y Libe. El instante en el que sus miradas colisionaban y activaban la maldición. Hasta entonces, y por hacer un resumen rápido y bastante simplón, la vida de mi personaje había transcurrido de secuestro en secuestro. Secuestro inicial de Jude en el piloto, segundo secuestro de un miembro del reino de Rhett y unas vacaciones pagadas en las mazmorras del pecado que estaba destinado a amarla y que hasta entonces se había cuidado mucho de que sus ojos chocaran, aunque al final había resultado inevitable que lo hicieran. Llegaban, pues, las escenas destinadas a que su amor naciese y se hiciese más palpable después de la tensión acumulada previamente y, en mi ámbito profesional, la primera escena que me moría por interpretar. La que grabaríamos la noche siguiente y ese día ensayábamos. La primera con mi doble especialista.

Se trataba de una escena de pura acción en la que, si bien la espectacularidad recaía en el enfrentamiento entre Rhett y Jude, yo también tenía mis momentos de volar por los aires, caer y resultar herida. Incluso había una secuencia de pocos instantes en los que se me rompían varios músculos y huesos, en la que debería poner todo mi talento a trabajar para que mis facciones lo reflejaran. En resumen, digamos que para el *fandom* era el momento romántico

más esperado, mientras que para mí se trataba de largas jornadas con mi entrenador para las partes en las que no sería sustituida por mi doble, practicar hasta reventar, mucho ejercicio, pasar bastante tiempo entre toma y toma con el equipo de maquillaje para que incluyeran mis heridas, y actuar con la misma ferocidad y dolor que si me estuvieran arrancando la piel a tiras. Todo un reto fascinante en el que esperaba dar la talla.

Ojeé el horizonte cuando abandoné la caravana que me habían asignado. Estaba junto a las de Dacre y Nate, en una de las pocas planicies accesibles con los coches al vasto bosque. Y el rodaje se produciría en otra que estaba a poca distancia. Además, desde nuestra posición existía un camino que conducía a la playa, desde el que se podían observar los escarpados y rocosos acantilados.

Era un espacio precioso y estaba anocheciendo.

Inspiré profundamente y saqué el plumífero azul que tenía en el interior de la caravana. Una vez que me lo hube puesto hice aquello que me había prometido no hacer: contemplar el vehículo iluminado de Nate con el ceño fruncido y permitir a mi mente divagar. Me había jurado que lo que sucediese entre mi hermano y él no me afectaría, pero, para sorpresa de nadie, lo había hecho.

En resumen, después de la proyección del tráiler en Los Ángeles y de que se hubieran liado, se escribieron durante semanas. Nate en el rodaje y mi hermano desde Argentina. Hablaron bastante por teléfono y, tachán, mi hermano no lo pudo resistir más, pilló un avión (bueno, varios) y vino. De hecho, me lo encontré en mi cabaña porque cuando llegó la respuesta del actor no había sido la *deseada*. Vamos, que le había dicho «Hola» como si fuera un extraño y había evitado toparse con él por todos los medios desde entonces. Aquello le había roto los esquemas a mi mellizo, que levitaba en el sofá de mi salón lamentándose:

«¿He sido demasiado intenso?».

«¿Le he asustado?».

«¿Acaso ha conocido a otro?».

Muchas preguntas y una sola respuesta por mi parte. Era imposible que hubiese conocido a otro dado que se pasaba casi todo el tiempo recluido en su cabaña o grabando conmigo y, aunque lo había tratado de disimular, conocía demasiado bien sus expresiones para no percatarme de que desde que mi hermano había llegado estaba jodido. Triste. Alicaído. De modo que la cuestión era otra: ¿por qué diablos se hacía eso a sí mismo y a Freddie?

Me planteé dejarme de tonterías, deshacer la distancia que nos separaba y aporrear la puerta para exigirle o suplicarle que me explicase lo que estaba sucediendo, porque el instinto protector que sentía por mi hermano era muy grande y se estaba activando, además de que esa no era manera de tratar a una persona, haciéndole el vacío. Como mínimo un «Hola, ayer tonteé contigo por mensaje, pero hoy no me interesas».

Asentí dispuesta a ejecutar mi plan cuando apareció Laura para acompañarnos al lugar donde estaban ensayando, que era el mismo donde grabaríamos. Hasta ese día lo habíamos hecho más a puerta cerrada, en el gimnasio y con mullidas colchonetas por el suelo, pero llegaba el momento de enfrentarse al terreno real. Y el terreno real era un bosque en el que hacía un frío de narices que no sabía si soportaría con el escaso ropaje con que mi personaje escapaba de la mazmorra.

Seguí a Laura a la caravana de Nate, el actor salió procurando no establecer contacto visual conmigo y juntos caminamos hasta el ensayo, por supuesto sin mirarnos, como nuestros personajes. Que el ambiente entre nosotros estaba enrarecido era algo evidente, pero Laura no lo mencionó.

Quizá estaba demasiado distraída pensando en Candice y la no cita que habían tenido esa tarde como para percibir la tensión entre Nate y yo. Las tres nos habíamos hecho amigas, aunque a diferente nivel. Tenías que ser la persona menos perspicaz del universo para no darte cuenta de que la relación entre ellas era un escalón más profunda, más de escarbar entre las costillas.

Mientras me encaminaba a mi posición meditando acerca de la conversación pendiente que tenía con Nate, mi mirada chocó con la de Dacre.

Sobra decir que completamente sudado estaba increíble.

Y que el impacto de aquella visión me produjo una brutal sacudida con la que no contaba y que me dio un poquito de miedo.

2

Dacre

Channing me atizó un puñetazo y como parecía que no había aprendido la lección, me propinó otro.

—Esto ya es recrearse. —Sonreí devolviendo mi atención a la colchoneta.

—Las distracciones castañas no te sientan bien.

Se refería a Sadie, motivo del golpe en el que se había cuidado muy mucho de no dejarme marca. Channing era mi entrenador personal y a la vez mi doble especialista, un chico joven con una trayectoria espectacular en el cine de acción. Les había pedido que en la medida de lo posible me dejasen interpretar lo máximo de la escena, y «en la medida de lo posible» se había traducido en: «Te dejamos hacerlo todo menos poner en peligro tu integridad física o tendremos que alterar tanto el presupuesto que nos joderás vivos a todos».

Los tiempos para llegar en plazo y grabar las tres temporadas del tirón eran limitados y, por lo tanto, todo estaba muy ajustado. El margen de error era prácticamente inexistente. Así, muchas de las partes divertidas me las perdería, pero otras podría disfrutarlas. Al final, preparar las escenas de acción es como memorizar los pasos de un baile, y acababa de descubrir que me encantaba bailar. Además, la ropa con la que grabaría era cómoda y cálida (un conjunto militar negro como el alma de mi personaje), no como la

de Sadie, demasiado fina para la temperatura a la que se iba a poner Brookings la madrugada siguiente. La miré, corriendo el riesgo de que me propinasen un nuevo puñetazo, y la encontré trabajando sin perder un segundo en su colchoneta con el conjunto ajustado de mallas azul oscuro con una línea más clara, el plumífero, del que todavía no se había deshecho, y la coleta, que le danzaba de un lado a otro. No era muy buena defendiéndose, pero no debíamos olvidarnos de que yo, personaje que la retenía, era un pecado agraciado con una fuerza descomunal. Observé cómo disfrutaba de lo que hacía y, como me merecía, recibí el tercer golpe en mi espectacular cara.

—Al final voy a pensar que le estás cogiendo gustillo a esto de que te *acaricie*, Stewart —se burló Channing, y me puse en posición de ataque.

—A lo mejor tus *caricias* son tan suaves que las confundo con cosquillas. En la última has debido de oírme ronronear...

—Ojalá pudiera darte de verdad. —Rio, y los dos nos pusimos a trabajar.

El ambiente de rodaje era bueno y fue la primera vez que me planteé que me gustaba lo que hacía. Es decir, hasta entonces había visto la interpretación como un medio para un fin, el de hacerme jodidamente millonario y no terminar mis días en la calle. Pero en aquel bosque descubrí que no me importaría pasar el resto de mis días dedicándome a ello. Es más, me apetecía. Continuamos practicando y en algún momento apareció Lucien Strauss con el director de los dobles especialistas del que no recuerdo el nombre.

—Tu jefe con el mío. No me dejes en mal lugar —musitó Channing.

Que nuestros directores se paseasen por allí no era raro. De hecho, resultaba habitual. Querían comprobar de primera mano

nuestros avances y asegurarse de que estábamos preparados para el rodaje de la noche siguiente. Habíamos realizado la lectura del guion con Lucien, que dejaba la producción en ese episodio cediendo el testigo a la nueva directora, Tabitha Mehta. También habíamos ensayado con él tomando buena nota de sus indicaciones, que hasta el último segundo, cuando tuviésemos varias cámaras recogiendo nuestros movimientos, podían variar. Por ese motivo, no me resultó para nada extraño que Lucien propusiese que ensayáramos la escena otra vez cuando llegó a mi altura. Acababa de venir de la grabación de algunas escenas con otros actores y quería asegurarse de que todo estaba listo para nuestra secuencia crucial. Pidió que nos despejasen la colchoneta principal y le acompañé a ella mientras Channing hacía lo mismo con su jefe y el resto de los especialistas.

Para entender lo que sucedió a continuación es necesario saber que mi relación con Lucien Strauss hasta el momento había sido estrictamente profesional. Nunca nos habíamos tomado una cerveza juntos, ni habíamos hablado de nuestras cosas o coincidido más allá del rodaje y los ensayos. De esta manera, me sorprendió que ralentizase el paso cuando nos acercábamos al lugar en el que Nate y Sadie ya estaban situados sin hablarse, y mucho más que, tras vacilar un poco y con toda la seriedad del mundo, me plantease:

—¿Estáis liados?

Lo primero en lo que pensé era que la había cagado. Corrían rumores de mi relación con Sadie desde Los Ángeles y nuestra tregua solo había hecho que alimentarlos. Lógico. Antes de California nos llevábamos a matar y en cambio ahora nos tolerábamos, a veces incluso daba la sensación de que estábamos cómodos y a gusto el uno con el otro, lo que era cierto, al menos por mi parte.

Entendí la aparente preocupación de Lucien.

Las parejas en la ficción que se liaban en la realidad podían cargarse producciones enteras por peticiones tan intransigentes, si lo suyo salía mal, *fatal*, como dejar de rodar escenas íntimas con la otra persona o incluso cualquier tipo de escena en la que el otro apareciese, lo que provocaba que desde dirección tuviesen que quebrarse la cabeza para articular los planos de forma que el espectador no se diese cuenta de que uno de los dos, al que no se le veía la cara, no era más que un doble. Profesionalmente suponía una putada y comprendí que estuviera preocupado y nos juzgase por ello.

—Eh, no —vacilé, y repetí el mensaje con más firmeza—: Para nada.

Como digo, entendí su preocupación por aquel riesgo para la producción, lo que no entendí fue la manera en la que se le iluminaron los ojos dentro de esa expresión medida que siempre lucía y el sutil gesto que reconocí, porque lo había visto antes en otra cara, y que tensó mis músculos aquejados por el ejercicio.

—Mejor —sentenció con la alerta ya asentada en mi estómago. Y el respetable director dio paso a la persona que no lo era tanto—. Tienes mucho potencial, Dacre, pero eso ya lo sabes. Con la ayuda adecuada tu carrera sería meteórica, un puto cohete. Pero necesitas a alguien que te recoja cuando *Los nueve círculos* terminen y te ayude a desprenderte de la eterna sombra de actor de *Averno*. Esta es larga, no te lo niego, aunque no imposible de dejar atrás.

Fui directo.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —Me parecía de críos hablar en clave.

Él rio. Adiviné que le gustaba mi claridad y sobre todo mi impaciencia.

—Nada... que no esté en tu mano.

Diría que fue accidental, pero su mirada se desplazó con toda intención a donde se encontraba Sadie, que se había deshecho del plumífero y aguardaba a que los alcanzásemos. Fue entonces cuando reconocí el modo en el que la observaba, que tan familiar me había resultado, e intuí lo que iba a pedirme segundos antes de que lo hiciera.

—A veces las personas son razonables ante determinadas *peticiones*, y otras veces, muy fantasiosas. Necesito a alguien que acredite el alcance de su imaginación en el caso de darse la segunda situación. Las personas son más prudentes con sus palabras cuando tienen consecuencias negativas para ellas.

Comprendí lo que me estaba pidiendo. Quería abusar de su poder y, más concretamente, de Sadie. Yo sería el falso testigo al que aferrarse si salía mal. «Está loca, solo busca segundos de pantalla. También lo hizo con el protagonista. Se inventó una relación». Esperó unos segundos en los que me esforcé para no reflejar lo que estaba pensando y cambió de tema, aunque hablaba de lo mismo. De la contraprestación por mi favor.

—El otro día tuve una reunión de lo más interesante con los productores de Sky Blue. Me pasan al cine. Y necesito un actor fetiche para mis películas. —Me dedicó una significativa mirada con la que venía a decirme que podría convertirme en el Leonardo DiCaprio de Martin Scorsese o el Johnny Depp de Tim Burton si accedía, y sentenció—: Saluda a Shonda de mi parte. Se pondrá muy contenta si este negocio nuestro sale bien.

Quise pensar que Shonda le arrancaría las pelotas con los dientes y las escupiría muy lejos si se enterase de lo que me había propuesto. Después Lucien continuó la marcha y le seguí.

Puede que solo ocurriera en aquel ensayo o puede que ese día yo me fijara más en sus manos. No lo sé. El caso era que la forma en la

que tocaba a Sadie para corregirle sus posturas era distinta a la que usaba con nosotros. Pero la actriz no se daba cuenta, ni Nate, porque estaban demasiado concentrados tratando de hacerlo bien, de obedecer a sus órdenes, de complacerle.

Lucien comenzó a mirarme diferente, como a un cómplice.

Y al terminar no se escondió de mí cuando le dijo a Sadie:

—Mañana cuando acabemos y estés cambiada ven a mi cabaña. Hay unas partes que quiero pulir de cara a tu trabajo con Tabitha para dejarlo todo bien atado.

Sadie no dudó en contestar que sí y yo fui consciente de que estaba a punto de hacer algo que lo cambiaría todo, que me cambiaría a mí de manera irreversible.

3

Sadie

Le dije a Laura que la avisaría cuando hubiese terminado de cambiarme en la caravana. Era mentira. Me pegué una ducha rápida, me sequé el pelo y salí en dirección al vehículo de Dacre. La puerta estaba abierta y el actor me había llamado, así que entré directamente mientras anunciaba mi presencia.

—¿Hola?

Casi choco con él. Me estaba esperando en la entrada con la poca paciencia que le caracterizaba. También se había aseado. Vestía un chándal oscuro, con pantalón y sudadera de cremallera, que bien podría haber sido el del entrenamiento, y su pelo todavía estaba húmedo. Me contempló como quien examina el jeroglífico más complicado de su existencia, un problema tremendo, y se limitó a decir:

—Vamos.

Ni siquiera le pregunté el destino. Tuve que perseguirle, pues sus zancadas eran condenadamente largas y esa noche más, como si estuviese huyendo de alguna cosa. Lo hice comentando el entrenamiento, la escena y lo espectacular que se vería después del montaje cuando le metiesen los efectos especiales y la banda sonora.

Dacre no destacaba por ser la alegría personificada. Tampoco entonces, aunque nuestra relación hubiese mejorado. No obstante,

aquella madrugada, mientras recorríamos aquel camino... No sé. Parecía inusualmente callado. Quizá me había acostumbrado demasiado al timbre de su voz esas semanas, quién sabe. De lo que no podía dudar era de la pronunciada arruga de su entrecejo, que no hacía sino marcarse más y más, ni de las ganas que me entraron de acariciarla para deshacerla.

Descendimos el último tramo de la pendiente sorteando las piedras y descubrí que nos habíamos estado dirigiendo a una de las múltiples calas que bañaban la linde del bosque. En concreto a la más cercana al rodaje. Dacre se instaló en mitad de la arena descalzándose y percibí la tensión de su espalda. Yo me adelanté unos pasos hasta la orilla. La luz plateada de la luna acariciaba las ondas del mar arrancándole destellos brillantes y resaltaba la forma entrecortada de los peñones que la salpicaban. El espectáculo visual que creaba era único. Me sobrecogí y pensé que tenía que contárselo a Freddie. A fin de cuentas, mi hermano se dedicaba a fotografiar la belleza. Tal vez así se pondría de mejor humor.

Comencé a darme la vuelta para ver qué hacía mi misterioso compañero (todavía no me había revelado el motivo por el que habíamos quedado) y le encontré desabrochándose la cremallera de su sudadera Nike negra. Enarqué una ceja y le consulté divertida, no a la defensiva como ocurría antes:

—¿Se puede saber qué haces?

Él se tomó su tiempo para dejar la prenda perfectamente doblada sobre una piedra lisa. Parecía que me evitaba.

—Quitarme la sudadera —dijo al fin.

Resoplé tratando de no reparar en lo increíble que estaba.

En general, Dacre Stewart parecía un fugado del Olimpo en busca y captura.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué?

—Para estar cómodo. Deberías hacer lo mismo.

—¿Eso piensas?

—Eso *sé*.

—¿Cuál es el motivo?

—Voy a darte unas lecciones de autodefensa.

Aquello me pilló completamente desprevenida.

—¿Hoy?

—Sí.

—*¿Ahora?*

—Si eres capaz de quitarte el plumas en la próxima media hora, sí, es la idea.

Dudé. Lo que me estaba pidiendo no tenía ningún sentido, y yo necesitaba encontrárselo a todo, incluso al cosquilleo que sentía en la parte baja del vientre ante la perspectiva de hacer cualquier cosa con él.

—¿Podrías por una vez no cuestionar algo de lo que te pido? —se impacientó, y accedí, descalzándome y deshaciéndome del abrigo.

—Okey, pero como me desfigures y no pueda actuar te daré un buen rodillazo en la entrepierna, que en eso soy experta.

Dacre no pudo evitar sonreír. Y lo hizo con su sonrisa real, letal. La que aniquilaba legiones y legiones de terminaciones nerviosas.

—El plan es que me lesiones tú a mí, lobita —me picó.

Como respuesta, me coloqué en posición de ataque dentro de su juego.

—No dudes de que voy a tomarme la lección en serio e intentarlo.

—Hacerlo —me corrigió.

—*Hacerlo.*

Le siguieron unos minutos de entrenamientos en los que me permití algo novedoso: divertirme. Me permitía muchas cosas nuevas con él. Supongo que habían sido tantas mis reservas que estaba

convencida de que si las había superado era porque no había nada que temer. O al menos nada grave.

Dacre me enseñó conceptos muy básicos como a liberarme si me cogían de la muñeca, a ir a por las orejas o que en lugar de golpear en la entrepierna, como me habría dicho mi instinto, debía concentrarme en las rodillas, que eran un punto de apoyo y podían hacerle perder el equilibrio a mi oponente. Aunque, prosiguió, si me veía sin escapatoria las pelotas estaban bien. Todo era admisible, excepto sufrir algún daño.

Terminamos exhaustos. Al menos yo, que no estaba acostumbrada a tanto ejercicio. Nos dejamos caer en la arena, a un palmo de distancia, y sin más preámbulo le pregunté:

—¿A qué ha venido esto, Dacre? Pegarte manotazos siempre es entretenido, pero necesito comprender la razón.

Él no habló de inmediato. Se quedó callado con la vista clavada frente a él y advertí la manera en la que apretaba la mandíbula. Allí había algo más que me estaba perdiendo, algo más importante que nuestro aparente entretenimiento.

—¿Qué tendría que haber hecho? —dijo pasado un rato.

—¿Cuándo? —vacilé.

—La tarde que escuché a los cámaras hablando mal de ti, ¿cómo debería haber actuado, Sadie?

Ladeó el rostro en mi dirección y en su expresión encontré duda real. Algo dentro de mí explotó. Que se interesase por conocerme y de ese modo tan genuino significó más para mí de lo que él podía alcanzar a entender. Eso seguro. La gente daba por sentado cómo era yo, pero pocas personas trataban de verme, y Dacre lo hizo. Lo intentó.

Reflexioné. Aunque tan solo hubiesen pasado semanas, la intensidad del rodaje y el viaje a Los Ángeles hacían que aquel

incidente pareciera haber ocurrido un siglo atrás; no obstante, yo sabía perfectamente lo que me habría gustado.

—Contármelo y dejarme a mí las riendas de la situación. Ofrecerte a ser mi apoyo, pero solo si yo te quería como sujeción. —Asimiló mis palabras y asintió—. ¿Por qué lo preguntas?

Dacre vaciló un parpadeo, con sus ojos verdes puestos en los míos, y finalmente dijo:

—Porque hay algo que quiero contarte, Sadie.

Fueron muchas las emociones que experimenté esa noche en la playa, pero sobre todo recuerdo que salí de allí con un socavón en mi armadura y que desde ese instante confié plenamente en Dacre.

No debería haberlo hecho.

Debería haberme ceñido a mi primera opinión de que era un excelente actor.

4

Nate

Freddie me estaba esperando cuando volví del rodaje. No lo hacía a escondidas para abordarme, como un acosador. El mellizo de Sadie permanecía sentado en el balancín de mi porche, cuya luz yo había dejado encendida. Me planteé huir, esconderme, y en mi fuero interno agradecí haber ido solo en el coche de Producción que me había devuelto del bosque. Mi representante me habría recordado las razones por las que debía seguir distanciado de Freddie y se habría ofrecido a dialogar con él en mi lugar, pero estando solo no me quedaba más remedio que dar la cara, y eso era lo que en el fondo deseaba, a pesar de que me provocaba un miedo atroz.

Tomé una bocanada profunda de aire y me enderecé, llevando conmigo parte de la entereza y capacidad de camuflar las emociones de mi personaje. Freddie se levantó en cuanto hube puesto el primer pie en la escalinata del porche. Iba guapísimo, con los vaqueros desgastados, la sudadera blanca de capucha que tenía puesta para resguardarse del frío y el moreno que su paso por Argentina había acentuado. Me sonrió con cierto temor y fragilidad y después dijo:

—Tenemos que solucionar lo que sea que está pasando. Si no te gusto solo tienes que decírmelo, pero no me dejes en visto. —Hizo alusión a la aplicación de mensajería por la que hablábamos.

Había muchas cosas que me habría gustado decirle en ese momento, aclararle, pero me faltaba valentía y me sobraban

prejuicios y miedo por la manera en la que reaccionaría, así que, de nuevo, me valí de Rhett, de Ira, y pronuncié una mentira como hacía él cuando en los episodios posteriores aseguraba que no quería a Libe y que la maldición no había hecho efecto.

—No me gustas, Freddie —dije con falsa convicción.

Después le dejé en el porche como si herirle no me causara ningún efecto, y al entrar en la cabaña me puse a llorar. ¿Por qué tenía que ser esa mi vida? ¿Por qué? Daría lo que fuera por convertirme en otra persona. Una *normal*.

5

Dacre

Primer paso: convertirme en un monstruo.

A lo largo de mi niñez había leído tanto sobre ellos y en mi adolescencia los había visto protagonizar tantas películas que tenía una imagen bastante nítida de lo que eran: seres sin sentimientos, vacíos de emoción, huecos, con un fin concreto, en los que la moralidad no intercedía ni aportaba nada. Y eso era justo lo que necesitaba cuando decidí largarme de casa de los Stanley después de lo que pasó. Me propuse convertirme en uno. La meta: irme. El método: cualquiera. Esa fue la razón que me llevó a hacer lo que hice y por la que aparentemente no me afectó.

«¿Estás seguro, Dacre?»; los recuerdos de una voz retumbaron en mis tímpanos y los aparté con un contundente movimiento de cabeza.

Estaba en el bosque la noche del rodaje esperando a que Lucien acudiese a mi encuentro una hora antes de grabar. Le había llamado para acordar la cita y después le había enviado mi ubicación. Observé lo que me rodeaba mientras aguardaba. La claridad de los focos del rodaje se percibía desde allí, pero nos encontrábamos lo suficientemente alejados para poder estar a solas. Contemplé el suelo, que apenas era visible. Los troncos de los árboles apiñados y la telaraña de ramas fusionadas lo sumían todo en la oscuridad.

Oscura. Así estaba la sala de mi recuerdo antes de empezar.

Lo primero que tuve claro cuando decidí abandonar a Juliette e Ian Stanley era que no quería pedirles dinero. En mi nueva vida no deseaba nada suyo. Pero lo necesitaba. Necesitaba lo suficiente para evitar la mendicidad. Acepté trabajos de media jornada de camarero y en la biblioteca del instituto, pero no lo obtenía a la velocidad que lo precisaba. Así fue como la jardinería entró en mi vida. No tenía ni puta idea de plantas, y mi experiencia se limitaba a las pocas flores de mi abuela que mataba o bien de sed o bien por regarlas demasiado; sin embargo, pronto me di cuenta de que contratar al chico de los Stanley, una de las parejas más ricas del vecindario, como jardinero tenía su morbo, alimentaba el sentimiento de superioridad, y me beneficié de ello. Acepté todas las mansiones que me ofrecían, independientemente de que estuviesen mal pagadas, porque en el fondo la idea de humillar a Juliette e Ian me compensaba. Aunque no surtió efecto. En lugar de avergonzada, Juliette se enorgullecía de mí por asumir aquel tipo de responsabilidad. «Querer ganar tu propio dinero es muy maduro y responsable», me decía, y tomé la determinación de dejar el trabajo.

Estaba haciéndolo, despedirme de mis jefes, cuando surgió la *oportunidad*.

Clarisse era una mujer anclada a una relación abandonada, en la que su marido se pasaba largas temporadas viajando, que me había contratado los martes y los jueves dos horas cada día. Tenía un jardín exquisito, preservado con mimo, con dos jardineros en nómina que se dedicaban en exclusiva a cuidar de él. Al principio me sorprendió que me contactara para contratar mis servicios. «Las vecinas me han dicho que buscas trabajo». Luego, con tan solo una sesión, descubrí que para lo que me estaba pagando no era para que desbrozase o recortase setos, sino para verme, para recrearse y paladear mi físico igual que lamería un helado derritiéndose. Le

gustaba sentarse en su silla de exterior blanca cuando el tiempo acompañaba y en la del interior acristalado si no era el caso, siempre con una mimosa en la mano, y observarme. Me miraba sin disimulo, con sus pupilas desplazándose por mis bíceps o los abdominales cuando la camiseta se me subía.

A mí no me importaba. Pagaba bien. Y la mayoría de las personas también se recreaban, y gratis. Fue entonces, al disponerme a decirle adiós, cuando me planteó una alternativa. En su otra vida, antes de casarse, dejarlo todo y convertirse en una mujer solitaria que disfrutaba de una cárcel de oro, había sido fotógrafa. Trabajaba en un estudio de esos de los que hacían fotografías a tamaño carnet para acompañar a cualquier tipo de expediente, y ampliaron el negocio ofreciendo también sesiones de recién nacidos, embarazadas, de parejas, fotos de familia navideñas. «La cantidad de *christmas* que he hecho, y la verdad es que odio esas fechas», me dijo un día con la mimosa en la mano y un cigarro pendiendo de sus labios. Luego fue algo más concreta. Lo que me sugería era tomarme algunas fotos y subirlas a una plataforma de pago tipo OnlyFans y que nos repartiéramos las ganancias a porcentajes iguales. Acepté de cabeza. «Serían con poca ropa», puntualizó. Acepté de cabeza también.

De este modo, mantuvimos la coartada de que continuaba trabajando para ella y los martes y los jueves nos encerrábamos en la sala que la mujer había despejado como estudio, yo me quitaba toda la ropa menos los calzoncillos y Clarisse volvía a ponerse detrás del objetivo para inmortalizarme. En todo momento ella tuvo mi consentimiento. En todo momento yo tenía diecisiete años y era un puto crío desesperado que aparentaba entereza. El dinero no se hizo de rogar. Ganábamos mucho. Lo suficiente para que cuando acabase el último curso me pudiese largar. Pero los seguidores se empezaron

a cansar. Querían ver más. Y así, un día, mientras me desnudaba como era costumbre, Clarisse se acercó y me sugirió que la ropa interior desapareciese. Accedí (nunca he sido contrario a enseñar el rabo) y me sorprendió cuando, en lugar de esperar a que lo hiciese, sus dedos serpentearon hasta la cinturilla de mi pantalón y ella misma me lo bajó. La mirada que me echó una vez que estaba expuesto, esa *mirada* mordiéndose el labio, fue idéntica a la que le vi a Lucien dedicarle a Sadie. Y conocía el final de esa historia. Tres semanas y dos días después me ofreció pagarme por follar. Y tres semanas y dos días después yo le dije que adelante.

Oí unas ramas crujiendo bajo las pisadas de alguien que se acercaba y volví al presente. Lucien no se hizo de rogar y se asomó a los pocos segundos encontrándome a mí solo, caracterizado únicamente con la ropa de mi personaje a la espera de los retoques finales de maquillaje, apoyado en el tronco de un árbol con las piernas cruzadas. Me enderecé manteniendo la actitud indiferente y pronuncié con una sonrisa:

—Has venido.

—Me has llamado. —El paralelismo con una de las frases que más suelen aparecer en las novelas románticas me hizo gracia porque lo nuestro no iba a ser precisamente una escena de amor—. ¿Qué quieres? Estoy hasta arriba con los preparativos del rodaje. —Se le notaba cabreado y un tanto confuso, pero aun así había acudido, porque le había dicho que necesitaba hablar del *tema*, y con *tema* había entendido que se trataba del abuso a Sadie del que me quería hacer partícipe—. Tú dirás.

Avancé un paso y mi aparente tranquilidad se vio afectada al rememorar a Clarisse, mi desnudo y su anhelante: «El sexo contigo serán los quinientos dólares mejor invertidos de la historia, y te habría dado mil solo porque me tocases».

—Necesito que me aclares algunas cosas, Luci.

—¿En este momento? —Resopló.

No le había gustado la familiaridad del apodo.

—He oído que la has citado en tu cabaña al terminar para ayudarla con algún tema interpretativo, así que me temo que sí, tiene que ser *en este momento.* —Repetí sus palabras.

Era evidente para lo que la había citado y no se hizo el tonto.

—¿Cuáles son tus dudas?

—¿Vas a follártela?

—Sí.

—¿Y si no quiere?

—Querrá. —Trató de zanjar el tema.

—¿Y si no? —insistí, y comenzó a perder la paciencia, se desesperó, del mismo modo en el que Clarisse perdió el control cuando paseó las manos por mi pecho desnudo y le pregunté: «¿Sabes que soy menor?». Y ella me contestó: «Me da igual. Voy a follarte de todas las maneras que existen». Volví al presente, recuperé la compostura y Lucien habló arrepintiéndose de haberme elegido como aliado:

—¿Qué parte no entiendes de que soy un director con intachable reputación, el ojito derecho de los productores, y que si le digo a alguien que tenemos que follar, follamos?

Sonreí igual que cuando le seguí el rollo a Clarisse y, ronroneante, le susurré al oído: «Dime lo que quieres que te haga y que en todo momento eres consciente de mi edad», como si me pusiera cachondo. «Quiero que me folles por delante y por detrás, y por supuesto que soy consciente de tu edad, Dacre». Como en aquella ocasión, ahora también me hice a un lado. Eran muchas las similitudes, con la salvedad de que en ese bosque yo no me estaba partiendo por la mitad al destilar las pocas gotas que me quedaban

de alma fuera de mi cuerpo, como me sucedió en el estudio de fotografía.

—Tu turno, lobita. Sé rápida.

La aparición de Sadie no se hizo esperar. El día anterior, cuando en la playa le había contado lo que sucedía, habíamos orquestado juntos el plan. La actriz surgió como una revelación castigadora, y Lucien pasó de la sorpresa al miedo, y del miedo al odio más profundo al comprender lo que acabábamos de hacer cuando la chica alzó el móvil en el que lo había grabado todo.

—¿Qué diablos...?

Me miró con los ojos cargados de ira y regresé al árbol en el que me había encontrado para recostarme con idéntica indiferencia.

—Habla con ella. A mí me produces demasiada pereza, Luci.

Le despejé el camino a la chica y ese fue el instante en el que el director se dio cuenta de que le urgía revertir la situación de algún modo, aunque dar marcha atrás y negar sus palabras era imposible.

—Sadie, yo no...

—Chsss —le mandó callar sin amedrentarse con la barbilla bien alzada, y me sentí muy orgulloso de ella y su versión justiciera—. Te diré cómo va a funcionar a partir de este instante. Vamos a entregar esta grabación a Producción. —Lucien trató de quejarse o de sobornarnos, no lo tuve del todo claro, pero, alzando un solo dedo, la actriz consiguió que se volviese a quedar en silencio—. Por supuesto, vamos a asegurarnos de que esto tenga consecuencias. Eres tan asqueroso que dudo mucho que yo sea la primera. —Avanzó otro paso para aproximarse más a él y añadió—: De lo único que te puedes salvar es de que lo filtre a la prensa y de que se pasen el resto de tu vida acosándote, por no hablar del escarnio público que supondría la caída de tu reputación. Y créeme que lo haré sin ningún tipo de remordimiento si ahora mismo no te inventas

la excusa más convincente del mundo para largarte de aquí esta noche y que la grabación se mantenga. Eres tan despreciable que te mereces que tu marcha no afecte a nada. Es más, será como si nunca hubieses existido, porque también pedirás que te retiren de los créditos.

Sus miradas se enfrentaron.

—No te atreverás.

La siseante voz de Sadie al responder me heló la sangre incluso a mí. La admiré.

—Oh, confía en mí. Si fui capaz de filtrar el alcoholismo de mi madre y hundir a mi familia, no me temblará el pulso contigo —reveló, para acto seguido sentenciar—: Vas a hacer lo que te diga y vas a darme las gracias por este magnífico regalo.

—¿Qué regalo?

Lucien parpadeó confundido y, sin darle tiempo a reaccionar, Sadie le propinó uno de los puñetazos que yo mismo le había enseñado a dar la noche anterior, aunque con muchísima más fuerza de la que había empleado conmigo.

—Este. ¿Aprobado, profe? —Me sonrió mientras Lucien taponaba con las manos la sangre que le salía de la nariz.

—Sobresaliente. —Me erguí para aplaudirla y le hice una reverencia.

—¡Locos! ¡Sois dos putos locos! —El director nos señaló alternativamente gritando con la expresión de un animal acorralado y se marchó sin confirmarnos si cumpliría o no las exigencias de la actriz.

—¿Crees que lo hará? —me preguntó Sadie al verle desaparecer.

—Sé que lo hará. Aunque no te ha dado las gracias. Deberías haberle pegado otro —le contesté mientras una sonrisa asomaba a

mi cara, y fue la primera vez que nos vi como un equipo. Y me gustó. Me gustó demasiado.

Por fin comprendí que era bastante más reconfortante ser testigo de cómo luchaba sus propias batallas que pavonearme como si me necesitase de guardaespaldas. En aquella ocasión no le mentí. No tenía ninguna duda de lo que le había dicho, Lucien acataría nuestra amenaza del mismo modo que cuando grabé a Clarisse y la chantajeé sin llegar a acostarme con ella; justo cuando me hice a un lado y le mostré que tenía sus palabras recogidas, me dio todo el dinero que le pedí y pude marcharme de casa de los Stanley. El gesto se me contrajo involuntariamente al rememorar lo sucedido, la sensación de estar sucio, que no me había abandonado desde entonces, y se transformó en uno de preocupación al ver la mueca de dolor que cruzaba el rostro de Sadie.

—¿Te molesta? —Señalé la mano del puñetazo.

—Durante la clase se te olvidó mencionar este pequeño detalle.

Agitó la mano en el aire y, antes de que quisiera darme cuenta, yo se la había cogido y la había puesto entre mis dedos sin saber muy bien para qué, porque no tenía ni puñetera idea de medicina. Nuestras miradas se encontraron a escasa distancia y Sadie me preguntó:

—¿Por qué me lo contaste? Habrías ganado más si no lo hubieras hecho.

Llevaba razón. Lucien me había ofrecido el paraíso interpretativo; aun así...

—No quiero ser un monstruo, lobita. Un poco de oscuridad, vale, lo tolero. Me desenvuelvo bien. Demasiada asusta. La oscuridad absoluta es... escalofriante —me sinceré.

Paseó sus ojos dorados por los míos y me dijo:

—Pero es que la oscuridad absoluta no existe, Dacre. Incluso cuando estás en una habitación en tinieblas, terminas acostumbrándote y es entonces cuando distingues el lugar exacto por el que la luz se filtra, porque siempre lo hace, y te permite ver el relieve de las formas que te acompañan. No es una opinión, es un hecho contrastado. Siempre que la necesites búscala, al final aparece. Solo hace falta algo de lo que muchas veces carecemos: observación y paciencia.

Sonrió algo menos dolorida, reflexioné sobre sus palabras y repliqué:

—¿Qué pasa si no lo haces? ¿Si por más que miras el punto por el que se debería colar la luz no surge?

Frunció el ceño mientras pensaba, y la vista se le iluminó al descubrirlo.

—Entonces es que la luz eres tú. Eres *tú* el que iluminas la escena —repitió intencionadamente.

Fue lo más bonito que alguien me había dicho. A lo largo de mi vida me habían llamado muchas cosas halagadoras, pero nunca «luz». Nunca con un tono que hiciera que me lo creyese. Barrí la piel de su muñeca y las yemas de mis dedos aterrizaron en su pulso, deteniéndose. Me sorprendió lo acelerado que estaba y que aquella velocidad se trasladase a mis propias palpitaciones. Mi mirada descendió hasta sus labios, ella los entreabrió soltando un suspiro y fue en ese segundo exacto cuando supe que me había metido en un buen lío; no cuando perdí mi carrera como actor con Luci el imbécil. *Ahí.* Cuando la deseé. Cuando la quise besar. Cuando quise muchas cosas de ella que no podría tener. El deseo se convirtió en algo tan tangible que les daba forma a mis órganos, y me aparté, le di las gracias y fingí que la electricidad de nuestro contacto no me estaba atravesando.

Por supuesto, antes de acabar la noche cometí un error para compensar el desliz.

6

Sadie

Lucien no se presentó al rodaje y en su lugar el encargado de dirigir fue el primer asistente de dirección, un chico muy majo que estaba absolutamente cagado por la responsabilidad del marrón que le había caído encima. Esa misma noche enviaríamos el vídeo de Lucien a la cúpula de Producción para que tomasen medidas, pero antes quería grabar. Lo necesitaba. Interpretar era mi oxígeno. Y mantuve la compostura durante todas las tomas de la escena. Hasta que llegó el final. Ahí fue cuando la presión pudo conmigo y me sentí el endeble villano de un diente de león al que borran de la planta con tan solo un soplido.

7

Dacre

Noté que algo pasaba en la última toma. Estábamos grabando la parte en la que Rhett me decía «Siempre te ha gustado dar el espectáculo» y yo le respondía «Y tú nunca has disfrutado de infligir dolor. Eres un pecado defectuoso», después de varias horas de rodaje a la intemperie con unas temperaturas demenciales, cuando sentí que sus temblores, hasta entonces interpretados, se tornaban reales. La adrenalina había abandonado su cuerpo y quedaba la realidad de lo que había sucedido. Y quise salirme del guion. No soltarla, como se suponía que debía hacer mi personaje, y apretarla contra mi pecho.

Al final los dos interpretamos el papel que tocaba, aunque mis emociones se vieron reflejadas en el gesto confuso de Jude, que por una vez tenía más de mí que de él. Es imposible que recuerde la cantidad de veces que grabamos aquel mismo instante, solo sé que durante el montaje decidieron que la toma adecuada era esa, aquella en la que no pude evitar mostrar parte de mis sentimientos, y durante su emisión la gente enloqueció. El tornado JudLib nació en nuestro primer destello auténtico en pantalla.

En este sentido, si la gente desde su casa lo sintió, a mí me arrasó. Y sumado a lo que había sucedido en el bosque, me vi completamente perdido. Quería recuperarme. Reconocerme en mis

actos. Por eso, antes de acabar la noche terminé llamando a Travis Fitzgerald.

Y nos sentencié.

8

Sadie

No recuerdo el momento en el que me enamoré de Dacre, si es que era posible hacerlo entre tantas mentiras, pero sí el segundo exacto en el que supe que existía la posibilidad. Fue después del rodaje, cuando mi abrigo tardaba y él se deshizo del suyo para colocármelo por encima y frotarme los brazos mientras atendía las indicaciones del improvisado director para el día siguiente.

Ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo, maldita sea. Solo... lo hacía.

Y sentí la imperiosa necesidad de contárselo a alguien. A Candice, ya que Freddie no estaba en mi cabaña. Llamé a su puerta de madrugada y solté:

—Creo que Dacre Stewart es un tío decente.

Ella entendió lo que decía y todo lo que callaba.

—Anda, entra, necesitamos las toneladas de salsas que he robado del catering con pan de sándwich para asimilar esta información.

Pasé.

Pocas cosas me han aterrorizado más que comprender que Dacre era una opción.

Pocas, a su vez, me han hecho sentir más viva.

9

Dacre

En el mundillo conocían al periodista cultural Travis Fitzgerald como «la Piraña». Jugaba sucio, no conocía la ética, tampoco la moral, y era un experto en desmembrar y destruir sin cargo de conciencia a las *celebrities*. Por supuesto, fue el desgraciado con el que quedé, a pesar de lo mucho que me había advertido Shonda sobre esas cosas: «No juegues partidas en las que no conoces las reglas. Vas a perder y ni siquiera sabrás el qué».

Le cité en uno de los bares de Brookings. A aquellas alturas muchos de sus habitantes me conocían, y los que no, faltaba poco para que lo hicieran. A fin de cuentas, éramos el rodaje estrella de su camping y sus estudios. Travis me saludó con un apretón de manos y fui directo al grano para no tener la oportunidad de arrepentirme y cambiar de opinión.

—Quiero que publiques una serie de artículos en los que des a entender que Sadie y yo estamos juntos y quiero ayudarte a conseguir el material inédito que lo acredite.

Antes de que nos llegasen las cervezas que acabábamos de pedir ya le había explicado mi plan. Le avisaría de un par de momentos, puede que tres, para que nos cazase en actitud íntima, asegurándome de que el escenario y la conducta de los protagonistas eran los adecuados. Serían momentos inocentes que sugerirían algo más, porque Sadie y yo no íbamos a liarnos, no era

tan cabronazo. Pero le daría imágenes jugosas que le valdrían para su propio canal y para venderlas a otros medios, y alimentarían el runrún que llevaba sonando desde nuestro abrazo en Los Ángeles.

—¿Ella lo sabe? —fue lo único que el periodista me preguntó, aunque sospecho que la respuesta no le importaba.

—No —confesé, y agregué para restarle hierro y aplacar mis propios remordimientos—, pero está familiarizada con las prácticas. Ella fue la que filtró el alcoholismo de su madre.

Lo dije sin ninguna intención. Lo prometo. Estaba demasiado desubicado para ser racional, para atar cabos, para atender al modo en el que repentinamente le brillaron los ojos a Travis. Solo quería acabar, y a poder ser rápido. Antes de que mis sentimientos por la lobita actuasen.

—¿Tenemos un trato?

—La duda ofende. Voy a convertiros en la pareja del año.

10

Freddie

Estaba a punto de embarcar en el primero de los tres aviones que cogería para llegar a Chile cuando me llamó. Al sacar el teléfono del bolsillo y ver su nombre deduje que se trataba de un error. Nate me había ignorado durante todo el tiempo que había permanecido en Oregón, no tenía sentido que cambiase de idea ahora. Pero la cola no avanzaba y el móvil continuaba sonando, así que decidí responder por si acaso quería aclararme lo del tercer ojo que me había salido en la frente, por el que él ni siquiera me miraba a la cara. Descolgué y dije:

—¿Sí?

Su respuesta no se hizo esperar.

—Sí que me gustas, me gustas mucho.

Con cualquier otra persona habría perdido la paciencia, porque detestaba que me desconcertasen de ese modo, pero con él sencillamente no pude, aunque soné tirante al preguntarle:

—¿Y tienes algún fetiche con las relaciones a distancia y por eso me lo dices ahora?

Se hizo el silencio y yo me acojoné por si me había pasado. Nate era dulce, sensible y emocional, y la realidad era que no quería enfadarme con él, lo que más deseaba era comprenderle. Suspiré porque aquella no era mi forma de actuar en absoluto (lo habitual en

mí era huir de las complicaciones, pero no quería ser corriente con Nate), y estaba a punto de hablar cuando él se me adelantó.

—Hay cosas que quiero contarte —dijo lentamente, paladeando cada palabra como si tuviera que arrastrarlas fuera de la boca y fuesen cemento pesado—. Pero todavía no puedo. Necesito tiempo. ¿Crees que puedes esperar, Freddie?

—¿Crees que el sol va a salir mañana?

—Sí. ¿Qué significa?

—Que mi respuesta es tan evidente como esa. Claro que te voy a esperar, rubio —concedí resignado.

No era algo de lo que estuviese especialmente orgulloso después de su actitud, pero no me podía resistir a la fuerza de atracción que Nate ejercía sobre mí. Era como un planeta, el universo en el que sin saber cómo o por qué quería vivir.

Episodio 10
La escena del baile

1

Dacre

Los nueve círculos había comenzado a emitirse y la respuesta del público a *Averno* había sido todo un éxito. Pero nosotros continuábamos en nuestro propio mundo, en nuestra fantasía terrenal, en Brookings, el pueblo que la gente había empezado a llamar Worship, como en la ficción.

Pronto tendríamos nuestras primeras vacaciones. Sin embargo, antes debíamos grabar el ecuador de la segunda temporada, el puñetero baile, y ya habían surgido las voces que pedían que aquello, el universo de los círculos, se ampliase a una cuarta, incluso una quinta temporada. Había trama y presupuesto, faltaba que alguien tomase una decisión.

Después de tener buena parte de la segunda temporada secuestrada a Libe en mi fortaleza, tocaba la despedida. Rhett había claudicado y le había concedido a Jude buena parte de las inadmisibles condiciones que le había impuesto para devolverle a su amada, anteponiéndola a su reino. A mi personaje no le quedaba, pues, ninguna excusa para retenerla y había organizado un baile para decirle adiós y, ya de paso, humillar a su hermano y que todos los seres del inframundo conociesen el nuevo alcance de su desorbitado poder. Sin embargo, a Traición las cosas no le salían según lo planeado. Los monstruos le adulaban, le rendían pleitesía, le temían. Era el jodido rey del averno. No le respetaban por lo sucio

de su jugada, pero no le importaba. Jamás había buscado convertirse en un ejemplo, tan solo quería ganar. Por eso, durante el baile no comprendía la sensación incómoda que le atenazaba las costillas hasta estrangularlas, porque no se trataba de soberbia o de su ego herido, al comprender que nunca sería la opción elegida, sino solo la impuesta. Aquellas cosas le daban igual. Se trataba de algo más profundo, tenebroso y demasiado mundano para alguien que se creía un dios. El pesar que le producía verla marchar, y debía disimular primero y exterminar después. Pero antes tenían que bailar.

La carga emocional del diálogo y la danza, que habíamos ensayado durante toda la semana y rodaríamos al día siguiente, era bestial. La directora del episodio era Tabitha Mehta. Después de haber grabado con nosotros algunos episodios de la primera temporada y de lo bien que habían funcionado, repetíamos con ella. Por el contrario, Lucien no volvería a rodar con nosotros, y la productora había formado un comité para investigarle.

Rose Plec, nuestra productora ejecutiva, había anunciado que vendría al rodaje. JudLib había alcanzado cotas de popularidad increíbles y ese momento era crucial para tomar la decisión. Yo sabía lo mucho que me jugaba. Y me jodía que los nervios que sentía no fuesen por eso, sino por la puta cercanía de Sadie. Traté de aplacar mi inquietud y atendí a Tabitha.

El ensayo de esa tarde en el set era el último. La decoración de *Los nueve círculos* solía ser soberbia, pero la de ese escenario en concreto era espectacular. Mi pecado pertenecía a los círculos tenebrosos y tanto el director de fotografía como el director artístico lo habían reflejado a la perfección. De este modo, el salón donde se celebraría el baile, el salón de Jude, estaba ubicado en una fortaleza de robusta piedra gris oscurecida, donde tétricas lámparas de araña

pendían de su techo alto, había figuras de demonios talladas en la piedra, tapices de batallas en las que el bien perdía, armaduras, armas, el trono y la alfombra burdeos sobre la que bailaban como si sus pies estuviesen bañados en sangre. Además, la escena requería de una enorme coordinación, así como de la asistencia de numerosos actores. Al banquete iban mis hermanos, el resto de los círculos y muchos extras que rellenarían una sala que, sin iluminar y con el equipo reducido de aquel ensayo, ya imponía.

Alcé la vista hacia el techo cableado y al bajarla escuché las indicaciones que Tabitha nos estaba dando antes de repetir el baile una vez más y liberarnos.

—... en resumen, tiene que haber rabia, algo de rencor y una extraña sensación de vacío porque no volveréis a veros.

Asentimos y miré a Sadie. Los dos vestíamos ropa deportiva, pero la suya era algo más ajustada (mallas) y la mía más ancha (chándal). Mis pupilas recorrieron disimuladamente las curvas de un cuerpo que había tenido tiempo de memorizar por culpa de la maldita escena, apreté la mandíbula y me reprendí a mí mismo por lo que estaba haciendo: deleitarme, desgastarla con la mirada y recrearme en ello.

«Basta», me dije.

Fue en ese momento de crispación cuando oí a la actriz preguntar:

—¿Ella le quiere?

Habíamos ensayado decenas de veces, pero nunca había planteado esa duda.

La respuesta lógica era que no. Jude la había secuestrado, utilizado e intercambiado por poder. Nadie en su sano juicio sentiría nada por él salvo repulsión. Aunque también durante ese tiempo la había escuchado con interés, se había abierto con ella más de lo que debería y la había ayudado a descubrir sus propias fortalezas para

que los seres sobrenaturales no oliesen su miedo y, sobre todo, para que no volviese a verse a sí misma como la indefensa y frágil humana cuando era una pieza clave en el desenlace de una guerra milenaria. Es más, si había estado atenta seguro que había adivinado alguna de sus vulnerabilidades, porque durante ese tiempo ambos se habían contado mucho, casi tanto como lo había hecho yo en mi versión real con ella. «Deja de encontrar paralelismos entre ambos», me regañé, y retomé mi debate interno sobre la pregunta de la actriz mientras la directora lo meditaba. Aquellos detalles, teniendo en cuenta que Jude era un monstruo egoísta, desalmado y sin corazón (literalmente) decían bastante sobre el efecto que Libe provocaba en mi personaje. «Por ejemplo, llegar a un trato con el periodista que encarnaba al diablo y todavía no haber cumplido con mi parte», pensé regresando a mis comparaciones mentales, y negué con la cabeza. Sadie no me importaba. Sadie no me quemaba. Sadie no tenía el poder de apaciguarme cuando la tocaba o alterarme con una sonrisa. Y si los dos acabábamos de dar un paso para estar más cerca del otro de manera involuntaria era mera casualidad, no que después de tantas horas juntos comenzásemos a estar imantados.

—Creo que si alguien puede quererlo es ella, Sadie. Nadie más. Es a la única persona o ser sobrenatural a quien él se lo permitiría —resolvió la directora, y vacilé. ¿De verdad pensaba que alguien podía querer a Jude? Respetaba a Tabitha, pero había perdido la cabeza—. A vuestras marcas. Último ensayo y podréis descansar unas horas. —Sonrió, y nos colocamos en posición.

Las comisuras de mis labios, alzadas por exigencias del guion en una amenazadora sonrisa ladeada, sexy y letal, se levantaron un poco más y le dediqué una socarrona mirada oscura a la actriz, que era el gesto con el que mi personaje empezaba, mientras la

directora de danza, que nos había enseñado la coreografía y nos corregiría si lo necesitábamos, tomaba asiento al lado de Tabitha. Había menos gente en el salón de la que estaría al día siguiente. Aun así, dudaba de que pudiese ver a alguien que no fuese ella, y lo achaqué a que era un actor sumamente profesional y no un desgraciado ya condenado.

—Adelante —nos indicó Tabitha.

En el rodaje habría una señal que nos marcaría que la música comenzaba. La melodía no se podía poner porque se solaparía con nuestros diálogos, de manera que debíamos tener los movimientos y las notas muy bien acoplados en nuestra memoria. Pero en el entrenamiento podíamos oírla. Era una banda sonora de época, como nuestro vestuario, mi traje con armadura negra y su aparatoso vestido. Simulé el puchero falso que Jude sabía que tanto la irritaba y dije:

—Que me fulmines con la mirada empieza a resultar del todo adorable y a formar parte de nuestra relación. Mi hermanito es un tipo con suerte.

Ella dibujó una sonrisa falsa y me ignoró, consciente de lo mucho que a mi personaje le crispaba ese tipo de actitud de su parte.

La sonrisa que lucía se ensanchó.

Realizamos la reverencia y Sadie y yo, quiero decir, Libe y yo, que a veces nos mezclo, nos acercamos como harían el resto de los bailarines que nos rodearían en la toma para levantar uno de nuestros brazos. De ese modo, lograrían que las palmas de nuestras manos se desafiasen sin llegar a rozarse mientras nos movíamos dando vueltas alrededor del otro como si fuéramos planetas orbitando y, al mismo tiempo, nos dedicábamos una intensa mirada que continuaba la línea anterior de cabreo (en el caso de ella) y pura

diversión (en el de mi personaje). Un paso, dos, e impacté con su olor.

—Venga, va, estás en una fiesta —intervine como Jude mientras la electricidad de su aroma y de la piel que había estado a punto de rozarme me electrocutaba los pulmones.

Los besos en la ficción cuando alguien te interesaba eran rayos, pero la anticipación de instantes como ese desataba una tormenta. Porque yo la deseaba. Era lo máximo que me había permitido admitir, puesto que, al fin y al cabo, no suponía ningún conflicto insalvable. Deseaba a muchas personas. Nunca había tenido problemas con mi deseo. Esbocé el segundo mohín lastimero del guion. Según decía el texto, aquel gesto, en público, era bastante impropio de uno de los líderes de los nueve círculos. Ninguna de sus hermanas y hermanos lo habrían hecho, pero el caso era que a Jude le daba igual, porque si alguien osaba perderle el respeto le arrancaría la cabeza allí mismo para lanzarla lejos y seguir bailando mientras la mano ensangrentada le goteaba. Ese era el punto de mi personaje. El mío era detener las putas palpitaciones y parar de pensar que no estaría mal que nos folláramos. Porque lo estaría. Porque querría más.

—Estoy en un baile al que me has obligado a asistir, como acostumbras.

—Obligarte a venir a un baile en el que eres la invitada de honor. —Chasqueé la lengua—. Soy un pecado horrible.

—Estoy aquí porque adoras tocarle las narices a tu hermano. Eres un pecado insoportable.

En el siguiente movimiento alzábamos las dos manos oponiendo las palmas y realizando los mismos pasos. Me concentré en la interpretación y en la manera en que Traición se divertía a costa de la chica.

—Insoportable... —Paladeé la palabra de un modo sexy—. El tiempo que hemos compartido te ha ablandado el carácter. Recuerdo que los primeros insultos no eran tan flojos.

Sadie, no, mierda, Libe, no quería, pero terminaba sonriendo. Y a mí, es decir, a Jude, aquel gesto le fascinaba más que todo lo que había visto en milenios.

—Puedes escribírtelos y los enmarcas. Sería una buena forma de acordarte de mí.

Alcé la ceja como tanto le gustaba hacer a mi pecado.

—¿Por el trato excelente que te he dispensado?

—Te recuerdo que me secuestraste y me retuviste contra mi voluntad, Jude.

—Y desde el séptimo día, bueno, puede que pasase un mes, te respeté como a una igual.

La expresión de Libe cambiaba, quizá porque sabía que era verdad, y la de Jude también, pues de repente todos los recuerdos le golpeaban en la caja torácica junto con la certeza de que no volvería a ver aquellos ojos ámbar porque era exactamente lo que había firmado, lo que estaban celebrando. Las emociones le arañaban y, en mitad de la confusión, llegaba el último tramo de la danza, el más íntimo. Mi maldición. La de Jude, quiero decir.

Sadie y yo nos detuvimos, avanzamos un paso en dirección al otro y mi mano aterrizó con suavidad en su cintura. Se suponía que Jude experimentaba una descarga eléctrica, electrones y protones adueñándose de la punta de sus dedos, pero lo preocupante fue que yo también lo noté. Y por el modo en el que la actriz contrajo el gesto y la respiración se le atrancó deduje que no era el único. Su mano se apoyó en mi hombro y tragó saliva. Luego exageró el movimiento de subida y bajada de su pecho, tal y como nos habían pedido. O no. Porque mi respiración también se encontraba un poco

arrítmica. Cogía grandes bocanadas de aire, las retenía unos segundos y las soltaba de golpe.

—No voy a pedirte perdón por lo que he hecho ni a decirte que me arrepiento.

El reloj apretaba. Les quedaban segundos. Traición lo sabía y yo también. Echaría de menos no verla casi cada día en el rodaje, ya que después de esta escena nuestros caminos artísticos se separaban. Al menos, hasta el siguiente encuentro de nuestros personajes, cuando Rhett fuera el que necesitara ayuda.

—No esperaba lo contrario —dijo Sadie, con su mirada enganchada a la mía, interpretando la decepción de Libe.

Entonces mi personaje se saltaba todo el protocolo de baile, fachada e incluso sus propias defensas al colocar un dedo en el mentón de la chica para alzarle el rostro.

—No se lo permitas.

—¿Qué?

—Que te reduzcan de nuevo a la frágil humana que merece ser salvada. Has sobrevivido al pecado más cruel y mortífero del averno, a mí; te mereces más que te pongan un arma en la mano que un escudo delante.

La música terminaba en esos momentos y llegaban los dos segundos clave para JudLib. El gesto inicial de Libe, en el que debía reflejar extrañeza y desconfianza en un primer plano para que los espectadores fuesen testigos del instante exacto en el que mirándole se daba cuenta de que le creía, sus barreras caían desplomadas y experimentaba una punzada de tristeza por el inmediato distanciamiento. Y el de Jude, que debía mostrar un parpadeo de vacilación y arrepentimiento antes de decirle con los dientes apretados: «Vete».

Pero mi interpretación no quedó ahí. Vacilación, arrepentimiento, «vete». Recuerdo que la estaba mirando cuando la tensión me superó y mis ojos resbalaron hasta sus labios. Aquello la pilló de improviso y, durante los dos segundos que duró, la respiración se le envalentonó, entreabrió la boca y, cuando su lengua asomó, de mi pecho brotó un gruñido.

—Vete —logré articular con las llamas encendiéndome, y alcé la mirada, sumido en el más puro incendio.

Tabitha anunció el fin del ensayo. «No sé qué ha pasado exactamente, pero asegúrate de repetirlo mañana», me pidió. Asentí y, sin darles a mis emociones una nueva oportunidad de colapsar, me fui a mi camerino. Allí quise gritar por la manera en la que se me estaban yendo las cosas de las manos. En su lugar, cometí una equivocación.

Había tenido muchas oportunidades de contactar con Travis. Más gracias al éxito de la serie. Pero siempre me había frenado poniéndome excusas absurdas. «Aún no es el momento. Espera un poco más». Sin embargo, esa tarde no me detuve, sino que pisé el acelerador. Le llamé en caliente igual que lo había hecho después de la escena del bosque y le dije:

—Esta noche.

—Esta noche —repitió entusiasmado.

Luego me dejé caer en el sofá. Sabía que una vez que diera comienzo a mi plan no habría marcha atrás, pero también sabía que si la anaconda de los sentimientos atrapaba otro de mis órganos no tendría escapatoria, y necesitaba un subterfugio por el que poder huir de ella y de lo que me estaba haciendo, en lo que me estaba transformando, lo que estaba reviviendo. Bum, bum. Para no tener corazón o estar congelado, latía con demasiada potencia cuando Sadie estaba cerca.

2

Sadie

—Es un puto vestido. —Freddie resopló al otro lado de la pantalla. Nuestra madre, la gran Claire Dawson, había tenido a bien realizar la primera videollamada familiar en meses y, por supuesto, había sido para ladrarnos.

La tarde que mi mellizo apareció de nuevo en Brookings para visitar a Nate con una maleta extra cargada con el vestido supe que se trataba de un error. «¿Le has preguntado?», le dije al verlo. «¿Crees que si lo hubiera hecho estaría aquí?»; la respuesta evidente era que no lo había hecho. Cuando nos mudamos de la mansión en la que vivíamos en Santa Bárbara a una casa más modesta fuimos conscientes de la facilidad con la que nuestra madre se desprendía de las cosas. No veía la utilidad de nada. Podía prescindir de todo. Por ejemplo, la pala. Nunca la habíamos usado, pero ¿y si caía una nevada histórica en California y teníamos que despejar la entrada? Ella no pensaba en las posibilidades. Solo en empaquetar, tirar, donar y regalar. Por eso nos sorprendió la cantidad de vestidos que subió al desván de la nueva casa, la delicadeza con la que los protegió, así como el hecho de que, bueno, eran dos tallas inferiores a la suya. Como cabría esperar, despertaron nuestra curiosidad, subimos y, como en aquella época de mi adolescencia hacía cualquier cosa que le pudiese molestar, me los probé, y caí

rendida ante uno azul celeste. Era como llevar el mar de la Polinesia encima.

Y Freddie se acordó de él cuando le hablé de las fiestas.

No estaba demasiado de acuerdo con el despilfarro de dinero que los de vestuario me ponían encima. Más cuando no paraban de repetir que era un ejemplo para mis fans y luego me vestían con trajes de miles de dólares que las marcas cedían. ¿Qué ejemplo era ese? ¿El de lo que nunca podrían tener las espectadoras? De esta manera, me pareció buena idea utilizar el vestido para alguno de los eventos después de probármelo y comprobar que me sentaba como un guante. Quizá para la gira europea que acababan de firmar. Claire no seguía mi carrera, así que no se enteraría. Con lo que ninguno de los dos contábamos en ese momento fue con que se daría cuenta de que había desaparecido y ataría cabos como el perro sabueso que era.

Contemplé la pantalla partida en la que Freddie fruncía el ceño a nuestra madre desde algún lugar de Chile mientras ella mantenía su habitual expresión severa, y fui testigo de cómo mi mellizo perdía el pulso que mantenían al romper el silencio.

—Fui yo el que se lo llevó a Sadie para que se lo ponga en algún evento de la promoción —explicó, y yo, que no tenía ninguna intención de hablar, aguardé al ataque que se produciría y me permitiría colgarles de una maldita vez.

—Es un vestido diseñado para una gran actriz.

—¿Hola? Sadie es una gran actriz. —Freddie se desesperó.

En los ojos de mi madre brilló el fuego de un resentimiento que siempre llevaba en su interior y se preparó para soltar veneno por la boca, de manera que no le di tiempo para corregir a Freddie y volver a humillarme diciendo que yo no era una gran actriz.

—Te enviaré el vestido en una caja mañana con papel de burbujas.

Colgué y le envié un mensaje a Freddie diciéndole que estaba bien. ¿Era verdad? Mi apatía por aquella mujer me impedía saberlo. Miré el vestido que descansaba en el respaldo de una silla. Mi primer impulso fue *asesinarlo*. Coger unas tijeras, un cuchillo y destrozarlo. Hacerlo jirones. Pero eso significaría que Claire me importaba más de lo que debía. Así que templé los nervios, pedí una caja a Producción y papel de burbujas, y lo empaqueté con la intención de que se lo llevasen al día siguiente. Fue entonces cuando distinguí en la etiqueta algo que me desconcertó. Un nombre en el que hasta ese momento no había reparado: Maggie Banks, la famosa actriz de la que me había hablado Kaylee.

Arrugué el entrecejo, lo admito, pero tampoco le presté demasiada atención. Mi madre lo conservaría porque querría venderlo si se revalorizaba con el paso de los años o algo por el estilo. Era lo único que tenía sentido. Coloqué la caja al lado de la puerta, me puse el plumífero y abandoné mi cabaña para ir a reunirme con Dacre. No fue hasta que ya llevaba un trecho cuando me di cuenta de que estaba llorando. Me limpié violentamente las lágrimas con el dorso de la mano y me la sequé en el tejido de mi chaqueta.

3

Dacre

Estaba convencido de que tendría la noche bajo control. Lo había previsto todo. No sospechaba que las cosas se me irían de las manos y menos que después no sería capaz de encauzarlas y manejarlas.

Por ejemplo, sabía que el periodista Travis Fitzgerald se encontraba escondido en algún lugar entre las sombras, pero no las condiciones en las que Sadie venía a mi encuentro. La había citado junto al portón de acceso al campamento, que colindaba con la curvada carretera en la que la esperaba tumbado como guiño a uno de los clichés audiovisuales de las películas románticas, aprovechando que por allí a esas horas no pasaban coches y que, de hacerlo, tendría tiempo de sobra para apartarme. Al principio, me habían surgido dudas sobre el escenario. La iluminación no parecía del todo buena. Pero una vez allí se me habían despejado. Al inigualable trabajo de la luna llena había que sumarle la claridad que nos llegaba desde el otro lado del portón, el asfalto despejado para que nadie interrumpiera el plano y la silueta recortada de los pinos, que le daría un buen fondo a la imagen.

Me disponía a hacer el montaje, y tenía que ser fuera para que un debate posterior sobre de dónde coño había salido la información no condujese a nadie del equipo. Muchos de los pecadores se movían por los alrededores. Era fácil sacarnos una fotografía y querer

rentabilizarla. Y nadie sospecharía de mí. Mucho menos Sadie. A esas alturas me había ganado parte de su confianza.

Experimenté una punzada de algo muy parecido al arrepentimiento y la expulsé de mi organismo. Después, me llevé las manos a la nuca cruzándolas y me relajé ojeando el firmamento. Tampoco es que fuera a hundirle la vida. La manipularía para que bailase conmigo, Travis tomaría una buena instantánea, los rumores sobre nosotros se dispararían y yo dejaría de tener la sensación de mierda de que esa chica se me estaba instalando en la piel y a ver cómo iba luego a sacarla.

Todo sería perfecto.

Oí los pasos de Sadie y me preparé. Una sonrisa asomó en mi cara. Me pregunté qué expresión estaría dibujando Travis y ninguna de las que imaginé me gustó. Poco a poco el sonido de la actriz se fue tornando más cercano hasta que adiviné que estaba a mi lado en la zona de hierba junto al asfalto.

En el mensaje que le había enviado había hablado de detalles de la escena que tenía que pulir. De esta manera, le mencionaría que en su personaje no se palpaba el miedo que debía infundirle un pecado, debatiríamos al respecto y yo le diría: «A las pruebas me remito. Vamos a hacerlo». Ensayaríamos el baile en mitad de la carretera, lo cual permitiría una dosis de química que no nos pusiera en peligro, y asunto solucionado. O no, porque cuando me incorporé sentado para dar comienzo a mi actuación Sadie me acusó de algo que no comprendí:

—¿Por qué todos me hacéis lo mismo? Es muy frustrante.

Dudé y mi gesto cambió.

Ella estaba allí, sí, junto a la cuneta, también, pero su expresión distaba y mucho de aquella con la que yo había fantaseado. En lugar de retadora, divertida o exasperada, se la veía desolada, y lo más

triste era lo mucho que trataba de que no se le notara y lo poco que le funcionaba.

Me levanté lentamente olvidando lo que había ido a hacer a ese sitio y le pregunté:

—¿Qué te pasa?

Emitió lo que me pareció un *mix* entre resoplido, carcajada y lamento.

—Hablas como si te importara —escupió.

—Hablas como si quisieras que te dijese que sí me importa. ¿Qué te pasa? —insistí.

Me aproximé más a ella y Sadie vaciló. Era una persona desconfiada por naturaleza e intuitiva, muy intuitiva. Su percepción no le fallaba conmigo, pero eligió pensar lo mejor de mí, que era digno de que no escuchase a esa voz interna suya que tan acertada estaba.

—Eres la última persona a la que le debería contar algo personal —confesó.

—Probablemente. —No le resté razón.

Nos sostuvimos la mirada y al final se desinfló.

—He discutido con mi madre por un vestido de Maggie Banks —me explicó.

Enarqué las cejas confundido. Todo el puto mundo sabía quién era Maggie Banks, y quien no la conociera era un inculto.

—¿La actriz? —Sadie lo confirmó con un asentimiento—. ¿Sois coleccionistas o algo parecido y el vestido se ha estropeado? —tanteé.

Cuando vivía en Las Vegas compartí piso con un coleccionista de funkos al que el corazón no le funciona igual desde que una de las cajas se le mojó. La contemplé y ella negó con la cabeza de un movimiento seco. Continuaba alterada, pero poco a poco sus nervios

iniciales iban menguando como si estar conmigo de algún modo la relajara.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Dacre?

«No es buena idea».

—Hazla.

—¿Cómo decidiste ser actor?

—No lo decidí. Trabajaba de camarero en Las Vegas cuando Shonda me captó para su agencia por mis ojos

Asumió la información, tragó saliva y añadió:

—¿Puedo tensar la cuerda y hacerte otra pregunta más?

—¿Tensar la cuerda?

—Me he dado cuenta de que no te gusta demasiado hablar de ti con sinceridad y es exactamente lo que necesito hoy: honestidad brutal. Por eso te pido que si no vas a dármela no me dejes plantearte la pregunta. Es mejor que te niegues a que me mientas.

Otro día no le habría concedido el deseo, pero ese, con el rastro de las lágrimas todavía en su mirada y las mejillas rosadas, no se lo pude negar. Apreté los labios.

—Suéltalo.

—¿Crees que soy buena actriz?

La pregunta me pilló desprevenido. Era como si alguien me consultase si el sol quemaba o si el hielo estaba frío, demasiado evidente para que se la plantease, pero lo había hecho, así que no me quedó más remedio que reducir un poco la distancia, adelantarme unos pasos, situarme delante de ella y decirle con toda la firmeza que poseía:

—Creo que eres la mejor actriz que hay en esta producción. Nadie en su sano juicio concebiría otra respuesta.

A Sadie se le escapó un suspiro triste.

Malinterpreté por qué me lo había consultado.

Y olvidé que Travis estaba allí, dicho sea de paso.

—Oye, si esto es por lo que te he escrito de que hay que pulir detalles de nuestro baile, has elegido un mal momento para empezar a valorar mi criterio artístico. —Entonces oí el crujir de una rama que se partía y lo recordé. Al periodista, al montaje. Cambié de idea sobre hacerlo, y me apresuré a ponerle remedio—. Anda, volvamos al campamento. Ha sido un día duro y mañana solo puede empeorar. La armadura es un poco agobiante y el corsé que llevas no parece mucho mejor...

—No. Quiero bailar —interrumpió en mitad de mi intervención.

—Ya te he dicho que lo haces bien, lo de practicar aquí de noche es una tontería y...

—No quiero bailar para actuar mañana mejor. Sé que lo vamos a bordar. Nuestras interpretaciones suelen ser excelentes. Es más, en realidad no quiero bailar con Jude. Quiero bailar con... Dacre. —Los ojos le brillaron. Entendí lo que había implícito en sus palabras. Las llamas de su mirada me abrasaron por dentro avivando un puñetero incendio que terminó con todo mi oxígeno.

Definitivamente, las cosas no estaban saliendo como las había planeado.

A mucha gente de la producción le sorprendía lo directa y natural que era Sadie en ese tema. No se trataba de ningún secreto que la actriz follaba (mucho, y esperaba que gozándolo) con personas del pueblo, pero como era mujer la juzgaban. Yo también follaba mucho y gozándolo y a nadie le extrañaba. Les parecía lo normal. Sin embargo, ella nunca me había observado a mí de ese modo, de una manera que hacía que te apeteciera desnudarte, caer de rodillas y venerarla. Y mi poder de contención no era tan grande. Menos mal que recordé que no estábamos solos e intenté cambiar el rumbo que estaba tomando nuestro instante y ya de paso comprender algo que

todavía no me cuadraba. Me dije que no sería tan cabrón de cruzar esa línea. Puse un límite. Aunque eso no me hizo sentir mejor, solo más ansioso de ella.

—Antes me has acusado de que todos hacíamos lo mismo, ¿a qué te referías?

Desvió la mirada, esquiva, ponderando si contestarme o no. Finalmente, sus pupilas se clavaron en las mías y ser digno de su confianza solo me hizo sentir desgraciado.

—Durante toda mi vida mam... la gente —se corrigió, aunque me quedó claro que hablaba de su madre— siempre me ha señalado los fallos. Que si no valgo. Que si no soy moldeable. Que si soy una roca. Incluso tú, primero una clase cuando estaba bloqueada, después una lección de defensa personal para dar un puñetazo; ahora me pones que tienes, no que tenemos, que ayudarme a pulir ciertos detalles, te diriges a mí como si fueras superior y, no sé, lucho para que las opiniones no me afecten, pero a veces lo hacen, sobre todo cuando he discu... —volvió a dejar una frase a medias y adiviné que se refería a la discusión con la antigua productora por el vestido—, sobre todo en algunas circunstancias —zanjó, y me la quedé mirando.

Aquello no era lo que pretendía cuando le había enviado el mensaje. No obstante, era lo que había conseguido, así que la intención no importaba. Que parte de las lágrimas que había derramado me perteneciesen me clavó una espina en la garganta y provocó que me disculpara por muchas cosas.

—No he estado acertado. Lo siento, Sadie.

—Lo sé. Eres muy bocazas. Pero lo lamentas. Por eso quiero bailar contigo.

Avanzó un paso y se colocó a un palmo de mí en la posición en la que minutos antes la quería, en la zona de la carretera iluminada por

la luna, con la luz del portón y los árboles recortados de fondo. Quise volver a quitarle la idea, pero me apetecía demasiado ceder a su empeño. No era fuerte, así que me rendí.

—¿Estás segura?

Sonrió al ser consciente de que me había convencido y pronunció con determinación:

—Sí.

Mis pulmones se vaciaron de aire y un segundo después se volvieron a llenar. No necesitábamos la música para saber la nota que acompañaba a cada uno de nuestros movimientos. Realizamos la reverencia, conteniendo el aliento, y el estómago se me contrajo cuando los dos alzamos las manos para enfrentarlas. Fue como traspasar el umbral de realidad y entrar en un sueño. Una pesadilla, dado lo que nos rodeaba.

—Decías que teníamos —empleó el plural— que pulir determinadas partes; ¿a qué te referías exactamente?

Sadie había dejado de fingir, como hacía siempre, y había algo hipnótico al ver quién era en realidad. Tragué saliva mientras girábamos alrededor del otro sin rozarnos e intenté poner mis ideas en orden. A partir de ahí dejé de pensar en Travis. Fue como si hubiese desaparecido.

Pero que lo borrase de mi mente no cambiaba el hecho de que sí que estaba.

—Al miedo. —Continuamos el juego de proximidad deseada a un lado y otro.

—Libe le teme.

—No lo suficiente —dije hablando de él, y ya de paso de mí.

Sadie se me estaba insinuando, de una forma bastante más clara que yo cuando le había mirado la boca durante el ensayo, sin saber que a nuestro lado se encontraba un puto periodista al que yo

mismo había llamado y sin ser consciente tampoco de la cantidad de mentiras e intentos de manipulación que enturbiaban nuestra relación hasta convertirla en un puto agujero negro absorbente y carente de vida. La actriz me corrigió.

—Libe observa y entiende cómo es, por eso es capaz de ver las partes que ni él mismo distingue, concentrado siempre en todos los fragmentos que le hacen malo.

—Por ejemplo...

—Cuando le roza la cintura —coincidió con el momento en el que lo hacíamos en la carretera— y ella pone la mano en su hombro —realizó el movimiento con suavidad—, el que está aterrado es él. Libe maneja la situación. Sabe lo que hace y lo que quiere. Pero Jude... Cuando algo se escapa de su comprensión, de la imagen que se ha forjado de sí mismo, tiende a ignorarlo, a fingir que no existe, aunque sí que exista. Aunque sus dedos lo traicionen y se aferren con algo más de fuerza a la parte del cuerpo de ella que está tocando, porque no debería sentir, pero lo hace, y es terriblemente confuso. —Desvié la vista y me sorprendí al darme cuenta de que lo que narraba era justo lo que estaba sucediendo, lo que yo estaba haciendo, presionar con las yemas en su piel hasta clavárselas—. Al percatarse traga saliva —tragué—, y de todos los puntos del universo contempla el único al que suplica no mirar. —Mis pupilas se deslizaron involuntariamente hasta su boca entreabierta, que había dibujado una sonrisa que un instante después se transformó en una duda—. ¿De qué tienes miedo, Dacre? Somos adultos, y tampoco es que vayamos a cargarnos una producción histórica enamorándonos, ¿no?

Soltó una falsa risa floja y pensé que ese era el problema. Todavía no estaba enamorado. Pero podía llegar a quererla. Sadie era como los peces que golpean la superficie del hielo demostrando que hay

vida debajo o como el ligero empuje del tallo de las flores que parecen marchitas contra el césped al crecer en primavera. Un milagro probable. Además, no podía follar con ella sin confesarle cómo era y lo que había hecho, y si lo hacía, perderla como amiga y convertirla en mi enemiga era más que posible. Y no me lo podía permitir. Fue la primera vez en la que reparé en que no la necesitaba en mi vida, pero deseaba que siguiese en ella, incluso cuando *Averno* terminara. Y aquella sensación me dio la fuerza suficiente para separar las pupilas de su boca, llevarlas hasta sus ojos y apartarme de golpe.

—Lo siento. Ensayar esta noche ha sido una mala idea. —Fue lo menos cretino y más cobarde que se me ocurrió decirle. La actriz malinterpretó mi reacción y, ocultando la decepción, intentó consolarme.

—No te disculpes por rechazarme. Mis técnicas de seducción no son tan infalibles como te crees.

Iba a marcharse cuando la agarré de la muñeca y las palabras que pronuncié a continuación me brotaron solas. Supongo que quería que hubiese algo mío, algo real, para existir cuando volviese a recordar esa noche.

—Si alguna vez dudas de nosotros, de mí, lo entenderé; solo te pido que confíes en una cosa de todas las que te he dicho: eres la mejor actriz que he conocido, Sadie Sanders, y que el universo arda si algún día alguien te hace pensar lo contrario.

La chica me sonrió sin comprender la razón del mensaje y en un lateral, escondido entre la maleza, brotó un pequeño flash casi imperceptible. Ya estaba hecho. Ya le había fallado.

4

Sadie

El rechazo de Dacre creó un conflicto en mi interior. Por un lado, me molestó. Estaba convencida de que él quería lo mismo que yo. Por otro, lo agradecí. Una parte de mí ya sospechaba que intimar con el actor sería peligroso, porque nunca tendría suficiente, y el chico no era de los que se entregaban. La parte que más temí fue la que trajo determinadas frases a mi mente: «Sabes que estás viendo ficción cuando dos tíos como esos se pelean por una chica como ella». Para engrandecer a los pecados la gente tendía a menospreciarme a mí y yo no me quería dar cuenta, pero eso había comenzado a afectarme. Me miraba mucho en el espejo y me miraba mal. Buscando defectos.

Negué con la cabeza y me dirigí a la cabaña de Candice para hablarle de lo sucedido, pero al llegar cambié de opinión. La actriz estaba con Laura leyendo el guion de su próxima escena, y no quise interrumpirlas. Laura y Candice nunca se enrollaron en aquel rodaje, aunque lo deseaban desde la tercera semana que pasaron juntas.

Me giré para marcharme y me encontré con Nate.

Que Nate Levigne estuviese corriendo a esas horas no era algo extraño. El pecado de la Ira estaba entregado al deporte. Que se detuviese, sí. Llevábamos algunas semanas sin coincidir en el set y, aunque a partir del día siguiente nuestros encuentros se multiplicarían (mi personaje volvía a irse con él), me resultaba raro que se entretuviese a hablar conmigo. Las cosas con Freddie habían

mejorado, pero eso no le había convertido en una persona más accesible.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté al ver que no decía nada pero que tampoco se movía.

El actor pareció dudar antes de consultarme:

—¿Tendrías un momento para que hablásemos?

—Eh, claro, sí.

Una oportunidad así no había que desperdiciarla. Me caía bien y me apetecía que fuésemos más íntimos.

Nate Levigne me condujo hasta las mesas merendero, en las que a esas horas no había nadie. Me había dado cuenta de que le gustaba estar allí. Solo, por supuesto. Sentado en la superficie de la mesa, como hizo nada más llegar, con la vista alzada al cielo. La novedad, pues, en aquella escena era que yo también estuviera. Permanecimos un rato en silencio, tomé asiento en el banco y finalmente él habló.

—Freddie y yo nos vamos a ver en vacaciones.

Lo sabía. Freddie no escatimaba en detalles cuando de hablar de Nate se trataba. Estaba ilusionado. Tanto que desde hacía bastante tiempo no me hablaba de ningún otro chico en su andadura por México (era el nuevo país en el que estaba y los mexicanos siempre habían sido una de sus múltiples debilidades). Le examiné y por un segundo temí que hubiese cambiado de opinión.

—¿No vas a ir a Santa Bárbara? —Aquello desinflaría a mi mellizo.

—Sí, voy a ir —se apresuró a aclararme, y respiré de nuevo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

A lo largo de nuestras numerosas conversaciones sobre el chico que tenía al lado, le había contado a mi hermano mis sospechas de que allí ocurría algo y me había pedido que no investigase. Pero si Nate decidía hacerme partícipe de alguna de sus inquietudes por

voluntad propia, no contaba, ¿verdad? Aguardé a que hablase y al final lo hizo.

—Llevo muchos años sin tener pareja.

¿Así que ese era el gran problema? Me sentí un poco decepcionada y con capacidad de tranquilizarle al responderle:

—Tranquilo, no creo que a Freddie le importe, él nunca ha tenido.

Le dediqué una sonrisa y Nate añadió:

—No sé si estoy preparado para que eso cambie. La última vez no fue muy bien... —Se mordió el labio y supe que ahí venía el verdadero motivo. Le escuché—. Rupert era un tío fantástico, increíble. Nos conocimos cuando yo todavía iba al instituto. Hasta entonces podía compaginar la interpretación con mis estudios. Pero la película arrasó, me ofrecieron nuevos papeles y cuando me quise dar cuenta iba a ser protagonista en la serie *Wounded Souls*. A cambio, debía mudarme a Londres, en principio solo durante un año. Aquello le cambió el carácter. —Arrugué la nariz. Conocía *Wounded Souls*, la ficción de un grupo de amigos en Cardiff. La había visto y estaba bastante segura de que Nate Levigne no salía. Aun así, no le interrumpí—. Traté de calmar sus inquietudes. Le dije que en cada parón iría a verle, y él me pidió que no le mintiera y me dijo que era malo para lo mío.

—¿Qué es lo *tuyo*? —Contuve el aliento.

—Estoy dentro del espectro autista. Lo averiguamos cuando tenía unos diez años. Hay grados, el mío es de los leves, pero actuar me va bien. Tengo el control, la anticipación, y con los contratos adecuados que limiten mis apariciones públicas y los actos de promoción puedo alcanzar cierta paz, silenciar el ruido de mi mente. —Adiviné que por eso su promoción siempre había sido tan diferente y menos expuesta que la nuestra—. Al inicio, Rupert lo llevó medio bien. Pero luego vinieron los celos, no podía verme con nadie. Los

reproches. Se enfadaba si cuando le llamaba después de un día largo de rodaje bostezaba. Y las amenazas. «¿Crees que les resultarías tan atractivo como protagonista si supieran que eres TEA?». —Aquel comentario, y más de una persona que supuestamente te quiere, me resultó asqueroso—. En la producción lo sabían, pero me habían pedido que fuera discreto. —Como le habían pedido que fuera discreto en *Averno*, deduje antes de que me lo confirmara, de ahí que siempre le mantuviesen aparte. Había estado equivocada desde el principio. No era que Nate quisiera estar solo, era que le aislaban—. Rupert me decía muchas cosas hirientes, cosas que me llevaban a dudar de mí, pero luego me pedía perdón y aseguraba que lo hacía porque era el único que me quería tal y como era, de otra manera no me obligarían a esconder mi naturaleza. Y en eso llevaba razón, aunque él tampoco quería que se supiera. «La gente no lo entenderá. Pensarán que estoy con una persona con discapacidad y que abuso de ti». —Bajó el volumen de la voz y esbozó una mueca triste antes de seguir—. Pedí que me redujeran las escenas íntimas, viajé todo lo que me permitía mi agenda y antes de llamarle me daba una ducha helada que me despejase y me tomaba un par de Red Bull, pero nada, ninguno de mis esfuerzos era suficiente. Entonces empezó a hacerse daño. Suspender, coger el coche borracho, meterse en peleas. Cuando le veía con un ojo morado decía que había sido por mi culpa... Y yo le creía —lo que me estaba relatando era horrible, un infierno, y todavía faltaba la guinda—, así que lo dejé. Planté el rodaje con todas las consecuencias que pudiese tener para mi carrera. Volví a casa, tuvimos un par de años de relación tóxica y al final rompimos, aunque a él le costó algo más de tiempo asumirlo. De hecho, en ocasiones creo que, si no le hubieran ingresado, Rupert no lo habría superado. Pero va mejor. O eso le dice su familia a la mía, porque

yo... Nosotros no podemos tener contacto. —Los hombros se le hundieron con la potencia con la que cae una montaña y pensé que no podía ni hacerme una idea de por lo que había pasado. Quise consolarle, pero Nate continuó hablando—. Nadie apostaba un dólar por mí, Sadie. Ni porque me levantase, ni porque me reconciliase con actuar, ni porque consiguiese un papel, menos uno protagonista. Pero mi representante lo logró. Hizo la magia. Sé que a veces parece sobreprotector, pero solo me cuida porque conoce mi pasado y porque algunas cosas no cambian, y desde Producción le pidieron que algunos detalles sobre de mí... se quedasen solo para mí.

Confirmó mis sospechas y su silencio me anunció que había terminado. Existían muchas cosas que quería decirle, muchísimas. Por ejemplo, que lo que le había sucedido era terrible, pero que lo que le estaban haciendo no era mucho mejor. Obligarle a estar solo y escondido me resultaba monstruoso e incomprensible. Sin embargo, lo que brotó de entre mis labios fue otra cosa:

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —¿Por qué a mí en lugar de a Freddie?

Ladeó el rostro y sus cristalinos y acuosos ojos azules chocaron con los míos para desarmarme con su sobrecogedora respuesta. Nate Levigne estaba cansado, muy cansado de todo.

—Para que me pidas que me aleje, Sadie, y me digas que no soy bueno para él. Yo no soy capaz de hacerlo, soy egoísta cuando se trata de Freddie, pero si tú me lo pides te haré caso. —Dibujó una sonrisa triste que provocó que mi alma detonase y me puse de pie para quedarme frente a él.

—Parece mentira que no le conozcas, Nate. No me haría caso, pero es que además no quiero que se aleje de ti.

Avancé un paso y le ofrecí mis brazos para que los tomase si los quería. Nate se adelantó un poco y permitió que le abrazara,

apoyando la cabeza en el hueco de mi hombro.

—Ojalá no nos arrepintamos de esto.

—No lo haremos.

Muchas veces me he preguntado qué habría sucedido si hubiera actuado diferente.

¿Lo habría hecho de saber lo que iba a pasar?

5

Dacre

Intenté detener la publicación de las fotografías porque el instante había sido más íntimo y auténtico de lo que pretendía, y debería haber sido solo nuestro. No lo logré. «Tranquilo, Dacre, las imágenes están muy cuidadas», me dijo Travis sin que pudiese replicarle al teléfono. Al día siguiente reventaron internet. Sadie se lo tomó a broma. Yo sentí que me nacía un boquete en el pecho. No podía parar de mirar la publicación, vernos juntos y presagiarnos separados.

Extracto de la entrevista a Rose Plec, productora ejecutiva de la serie, en el panel del evento *Pecadores* dos años después del final de *Averno*

—Esa pregunta me la hacen muchas veces. Qué va. Las fotografías no tuvieron nada que ver con que la pareja de Jude y Libe cobrara más importancia en *Averno*. Las vi después del rodaje y fue durante la grabación de la escena del baile cuando me topé con un potencial genuino y evocador entre los dos. Es más, cuando salimos llamé al equipo de guion y les dije: «¿Por qué nadie me había hablado de su química? Jude y Libe van a tener su momento». Era la jefa y les shippeaba fuerte. *(Risas).*

—Entonces, ¿por qué acabaron así?

Episodio 11
En el mundo real

1

Dacre

Nos encontrábamos en pleno descanso del rodaje. Visto desde fuera, mi actitud en el reservado de una de las discotecas más elitistas de Los Ángeles, Fly Me to the Moon, a la que iban todos los artistas y personajes conocidos, era de absoluto desfasado imbécil. Visto desde mi interior, era el amo, el rey. Tenía la perspectiva un tanto distorsionada, y del juicio ya ni hablemos. En aquel sitio, al que hacía unos años no me habrían permitido ni asomarme, no solo me habían abierto las puertas de par en par, sino que lo habían hecho con una alfombra, halagos a mi paso y el mejor reservado. Sin embargo, ese no era el motivo por el que me había dedicado a asaltar su lujoso alcohol destilado. La razón era la visita sorpresa del puñetero Ian Stanley a mi casa de Venice Beach aquella misma tarde.

Y lo que me había dicho.

Sobre todo, esto último.

Vacié un nuevo vaso de matarratas (por muy caro que fuese, el efecto era el mismo que el del veneno) y me puse a bailar bajo la luz azulada de sus focos con la mirada perdida, los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, cegándome con los focos. Agradezco enormemente la política de privacidad del establecimiento, que impidió que ese lamentable momento quedase filmado.

Había venido a media tarde.

Cuando el sol se escondía.

El puñetero Ian Stanley.

Bebí, de un nuevo vaso, una bebida tan dorada y llamativa como los ojos de Sadie, que pertenecía a una de las dos chicas que habían acudido conmigo; al principio habían estado encantadas al reconocerme, pero desde entonces me observaban paradas a un par de pasos de distancia, preocupadas por si en cualquier momento me ponía a vomitar o me desmayaba.

—¡Uníos a la fiesta! —les grité con una sociabilidad impropia de mí a la vez que chocaba con la mesa baja y reía como un idiota. Casi nunca perdía el control, siempre sujetaba mis emociones con firmeza y estrategia, así que, por una vez que habían escapado después del impacto provocado por la información de Ian, estaba completamente fuera de mí.

—Lo mejor será que te sientes, Jude —repusieron confundiendo mi nombre, pero no les hice caso. Quería abandonar mi cuerpo, o, mejor dicho, deseaba dejar atrás mis pensamientos y la conciencia. Continué con los sudorosos pasos al tiempo que todo me daba vueltas.

Desconocía la manera en la que Ian Stanley me había localizado, aunque tenía mis sospechas. «Shonda, Shondita, *mylady*, ¿qué cojones se te ha pasado por la cabeza?». Chasqueé la lengua y seguí dejándome llevar. El caso era que se había presentado allí. Cuando me disponía a sentarme en la terraza del apartamento nuevo y mejor situado que había alquilado, ataviado con el bañador con el que luego me iría a darme un baño nocturno para leer el guion de los próximos episodios que nos habían mandado, con las impresionantes vistas al mar de fondo.

Alguien había llamado a la puerta y yo había abierto. Algo rutinario para una persona con bastantes compras online pendientes

de entrega. Solo que al otro lado no se encontraba un repartidor, estaba, y volveré a repetirme, el puñetero Ian Stanley. Ahí, plantado con sus pintas de explorador y la mirada apabullante. Los músculos se me tensaron.

—Si planeas avisar a tu seguridad privada o a la policía, adelante, porque voy a entrar, y después de un minuto, cuando haya soltado lo que quiero, me dará igual lo que me hagan.

No tenía seguridad privada como otros artistas. No la creía necesaria. Pero en aquellos instantes no me habría importado poder silbar y que lo sacasen a la fuerza del edificio. No obstante, me hice a un lado y le sonreí.

—Estás en tu casa, Ian. Ponte cómodo. —Mis palabras rezumaban sarcasmo y no borré mi sonriente expresión mientras, por dentro, permanecía alerta conforme el marido de Juliette pasaba. Aquello tenía que acabar y, dada su insistencia, lo mejor era escuchar lo que quería decir y despedirme de él hasta al cabo de tres años, con algo de suerte seis. Podía soportar su presencia un par de minutos—. ¿Agua? ¿Limonada casera? ¿Un masaje en los hombros para mitigar el cansancio del vuelo y el agotamiento del acoso? —le ofrecí.

Yo fingía una cordialidad falsa que se había ido desmoronando con mis palabras de modo que no sospechase que mis palpitaciones se habían acelerado por su presencia, cosa que no debería haber sucedido. Los recuerdos de mi propia imagen caminando hacia el salón de su casa en Nueva Orleans me asediaron entonces, y apreté los dientes sin borrar la sonrisa.

Ian contempló el apartamento y enarcó las cejas.

—¿Vives aquí? —Parecía sorprendido.

—¿Te extraña? —repliqué. Las viviendas en primera línea de Venice Beach eran condenadamente caras, pero esa en particular no tenía precio. Un caramelito coqueto y bien decorado de dos

habitaciones, dos baños, cocina unida al salón por una barra americana y terraza. Espaciosa y bien iluminada. La sombra de una idea comenzó a asomar en mi cabeza hasta que lo vi muy claro. Casi me dio la risa. Pero no era gracioso—. Espera, ¿es por eso? —El hombre dudó—. ¿El negocio de *papá* —el padre de Juliette— va mal y vienes a pedirme dinero? Porque no pienso darte un puto dólar, Ian. Ni uno solo. Antes me limpio el culo con ellos.

Mi sonrisa se ensanchó. Aquello cuadraba. Que me utilizasen a capricho tal y como habían hecho en el pasado. Me disponía a pedirle amablemente que se marchara y a poder ser no regresase nunca cuando él me soltó la bomba.

—Estoy aquí porque hace algo más de un año le diagnosticaron cáncer de mama a Juliette; lo ha superado, pero parece que no se va a recuperar del todo hasta que hable contigo. Al menos, en el plano psicológico.

La incredulidad se antepuso al odio y, durante un segundo, vacilé al tiempo que crecía en mí una sensación de malestar por la mujer que primero me había cuidado y después tanto daño me había hecho.

—¿Juliette tenía cáncer de mama?

Sucumbí ante lo que me había jurado no hacer: preocuparme por ella.

—Lo sabrías si hubieras contestado alguna de sus llamadas.

Aquel comentario estuvo completamente fuera de lugar. Quizá lo movía la rabia de ver durante meses pasar a su mujer por la enfermedad y cómo mi silencio le había sumado más dolor, pero, aun así, no lo merecía. Yo no era su hijo. *No el de...* Aparté de nuevo el recuerdo de mi mente sacudiendo la cabeza. Lo bueno que tenían las pullitas de mierda como esas eran que te hacían recobrar la perspectiva. Yo no les debía nada. Si acaso unos buenos

reproches. Pero no pensaba caer tan bajo como para demostrarles que alguna vez me importaron.

—Con el debido respeto —dije sin borrar la sonrisa, pero con una actitud tensa y amenazadora—, vete de mi casa o te saco yo, Ian, y no te van a gustar las formas.

—Con el debido respeto, le debes una visita, Dacre, y en el fondo lo sabes.

Ian se marchó y yo decidí ignorar la información que me había dado.

Pero a las pruebas me remitía: no se me estaba dando demasiado bien actuar como si nada. Acababa de perder el equilibrio y, con las piernas hechas de gelatina, ardor de estómago y la visión del todo nublada, dudaba si iba a poder recuperarlo.

—Voy a avisar a alguien —dijo una de las chicas, que para mí no era más que un borrón.

Quise decirle que no lo hiciera, que no era necesario, pero no pude. Acababa de perder la capacidad de hablar, como si mi lengua hubiese multiplicado su tamaño en el interior de la boca, y los puntitos centelleantes que salpicaban toda mi visión me revelaban que era bastante probable que en breve también perdiese la conciencia.

La otra chica me ayudó a alcanzar el sofá echándose mi brazo por encima de sus hombros.

Comenzaron los sudores fríos y los ligeros espasmos.

Quería que Juliette no me importara, suplicaba a mi interior que no lo hiciera, pero lo de dentro no obedecía y aquello me cabreaba. Me cabreaba lo que estaba sintiendo por alguien que no lo merecía.

Un par de trabajadores vinieron alertados por mis acompañantes y me preguntaron cómo estaba. Acerté a decir «Bie...» antes de que me sobreviniese una arcada que no llegó a transformarse en vómito.

—Llama a una ambulancia. Con discreción, ya sabes —le dijo uno de los hombres al otro, y quise oponerme. Levantarme y salir con la mayor dignidad posible de allí. Sin embargo, no tenía fuerzas, así que me rendí. Dejé caer la cabeza hacia delante y a través del zumbido de mis orejas oí que me consultaba—: ¿Hay alguien a quien podamos avisar? —Como no le respondí, colocó una mano en mi mentón y me obligó a mirarle, pero yo solo veía una mancha cada vez más borrosa—. ¿Una persona de contacto? Vamos a llevarte al hospital...

Prestarles atención requería un nivel de concentración que ya no tenía. Divagué mientras los recuerdos trituraban mis costillas asfixiándome. No quería ir a Nueva Orleans. Bajo ningún concepto. Pero no hacerlo, tomar esa maldita decisión, no me libraría del malestar. Lo sabía. Me ahogaba. Necesitaba hablar con alguien. Otro punto de vista. Y a mi mente solo acudió una persona.

—Sadie... —articulé en voz alta como respuesta a mis pensamientos.

Sin embargo, ellos lo oyeron. Cogieron mi móvil de la mesa y, antes de que pudiera explicarles el terrible error que era llamarla, lo desbloquearon con mi cara y ya no pude decirles nada porque el universo se fundió a negro y la película de mi conciencia se apagó.

2

Sadie

Solo Freddie podía lograr tal nivel de convocatoria... Y solo él podía apabullar a Nate en el increíble tiempo récord de una tarde que poco a poco se había ido haciendo noche y que era el primer día de las vacaciones que pasaban juntos.

Nos encontrábamos en mi adorada Santa Bárbara, en el merecido descanso de las grabaciones. Mi hermano había paralizado su existencia bohemia fotografiando los países que le estaban robando el corazón para venir, había avisado a sus amigos de sus intenciones y, como por arte de magia (porque daba la sensación de que chasqueaba los dedos y el resto obedecía), decenas de estudiantes habían acudido desde todo el país a su encuentro.

Freddie, que solo sabía organizar las cosas a lo grande porque de lo contrario no sería él, había planeado una cena en su paradisiaco restaurante favorito de la playa, con una comida sublime y una ubicación excelente en su terraza. ¿Qué podía salir mal? Todo, conociendo a sus amigos.

Estaba convencida de que ellos no lo habían hecho con mala intención (eran brutos pero nobles); no obstante, que Freddie, Freddie maldito Sanders, tuviese una nueva ilusión en la vida y quisiera compartirla con ellos era motivo suficiente para que todos, completamente ensimismados, se hubieran quedado observando durante largos minutos al protagonista de esa ilusión, es decir, a

Nate, como si se tratase de un espécimen único, un pájaro con cuerpo de serpiente o algo así, y no contentos con ello se hubiesen dedicado a acribillarle a preguntas absurdas (sus interrogatorios casi nunca eran serios) y a soltar algún comentario típico de los suyos como «Huele a que cuando te lo follas estás en el cielo», que entre ellos no desentonaba y que en realidad hacían para que se sintiera parte del grupo, pero lo que habían logrado era espantarlo.

Nate se había marchado hacía una hora a la habitación del hotel donde se alojaba, los amigos de mi hermano continuaban la fiesta en State Street (la borrachera que llevaban no era de esas a las que se les ponía fin rápido), y mi mellizo no entendía nada y caminaba a mi lado en silencio con el ceño arrugado bajo el suave manto de las temperaturas californianas.

Lo cierto era que Freddie había intentado hacerlo bien con Nate, su chico de las primeras veces, pero era tanto el empeño y las ganas que le había puesto que había terminado por excederse. Nate era reservado y no le gustaba el ruido. Necesitaba tranquilidad, conocer poco a poco, afianzarse e ir sumando personas. Y mi hermano prácticamente había soltado una bomba de humo de testosterona de la que habían surgido veinte tíos berreando que no paraban de hablar de culos y pollas. Normal que se hubiese sentido superado. Yo me habría largado bastante antes. Mi hermano había aprendido por las malas que igual de mal está esconder a alguien como exponerlo demasiado, aunque lo que pretendas es decirle que te enorgulleces de él, porque quizá no necesita ese tipo de prueba grandilocuente.

Aun así, viendo lo contrariado que estaba mi mellizo no pude evitar sentir lástima por él. Freddie se había esforzado por demostrarle a Nate que nada de lo que el actor le había contado le importaba, aunque quizá ese era el problema, que sí debería haberle

importado. Ignorar una parte de él no era muy diferente a ser un productor y pedirle que la ocultara. Y tenía que decírselo. Era mi deber de melliza y persona que le adoraba con toda mi alma.

Alcanzamos la fachada de The Granada Theatre y Freddie se detuvo. La suave brisa californiana acarició mis hombros al tiempo que mi mellizo se apoyaba en el edificio que me devoraba las entrañas con su belleza y, con cara de pocos amigos, dijo:

—A Nate se le ha ido un poco la pinza. —Como respuesta, enarqué las cejas. Estaba segura de que no era lo que pensaba, pero prefería que me lo confirmase—. Vale, no estás de acuerdo.

—Para nada.

—¿Tan difícil sería que por una vez estuvieses de mi lado, Sadie?

—Aquí no hay bandos.

—¿Lo que he hecho es tan malo?

—Lo que has hecho no es malo. Inadecuado, pero no malo.

Nos sostuvimos la mirada un rato y se fue desinflando poco a poco hasta que por fin mostró su verdadera cara desesperada. A pesar de estar contrariado y un poco molesto por la reacción de Nate (y eso que el actor había sido bastante educado), era evidente que le podía la preocupación.

Frustrado, cruzó los brazos a la altura del pecho, el gesto se le cayó un poco y musitó dubitativo:

—¿He sido demasiado *yo*, Sads?

—Tú siempre eres demasiado tú. —Le sonreí mientras le acariciaba el brazo para consolarle—. Pero, aunque coincidirás conmigo en que ese hecho puede llegar a abrumar un poco, no es malo. No creo que haya sido el problema.

—Entonces, ¿cuál?

—¿Qué pretendías con la quedada?

Su mirada vaciló, porque en el fondo sabía lo que le iba a decir y no quería oírlo. Pero mi deber era ser sincera con él sin importar si le gustaban mis palabras.

—¿Cómo que qué pretendía? Presentarle a mis amigos. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Sabes que Nate no lleva bien las concentraciones de personas, ¿y vas y le montas la fiesta del siglo? No sé, parece más que te querías demostrar algo a ti mismo que a él.

—¿Y qué me quería demostrar, según tu opinión? —dijo con retintín, aunque permaneció atento a mis palabras.

—Que encaja en tu mundo y que lo que te contó sobre pertenecer al espectro autista no te asustó un poco. —Lo de Rupert simplemente le cabreaba, pero era agua pasada—. Llevas desde que te lo dijo intentando normalizar su situación, y eso está bien, no quiero que suene a lo contrario. Pero, tal vez, estaría mejor que te interesases, que le preguntases, que dejases que te explique. Quizá, si se lo hubieras planteado, él te habría dicho que era mejor de uno en uno, o en pequeños grupos, o en un lugar menos ruidoso, o tal y como lo has hecho, aunque al final la situación le dominase. Si ignoras esa información, si actúas como si no existiera esa parte de Nate, en el fondo le estás obligando a ocultarla como hacen en la serie, y soy perfectamente consciente de que esa no es tu intención, porque te gusta lo suficiente como para haberme permitido soltar este discurso sin interrumpirme con una idiotez de las tuyas ni enseñarme alguna parte de tu anatomía escondida debajo de los calzoncillos para acallarme. —Le sonreí y fui testigo del segundo exacto en el que se desmoronaba porque yo llevaba razón.

—Solo quería que fuese consciente de que me gusta lo bastante para entregarle mi mundo, que nada más me importa, mierda.

—Y se lo darás como él quiera recibirlo y sin restarles importancia a cosas que la tienen. Quitársela es quitársela al propio Nate. Pero, oye —le animé—, no te pienses que esto es una gran cagada.

—Ah, ¿no?

—Pues no. No te darán ningún premio a la mejor cagada. Ha sido una cagadita pequeña, minúscula, como cuando me enseñabas las tuyas de niño en el campamento porque asegurabas que se parecían a las de las ovejas y yo me quería morir del asco y me chivaba. Mañana habla con él, escucha lo que te dice y lo solucionáis. Nadie nace siendo excelente en las relaciones. El amor se construye día a día y a querer se aprende.

Su mirada rebosante de agradecimiento impactó en la mía y la sombra de una sospecha comenzó a nacer en su cara en forma de sonrisa burlona.

—No me jodas, pequeño búho.

—¿Qué?

—Eso lo dice algún personaje de *Averno*, ¿verdad? Eres la puta hostia; me estás dando los mismos consejos que unos pecados le dan a tu personaje.

Me encogí de hombros mientras mi hermano, algo más tranquilo que cuando habíamos echado a andar, se partía por haberme pillado, y entonces mi móvil sonó. Coincidió con el momento en el que un par de chicas que pasaban por nuestro lado me reconocieron, y en lugar de pedirme un autógrafo o una fotografía como hacían muchas personas me la tomaron directamente. Levantaron el teléfono y dispararon.

De forma automática me invadió una sensación extraña, al principio novedosa y cada vez más familiar. Por mi cabeza no pasó indiferencia o excitación por saberme popular, sino el maldito pensamiento intrusivo de que llevaba el pelo un tanto lacio por el

calor y que las orejas de soplillo, que últimamente en el rodaje siempre cubrían, asomaban. Iba a taparlas y empujarlas cuando me di cuenta de que mi hermano me observaba suspicaz y tuve que emplear toda mi energía en aparentar que estaba bien y aniquilar así sus sospechas. Saqué el móvil y, mientras mis pensamientos regresaban a la operación de estética para pegarlas a mi cabeza que había buscado en internet, cosa que me horrorizaba haber hecho (porque no había sido por querer verme mejor, sino porque había comenzado a contemplarme a través de otros ojos y les hacía más caso que a mi propia mirada), descolgué. Estaba tan absorta que ni siquiera me planteé que era raro, muy extraño, que un número desconocido me llamase de madrugada.

—Diga...

—¿Sadie? —El ruido que sonaba al otro lado apenas me permitía oír, así que taponé una de mis orejas de soplillo.

—Sí. ¿Pasa algo?

—Dacre Stewart nos ha dicho que eres su contacto. —Y después me informó sobre el estado de mi compañero de reparto.

3

Dacre

Tras la muerte de mi abuela y mi claudicación en forma de abrazo a Juliette, los Stanley y yo nos convertimos en una familia. Una familia de verdad. No fue algo que forzásemos y nunca sentí que ellos me presionaran para que pasara. Simplemente ocurrió, y la prueba de ello la tuve en mis manos las Navidades siguientes, cuando Juliette me pidió permiso para enviar una foto de ellos conmigo como felicitación a sus familiares y amigos más cercanos y, antes de que yo me negara, espantado ante la posibilidad de tener que hacerme fotos vestido con un horrible jersey navideño, ella me enseñó las imágenes que tenía seleccionadas. Eran fotos informales, ya que nunca habíamos ido a un estudio. La primera era un selfi de Juliette en el jardín sonriendo, llevaba puesto un vestido veraniego; nos encuadraba también a Ian y a mí, que estábamos detrás de ella, con cara de pocos amigos y cubiertos de barro y empapados porque habíamos intentado arreglar los aspersores del jardín y nuestra hazaña había salido muy mal. La segunda era otro selfi que también había tomado ella, esta vez en el coche. Ian conducía con su eterna mueca de... de Ian, y yo sonreía en el asiento de atrás, vestido con mi omnipresente vestimenta negra, y levantaba el pulgar derecho; aquel día los había convencido de ir a la bolera. La tercera foto la había tomado yo, también era un selfi, en ella se me veía pulcramente vestido y con la cara limpia, en contraste con Ian y

Juliette, que estaban cubiertos de harina. Aquella vez había conspirado con Ian en contra de Juliette para devolverle que nos hubiera sacado una foto manchados de barro. La idea era que él le manchara un poco la nariz de harina mientras horneaban galletas, pero Juliette resultó ser muy vengativa.

Más tarde tuve que recurrir a ellas para asegurarme de que esos momentos habían existido. Que eran reales y no parte de mi imaginación. Después las borré de mi móvil y de mi mente.

Todo sucedió la noche del Mardi Gras, el carnaval de Nueva Orleans, y en cierta manera resulta irónico que el día que mi fachada de piedra y hielo se alzó fuese vestido de gladiador, como si me adelantase a mi futuro más inmediato de volver a la pista y transformarme de nuevo en una bestia solitaria.

Había ido con mis amigos del Saint Claude al barrio francés, disfrutado de sus calles, pero había regresado antes de tiempo a la que hasta entonces todavía llamaba «casa», *«hogar»*. Juliette llevaba unos días mala y estaba preocupado. De esta manera, en lugar de entrar con el ruido habitual que revelaba mi presencia, lo hice sigiloso al descubrir desde la calle que la sala estaba iluminada, para no despertarla si se había quedado dormida leyendo alguno de sus libros. Por aquel entonces confiaban en mí, o fingían hacerlo (después de aquella noche se me complicó diferenciar ficción de realidad), y no me esperaban en el salón para comprobar el estado en el que volvía, simplemente me pedían que al llegar los avisase, así que debía de tratarse de eso, de que había cedido al sueño.

Me deshice de las sandalias sin encender la luz y pronto oí unas voces en la sala que me sacaron de mi error. Caminé en silencio y a través de la puerta entornada distinguí que no solo era que Juliette no estaba descansando, sino que tenía visita, la de su padre, cuya voz grave reconocí con rapidez. Había coincidido pocas veces con el

señor Stanley, Roberto Stanley. Era un hombre ocupado que trabajaba todo lo que su estado de salud le permitía (había tenido un par de sustos en lo que llevábamos de año) y casi siempre estaba viajando o reunido. Así, mientras alcanzaba la puerta sudado, agotado y feliz, tan solo le daba vueltas a que me tenía que meter en la ducha para quitarme la suciedad del maquillaje que había impregnado mi cara y mi cuerpo para que pareciese que de verdad había estado luchando en la arena, y a si frotando se iría la purpurina que había añadido a mis mejillas para darles un toque moderno, y que se había terminado esparciendo por la mayor parte de mi anatomía descubierta y ahora estaba ensuciando el suelo.

Así de vagas eran mis inquietudes, pero todo estaba a punto de cambiar.

Me disponía a hablar cuando oí mi nombre.

—¿Qué hay de Dacre? —preguntó el señor Stanley, y frené.

Siempre había estado en contra de escuchar a hurtadillas; sin embargo, en aquella ocasión lo hice. Supongo que se trató de mi instinto, que me advirtió.

—Todavía no lo sabe. —La voz de Juliette sonó frágil, quebradiza, como si hubiera estado llorando. Me asusté. Me asusté mucho. Durante los segundos que tardó en completar su intervención y hasta que comprendí que se trataba de lágrimas de felicidad, me temí lo peor—. Estamos esperando a que el embarazo avance y en la siguiente ecografía nos confirmen que todo va bien para contárselo.

Enseguida até cabos y solté el aliento que había contenido. Juliette me había hablado de las dificultades que había tenido para quedarse embarazada y por fin lo había logrado. La alegría que experimenté en el pecho fue en aumento hasta creer que me desbordaría y estallaría en mil pedazos. «Joder, qué bien»; me alegré por Ian, pero sobre todo por ella. Nuestra relación siempre

había sido más cercana. Nunca me había planteado tener un hermano, una hermana, quizá, pero en aquel instante la idea me entusiasmó. Lamenté haberme enterado de esa forma y me dije que fingiría la ilusión cuando ellos confirmasen que todo iba bien y me lo trasladaran a su modo. Tomé en ese momento la decisión de salir y volver a entrar haciéndome notar cuando el señor Stanley insistió.

—No me refería a eso.

Se hizo un segundo de silencio y finalmente Juliette suspiró.

—Ya lo suponía.

La mejor manera de explicar lo que sucedió es imaginar un puñetero y apacible bosque floral al que alcanza una bomba y se convierte en un desierto desnudo, esquelético y mudo. Así se transformó mi interior con la siguiente intervención.

—Juliette... Vais a tener una familia, un hijo de *verdad*. —El señor Stanley matizó esta última palabra y nadie le corrigió—. Tenéis que plantearos muchas cosas. Es vuestro deber priorizar lo que habéis construido.

En lugar de responder Juliette, el que habló fue Ian.

—¿A qué te refieres?

—A que el muchacho ya ha demostrado que puede ser una mala influencia. Tiene un historial bastante esclarecedor. Y vuestro deber, repito, es proteger a la criatura indefensa que va a nacer, así que debéis replantearos la presencia de un chico como ese antes de que de algún modo le afecte.

Aguardé a que Juliette o Ian dijesen algo, le contradijeran, rechazaran su idea, pero lo único que salió despedido de entre los labios de la mujer fue un sollozante y agudo:

—Papá...

—Lo sé, lo sé. Mis palabras son duras. —Me asomé a mirar. El señor Stanley apoyó la cabeza de su hija en su hombro para

consolarla y ella se dejó hacer—. Le habéis adoptado y ahora mismo parece irreversible, incluso cruel hacerlo, pero no lo es. La suerte de ese chico ya estaba echada. Además, podemos *ayudarle* de alguna forma, tan solo hay que darle una vuelta. En cuanto a la adopción, deja que hable con mis abogados, ellos hallarán la forma de solucionarlo con el menor ruido posible. Yo me encargo.

Y, en lugar de rechazar la oferta, Juliette se echó a llorar.

Aquella escena se me clavó en el corazón como si fuera un sacacorchos que me apuñalaba el pecho para quitarme el alma. Mis temores adolescentes regresaron vestidos de certezas y caí en picado. Había sido un pasatiempo. Pero el juego había terminado.

Algo se hizo añicos en mi interior. Oí cómo una tonelada de vidrio colapsaba en mi cabeza, pero de repente no sentí nada.

Nada.

Simplemente arrastré los pies hasta la puerta de la vivienda sin hacer ruido, me calcé, salí y me puse a andar. Anduve hasta que se hizo de día. No sentí cansancio, ni sueño, ni frío cuando de madrugada llovió y me calé. Es más, con el paso de las horas dejé de experimentar dolor en mi corazón y con él escapó la ira, el amor y el miedo. Estaba vacío. Mi mente fría, muerta, repasaba los hechos tratando de encajar la información que acababa de recibir. El esfuerzo que habían hecho para que los quisiese enfrentándose a la facilidad y el nulo titubeo que habían tenido a la hora de plantearse desprenderse de mí. No tenía sentido. O sí, pero era demasiado punzante para creérmelo. Sí que había significado algo para ellos, pero no lo suficiente para poner en riesgo lo que iba a venir, su familia de verdad, porque en el fondo yo no lo había sido. Que pensasen lo peor de mí fue... devastador. Que yo acabase confiando en esa idea terminó limitándome como persona.

Cuando llegué a casa, por la mañana, me recibió Ian con cara de preocupación. «¿Dónde estabas?». Y le bastó un «Con mis amigos». Supongo que suficiente drama había tenido durante la víspera como para soportar más porque lo dejó estar. Juliette se despertó tarde y fingió que todo iba bien a pesar de la palidez de su rostro. «Es solo una jaqueca».

Todo iba como siempre. Todo era mentira.

«Vais a tener una familia, un hijo de verdad», las palabras del señor Stanley retumbaron de nuevo en mi interior. Durante semanas no me las pude sacar de encima. Eran como piedras en mis bolsillos, como una fuerza gravitacional hacia el interior de la Tierra.

Había sido el hijo de mentira. La adopción que querían revertir una vez conseguido algo mejor. Ya no era parte de Chippewa Falls, pero tampoco pertenecía a Nueva Orleans. Todo lo vivido, todo lo que me había devuelto la esperanza, había sido un espejismo. Una falsedad. Una pesadilla, porque los sueños tienen un final feliz.

Así pues, en aquel nuevo escenario se me planteaban dos opciones. Podía sumirme en una tristeza devoradora que me dejaría en los huesos abusando del rencor o... Entregarme a la apacible indiferencia. Retornar al pasado como si aquel tiempo jamás hubiese acontecido y retomar el plan inicial de no importarle a nadie y que nadie me importara, de impedir que alguien pudiese acceder a mi interior y evitar más mentiras, decepciones y zarpazos. Tan solo había un inconveniente, y era que Ian y Juliette sí que me habían importado, de manera que me vi obligado a colocar una capa de hielo sobre ellos. Los recuerdos vivirían como lo hacen los animales marinos en los lagos congelados: en silencio, porque nadie puede oírlos, y sin ser vistos, porque evitaría mirar hacia abajo.

Levanté la cabeza, enderecé los hombros y forcé a mi rostro a formar una puta sonrisa. Nunca les confesé que los había

escuchado, nunca pedí explicaciones ni les dije que sabía la verdad. Me largaría antes de que los abogados del señor Stanley hallasen el subterfugio para echarme. Sería yo el que se fuese, les facilitaría la tarea. Por una vez, llevaría la delantera y me ahorraría un dolor al que quise llamar «humillación». Y con esa idea en mente me prometí no volver a mendigar amor y sobre todo no desperdiciar el poco que me quedaba en alguien que no fuese yo.

Me desperté aturdido y miré a mi alrededor parpadeando. «¿Dónde estoy...?»; la cabeza me pitó. Pronto averigüé que me hallaba en la habitación de un hospital, aunque no recordaba cómo había llegado hasta allí. Los recuerdos más importantes se presentaron con lentitud a modo de *flashbacks* selectivos y, al intentar incorporarme, la visión de Shonda y el gesto de desaprobación que me dedicó confirmó la primera de mis teorías: me había pasado con los chupitos. Aclaré la garganta y le sonreí para quitarle hierro.

—Espero que no me hayas comprobado el pulso. Sería demasiado incómodo para ambos —bromeé.

Mi representante se encontraba sentada en el sofá que había al lado de la cama. Vestía mallas deportivas y una camiseta de *Lilo y Stitch*, lo que significaba que había salido de su casa a toda velocidad. De lo contrario, jamás se habría dejado ver en público con una prenda tan adorable. La habrían avisado de que me había pasado con el alcohol. Sabía que era mi contacto para ese tipo de situaciones, lo decidimos juntos cuando me mudé a California, así que su presencia me resultó normal. Terminé de incorporarme sentándome en el borde de la cama y reparé en que me habían puesto la ropa del hospital, pero no tenía ninguna vía ni nada por el estilo, de modo que deduje que solo se había tratado de un susto y

no había llegado a sufrir una intoxicación. Además, mi aquejado cuerpo no presentaba señales de haberse dado ningún golpe notable. Miré a Shonda, que continuaba observándome impasible, y le dije:

—¿No vas a hablarme, Shonshon?

—Intento controlar las cosas que te quiero decir, que son muchas y ninguna agradable

A pesar de que trató de que no se notase, en su expresión de enfado se coló una mueca de alivio. Me esforcé para que no me afectase que la mujer sin sentimientos se alegraba de mi mejoría.

—Genial. Sigue a lo tuyo.

Me puse de pie y ojeé el cuarto en busca de mi ropa, que se encontraba perfectamente doblada en una de las baldas del armario descubierto. Con total probabilidad apestaría a alcohol, pero no tenía otra cosa que ponerme. En fin. Me encaminé en su dirección y a través de la ventana comprobé que todavía era de noche. ¿Cuántas horas habrían pasado? Mejor no pensarlo.

—¿A dónde te crees que vas? —me preguntó, y me encogí de hombros.

—A Venice Beach. Estoy cansado.

Lo sucedido no había sido para tanto. La gente bebía y se excedía. Además, el local y el hospital serían discretos y tenía los suficientes días de descanso por delante para recuperarme y pensar en lo que Ian me había contado, y también en lo que me había pedido. El recuerdo del marido de Juliette me azotó como si se tratase de un inocente punzón infantil que se clavaba con insistencia hasta transformarme en un coladero. Le di la espalda a mi agente para disimular la tensión de mi cuerpo y coger la ropa, y entonces escuché cómo decía, perdiendo un poco la templanza que hasta ese momento me había mostrado:

—Pero ¿tú eres consciente de lo que ha pasado? No te has emborrachado en plan «Ji, ji, qué vergüenza ajena da este idiota», te has emborrachado en plan «Llamamos a una ambulancia y sacamos a este descerebrado por la puerta de atrás para que nadie lo vea». Los artistas desfasados están muy pasados de moda y... —Tragó saliva—. Nos has preocupado, maldita sea.

Ahí estaba. La oportunidad de despejar una incógnita.

Me giré con las prendas en la mano sin borrar la suspicaz sonrisa.

—A lo mejor deberías habértelo pensado antes de darle a Ian mi dirección sin mi consentimiento, ¿no crees?

Shonda se me quedó mirando y, en lugar de negarlo, se puso de pie para dirigirse a mi encuentro señalándome con un dedo acusador y los labios apretados.

—Y una mierda pretendas que me sienta culpable por hacer lo correcto, Dacre Stewart. Ian vino a la agencia, se saltó todos los filtros, irrumpió en mi despacho en plena cita con mis fideos chinos, me contó lo de Juliette y pensé que deberías saberlo para luego hacer con la información lo que te saliese de las pelotas. Pero se ve que el juicio de tus pelotas es una puta basura y tendrías que revisártelo.

Nos quedamos unos segundos contemplándonos retadores y finalmente fui yo el que habló. No estaba de muy buen humor. Los recuerdos y la petición de Ian habían regresado y en mi organismo no quedaba ni una gota de alcohol que lo anestesiase.

—¿Qué pretendes que haga? Porque no pienso pedirte perdón. Llevas a más artistas, Shonda. Seguro que alguno se ha emborrachado. No es como si el cielo se hubiese roto y hubiese caído sobre nosotros.

—¡Pero de ninguno soy su teléfono de contacto, impresentable niñato desagradecido! Y no eres el único que está solo en Los

Ángeles, Dacre.

Con aquello debía de querer decirme que de alguna manera significaba más para ella que el resto, más que un contrato para hacerse condenadamente rica, como tantas veces me había repetido; no obstante, preferí no profundizar en el detalle y continuar con el enfrentamiento, moverme en mi hábitat. Crucé los brazos a la altura del pecho y dije:

—Pues estamos en un callejón sin salida porque, como he mencionado, no voy a decirte que lo siento. —Ella chasqueó la lengua y rumió algo por lo bajo—. ¿Qué? No te oigo.

—Decía que espero que no se repita —pronunció con una firmeza feroz, y bajó la voz para añadir con los morros apretados y la boquita pequeña como si lo que estuviese expulsando entre los labios fuese ácido, que era algo bastante parecido a los sentimientos en el caso de Shonda Davis—. Tremendo susto nos has dado, y menos mal que al final solo ha sido estupidez. Voy a avisar de que te has despertado, sobornar a todos los que te han reconocido para que no despeguen el pico, y cuando te den el alta nos vamos. Para mí ha sido una noche larga, pero para ella más.

Iba a empezar a desnudarme para cambiarme delante de Shonda (no sería la primera vez que me veía sin ropa y mi desnudez le importaba una mierda) cuando escuché el último apunte y reparé en que anteriormente también había empleado el plural con el «Nos has preocupado, maldita sea». Me deshice de la bata blanca, metí la primera pierna en el agujero de los calzoncillos y, como si nada, le consulté:

—¿Has venido con tu mujer? —La mujer de Shonda me caía bien, pero me parecía excesivo que se hubiese presentado allí por una borrachera, la verdad.

Mi agente me observó confundida.

—¿Para qué narices iba a venir? ¿Para hablarte de la mala leche que me ha entrado con la llamada? Eso puedo hacerlo yo solita.

Terminé de subirme los calzoncillos de un salto y le dije sin darle demasiada importancia:

—Nada, me había parecido que hablabas como si no estuvieras sola.

En aquel instante sus ojos me inspeccionaron.

—Porque no lo estoy. ¿No te acuerdas de nada, Dacre?

Iba a responderle que no sabía de qué estaba hablando cuando de repente lo supe y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron en el acto. «Mierda, mierda, ¿he dicho ya mierda?».

—Dime que Sadie no ha venido. —Apreté los labios.

—Sadie no está aquí. —Comencé a relajarme y añadió—: Bueno, la verdad es que sí, está, solo te lo he dicho porque me lo has pedido. ¿Cuál es el problema?

Muchos, pero el principal...

—Su madre era alcohólica —apunté con una sensación de pesadez en el estómago.

—Lo sé.

—¿Y sabes los recuerdos que esto —me señalé a mí y mis circunstancias—, *yo*, he debido de traerle?

La culpa empujó con brío el bloque de hielo de mi interior y por un momento temí que lo quebrase. Oprimí la mandíbula, enfadado conmigo mismo no solo por ser tan gilipollas y presentar un aspecto lamentable, sino también por haberla involucrado sin pensar si mi estado de embriaguez le causaría dolor. Pero es que ella no tendría que haber acudido. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué? Resoplé agobiado y... preocupado. A quién cojones pretendo engañar. La culpa me deshacía el esófago. Las pupilas de Shonda se pasearon

por mi expresión y un amago de sorpresa, que inmediatamente borró, las cruzaron.

—A lo mejor después de todo sí que le pedirás perdón a alguien esta noche.

Me palmeó el brazo un par de veces entreteniéndose a mi costa, bufé y se fue.

La mujer se encargó de todas las gestiones. Técnicamente no estaba ingresado, así que marcharme de la clínica privada fue bastante sencillo una vez que se hubieron asegurado de que todo estaba bien. Shonda prometió que les enviaría una cesta con fruta, vino a por mí y nos dirigimos a la salida.

—Un taxi te espera en la puerta —me informó mientras caminábamos por un pasillo.

—¿No iremos juntos?

—Desde luego que no. El mío, querido, me lleva a casa, donde no espero recibir llamadas hasta pasadas las doce del mediodía, que es cuando planeo empezar a estar operativa. —Shonda olfateó el aire —. Y date una ducha, por el amor de Dios. Apestas a destilería cara. De lo contrario, mañana tendrás que quemar las sábanas, y en California no toleramos demasiado bien las fogatas. ¿Dacre...? — Hasta que no me llamó con el ceño fruncido no fui consciente de haber frenado en seco. Al otro lado de la puerta coronada con el cartel SALA DE ESPERA previsiblemente se encontraba Sadie, y yo no estaba preparado para verla. Shonda deshizo el camino para volver junto a mí y a su manera trató de consolarme—. Tampoco es que le hayas puesto una pistola en la sien para que esté aquí. Y si la has jodido, que es evidente que sí por todo el bagaje de la actriz, tan solo tienes que arrepentirte de corazón. —Escupió esta última palabra—. Sadie ha venido porque le ha dado la gana, ahora te toca a ti demostrar que te mereces ese viaje.

Procesé sus palabras y la miré sonriendo, aunque por dentro era puro nervio.

—¿De *corazón*? Te me estás ablandando, Shondita.

—Cállate.

—Gracias —dije con sinceridad, y ella asintió.

Después me palmeó el brazo de nuevo para animarme a continuar, cogí una bocanada de aire y me puse en marcha.

Recuerdo que cuando crucé el umbral el pulso se me disparó y a mí no se me disparaban los latidos por nada. Carraspeé para deshacer el nudo de la garganta y luché para hacerme el indiferente, el impasible.

Fallé a los cinco segundos.

Más o menos el tiempo que tardé en localizar a Sadie, que estaba peleando contra la máquina expendedora para hacerse con un chocolate, y que de algún modo me presintió y se giró. No quise suavizar mis rasgos, juro por lo más sagrado que luché armado hasta los dientes con mi interior para mantenerme serio, rígido, formal, con una expresión que le dijera: «No tendrías que haber venido. No ha sido buena idea». Pero al ver cómo se acercaba con la preocupación pintada en el rostro no me quedó más remedio que bajar las defensas, perder la batalla y apaciguar el gesto.

En aquella sala fui consciente de que la actriz se me acababa de meter dentro.

—Tienes una pinta horrible —me saludó al llegar a mi altura.

—Y aun así no te has podido resistir y venir a verme... —le respondí.

Sus ojos se pasearon por mi anatomía y me quedé quieto, conteniendo la respiración. Normalmente no atendía a la reacción que producía en las facciones de los demás. Me daba igual. Pero en aquella ocasión me importó. La estudié con mimo. Sadie se veía

cansada, preocupada, como me temía. Y algo en mi interior se revolvió al adivinar que yo era el causante.

—Ver a Dacre Stewart como si acabase de salir de un cubo de basura en lugar de arreglado y sexy era demasiado tentador para perdérselo. —Habló una vez que hubo acabado su examen, algo más relajada al comprobar que estaba bien, y en voz baja añadió en tono de súplica—: Pero con una vez basta.

Asentí y le di mi palabra.

—Con una vez ha sido suficiente. Te lo prometo. ¿Cómo estás?

Me dedicó la primera sonrisa y algo bajo mis costillas explotó.

—¿No debería ser yo quien preguntase? —dijo.

—Desde luego que no.

Luché contra el impulso de alzar la mano y acariciarle la mejilla enmarcando su cara, pero fue en vano. Podría decir que el acto respondió a la necesidad de provocar que me mirase. Sin embargo, Sadie ya lo estaba haciendo, así que supongo que la toqué porque sencillamente lo necesitaba. Sentir su piel. Su calor. La textura que existía bajo sus ojos dorados. Estaba vulnerable, expuesto y sin energía para colocarme la armadura. Que la actriz no se apartase me sorprendió y a la vez me llenó. Fue demasiado cojonudo para ser cierto, pero no lo era, porque yo había colmado lo nuestro de mentiras, aunque lo que dije a continuación fue cierto.

—Siento muchísimo haber sido el gilipollas que te trae malos recuerdos, lobita.

—Pensaba que adorabas esa versión tuya y la potenciabas en mi presencia.

—No cuando te hace daño —le confesé a ella y a mí mismo. Nos quedamos mirándonos un segundo, dos, y Sadie bostezó. Solté una carcajada y enarqué las cejas—. ¿Mi versión amable te da pereza? Qué ofensivo...

—Admito que es un tanto confusa.

Sonrió y supe que me había perdonado, que ya confiaba cien por cien en mí. Así de simple. Tenía delante lo que quería desde el principio y no me gustó, porque de repente todas las estrategias, tramas, falsedades y lo que había hecho para llegar hasta ese punto me asediaron. Pesaron en mi espalda.

—Estoy algo cansada, y todavía queda el camino de vuelta —se justificó. Ladeó el rostro, que no había separado de mi mano, y fue en ese momento cuando reparé en que no estábamos solos, aunque para mí no existiese nadie más que nosotros dos en aquel instante —. De hecho, Freddie y yo deberíamos irnos pronto.

Su mellizo nos dedicó una significativa mirada burlona, y con esfuerzo bajé la mano de la cara de Sadie y la dejé estirada al lado de mi cuerpo. Las puntas de mis dedos se quejaron. Palpitaron. Quemaron. Querían más. Querían todo. Un abrazo sincero y no el que le di en la playa de Los Ángeles para la foto. Aprecié la ligera decepción por mi retirada, que disimuló de inmediato, y caí en un detalle.

—Espera, ¿vais a volver a Santa Bárbara?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Son las cuatro de la madrugada —apunté, y Sadie se encogió de hombros. Había muchas razones, muchísimas, un puñetero agujero negro abundante de motivos para que no ofreciese lo que se me pasó por la cabeza ofrecer. Entre ellos, que era un puto farsante y la había utilizado (o tratado de utilizarla) tantas veces que ya no podía permitirme el lujo de la redención. El problema era que yo no sabía hacer las cosas bien y no quería que regresase a su casa a esas

horas y cansada—. También podríais quedaros en mi apartamento. —La jodí, porque era una idea pésima.

Freddie accedió al momento.

—Amigo, no sé lo que opinará ella, pero a mí me va de lujo acampar en tu cama o en tu sofá. Y debo decir que tengo un sueño tan profundo que no oigo nada. Ni muelles, ni duchas, ni empujones contra la pared, ni orgasmos...

—Cállate —le silenció Sadie, y me devolvió la atención—. ¿Estás seguro, Dacre? No tienes que sentirte obligado a invitarnos. He venido porque he querido.

Y por eso mismo no podía permitir que cogiesen el coche agotados.

Moví la cabeza de arriba abajo notando la garganta reseca al articular:

—Completamente.

Como acabo de decir, había muchas razones, muchísimas, un puñetero agujero negro abundante de motivos por los que meter a Sadie Sanders en mi apartamento de Venice Beach era una pésima idea. El primero, que la deseaba con una voracidad animal que hacía que la sangre me hirviera en las venas. El segundo, que entre nosotros empezaba a existir algo más que deseo, y aquello era lo verdaderamente alarmante. Podía vivir con el corazón roto, estaba acostumbrado, pero no tenía tan claros los efectos de existir habiendo partido el suyo. Recé a todos los dioses y los pecados del averno para que me diesen contención mientras aguardaba su respuesta. Si la capa de hielo que dominaba mis emociones se rompía, de su interior surgirían los sentimientos encerrados en forma de zombis, con garras deformes y posturas estranguladas por tantos y tantos años de encarcelamiento, y lo que ella se merecía eran puñeteros ángeles alados.

Entonces lo supe.

Igual que presagié que iba a fallar.

Porque durante la espera las puntas de nuestros dedos se rozaron imantadas por inercia, hubo un segundo de vacilación y, en lugar de apartarnos, de apartarme, con mis ojos fijos en los suyos, la acaricié tembloroso, y la descarga eléctrica que sufrí por un contacto tan ínfimo me atravesó como un rayo y provocó que su pecho subiese y bajase con violencia. Ahí supe que no tendría voluntad para resistirme si ella se me insinuaba como en el baile. Porque así era yo: egoísta.

Aunque a su lado también era alguien diferente: la persona que notó la fisura por la que había brotado la primera gota líquida de sus sentimientos y en vez de alegrarse lo lamentó. Que en algún instante la quisiera era lo peor que le podía pasar, porque yo no era un monstruo, pero tampoco buena persona. Y que ella en algún instante me quisiera, lo peor para mí, porque cuando parase de hacerlo, como le ocurría a todo el mundo, me desangraría. No podía existir algo como nosotros y, a pesar de todo, con la garganta reseca por la impresión de lo sentido y el cuerpo revolucionado, le dije para animarla a aceptar venir:

—Vámonos a casa, Sadie.

Si había algún momento en el que dar marcha atrás, detener esa locura y demostrar que tenía escrúpulos, era esa noche con Sadie en mi apartamento, por mucho que me consumiesen las ganas de besarla de una maldita vez. Deposité en ese objetivo toda la fe que me quedaba en mí. No sabía la energía que se necesitaba para mantener la Tierra en su órbita, pero debía conseguirla para no joderla.

—Vámonos, Dacre.

El mal estaba hecho.

4

Sadie

El apartamento de Dacre tenía vistas similares a las de mi antigua casa de Santa Bárbara, solo que en la mía el océano se apreciaba en la lejanía como un lienzo que unía cielo y mar y allí daba la sensación de que te iba a engullir.

Suspiré mientras el sonido de las olas me arrullaba.

Todavía era de noche, aunque el firmamento estaba clareando, y en lugar de irme a la habitación con Freddie, que dormía a pierna suelta en la cama de matrimonio del cuarto de invitados, había salido a la terraza y me había sentado en una de las sillas con las piernas dobladas pegadas al pecho y la suave brisa acariciándome la cara. Mentiría si dijera que en el fondo no estaba esperando que apareciese el actor, como finalmente sucedió.

Dacre entró en la cocina después de darse una necesaria ducha ataviado con su ropa de dormir: un pijama beis que destacaba su piel bronceada tras el corto paso por California. Intuyo que él también me buscaba, porque disimuló un segundo sirviéndose un vaso de agua, pero al instante siguiente me miró con intensidad a través de las onduladas cortinas blancas movidas por el aire de la puerta entreabierta. Hizo un amago de irse a su habitación, es más, se detuvo con la mano en el pomo, hasta tan lejos llegó, pero después chasqueó la lengua y regresó a la cocina para preparar algo y venir junto a mí.

Reconozco que el estómago se me contrajo cuando cruzó el umbral y salió. Iba imponente con los pies descalzos, los pantalones anchos enmarcando sus robustas piernas y la parte de arriba de tirantes holgada, como si se tratara de una camiseta de básquet, que dejaba a la vista más pecho del que los cardiólogos recomendarían, estaba convencida. Me tendió lo que había preparado y se sentó enfrente con una postura más relajada e indiferente que la mía.

—El chocolate de la paz —apuntó con una de sus sonrisas ensayadas al tiempo que yo miraba el contenido oscuro de la taza con curiosidad.

El ambiente de Los Ángeles era cálido, quizá el chocolate me habría venido mejor en Brookings, donde las temperaturas rara vez perdonaban y menos a esa hora, pero aun así agradecí que me lo hubiese preparado, porque se me había resistido en la máquina de la clínica privada, y lo probé. Me llevé el vaso a la boca y le pegué un trago pequeño. Sabía amargo. A chocolate puro. Como él. Como la tableta que era consciente de que tenía debajo de la tela y que hizo que me acalorase. Acaricié la taza envolviéndola entre los dedos y traté de fijar los ojos en los suyos y detener la excitación que refulgía en mi torrente sanguíneo.

—No sabía que estábamos en guerra —dije con la voz tomada, y Dacre se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Fruncí el ceño. Me estaba evitando. La razón solo la conocía él. Por mi parte, aún sentía el temblor de sus dedos en los míos cuando nos habíamos rozado en la sala de espera. Y la electricidad. La chispa al tocarnos. Entonces recordé algo. La pregunta que me llevaba acechando desde la llamada y que había sustituido a la inquietud general una vez comprobado que se encontraba bien—: ¿Por qué, Dacre?

Mi interrogante le pilló por sorpresa.

—Porque ¿qué?

Me observó de nuevo con la duda pintada en el rostro y... Menudo rostro. Era antinatural. Un puñetero espejismo. Tuve que esforzarme por obviar sus labios llenos, la mirada verde seductora aun sin pretenderlo y todos los rasgos que le convertían en una persona endemoniadamente atractiva. Perder la noción del tiempo y boquear como un inocente pececillo era fácil cuando le tenías enfrente. Su belleza siempre había sido impactante, pero entonces me permití apreciarlo. Menos mal que lo que le había ocurrido me interesaba todavía más que admirarle.

—Esta noche... te has... —Me lie, porque estaba a punto de cruzar una puerta: la de la confianza para contarnos las cosas que nos inquietaban.

—Dime qué quieres saber de una maldita vez —me cortó con una sonrisa, y añadió para animarme—: Me parece una contraprestación más que razonable por lo que has hecho hoy por mí, así que suéltalo antes de que cambie de idea.

Me sentí violentada. Odiaba que pensase eso, que me debía algo. Lo que había hecho, ir, era de las cosas que se hacían porque te nacían. No por obligación ni por una contraprestación, como el actor estaba sugiriendo. No por un contrato. Y a mí me había nacido desde que me habían expuesto la situación al otro lado del teléfono. Ni siquiera había dudado. La noticia de que había perdido el conocimiento fue bastante alarmante. En aquel instante no había existido otro lugar en el mundo en el que quisiese estar, a pesar de los recuerdos que me habían atropellado, que eran muchos. Y si no se lo dije en aquella terraza fue porque estaba convencida de que la verdad le apabullaría, así que retomé el interrogatorio.

—Siempre lo controlas todo... —comencé.

—Es cierto. Lo hago —concedió expectante.

—Y te he visto beber en diferentes eventos y nunca desfasas. No hasta ese extremo. ¿Qué ha pasado? —Examiné su reacción y presencié la repentina rigidez de su cuerpo. La sonrisa que se le tensaba en la cara, aunque conservaba una actitud y una postura impostadas. Había aprendido a leerle, e iba a mentirme, de manera que me adelanté—: Solo quiero que me des una respuesta si es real; si no, prefiero que me digas que no es asunto mío. Al principio se te daba muy bien ordenarme que no me metiera en tus cosas...

—Al principio se me daban muy bien muchas cosas... —replicó, y se quedó en silencio. Con la mirada fija en la mía, pensativo. No me amedrenté. Dacre era como esos tarros cerrados a cal y canto que parecen imposibles de abrir, pero a los que solo tienes que cogerles el truco. Un par de golpes en la tapa boca abajo y de una vuelta se despegan. Con él el secreto era aguardar a que te creyese digna de su confianza, digna de que lo vieras desvestirse de su máscara. Vaciló y, finalmente, gané. La sensación de verle deshacerse de sus capas fue alucinante—. Cuando era adolescente y vivía en Chippewa Falls me adoptó una pareja de Nueva Orleans, y llevaba años sin hablar con ellos. El marido hoy se ha presentado en mi puerta, me ha contado que su mujer había estado enferma y me ha pedido algo.

—¿Qué?

—Que los visite, por lo visto es necesario para que ella pase página.

—Parece complicado.

—Lo es. —Trató de hacerse el impasible, pero no le salió, y continuó para aclarármelo—: Porque bajo ningún concepto quiero poner un pie en la puta Nueva Orleans, pero mira tú por dónde es exactamente lo que voy a hacer —confesó irritado con un gesto hosco de cabreo.

—¿Por qué? Me refiero a que... Puedes negarte si quieres, ¿no?

Durante unos segundos se mantuvo callado, practicando el único ejercicio de fijar la mirada en mí con intensidad mientras en sus profundidades debatía consigo mismo. Creí que hasta ahí habíamos llegado. Que me invitaría amablemente a detener el interrogatorio, no diría nada o se levantaría de golpe para largarse a su cuarto arrepentido de haberse asomado a la terraza. Así funcionaba Dacre en ocasiones. Se cerraba sin advertencia o aviso y no había modo de hacerle cambiar de opinión. Por eso me sorprendió ser testigo de cómo uno por uno los músculos de su cara se suavizaban, abría los ojos impresionado porque tal hecho hubiese sucedido y al fin me contaba:

—Porque no quiero ser tan mala persona, Sadie. Un poco de maldad puedo permitírmela. Pero tanta no. Da vértigo.

Algo en mi interior se estremeció. A pesar del tono decidido y firme que había empleado, existía algo quebradizo en su voz. Averigüé casi en el acto de qué se trataba. Dacre no estaba de broma. Lo decía en serio. Realmente consideraba que era malo. Era la segunda vez que hablaba de sí mismo en esos términos. Y la maldad absoluta era un disfraz que le quedaba demasiado grande. Me vi obligada a explicárselo.

—No eres mala persona, Dacre.

—Antes no opinabas lo mismo.

—Antes no te conocía y... Ahora pienso que tienes un carácter de mierda, no te voy a engañar, a veces me desesperas tanto que desearía estrangularte, pero no encarnas el mal. Lo siento por bajarte los humos.

Poco a poco su sonrisa ladeada, la real, tomó el control de sus facciones y la manera en la que su mirada verde eclosionó con la

mía provocó que el suelo de la terraza se viniera abajo. Al menos, yo dejé de sentirlo.

—Así que carácter de mierda... Qué decepcionante haber dejado de ser el demonio para ti, lobita.

—Profundamente decepcionante.

Nos sostuvimos la mirada con la electricidad haciendo de las suyas y Dacre me dijo:

—Antes no mentía, siento haberte traído recuerdos.

Adiviné lo que pretendía.

—Quieres que te corresponda con mi historia.

—No debería, pero de un tiempo a esta parte me apetece saber todo de ti.

Mostraba un interés sincero, y que Dacre Stewart quisiese saber de ti y te entregase todos sus sentidos era todavía más excitante que verle arrancarse la camiseta por la espalda con el pecho ensangrentado en plena grabación de una escena después de haberse dejado los músculos en las dominadas previas.

Lo pensé mientras se acomodaba. No me sentía obligada a hacerlo, a contarle mis vivencias en una especie de intercambio, pero lo cierto era que en aquella terraza me di cuenta de que me apetecía. Quería que me conociera. Quería ser yo misma delante de alguien y que ese alguien fuese él. Puse las ideas en orden y hablé:

—Mi madre comenzó a despreciarme desde que empecé en teatro, desde entonces no ha dejado de hacerlo ni yo de actuar, así que la distancia solo ha ido creciendo. ¿Lo del vestido? Una anécdota. Hay cosas peores e imperdonables, como que me pisotease siendo una cría o que se presentase en la obra más importante para mí de aquella época exagerando su borrachera con el único fin de manipularme. —Suspiré y apunté para restarle hierro—: Pero no lo utilices en mi contra.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Pareció contrariado.

—Hubo un tiempo en el que cualquier información acerca de Claire era muy jugosa para los medios del sector. Nos abordaban a Freddie y a mí, y ya sabes.

—No, no lo sé. —Vacilé.

—Estoy casi segura de que escuchaste lo de mi chivatazo la noche en la que le propiné un puñetazo a Lucien. Fue por un buen fin, creo, después de eso ingresó en el centro que le salvó la vida, pero no estoy del todo orgullosa de los métodos. —Le miré y le dije medio bromeando—: Así que, por favor, no utilices la información de Claire en mi contra. Nunca sabes cuándo un personaje puede volver a ponerse de moda.

Solté una risa nerviosa y él pronunció con más formalidad de la que el instante requería.

—No lo haré. Te lo prometo.

Le dediqué una sonrisa.

—Por cierto —cambié de tema—, sobre lo que me has dicho de Nueva Orleans antes, podría acompañarte si no quieres ir solo. A lo mejor de ese modo es más sencillo —le ofrecí.

Al principio, Dacre pareció sorprendido. Puede que también interesado en mi propuesta. Hasta que algo que yo desconocía le golpeó y repentinamente se veía incómodo de estar allí conmigo. Se enderezó en la silla y colocó tantas capas en su rostro que estaba irreconocible.

—Prefiero ir solo.

—Vale, pero si cambias de opinión, la oferta seguirá en pie. Iría contigo —insistí tratando de recuperarle.

Le dediqué una nueva sonrisa, algo cohibida por la intimidad que había revestido el instante hasta ese momento, Dacre parpadeó luchando por permanecer impasible y la mirada se le desvió a mi

boca. Gruñó. Entreabrió los labios y se rozó el inferior con la punta de la lengua. El pecho se me estremeció y las palpitaciones me subieron hasta el oído. Pum. Pum. Pum. Mi pulso errático era lo único que oía en aquella terraza. Ladeó el rostro de forma sinuosa, como las serpientes hacen antes de atacar a una presa, y en el último segundo recobró la compostura. Se aferró al reposabrazos con fuerza, apretó la mandíbula y dibujó una casi imperceptible mueca estrangulada de desagrado al tiempo que se ponía de pie.

—Debería irme. —Recuperó su tono neutro, más inaccesible que nunca.

Aquello me confundió, aunque no debería haberlo hecho. A fin de cuentas, ya me había rechazado anteriormente. El resto eran tan solo imaginaciones mías. Se encaminó hacia la puerta y le di la razón un tanto desilusionada y decepcionada conmigo misma por haber visto cosas donde no las había.

—Imagino que sí. Mañana estarás muy resacoso. Te conviene descansar.

Dibujé una falsa sonrisa. Dacre asintió con los dientes apretados y los músculos tensionados, y pegué todavía más las rodillas a mi cuerpo, dolida porque no entendía la razón por la que su negativa me escocía tanto. Avanzó hasta la puerta y me preparé para escuchar cómo sus pasos se perdían en el interior, solo que no sucedió. Dacre se detuvo de espaldas en el marco con las cortinas acariciándole y una postura rígida.

—¿Ocurre algo?

—Debería irme —repitió. En aquella ocasión su voz sonó más débil y la respiración entrecortada.

—Eso ya lo has dicho.

Pasó un segundo.

Dos.

La tonalidad de su voz se tornó desdeñosa, de ultratumba, como si acabase de perder algo y estuviese profundamente crispado y enfadado consigo mismo cuando escupió de repente:

—Pero no es lo que voy a hacer —se dio la vuelta con la oscuridad dominando su mirada de hechizo y una sombra cubriéndole el rostro —, porque no sé hacer las cosas bien para nosotros, Sadie, las cosas correctas, las que nos convienen. Soy un puto escorpión egoísta. Y si alguna vez lo nuestro sale mal y te preguntas de quién fue la culpa, no lo dudes, es toda mía, porque no puedo resistirme a lo que terminará destruyéndonos. —Y sin añadir nada más o darme la oportunidad de preguntar para comprender el contexto de su frase, deshizo la distancia que nos separaba, tiró de mí para levantarme y me besó con furia, arrepentimiento, desesperación y finalmente con una profunda entrega que me asesinó y partió mi pecho en dos—. Lo siento, lobita, lo siento muchísimo... —Sus labios volvieron a la carga y nos perdimos en aquel contacto.

Da igual lo que pasase después, aquel siempre será el mejor beso que me han dado en toda mi vida.

Y durante mucho tiempo alimentó el odio que le profesé cuando por fin entendí a qué se refería con sus palabras.

BLOG DE TRAVIS FITZGERALD

Desfases y romances, los dos *must* de toda producción juvenil que se precie

¡Noticias frescas! ¡Anhelantes! ¡PECADORAS! La maldición o la bendición de toda producción se ha repetido. A oídos de este viejo tiburón —menuda tontería, los tiburones no tienen orejas, pero es que estoy muy emocionado— ha llegado el rumor de que la serie paranormal romántica juvenil más popular de estos momentos, *Los nueve círculos*, basada en la trilogía *best seller* de Tracy Montgomery *Averno*, sigue el patrón de sus predecesoras, tanto en éxito como en escándalos, y empieza a regalarnos lo que más nos gusta: salseo. Cómo echábamos de menos a un Ian Somerhalder y una Nina Dobrev, a un Robert Pattinson y su coprotagonista, Kristen Stewart, a Joey King y Jacob Elordi. La mayoría de esas relaciones salieron mal, lo sé, aunque ¿y lo que disfrutamos mientras duraron? Eso no nos lo quita nadie. Pero venga, va, al lío. Dejo de hacerme el interesante (no lo puedo evitar, me encanta) y desvelo que la nueva gran pareja a la que prometo entregar toda mi atención y mi pluma afilada es la compuesta por... ¡Sadie Sanders y Dacre Stewart!

Sí, habéis leído bien. *De maravilla.* Fuentes cercanas a este periodista han confirmado que al abrazo en cierta playa californiana y el baile en una solitaria carretera de Oregón les ha seguido un encuentro muy sentimental y privado en la terraza del apartamento que el actor tiene en Venice Beach, donde se les perdió la pista cuando entraron en el piso... juntos. De noche. Con un Dacre

Stewart irresistible y dispuesto. Lamentablemente, esta vez no tengo confirmación fotográfica del momento, pero la conseguiré. Hasta entonces solo hay que ponerle imaginación. ¿Qué habría hecho cualquier ser humano con tremendo *círculo*? Pues eso. Sadie, hija, eres muy afortunada. Tened por seguro que os seguiré informando acerca de ellos. Hasta entonces... Hasta entonces habrá que ver la serie desde una nueva perspectiva, la perspectiva de los detalles. Siempre he pensado que hay cosas que ni siquiera los actores más consagrados pueden fingir, y estos no dejan de ser un par de novatos.

5

Dacre

Después de aquel beso y de que los dos durmiéramos en habitaciones separadas, porque no me veía con fuerzas para ser más cabrón todavía, llegaron los remordimientos, los remordimientos reales, que son como hormiguitas escarbando dentro de ti y creando caminos, y cuando al día siguiente Travis Fitzgerald publicó su columna, con la que nada tuve que ver, le llamé.

—Creo que ya no estoy cómodo con esta mierda, Travis. —Fingí que bromeaba para no despertar más su atención, pero no lo logré.

—Creo que esta *mierda* empieza a ser real, así que no me pidas que pare porque no tengo ninguna intención de hacerte caso.

Era demasiado tarde. Perdí el control de la situación que yo mismo había provocado.

6

Freddie

Al día siguiente solucioné las cosas con Nate. Le expliqué que la intención había sido buena, aunque la ejecución hubiese dejado mucho que desear, y él me contó que las grandes masas le mareaban. Se ponía nervioso, el pulso se le aceleraba y sentía que se iba a desmayar. «Es como si en mi cabeza entrase un enjambre de abejas», me dijo. Por mi parte, me limité a escucharle sin atosigarle, sin prisas, tomando buena nota de lo que me contaba y hablándole de mí.

—Dime qué quieres saber, Nate.

—Todo.

—Pues todo te contaré.

Le propuse un plan más privado para esa tarde: subir juntos al mirador de la montaña de La Cumbre Peak. Nate era deportista, bastante más que yo, que desde que había dejado el fútbol me había descuidado un poco en ese aspecto, de manera que cuando llegamos el actor estaba impecable, en contraposición con mi aspecto sudado.

Había perseguido la belleza durante casi un año y era el momento de ir aflojando con los viajes, por dinero y porque de todo te terminabas cansando. Tenía material más que de sobra para intentar exponer, negociar con alguna editorial una posible publicación o vender las imágenes y buscarme una nueva profesión. Estaba en

una etapa vital en la que no me casaba con nada, en la que todo eran posibilidades. La gente veía mi lesión como un bache, pero para mí había sido la liberación de mirar siempre hacia delante. Al caerme y levantar la vista desde el suelo había contemplado otras perspectivas, paisajes que de ninguna otra forma habría vislumbrado de haber continuado por el camino recto, el establecido, con el piloto automático que llevaba puesto entonces.

Cogí una bocanada de aire de la montaña. Quería tomar una instantánea desde La Cumbre Peak. La postal de la costa de Santa Bárbara desde allí era impresionante y una bonita manera de poner fin a una de las tantas profesiones que me quedaban por delante. Cerrar un ciclo. Me detuve para beber un trago de agua en una zona allanada y Nate se me adelantó encaminándose peligrosamente hacia el borde del pedrusco de la montaña. Le observé enmarcado en el encuadre que quería fotografiar.

Desde que habíamos iniciado el ascenso sabía que en esa imagen me lo jugaría todo a una toma para hacerlo divertido, diferente. Lanzar fotografías había perdido valor. En un mundo en el que cada clic no contaba porque eran infinitos, la totalidad de las imágenes salían perfectas. Y quería algo auténtico. Real. Fotografiar una verdad.

Contemplé a Nate con su ropa deportiva y ese tamaño desproporcionado con el que parecía que iba a rozar el sol, con los brazos abiertos y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás para que los rayos le acariciasen la cara. El cabello rubio despeinado. Su silueta al contraluz. El efecto era impresionante. En ese momento, experimenté un chispazo entre las costillas. La cerilla que prende con el hueso y lo ilumina todo. Saqué mi cámara deprisa, consciente de que tenía delante toda la belleza que deseaba inmortalizar. Me preparé para lanzar un solo clic, tal y como me había prometido, me

agaché un poco y, justo cuando iba a hacerlo, Nate Levigne ladeó el rostro con el viento de la montaña arrullándole y, sonriente, me dijo:

—Nunca había visto algo tan bonito, Freddie.

—Ni yo.

Clic.

Inmortalicé la belleza y, sin saber cómo, comprendí que me había enamorado.

7

Dacre

Aterricé en Nueva Orleans por la mañana. La gente tiende a procrastinar, pero yo, cuando tenía una decisión tomada (y la tenía, por supuesto que la tenía) prefería quitarme el problema de encima lo antes posible. Del tirón, aunque doliera. Y digo «problema» porque ir a casa de los Stanley no era lo que se podía denominar una placentera excursión por Luisiana...

Llevaba todo más o menos estudiado, calculado. Mi visita coincidía con el día anterior a tener que regresar a Brookings para retomar el rodaje, de manera que no existiese ninguna posibilidad, por anecdóticamente pequeña que esta fuese, de prolongar mi estancia.

Ian me había convencido para ir, pero nada ni nadie me convencerían para quedarme.

Empleé la mañana en descansar en el hotel y hacia la hora de comer me encaminé a uno de los restaurantes que me recomendaron en la recepción y que yo ya conocía. Llené el estómago mientras contemplaba el río Misisipi y los barcos a vapor que lo cruzaban repletos de turistas, y me di cuenta de que estaba listo. Nueva Orleans era una ciudad que rebosaba color y vida, pero cuando llegué al barrio residencial donde había vivido durante una etapa de mi vida lo encontré apacible, tranquilo, un respiro dentro de tanto ruido. Pagué al taxista y remoloneé un rato en la acera, frente a la imponente fachada que no había cambiado a lo largo de

los años, con la única excepción de que yo ya no la podía llamar «hogar».

Saludé a un par de vecinos, algunos grupos de personas me reconocieron, y me dije: «Basta». Estar allí apartado era sinónimo de que mi visita me afectaba, y no pensaba permitirlo. Agarré bien la botella de vino que costaba una pasta y el ramo de flores que había comprado y me encaminé a la entrada. Lo mejor para demostrar que no me importaban era derrochar naturalidad, indiferencia. Deshacerme de las tensiones que agarrotaban mis músculos, escenificar una cena de ensueño y que no me volviesen a ver nunca. Si nada era real no correría ningún riesgo. Me concentré y manipulé mis facciones hasta que dibujé las de un reencuentro familiar típico. Luego llamé a la puerta.

Juliette no tardó en abrir. Lo hizo con tanta rapidez que dudé de si no estaría esperándome en el pequeño banquito de madera que había colocado al lado de la puerta, junto al perchero, y que precisamente yo había elegido cuando aún vivía en esa casa. Una ojeada veloz al interior me demostró que el mueble continuaba en el mismo sitio. Aquello hizo que se tambaleasen un poco mis cimientos. Los recuerdos, así como la expresión cauta con un brillo de emoción contenida en los ojos de la mujer que tenía enfrente y que hacía tanto tiempo que no me veía, me zarandearon, pero tenía el mástil bien anclado a tierra. Lo que se esperaba de mí en aquellos momentos era que apretase los dientes, tensionase los músculos y entrase como un torrente que destilaba frialdad, enfado y rencor, así que hice todo lo contrario.

«Tú controlas la situación Dacre».

Le ofrecí mi mejor sonrisa, el ramo de flores y la besé en la mejilla.

—Estás estupenda, Juliette. —El contacto me quemó los labios, pero no lo demostré. Ian apareció por detrás de ella y no hice otra cosa que exagerar la mueca—. Para ti no hay flores, aunque espero que esta botella de vino lo compense. Juliette siempre ha sido más de limonada. —Se la tendí, el hombre la cogió sin mirar la etiqueta y los dos me observaron protagonizando una mezcla de desconcierto (ella) y suspicacia (él). Imagino que por la mente de Ian el único pensamiento que circulaba era: «Qué narices estás tramando». Pero yo no tramaba nada, solo restar horas al reloj y largarme. Llegaba, pues, el momento más complicado, el único que provocó un efecto similar a que notase que el tamaño de mi lengua aumentaba y la boca se tornaba igual de pastosa que si hubiera comido tierra—. ¿Y el pequeñín? Para él no he traído nada, pero que me diga qué le gusta y se lo mando.

Al final fue un niño.

Un niño.

Coby.

Y el dolor por no conocerle escoció durante un parpadeo.

Pero un parpadeo puede dar para mucho cuando hay una amplia molestia acumulada.

Juliette e Ian se dedicaron una mirada vacilante.

—Pensábamos que... —comenzó a hablar ella, pero él la interrumpió:

—Está en casa de un amigo.

Pensaban que nuestro encuentro no iba a ser en buenos términos y por eso le habían sacado de allí, para protegerle de mí, como les había dicho Roberto Stanley. Razones no les faltaban para deducir eso. Era evidente que entre nosotros existía algo podrido, enquistado, peligroso. Pero no pensaba discutir. Solo se batalla por las cosas que se quieren arreglar y yo no tenía ninguna intención de

hacerlo. Bastaba con mi presencia y las incómodas horas que me quedaban por delante.

—Una pena —concluí.

Juliette se apartó para invitarme a entrar. A partir de ese momento todo fue rodado, casi como si yo hubiese escrito el guion de la cena. Comimos en abundancia, me dediqué a contarles anécdotas de *Averno* y reí con falsas (pero convincentes) carcajadas. Cuando me quise dar cuenta los platos del postre estaban vacíos, ayudaba a Ian a recogerlos y el hombre se ofrecía a sacar la basura y preparar café. Fue el único instante en el que nos dejó solos. A Juliette y a mí. Y todo estaba hecho. Había soportado sin flaquear incluso el ofrecimiento para quedarme a dormir en mi antiguo cuarto, con lo que quizá pretendían demostrarme que, pese a su posición privilegiada y a tener un tamaño superior al resto de las habitaciones de la vivienda, me lo habían guardado, del mismo modo que tampoco flaqueé al ver que conservaban fotos mías en el salón o por el hecho de que a Juliette se le humedecieran los ojos a veces cuando me observaba, del mismo modo que si fuera el deseo que le pidió a una estrella hace mucho mucho tiempo, pero en el fondo supiese que estaba de paso para un adiós y la realidad le perforase el pecho avivando una vieja herida.

Lo cierto era que no se equivocaba. De eso iba aquella cena: una despedida destinada a ellos con toda la cordialidad que me quedaba y conteniendo mis verdaderas emociones. Resultar amable, que Juliette avanzase, arrancarme la culpa por no haber atendido a sus llamadas en las circunstancias que ella estaba viviendo cuando me llamó, y no volver a cruzarnos. El mundo era demasiado grande para coincidir, más si una parte se proponía no hacerlo.

Y estaba funcionando.

Lo juro.

Pero entonces Juliette dijo:

—No quería que esto fuera así... Tan... artificial. —Y se quebró. Se cubrió la cara con las manos, sentada a la mesa, y se echó a llorar —. Perdona, sé que no debería estar llorando. Pero no puedo... No puedo —continuó sin descubrirse.

Por un segundo me quedé sin palabras y noté que, en lugar de estar hecho de acero como me pensaba, era una barra flácida. La seguridad con la que había llegado me meció y traté de ponerle remedio.

—¿Qué ocurre, Juliette? Lo estamos pasando bien. Hemos hablado del rodaje, hemos brindado y me voy a tomar la copa que Ian me ofrecerá después del café en el balancín del porche. —Enumeré todos mis esfuerzos, pero sus hombros no pararon de temblar—. ¿Qué más quieres de mí? —pregunté entonces notando el malestar de la impotencia en mi garganta. Le había dado más de lo que merecía y, aun así, no parecía satisfecha.

En aquel momento Juliette se descubrió y, a pesar de llevar toda la noche evitando mirarla, mirarla de verdad y no de pasada, lo hice. Su arrebato provocó que me pillase con la guardia baja y la observé con detenimiento. La mujer estaba más delgada, pálida, y le descubrí una apagada mueca de tristeza que nunca le había visto. Aquello me hizo recordar el comentario de Sadie de que yo era la luz que iluminaba la escena, y me odié por creer que podía tratarse de eso durante la fracción de segundo en la que me permití hacerlo. Yo no iluminaba a Juliette. Para eso ya tenía las bombillas de su jodida mansión y su puta familia. Apreté los dientes furioso debajo de la máscara que se me estaba despegando y traté de sujetarla a mi cara. Que me doliese verla mal era inadmisible, pero estaba sucediendo. Me afectaban las lágrimas que todavía derramaba. Por eso me urgía largarme de allí antes de que las cosas se

descontrolaran. Ella se dio cuenta de mis intenciones y se apresuró a calmarse un poco para pedirme:

—Cuéntame qué hice, por favor. Lo he repasado todo y no soy capaz de averiguarlo. Tantas teorías van a hacer que enloquezca... —Adivinó mi poca predisposición a cumplir su deseo, y con la voz tomada y en tono de súplica insistió—: Por favor, hijo.

La última palabra me desarmó y redujo a cenizas todos mis disfraces. Las llamas lamieron mi cuerpo cuando sentí el impulso de consolarla, de abrazarla, porque contemplarla desesperada y herida me nublaba el juicio. El amor que sentía por ella era un zombi en mi lago helado, pero estaba golpeando la superficie con fuerza. «¿Quiere saber lo que ocurrió y desea que nuestro final no sea dulce? Pues que así sea», sonó en mi mente, y expulsé todo resquicio de interpretación para mostrarle mi verdadera cara, en la que los reproches acumulados durante años se alzaban imponentes y mi lengua se tornaba sibilina.

—Para empezar, no estaría nada mal que dejases de llamarme «hijo».

La confusión cortó su llanto, aquello la descolocó.

—¿«Hijo»? Los últimos años te llamaba así. Nunca te molestó y...

—No me gusta que me llamen lo que no soy —la interrumpí con los dientes apretados y una sonrisa tensa. Estaba a nada de mandarlo todo a la mierda y desvelar el gran secreto que me había guardado para mí durante años, y no quería. No quería que supiese que algún día tuvo el poder de hacerme daño y causarme tanto sufrimiento. Pero Juliette, perdida, no se detenía en su discurso.

—Eres nuestro hijo, eres nuestra familia. Ian y yo siempre te lo hemos dicho, hemos hecho todo lo posible porque te sintieras...

—Para —la advertí, pero ella me ignoró.

—Porque te sintieras nuestro hijo, porque lo eres. El hecho de que naciese Cody no cambió nada. —De repente malinterpretó la situación y abrió los ojos como platos—. ¿Fue por eso? ¿Te sentiste amenazado por él? —Esbocé una sonrisa gélida.

—No, Juliette, no tengo envidia de un niño.

Cody nunca había sido el problema. De hecho, no conocerlo y saber de su existencia solo lo agravó.

Amplié mi tétrica sonrisa y por fin le escupí la verdad, sacándome la espina de dentro.

—El hecho de que pensaseis devolverme a sugerencia de tu padre fue algo más difícil de encajar, pero lo logré, así que comprenderás que no entienda de qué va todo este puto drama.

El gesto de Juliette se tornó desorientado y poco a poco sus facciones fueron dominadas por el horror.

—¿C-cómo? —balbuceó.

—Os oí la noche del Mardi Gras.

A pesar de que le faltaba el aire, respondió rápido.

—¿Qué oíste?

—Que debíais proteger y cuidar a la familia que habías creado de mí porque podría ser una mala influencia para la pureza de tu hijo de verdad. —El pánico se adueñó de su expresión y esbocé una sonrisa tan heladora como mi voz—. También escuché tu silencio después de la propuesta.

Ya estaba. Ya lo había hecho. Me había vaciado del tenebroso fantasma.

—Yo no...

—Tú sí. Vi la conmovedora escena en la que te apoyabas en el hombro de tu padre y cedías. Fue *preciosa*, y marchándome te ahorré que te ensuciases las manos y un perezoso proceso legal, así que en compensación ahórrame tenerte que relatar todos los

detalles y asume que esto, nosotros, es otro de tus caprichos porque ahora se te ha antojado que te quiera, pero yo no puedo querer y mucho menos considerar mi madre a una persona que no dudó en jugar con los sentimientos de un puto adolescente ofreciéndole algo que nunca estuvo dispuesta a darle: su amor.

—Yo... Yo te quiero, Dacre.

—Extraña forma de querer la tuya cuando, si no llego a largarme, habrías tenido que usar el poder de tu padre para revertir mi adopción —escupí.

Nos sostuvimos la mirada y finalmente ella lo admitió:

—Llevas razón, Dacre. Dudé. Fueron unos minutos, pero lo hice. Después eché a mi padre y me pasé medio año sin hablarle por el consejo que nos había dado. Ian estuvo conforme —me reveló, y algo cruzó mi pecho abriendo una fisura entre las costillas. Me parapeté en el odio y el rencor que había acumulado durante años —. Hay algo que nadie nos cuenta de los adultos, ¿sabes? Cuando creces no te vuelves más sabio, solo sientes más miedo porque se supone que debes hacer las cosas bien y a veces no tienes ni idea. Te aterra equivocarte. Por eso recurres a tus padres. Porque piensas que ellos son más listos que tú, más acertados y... Estaba abrumada. Tenía miedo de que el embarazo saliese mal, de los cambios, del futuro, y... te fallé. Me permití plantearme algo que no era discutible, tu pertenencia a esta familia —articuló, y, o bien tenía enfrente a la actriz más cojonuda que conocía, o estaba siendo sincera—. No puedo deshacer el daño que te he causado. No puedo volver atrás y protegerte de un instante en el que entré en pánico, porque ya no esperaba quedarme embarazada y recordé de golpe todas las malas experiencias anteriores, dejándome guiar por el que demostró ser el peor consejero de todos cuantos me rodeaban. Buscaría una excusa, pero es que no la hay. Unos padres siempre

son unos padres. ¿Cómo van a quedarse callados cuando alguien está insinuando algo así de su hijo...? —Torció el gesto como si en aquel instante se despreciara a sí misma—. Como digo, no puedo deshacer el daño que te he causado, y sé que después de esto no estoy en posición de pedirte nada. No me perdones si no puedes, pero, por favor, créeme cuando te digo que a pesar de todas las noches que he pasado en vela sin saber dónde ni cómo estabas, a pesar de que posiblemente te marches y no vuelvas a dirigirme nunca más la palabra..., te quiero, hijo, y no te puedo llamar de otra forma porque tú me hiciste mamá.

Algo se rompió en mi interior, los ojos me escocieron y sentí que la situación me superaba. No podía continuar allí. Juliette me había confirmado lo que ya sabía, sí, pero le había añadido detalles a la escena.

Aturdido se me escapó una carcajada nerviosa, me levanté y me largué de la casa.

8

Sadie

El nombre de Dacre en la pantalla se superpuso al guion que, recostada en el diván de mi habitación de Santa Bárbara junto a la ventana, estaba leyendo en el teléfono. Descolgué, todavía con la sensación dulce de la escena en la tripa, y él me habló.

—¿Te pillo en un buen momento, lobita?

Escuchar su voz me produjo un cosquilleo en el bajo vientre y chispitas de electricidad esparcidas por todo mi cuerpo como si fuesen luciérnagas.

—Siempre es malo cuando se trata de ti. —Sonreí—. Dime.

El actor no contestó de inmediato y por el sonido de fondo, jazz que se acercaba, jazz que se alejaba, adiviné que se encontraba en movimiento en cualquiera de las calles de una ciudad que intuía era pura energía. Latidos. Vida.

—¿Qué opinas del perdón?

Su abrupta pregunta iba en serio. Consultaba mi opinión cada vez con más frecuencia. E iba a dársela. A lo largo de los años había reflexionado mucho sobre el tema por si se producía el milagro de que mi madre, que había aprovechado mi visita para sumar horas a su jornada laboral y pasar el mínimo tiempo posible conmigo, me lo pedía. Por supuesto, aquello era algo impensable que no había sucedido en esta ocasión y no sucedería nunca. Pero tenía una

respuesta y se la di. Me removí en el asiento y le desvelé mi conclusión.

—Creo que mucha gente perdona a la ligera. Perdona sin perdonar. Dice que sí, pero el rencor sigue ahí, dentro, intacto bajo una cúpula de cristal, y luego recrimina. De manera que mi opinión sobre el perdón es que solo se debe dar si es real; si no, es mejor decir que no puedes perdonar por el momento, hasta que seas capaz de hacerlo, si es que alguna vez tal cosa es posible. ¿Ha ocurrido algo con los Stanley? —Dacre me había hablado más en detenimiento de la pareja, su historia, y sabía que esa noche los había visto.

—Ha habido un pequeño contratiempo. Pedazos de información que me faltaban y... Tengo la cabeza con mucho ruido.

Adiviné que no añadiría nada más, y no le debía presionar. Nos quedamos en silencio y el barullo inicial fue sustituido por la aparente calma.

—¿Dónde estás?

—En Bayou St. John, en el pantano.

—Tiene que ser bonito.

—Lo es.

Sin venir a cuento me imaginé con él allí y me invadió una sensación agradable que no rechacé, ni minimicé, ni me asustó. No habíamos hablado de lo que éramos. Ni de si éramos algo, vaya. Pero mis emociones iban por libre y sentía a Dacre, que se me había colado dentro de un modo tan lento y de una forma tan inesperada que no había tenido tiempo de expulsarlo como venía haciendo con cada chico que conocía desde mi adolescencia. Supongo que el factor sorpresa fue que era del todo improbable que el actor pudiera gustarme. Y había sucedido. Me gustaba. Me gustaba mucho. Sonreí de manera inconsciente y él apuntó cambiando de tema:

—Dentro de poco empieza la gira europea.

Lisboa, Madrid, París, Londres, Edimburgo, Atenas, Berlín y Roma.

Y se hablaba de una posible gira asiática además de la americana.

—Dentro de pocas semanas, sí.

—¿Estás preparada?

—Desde luego que no, por eso leía el guion, para templar los nervios.

—¿Nos han mandado algo?

—Sí —bajé el volumen de mi voz y noté cómo mis mejillas cogían calor—, una escena de los dos. —La recordé, ilusionada por las grabaciones que teníamos por delante, y el corazón me martilleó en el pecho—. ¿Puedo contarte un secreto?

—No deberías, pero aun así quiero saberlo.

—Siempre he sido del *team* JudLib. Ala. Ya está. Ya lo he dicho. —Reí, y él me soltó a bocajarro:

—No quiero que seamos algo puntual, Sadie, pero sí algo privado.

Y acto seguido me pidió que mantuviésemos lo nuestro en secreto.

—¿Por el bien de la producción? —deduje, y tardó un par de segundos en responder con la voz raspada.

—Entre otras cosas, sí. —Sonreí.

—Que cuides de tu trabajo no es tan malo como lo haces parecer.

—Algún día no opinarás lo mismo.

ESCENA QUE LEÍA SADIE ESA NOCHE

INT. HABITACIÓN DE LIBE-NOCHE

LIBE está en pijama de pie frente al tocador cuando siente una presencia extraña a su espalda. Enarbola el cepillo como si fuese un arma y se gira. JUDE la observa con la mirada entornada, gesto burlón y una sonrisa descarada en los labios.

JUDE

¿De verdad esto es lo que quieres? ¿Atacarme con un jodido peine?

JUDE ríe y LIBE vuelve a girarse empleando el cepillo para peinarse.

LIBE

Lo que quiero es que tropieces y te caigas sobre el arma milenaria que puede matarte, pero no tendré tanta suerte.

A JUDE se le escapa una carcajada y roza los brazos desnudos de LIBE con delicadeza, provocando que esta contenga el aliento y se le ponga la piel de gallina.

JUDE

¿Segura? Muerto no puedo hacer todo lo que imaginas...

LIBE

No imagino nada.

JUDE

(Enarcando una ceja).

Ah, ¿no?

ESCENA del sueño en la que LIBE está tumbada en la cama de esa misma habitación en ropa interior retorciendo las sábanas blancas de placer mientras gime por lo que RHETT está haciendo entre sus piernas; solo que, al mirar, el pecado que asoma es JUDE.

LIBE abandona la fantasía, se gira y le amenaza apuntándole con el dedo con el que le da pequeños golpes en el pecho.

LIBE

No vuelvas a meterte en mi cabeza.

JUDE

(Entretenido).

Es que es muy divertido. Además, no puedo meter conceptos nuevos, solo manipular los existentes, así que si te pongo cachonda es tu problema.

LIBE

Sé que no puedo matarte, pero espero que cuando algún ser sobrenatural lo haga, te duela.

JUDE

Definitivamente, lo que más debe apreciar mi hermano de ti es tu instinto asesino. Y ahora regresemos a lo importante, que hay un puto infierno que se está

desmadrando, y tú te vienes conmigo.

LIBE chasquea la lengua y accede a acompañarle. JUDE sonríe. Se ve complicidad.

Episodio 12
La gira donde todo estalló

1

Sadie

La gira europea fue frenética, una locura. No quiero sonar desagradecida. De verdad que no. Sabía que aquella oportunidad no se presentaba todos los días y que, casi para cualquier actor, se habría tratado de un sueño. Para mí también lo era, que conste. Viajar a otro continente y recoger el cariño del público, degustar el éxito. Sin embargo, eran tantas las cosas que pretendían que hiciésemos y tan limitado el tiempo que me sentía como un robot teledirigido que realizaba las tareas que se le pedían controlada por un mando a distancia. No había un instante de disfrute, solo una agenda apretada, y llegado un punto nos disociábamos tanto de la realidad que apenas recordábamos en qué ciudad estábamos. Solo nos centrábamos en la rueda de prensa que tocara, en el evento con los fans o en la fiesta en la que el cansancio o cualquier muestra de desgaste estaba prohibido, aunque el cuerpo y la mente se quejaran clamando una tregua, dormir.

Habíamos recorrido cuatro países, nos encontrábamos en el quinto y quedaban tres, si la gira no se ampliaba. Comprobé mi aspecto en el espejo del hotel de Edimburgo y revisé que con el semirrecogido no se me vieran las malditas orejas. Mi autoestima física estaba tocada. A los comentarios habituales de «Las chicas se sienten identificadas contigo porque eres normal» de las entrevistas, que en realidad sonaban a que me estaban llamando «fea», se había

sumado el hecho de que nuestras portadas, las publicaciones en las que aparecíamos, se habían multiplicado vertiginosamente durante el paso por Europa, y era tal el Photoshop que me ponían que en la mayoría ni me reconocía.

Hasta entonces siempre había pensado que me opondría a ese tipo de prácticas, sacaría todo mi carácter y pediría que mostraran a mi auténtico yo al natural, pero lo cierto era que cuando veía las imágenes me gustaba más con filtros y lo dejé pasar traicionando mis principios, del mismo modo que aparté la mirada del espejo porque al profundizar no me gustó lo que veía. Sufrí un escalofrío que me erizó la piel y abandoné mi habitación a toda prisa.

La fiesta de esa noche (todas las noches había una) se celebraba en un castillo cercano a la ciudad. *Un puto castillo.* A los actores nos habían puesto un autobús. Freddie estaba allí, alojado en el cuarto de Nate como un invitado más, su relación se afianzaba. No obstante, en lugar de ir con ellos a su habitación, a la que me dirigí, apretando el paso por el pasillo de aquella construcción preciosa de piedra con vistas a Calton Hill, la Royal Mile y el mar gótico de edificios de la ciudad, fue a la de Candice. Mi amiga me había escrito para pedirme que fuera y me parecía buena idea bajar con ellas (apostaba a que Laura estaría cerca) e irnos juntas. Descendí los tres pisos que nos separaban en el ascensor, de espaldas al espejo para no arrepentirme del sencillo vestido que había elegido manteniendo el principio de evitar la ostentosidad, llamé a la puerta y la chica que trabajaba en Producción me abrió.

Esperaba encontrarme con una Candice radiante, feliz y preciosa (la actriz tenía un gusto excelente) y con una Laura que esbozara una sonrisa ladeada al contemplarla dándose toquecitos de purpurina en los párpados; por eso, cuando la imagen que surgió ante mí fue la de una Laura seria y concentrada y una Candice

sentada en el sofá con un impresionante vestido y con actitud derrotada, me preocupé.

—¿Me he perdido algo?

Laura cerró la puerta detrás de mí y la actriz no se hizo de rogar.

—Van a matarme, Sadie —soltó, y supuse que se trataba de la serie. Me acerqué a ella, que estaba conteniendo las lágrimas para que no se le corriera el colorido y brillante maquillaje, y tomé asiento en el sillón de enfrente.

—No tiene sentido. Eres una de las pocas humanas que sobreviven. —Me había leído la trilogía. Sabía de lo que hablaba. Pero Candice me corrigió.

—Se ha filtrado, y cuando he llamado a la productora para asegurarme solo han lamentado que me enterase de este modo y encima en plena gira, cuando hay que estar —imitó el tono agudo que seguramente habían empleado con ella— *a tope de entusiasmo*. Supongo que les fastidia que esté triste y pueda estropear la postal que quieren vender, pero, jo, me he esforzado mucho en este papel y es un palo. Yo no tengo la culpa de que el personaje no haya calado y estoy convencida de que es reversible. Los guionistas necesitan una escena, un diálogo, para que alguien shippee a una pareja. Pues que me den las líneas a mí. Pero no, prefieren que contribuya a tu giro oscuro mientras paseas de la mano de Jude por el infierno. —Señaló una de las pequeñas alteraciones que se estaban permitiendo respecto al texto original, de las que cada vez había más, y me dedicó un gesto con el que pretendía eximirme de toda responsabilidad—. No es tu culpa, lo sé, pero... No es justo. Además, no han sabido aclararme si mi muerte será épica, un destripamiento para hacerse una corona con mis vísceras, algo que los espectadores no se puedan sacar de la retina, o un accidente fortuito. Lo mismo me caigo durante una onda expansiva porque soy

torpe y me rompo el cuello. Vete a saber. —Dibujó un mohín y añadió—: Esta es la producción de la década y no quiero ser un personaje tan irrelevante que ni siquiera lo invitan a los reencuentros dentro de cinco años porque no recuerdan su nombre.

Percibió que el llanto iba a apoderarse de ella y apretó los dientes para controlarlo. Las únicas lágrimas que Candice quería en su cara eran las piedrecitas de cristal que ella misma se había pegado. Laura se dejó caer en el reposabrazos y le pasó la mano por los hombros con un inusual gesto de cariño tan impropio de ella como su expresión severa. Como respuesta, la actriz se apoyó en la chica.

—Todo va a ir bien, Perlitas.

—Eso no lo sabes. Se suponía que esta era mi gran oportunidad.

—Eres buena actriz.

—¿Y qué? Los bares de Los Ángeles están llenos de buenas actrices que son camareras, y yo ni siquiera sé servir una cerveza, por no mencionar que perseguiría a todos aquellos que vacían medio bote de kétchup en el plato para después no comérselo. —Laura no pudo evitar sonreír y el gesto se trasladó a la cara de Candice. Se quedaron unos segundos mirándose, y la actriz recordó lo que había sucedido y entonces me observó a mí anhelante—. ¿Cómo vamos a arreglarlo, Sadie?

Sabía lo que me estaba pidiendo. Que la ayudara. Que intercediera. Que utilizara mi poder. Pero en realidad se trataba de algo muy por encima de mis posibilidades. Laura y yo éramos muy conscientes de ello y Candice también lo habría sido de no estar desesperada. Los artistas no mandaban en las decisiones creativas. Podían sugerir y exigir que se los escuchara, pero no imponer. Aquel no era su trabajo. Y por muy triste que sonara, era cierto que personajes muy queridos y mimados por los guionistas no funcionaban y secundarios que inicialmente tenían una toma

acababan tornándose recurrentes, algunos incluso con mayor interés argumental que los principales. E igual que no les temblaba el pulso al ascender a unos, tampoco lo hacían al cepillarse a otros.

Le habían dado al personaje de Candice más de dos temporadas de oportunidades, pero, si atendía a los hechos, su presencia en la pantalla se había ido limitando hasta parecer una extra. Quizá, siendo objetiva, puede que le viniera mejor abandonar esta ficción y buscar un papel con el que poder crecer y demostrar su talento. Pero yo no era objetiva, era bien subjetiva. Y Candice, mi amiga. El vacío que dejaría era enorme y me resistía a aceptar lo que le habían dicho sin pelear. Intentar salvarla era uno de los pocos escenarios en los que el abuso de poder para mí estaba justificado. ¿De qué servía ser la protagonista si no podía detener el agujero que se me estaba haciendo en el pecho?

—Hablaré con ellos.

La mirada de Candice se llenó de esperanza al tiempo que alguien llamaba a la puerta para indicarnos que teníamos (bueno, el nombre que pronunció fue el mío) que bajar. El *show* siempre debía continuar, ni siquiera disponíamos de tiempo para estar apenadas. Se puso de pie, y mientras se encaminaba al baño para retocarse el maquillaje habló de las numerosas posibilidades que veía para su retorno una vez que conociese cómo la matarían, e iban desde una resurrección transformada en un ser maligno a que todo se tratase de una farsa y en realidad jamás hubiese muerto.

—En un *plot twist* muy recurrido para traer de vuelta a los personajes más queridos.

El problema es que el suyo no lo era. Ya había una lista inmensa de personajes que los pecadores adoraban y preferirían que volviesen antes que ella. Negué con la cabeza y la observé mientras se metía dentro del baño. Su entusiasmo era fingido, igual que mi

euforia de que lo íbamos a conseguir. Estoy segura de que en el fondo ambas sabíamos que nos estábamos engañando. La única realista fue Laura, que vino a mi lado y me dijo un sencillo:

—Vamos a tener que cuidarla mucho cuando rechacen tu idea.

Y con esa frase me desmoroné. Los ojos me escocieron y sentí que todo era muy injusto. Que la ficción era un universo cruel y oscuro en el que solo importaba cuántos ojos estaban puestos en ti y si no te desechaban. Contuve el llanto. Y cuando Candice salió, por supuesto con una máscara de felicidad puesta, y dijo:

—Vamos, chicas, quitad esas caras. Va a ser una noche estupenda. Le veo muchas posibilidades al plan, Sadie.

Cuando Candice salió interpretando un papel deseé que la fiesta se anulara, las cámaras parasen de grabar y por una noche, solo por una, poder ser algo más que *Averno*.

2

Dacre

Sadie miraba distraída cómo la ciudad pasaba por la ventana del miniautobús. Podría haber colocado una mano sobre su muslo o acariciarle la piel desnuda del brazo para recordarle que estaba allí, a su lado, real y metafóricamente, pero aquello habría roto la misma norma que yo había impuesto: que lo nuestro fuese privado.

Se lo había vendido como que la exposición pública envenenaba las relaciones y tendría consecuencias laborales, como si no fuese yo mismo el que la había intoxicado desde el principio. La actriz se removió, muy preocupada, y me alarmé. Últimamente pensaba mucho en la posibilidad de que se enterase de lo que había hecho, cosa que me agobiaba. Ladeé el cuerpo hacia ella ataviado con mi traje de dos piezas oscuro (aquel día había decidido ir clásico) y le pregunté aclarando la garganta:

—¿Te encuentras bien?

Se giró en mi dirección. Contuve el aliento, pero traté de disimularlo ante ella. Últimamente me preguntaba también muchas veces cuál sería su reacción en caso de saberlo todo. ¿Se encararía conmigo, sufriría en silencio o instalaría un bloque de hormigón entre los dos? Ningún escenario me gustaba, así que por eso me comportaba como un puto cobarde incapaz de confesar sus mierdas. Al ver que no respondía de inmediato la inquietud aumentó y la rocé con suavidad con el hombro.

—Venga, lobita, puedes confiar en mí. —Lo decía en serio. Tenía la firme intención de no joderla más. Sadie se acercó y me contó lo de Candice. Sentí alivio al descubrir que no era por mí. Luego analicé la situación. Parte de mi reciente nuevo propósito de convertirme en una persona medio decente era pensar en los demás, ponerme en su piel. Lo hice y dije—: No os apetece una mierda ir a la fiesta. —Le robé la primera sonrisa de la noche y mis pulmones se expandieron.

—Nunca me apetece una mierda ir a las fiestas, pero esta noche particularmente menos. Aunque no tenemos opción, ¿no? —Me lanzó un interrogante que era más un grito de auxilio.

La fiesta de esa noche era crucial según Shonda, que estaba allí. Todas lo eran. Conocería a gente importante, gente que podría abrirme puertas y, como nunca pequé de falsa modestia, no tenía ningún problema en reconocer que me había convertido en el activo más preciado de *Los nueve círculos*, el actor más deseado y cotizado en ese tipo de eventos. Mi ausencia se notaría del mismo modo que mi presencia era la que todo el mundo esperaba. Sin embargo...

Una característica de las personas manipuladoras es que habitamos en la anticipación, en estado de alerta, vivimos por y para el futuro, para tramar un plan, ejecutarlo y fantasear con un resultado que ni siquiera disfrutamos porque estamos trabajando en tejer nuestra siguiente tela de araña. Esa era una de las cosas que cambiaban con Sadie. Con ella estaba donde quería estar, me traía de vuelta al presente. Sonreí y pronuncié un tentador:

—¿Y si por una noche, solo por una, nos transformamos en el *cast* maleducado y desagradecido que da plantón y no acude a su propia fiesta?

Ni siquiera me hizo falta una respuesta clara, solo que su sonrisa, su jodida preciosa sonrisa, se ensanchara.

—Sería fatal para tu reputación, Dacre. Perderías muchas portadas.

—No te preocupes por eso. En el próximo evento fan fingiré que se me desgarra la camiseta y las recuperaré. —Le devolví el gesto, ella asintió y me incliné hacia delante para hablar con el conductor.

Terminamos en la playa. Me avergüenza admitir que era tan puto ignorante que desconocía que cerca de Edimburgo había mar. Pero ahí estaba. Todos los actores bajamos y nos encontramos con una solitaria playa custodiada por unas casas bajas y la ciudad. Habíamos hecho una parada intermedia para proveernos de provisiones y nos las repartimos mientras nos encaminábamos al paseo que se adentraba en la arena dejando en el vehículo, que nos esperaría, los móviles, que echaban humo después de enviar un escueto mensaje avisando de que no iríamos.

Me sorprendió que nadie se opusiera a mi idea y me sorprendió todavía más lo contentos que parecían todos mientras nos instalábamos en la arena. Las chicas lanzaron los tacones lejos, los chicos hicieron lo mismo con los zapatos, y nos sentamos. Era curioso observar a aquel grupo tan dispar. Nate y Freddie se encontraban en su mejor momento, un poco retirados, pero porque querían intimidad. El actor cada vez estaba más tranquilo en nuestra presencia. *Estaba*, que eso era ya mucho, aunque entonces aún no supiera las razones que parecían distanciarlo del mundo entero. Sadie, Candice y Laura, que había mentido a su jefe, para no desvelarle que se encontraba con nosotros, diciendo que se quedaba en el hotel por una indigestión, permanecían apiñadas hablando entre sí; y a mí me tocó Gascón al lado. El de Alabama era de lejos el más emocionado de todos. Lucía una sonrisa a rebosar y enseguida me dijo:

—Es la primera vez que voy a una fiesta con amigos en la playa.

En aquella ocasión no le corregí, *amigos* era la palabra correcta. En su lugar, asentí mientras contemplaba a Sadie. La chica estaba feliz, con los hombros más relajados, y por algún extraño motivo me transmitió la sensación, el sentimiento, de plenitud y paz. Sonreí con una cálida bola de fuego dentro, que se derramaba como la miel hasta hacerme sentir relajado, y recordé un hilo que había leído en las redes sociales. Hablaba de la frase que el director de la trilogía de *Antes del amanecer* le dijo al actor Ethan Hawke para que aceptase el papel en su película: «Nunca he tenido un accidente de helicóptero, nunca he estado envuelto en una trama de espionaje..., pero lo más interesante que me ha ocurrido en la vida fue la sensación de conectar con otro ser humano». Desconocía si esas palabras de verdad eran suyas o si alguien se las había atribuido, pero por fin las comprendí. Sentí la... conexión con otro ser humano. Con otros, porque a Gascón también le quería. Aparté la mirada de la chica con un nudo en la garganta y le dije a mi amigo:

—¿Sabes lo mejor de estas fiestas?

—¿Emborracharse hasta perder la conciencia con un embudo en la boca?

Negué con la cabeza.

—Bañarse desnudo en el mar. Es el final épico que casi siempre merecen.

Gascón miró hacia el agua ilusionado, después se observó a sí mismo y el brillo de sus ojos desapareció. Yo nunca había sido bueno empatizando, consolando o dando consejos, pero lo intenté.

—Aquí nos gustas a todos, Gascón, y si tú no te gustas, puedo ayudarte a buscar ayuda. Pasarte el contacto de mi nutricionista, el entrenador y el terapeuta que Shonda me buscó, porque ella siempre dice que todos los actores deberíamos estar acompañados,

y a los que quizá debería haber llamado. Pero que te quede claro que si es por mí no te sobra ni un gramo.

Estaba harto de que parte de la sociedad hiciese sentir mal a las personas con un cuerpo no normativo. Los cuerpos eran distintos, maldita sea, y el del actor, tan aceptable como cualquier otro. Me miró agradecido y me dijo entusiasmado como un niño:

—La verdad es que sí que quiero que nos bañemos sin ropa, pero con los calzoncillos puestos. No estoy tan familiarizado con el exhibicionismo para enseñar el rabo.

Le sonreí de vuelta.

—Mejor. Apuesto a que el agua es un puto cubito de hielo.

Nos encaminamos hacia la orilla, nos deshicimos de los trajes e íbamos a meternos cuando un trío de chicas en ropa interior se nos adelantó. Freddie y Nate se quedaron sentados en la arena y el mellizo jaleó a su hermana silbándole («¡Vamos, quítate el sujetador! ¡Que se enteren de que los de California no tenemos vergüenza!»). Gascón y yo las seguimos. No me confundía al presuponer que la temperatura del agua se asemejaba a la de un puto cubito de hielo; sin embargo, era tal nuestra euforia que durante unos segundos logramos templarla. Las olas rompieron contra nosotros y el cielo estrellado se derramó encima de nuestras cabezas. Claro que, al salir, nos enfrentamos a la cruel realidad. Gascón se protegió con su chaqueta, Laura y Candice con la de Nate y Freddie, y yo le ofrecí la mía a Sadie.

—Anda, toma, antes de que te dé una hipotermia, lobita.

Los dientes le castañeaban, el maquillaje se le había corrido y el pelo se le pegaba a la cabeza. Estaba preciosa, porque Sadie Sanders era preciosa, y eso que me resistía a conocer el resto de su anatomía y hacerla mía porque en el fondo la sensación de culpa por mis mentiras pesaba y me impedía cruzar la puerta del anhelado

sexo. Traté de ponerle la chaqueta por encima y se negó, cogiéndola solo para secarse superficialmente y devolviéndomela con la intención de que yo hiciese lo mismo. Después pudimos vestirnos.

—No te hagas el valiente. Tú también estás helado —dijo, y la corregí.

—Te olvidas de que soy de Chippewa Falls. Nosotros solo tenemos frío cuando hay icebergs flotando cerca —bromeé, y el modo en el que me miró... La manera en que lo hizo... Lo fue todo.

—No olvido nada cuando me cuentas quién eres.

Mi mirada se intensificó, bajó hasta sus labios ronroneante y si no la besé tal y como ella me estaba reclamando en silencio, fue porque me carcomía la duda de si habría alguien cerca acechando para fotografiarnos por el juego mediático que yo mismo había iniciado. Estaba paranoico. Sadie me importaba, me importaba de veras, y por eso mismo iba a cuidar de nuestra relación. A devolverle lo que nunca debería haberle robado: su privacidad. La prensa se cansaría, tenía que cansarse, y después seríamos reales. Libres. No más montajes. Algo tan sencillo como... nosotros. Algo como nosotros, sí. Levanté la vista y, diciéndome que nos quedaban muchas noches para arreglarlo y poder actuar con naturalidad ante ese tipo de situaciones, ignoré su gesto de decepción. No sospechaba que en realidad era la última.

3

Sadie

El inofensivo comentario de Candice al regresar al hotel de Edimburgo me martilleaba el cerebro. No la decena de llamadas y mensajes de la productora a los que debería atender más adelante (se avecinaba un viaje tenso), no; lo que me había afectado era su sencillo: «No sé por qué os esforzáis en ocultar que estáis liados, tía. Lo sabemos todos. Y nos alegramos un ovario».

La realidad era que yo tampoco entendía tanto secretismo y menos entre nuestros compañeros. Nuestros amigos. Al principio me había parecido bien. Por alguna razón habíamos despertado la curiosidad de la prensa. No obstante, llegados a este punto a mí ya me daba igual. Claro que, si lo pienso, mi conciencia estaba limpia. Lo veía todo tan sencillo como negarnos a hablar de nuestra vida privada en las entrevistas. No leer los artículos que hablasen de nosotros. Evitar escuchar tertulias. Además, no era que estuviésemos conteniendo el rumor precisamente. Las conjeturas continuaban y más desde que se rumoreaba que el *fandom* iba a ganar el pulso y los creativos iban a hacer de JudLib el *endgame*. Se decía que incluso estaban a punto de empezar las negociaciones para una cuarta temporada cuyo giro argumental se separaría definitivamente de los libros.

Pero, como decía, a mí todo eso me daba igual. Bueno, igual no, aunque me importaba menos que la duda que me empezaba a

invadir y traspasaba los poros de mi piel. «¿Por qué no quiere que nadie lo sepa? ¿Será que...?». Frené los pensamientos intrusivos antes de que me sobreviniesen como la ola de un tsunami que derriba ciudades. Había muchos, y no siempre podía dominarlos.

«Te estás montando una película sobre lo que tenéis».

«¿Acaso no has visto cómo la gente se le tira literalmente al cuello? Es normal que no quiera nada serio. Los actores que alcanzan el estatus de Dacre no se encasillan en una relación y follan a lo largo y ancho del planeta».

«Se avergüenza de ti».

Negué con la cabeza frente al espejo del baño de la habitación. Acababa de ducharme, me había puesto el pijama y el cabello caía mojado por mi espalda. De repente me vi fea. O menos guapa que Dacre. Como si la belleza nos diese una puntuación a las personas y tan solo nos pudiésemos relacionar con nuestros semejantes. Los dieces con dieces, y así. Aquella reflexión me dio asco y percibí al parásito que ya se había instalado dentro de mí, pero lo ignoré para ir a hablar con Dacre, porque todavía me quedaba un poquito de confianza y el cariño justo para intentar resolver una incógnita que me estaba haciendo daño, para no quedarme quieta, para ayudarme a mí misma. La verdad duele, pero a la vez te da las herramientas para sobreponerte. Por el contrario, la incertidumbre es un desgaste continuo.

Abandoné mi habitación y me dirigí a la de Dacre sin saber que aquella decisión me enviaría al cielo... y al infierno.

4

Dacre

Tenía un buen puñado de libros esparcidos por mi cuarto cuando llamaron a la puerta. Trataba de comprender lo incomprensible. Los guardé como pude sin ponerle demasiado empeño (no pensaba invitar a nadie a entrar) y abrí. Me sorprendió encontrar al otro lado a Sadie. Nos habíamos despedido hacía apenas media hora y no contaba con que se presentaría allí, y menos con un tentador pijama, el pelo a medio secar y una expresión confundida, herida, casi diría que dolorosa.

—¿Por qué no quieres que nadie sepa lo nuestro? —disparó.

Si había algo que nunca había pensado de la actriz era que fuese ingenua, fácil de engañar. Ella me había creído porque lo expuesto tenía lógica. En un principio la tenía. Pero llegados a ese punto, no. Ocultarlo de los medios era una cosa, ocultarlo del universo, otra. Y, claro, yo no podía explicarle que por mi culpa teníamos a los periodistas encima y desconocía si, aparte de Travis Fitzgerald, habría otra piraña dispuesta a hacernos daño. Bueno, eso es mentira. Podía explicárselo, desde luego que sí. Confesarme, ser sincero, todas esas mierdas correctas. Sin embargo, tenía miedo.

Me daba miedo perderla.

Me hice a un lado en la puerta y la chica pasó. Debía de estar realmente nerviosa, inquieta, porque ni siquiera reparó en alguno de los tomos que asomaban por la rendija del baúl que me llevaba a

todas partes y con las prisas había dejado entreabierto. El baúl que escondía uno de mis múltiples secretos. Tenía muchos y bien resguardados. Tomó asiento en el sofá individual, yo me dejé caer en el sillón y aguardó. Aguardó tanto tiempo con los ojos miel anclados en los míos que la piel me quemó por el deseo y también por la incertidumbre de no saber qué se le estaba pasando por la cabeza, el motivo de su duda. Mantuve el control y le consulté:

—¿Qué es lo que me estás preguntando exactamente?

Era imposible que se hubiese enterado. Aunque Sadie controlaba sus emociones, no lo hacía tan bien como yo. Pocas personas conseguían mi nivel de dominio, a pesar de que en aquel instante no me pareció una cualidad que debiese resaltar. No obstante, algo le preocupaba, y lo alarmante no era que yo desease conocerlo, era que deseaba mitigarlo, apaciguarlo, quemarme las manos si con ello detenía el fuego. Permanecí expectante y al final ella reveló:

—Todo el mundo en la producción lo sabe.

—Saberlo no es lo mismo que tener la confirmación. —Vacilé—. ¿Necesitas contárselo a alguien para ver si aprueba lo nuestro?

Me refería a sus amigas, Candice y Laura, no se me ocurría otro motivo que el hecho de que necesitase hablarlo con ellas para que le ratificasen que yo era un capullo, pero un capullo aceptable. De la garganta de Sadie brotó una carcajada y sus ojos se inundaron un poquito más de dolor.

—Nunca he necesitado la aprobación de nadie para tomar decisiones en mi vida sexual. —Y, como todavía no nos habíamos acostado, añadió—: O mis relaciones, lo que sea que es esto, Dacre.

Fui cauto. Como no sabía de qué narices iba aquello no quería adelantarme a sacar conclusiones y fastidiarlo. Necesitaba una pista para vislumbrar la imagen del puzle, de modo que le pregunté:

—¿Entonces...?

Ella se removió nerviosa. Había algo que quería decirme, pero no se atrevía a verbalizarlo y experimenté la primera punzada de angustia, porque Sadie Sanders siempre se había atrevido a decírmelo todo, desde que era un desgraciado hasta que tenía luz. Anhelé poseer el poder para meterme en sus pensamientos y fue en ese segundo cuando pronunció:

—¿Qué sientes por mí? —Me atravesó un escalofrío y mi primer impulso fue mentirle, pero ella lo cortó de golpe—: La verdad, Dacre. Entre nosotros, esta noche, en esta habitación, solo puede haber sinceridad.

Lo que me pedía era mucho, pero lo acepté.

—No lo sé.

La cruda realidad era que no tenía ni idea. De hecho, cuando la actriz había llamado a mi puerta me encontraba intentando averiguarlo. Tal y como me había escrito Shonda, no era propio de mí no asistir a una fiesta de la que podría beneficiarme, pero es que empezaba a dudar de quién era, y ese concepto siempre había estado muy claro para mí.

«Escorpión. Eres un escorpión», resonó en mi mente cuando la chica se levantó.

—Entiendo.

Si hubiese estado más atento habría descifrado la conclusión errónea que había sacado, ya que la forma en la que empezaba a menospreciarse era un puto tornado. Sin embargo, la inquietud al ver que se iba superó mi capacidad de análisis, de observación, y me puse de pie para cogerla por la muñeca. Quería tenerla en aquel cuarto que por fin era para mí solo, en mi cama, en mi vida. Observó el contacto con la piel de gallina de sus brazos y habló:

—¿Qué haces?

—Quiero enseñarte algo. —La guie hasta el baúl y solo una vez que estuvimos ahí la solté. Luego cogí una bocanada de aire y me agaché para abrirlo. Sadie se quedó de pie detrás de mí observando su interior con curiosidad—. Cuando comencé a actuar —acaricié los libros repletos de pósits— no sabía de dónde extraer los sentimientos. Era bastante frustrante. Me sentía algo así como una refinería sin petróleo, sin combustible. Entonces un profesor me sugirió que tirara de ellos. No hay nada que describa mejor una emoción que una buena narración. Las autoras escarban en las profundidades del alma humana. Así que empecé a leer —seleccioné uno al azar y lo acaricié—, subrayar, colocar pósits. —Me levanté y le mostré el colorido lomo—. Este, por ejemplo, habla del miedo. El miedo es azul. Y de la rabia, que es amarilla. También un poco del anhelo, su color es el verde. —La mirada de Sadie se desplazaba por el arcoíris que le estaba mostrando y tuve que cargarme de fuerzas para mi siguiente intervención—. Solo hay una cosa de la que todos hablan, y es el amor. Incluso en los *thrillers* hay. El amor es salmón. Esta noche, antes de que llamaras a la puerta con este pijama ridículamente corto que te arrancaría con los dientes, he estado repasando muchos de estos párrafos. Buscando —tragué saliva y al mirarla dejé caer todas las máscaras— lo que me está pasando contigo. Pero ninguno lo describe, así que mi respuesta a tu pregunta es que no sé lo que siento, lobita, pero lo hago y es por ti. Tú me haces sentir. Lamento no poder ofrecerte nada más concreto.

La mirada de la actriz brilló y se puso de puntillas para besarme. El libro que sostenía se me resbaló de las manos. A lo largo de mi vida había dado los suficientes besos como para saber que aquel era distinto, de los que someten voluntades, hacen contigo lo que quieren y tienen el efecto de que desees entregarles toda tu existencia. Así me sentía yo cuando, sin dejar de besarla, aterricé en

la cama, estaba dispuesto a darle todo de mí. Sadie se desnudó y el corazón me retumbó en el pecho resquebrajando cada fragmento de hielo que encontraba a su paso hasta convertirlos todos en anécdotas. La veneré, adoré cada centímetro de su piel y me deshice de mi ropa. Hubo más besos, tacto, gemidos, espaldas que se encorvaban, manos aferradas a las sábanas retorciéndolas y ronroneos en la curva del cuello. Pero no fue hasta que me hundí dentro de ella y experimenté un placer superior a cualquier otro cuando lo tuve claro. Aquella noche lo cambiaría todo. Porque si el número de respiraciones reservadas para una persona al día era de veintidós mil, yo pensaba consumir las de una vida entera durante el tiempo en el que Sadie y yo nos acostábamos. Porque después de sentirla de ese modo jamás podría dejar de desearla y quererla conmigo. Porque Sadie Sanders acababa de convertirse encima de aquel colchón en la eterna condena de representar todo lo que me gustaría tener el resto de mis días.

5

Sadie

Dul-ces pe-sa-di-llas con-migo. Durante cada sílaba me dio un beso. Eso es lo que más recuerdo... Fue en una de las fiestas de Claire donde escuché que las personas preferían el arte gótico por encima del clásico porque era más caótico, y nos gustan las cosas que se nos escapan, que son imprevisibles. Así era exactamente como me sentía al estar con Dacre. Caos. Curvas. Vértigo en la boca del estómago. No entender nada y saberlo todo. Cuando terminamos, después de un intenso encuentro sexual en la ducha con el agua cayendo por los hombros, los pectorales y los abdominales del actor, el chico parecía desnudo, a pesar de que se había vestido y yo había hecho lo mismo con mi pijama *ridículamente corto* que no me había arrancado con los dientes, pero casi. Llegaba, pues, el momento de irme, y fue él quien me detuvo.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —propuso con una vulnerabilidad impropia. Dacre se deslizaba por un terreno desconocido y acepté hacer lo mismo.

—¿No rompería nuestras reglas de privacidad?

—¿Qué más da? Esta noche ya hemos roto todas las que importaban.

Sabía que no solo se refería a acostarnos sin importar si alguien me había visto entrar o nos había escuchado; hablaba de que esa cautela en la que siempre nos habíamos movido en cuanto a

sentimientos se había esfumado como si fuese polvo sobre un grabado precioso que por fin habíamos decidido leer.

Accedí. En realidad, aquella habitación era el lugar en el que me apetecía estar. Nos tumbamos en la cama tímidos, reflexivos, pero el sueño al que cedimos pronto y el propio impulso de nuestro cuerpo de buscar al otro hizo el trabajo más complicado, el de entregarnos a nuestro deseo inconsciente que ya era consciente. Cuando me desperté estaba tendida de costado y el cuerpo de Dacre me envolvía por la espalda con una mano rodeándome la cintura para caer sobre mi vientre. Me giré lentamente, con cuidado de no despertarle, y le observé. Sus rasgos letales, hermosos y relajados; su respiración. El actor era como esas obras de arte que no te cansas de mirar, un agujero negro que te absorbía. Contuve el aliento y sonrió.

—Que me mires así resulta un poco de psicópata.

Abrió los ojos y noté una perforación profunda en el pecho de tonalidad verde, igual que si se tratase de un hechizo.

—Que me acueste contigo es otro signo inequívoco de mi psicopatía.

Sonreí y él me devolvió el gesto. Una sonrisa real que se llenó todavía más cuando sus pupilas recorrieron mi rostro. Le gustaba, le gustaba de veras, la verdadera yo, y aquello me produjo un cosquilleo placentero; saber que lo que sentía era recíproco me elevó. Me adelanté para besarle y Dacre se apartó, incorporándose en la cama con el torso desnudo, vestido solo con la parte de abajo del pijama.

—Primero voy a ir al baño. Alguien me ha creado el falso trauma de que mi aliento huele mal.

Rememoré cuando se lo había dicho durante nuestra visita a Los Ángeles para fastidiarle y mi sonrisa se ensanchó.

—Te rodeas de muy malas personas.

—Y las meto en mi cama y planeo secuestrarlas un par de horas más en ella. —Su mirada se llenó de intención. Sonreí. Quería más de mí esa mañana y yo quería más de él, por fin nos entendíamos.

—No tardes mucho. —Mi voz sonó ronca, deseosa.

—No te vayas.

Desapareció con el propósito de repetir la noche anterior pintado en la cara y yo me tumbé con los brazos y las piernas extendidos, eufórica. Acostarme con él y dormir en su habitación no solo significaba practicar sexo y descansar con otra persona, significaba romper la maldición de tener que recurrir siempre a emociones pasadas, impostadas, porque a su lado estaba creando emociones nuevas, estaba sintiendo, y hacerlo después de tanto tiempo interpretando era increíble. Volví a sonreír o mantuve la sonrisa anterior, ya no lo recuerdo. El caso es que lo estaba haciendo cuando llamaron a la puerta.

En ningún momento me planteé abrirla. Es decir, estaba en su cuarto. No lo hice hasta que oí mi nombre y la voz que reconocí fue la de mi hermano. Al otro lado se encontraba Freddie acompañado de Nate y, en lugar de lucir una expresión burlona que vaticinase que tenía la palabra *follar* bailándole en la punta de la lengua, su gesto denotaba tristeza, temor y abatimiento.

—Lo siento mucho, Sadie —anunció mientras entraba, descolocándome—, pero lo tienes que saber. —Luego me mostró el móvil. Parpadeé. El titular del artículo que me enseñaba y estaba firmado por un tal Travis Fitzgerald no tenía sentido: «Claire Dawson, ¿el gran amor de Maggie Banks que la sumió en el caos?». No sé qué me pareció más surrealista, si que mi madre fuese el gran amor de la actriz o la crueldad por los paralelismos con la palabra *caos*, que era la que me había venido a la cabeza hacía pocos

minutos al pensar en mi relación con Dacre. Miré a mi mellizo sin comprender y añadió con una cauta suavidad amarga—. Lo peor está en el texto, Sads.

Entonces lo leí.

CLAIRE DAWSON, ¿EL GRAN AMOR DE MAGGIE BANKS QUE LA SUMIÓ EN EL CAOS?

Los dedos de este periodista están que arden mientras teclea el que quizá es el artículo más deseado de su carrera. ¿Quién en esta profesión no ha querido resolver un misterio, aunque no sea un asesinato? Yo sí, y aunque en esta historia no hay «asesino», sí que hay cadáver: el de Maggie Banks.

Para quien no la conozca, Maggie Banks fue una actriz legendaria que brilló entre finales de los noventa y la primera década de dos mil. La Julia Roberts europea, la llamaban allí, y cuando aterrizó en Estados Unidos enamoró a actores, críticos, deportistas, políticos, miembros de la *socialité* americana y cualquier espectador que la viera en la gran pantalla. Y es que Maggie Banks tenía mucho magnetismo. Era un desborde de talento, carisma y belleza. Parecía destinada a devorar el mundo. Pero algo la sumió en una terrible tristeza y la condujo a terminar sus días en el fatal accidente de tráfico que tuvo lugar cerca de su casita de Deauville, en la costa francesa.

Fue un caso muy mediático y debo decir que no comparto las prácticas empleadas por algunos de mis compañeros, quienes llegaron al lugar de los hechos antes que la propia ambulancia y le tomaron las fotografías que más tarde se publicaron. A mí lo que me interesa es el misterio. Ese famoso «Cuando quien amas te deja de cuidar, caes...» que le lanzó a su amante, a la persona que le rompió el corazón o viceversa, en una entrevista en la que iba presuntamente pasada de sustancias a las que no me atrevo a poner nombre.

¿Quién era esa persona? ¿Qué sucedió? ¿Qué fue lo que afectó tanto a la estrella del momento? Muchas preguntas y una sola pista: sus vestidos. Maggie Banks era una adelantada a la moda, una erudita; si un trozo de tela rozaba su cuerpo, automáticamente era tendencia. Fueron muchos los museos que se interesaron en esa parte en concreto de su legado, Maggie no tenía herederos, y lo que se filtró en aquella época fue que habían ido a parar a la persona más importante de su vida, al nombre que se ocultaba detrás del «Cuando quien amas te deja de cuidar, caes...», a la mujer que ahora sé que se trata de la mismísima Claire Dawson, la productora que la reclutó. Y lo sé porque, atención al dato, uno de los vestidos, el más importante por su valor sentimental (también lo mencionó en varias de sus entrevistas), se encuentra en manos ni más ni menos que de Sadie Sanders, más conocida como Libe, de *Los nueve círculos*. Cuando me llegó esta información no podía dar crédito, y cuando tras una ardua investigación encontré al primer testigo que me reconoció el romance

entre ambas mujeres, supe que tenía que publicarlo, aunque todavía quede mucho por resolver, como, por ejemplo, qué pasó.

¿Claire Dawson y Maggie Banks? ¿El desenlace tuvo algo que ver con el alcoholismo de la productora? ¿Ese fue el motivo de que su propia hija, la también actriz Sadie Sanders, filtrase el problema de su madre a la prensa en aquel momento?

Muchas preguntas, traiciones y una sola certeza: si os quedáis conmigo sabréis la verdad.

Travis Fitzgerald

Tuve que leer varias veces las frases para confirmar que no estaba alucinando. «Y lo sé porque, atención al dato, uno de los vestidos, el más importante por su valor sentimental (también lo mencionó en varias de sus entrevistas), se encuentra en manos ni más ni menos que de Sadie Sanders, más conocida como Libe, de *Los nueve círculos*». «¿Ese fue el motivo de que su propia hija, la también actriz Sadie Sanders, filtrase el problema de su madre a la prensa en aquel momento?». Después me derrumbé. Miré a Freddie con la culpa agarrada a la garganta y tan solo le dije:

—Lo siento.

No podía negar lo de la filtración. No podía negar lo del vestido. Nunca en toda mi vida había hablado con Travis Fitzgerald, pero lo que ponía era verdad. Mi hermano me observó entre dolido y enfadado porque le acababa de confirmar que lo que él creía que era mentira era verdad y, empleando todo el autocontrol que poseía para no recriminármelo (Freddie jamás me haría daño a conciencia), me dijo:

—Tenemos que ir a Santa Bárbara. Claire no da señales de vida.

Asentí sin plantearme ni por un instante permanecer en la gira; mi hermano se marchó de la habitación y yo sentí que las paredes se estrechaban y el mundo me daba vueltas.

6

Dacre

Aproveché para ducharme cuando pasé al baño a lavarme los dientes. Por eso no oí que Freddie llamaba a mi puerta ni lo que sucedió después. Pero cuando salí me encontré a Sadie derrumbada.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Podrías... abrazarme? —contestó llena de fragilidad, y no dudé en hacerlo.

A lo largo de mi vida he visto a muchas personas llorar, pero nunca he sentido como sentí en aquel momento que cada lágrima derramada penetraba en mi interior y me fundía los huesos uno tras otro hasta reducirlos a punzantes astillas. Y cuando se calmó un poco y me confesó lo que había sucedido tan solo experimenté un torbellino de dolor, el más profundo arrepentimiento.

—Te prometo que nunca he hablado con él, Dacre. Ni siquiera sabía quién era hasta ahora. Debió de averiguarlo de algún modo y...

Se rompió de nuevo. Jamás sospechó de mí. No ató los cabos que la llevarían a la conclusión de que yo era el único que conocía aquellos dos datos, la única persona tan sibilina como para haber desvelado, por error y sin ser consciente de la envergadura que alcanzaría la información, que ella filtró lo de su madre. Que yo podría tener a un periodista espiándonos la noche del baile en la carretera en la que me contó que había discutido con Claire por el vestido. Supongo que pude decírselo. Bueno, no, no supongo, pude

hacerlo. Pero le fallé. Otra vez. Y fui un monstruo tan jodidamente horrible que además le permití vislumbrarme como un héroe.

—Voy contigo a California.

—La gira no puede continuar sin ti. Eres la pieza clave.

—No te lo tomes a mal, lobita, pero tolero bastante regular que me den órdenes y... Solo quiero estar donde tú estés. Mi decisión es así de simple. —Contemplé su mirada de agradecimiento, de amor, y me quemó.

Sadie llevaba razón. En el trayecto al aeropuerto y durante las horas que tuvimos que esperar a que saliese el siguiente avión a Nueva York para desde allí coger otro a Los Ángeles, recibí varias llamadas, la más apremiante y clarificadora, la de mi representante: «Eres el reclamo, Dacre. Esta gira puede sobrevivir sin Sadie, puede incluso tirar adelante sin Nate, pero no sin ti. Y habrá consecuencias». Su amenaza no me hizo cambiar de opinión. Era cierto que quería estar donde estuviera Sadie y me gustaría pensar que tan solo se debía a mi deseo de apoyarla, de consolarla, y no al miedo irrefrenable de que resolviera el rompecabezas y al hecho de querer estar junto a ella para evitarlo, para salvarme. De otra manera no se explica que en mitad de aquella espera interminable en la que Sadie estaba hecha un ovillo en la sala vip sin dirigirse la palabra con su hermano, que permanecía junto a Nate, lograse escabullirme con la excusa de que le iba a llevar algo para picar («Tienes que comer, Sadie») cuando mi verdadera intención era llamar a Travis.

Yo, siempre tan despreciable.

Localicé un punto muerto en el que nadie me veía y pulsé el contacto que tenía memorizado como «Andy Pizza». El periodista descolgó al tercer tono.

—Diría que no te esperaba, pero llevo un par de horas haciéndolo. Te has retrasado, Dacre, no pensaba que fueras tan impuntual —me vaciló. El muy cabrón encima me vaciló. Mantuve la calma y pronuncié entre dientes con los puños apretados:

—Lo que has publicado no es lo que acordamos, Travicito mío.

—Ah, ¿no? Permíteme que te refresque la memoria. Querías que hiciese de Sadie y de ti la pareja más atrayente, el dúo de moda de Hollywood, los de las portadas, y mira tú por dónde hoy interesáis incluso más que ayer porque la parte más opaca de su personaje ha ganado en importancia.

—Nunca hablamos de su madre.

—Ni de que yo fuera tu empleado, aunque, si lo prefieres, en el próximo artículo puedo mencionar que la fuente cercana que me está nutriendo de información eres tú, jefecito mío. La historia ganaría en morbo, lo admito.

—No te atrevas o...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Vas a partirme las piernas? —La ira me nubló el juicio. Esbocé una sonrisa macabra.

—Puede. Reconozco que ahora mismo me motivaría mucho causarte dolor.

Travis prorrumpió en una carcajada.

—¡Deja de ponerte en evidencia! ¡No vas a hacer nada, idiota! ¿Sabes por qué? Porque si alguien tiene a alguien agarrado aquí por las pelotas soy yo a ti. Eres un egoísta, un manipulador, te has pillado por la actriz y harás lo que sea necesario para que no se entere de tu desliz, de que eres tú y no otro el que la ha traicionado... En reiteradas ocasiones. Así que no te sientas moralmente superior a mí y asegúrate de estar disponible y responder todas mis llamadas. Voy a hacerte muchas. Necesito un infiltrado en la trama y a cambio podrás continuar con esa preciada

historia de amor que te ha valido un papel protagonista sin que mi pluma la dinamite por los aires. Sé buen chico y los dos ganaremos. Jódeme y no me temblará el pulso a la hora de arruinarte la existencia.

Travis me colgó sin darme posibilidad de réplica; contuve toda mi frustración y rabia, y a la vuelta, después de tenderle el sándwich que le había comprado y darle un mordisquito, Sadie me contempló fijamente y me dijo:

—Gracias por venir conmigo, Dacre. Voy a necesitar un poco de luz entre tanta tiniebla.

No sé si fue casualidad, pero en aquel instante reparé en que la superficie negra que tenía enfrente era reflectante y me observé como una tormenta, un ciclón, una serpiente, un remolino de pura y oscura maldad. Y, aun sabiendo todo lo malo que había en mí y lo que había provocado, aun viéndolo, cuando Sadie apoyó la cabeza en mi hombro coloqué la mía encima, enlacé nuestros dedos y me permití consolarla.

—Todo va a ir bien —fue otra de mis mentiras.

7

Sadie

Llegamos a Santa Bárbara cuando empezaba a anochecer. Había periodistas y curiosos afincados en la acera frente al jardín delantero. Al salir de los dos taxis que nos habían conducido hasta allí desde el aeropuerto comenzó el infierno, las preguntas. La mayoría iban dirigidas a mí. «¿Qué opinas de la información publicada por Travis Fitzgerald?». O «Toma mi tarjeta». Freddie los cortó con un «No vamos a hacer declaraciones», pero no me pasó desapercibido que su mirada dolida se intensificaba, su silencioso y acusador «¿Por qué, Sads, por qué? Tú has provocado esto».

Aunque había algo más en sus ojos.

Por un lado, incomprensión hacia el que se suponía era mi último movimiento, el del vestido. Ese, estaba segura, no lograba encuadrarlo en lo que conocía de mí. El otro... El otro le hacía tensarse, porque por mucho que no le gustasen los métodos sabía el resultado: mamá se rehabilitó, y una parte de él, por muy pequeña que fuera, se preguntaba por la razón por la que no había sido más visionario, más listo, más manipulador, se había adelantado a lo que yo hice y de ese modo me habría librado de tener que corromperme. Una parte de él se preguntaba cuántas veces le había protegido desde las sombras cuando siempre había creído que esa era su función.

Al entrar en la casa nos la encontramos vacía y la cuenta atrás y la angustia aumentaron. Éramos conscientes de lo que eso podía significar y de que el móvil de Claire continuaba apagado y, si los periodistas enviados por las agencias estaban allí, era que ellos tampoco la habían encontrado. A fin de cuentas, a quien todo el mundo quiere siempre es al protagonista.

Y hablando de protagonistas... Dacre me acompañó. Permaneció a mi lado todo el rato sin separarse más que lo básico para ir al baño, traer comida o atender a una de las mil llamadas que recibía. La cancelación de la gira europea fue un desastre y por algún extraño motivo todo el mundo se lo reprochaba a él. Quizá porque si Dacre hubiese seguido, no habría sido necesario que la medida tomada fuese tan radical. A lo mejor lo habrían podido solucionar con varios *meet and greet* y más presencia suya en el escenario. Quién sabe. La cuestión fue que, en todo ese tiempo, en mitad de la presión estresante a la que estaba sometida, me sentí querida. Querida por él. Y que Dacre Stewart te entregase su amor te recargaba de energía, de falsa seguridad y de la sensación de que eras invencible, especial. Pensé que entre toda aquella miseria podía rescatar algo positivo, la demostración de que lo nuestro era real, auténtico.

Debería haber sospechado que era extraño que estuviese siendo tan altruista, tan entregado, y que si se encontraba allí era porque ganaba algo.

—Tendríamos que comenzar a tomarnos esto con la gravedad que merece. —Freddie me sacó de mis cavilaciones e inmediatamente entendí a qué se refería.

—Lo tengo arriba. Papá ha dicho que está intentando solucionar lo de la reunión en Bali y viene. —A nuestro padre continuaba importándole Claire. Se habían divorciado, pero eso no era sinónimo de que no la quisiese como amiga. Suspiré, y antes de dirigirme a mi

habitación a por el papel al que había hecho alusión Freddie con su «Tendríamos que comenzar a tomarnos esto con la gravedad que merece», le dije—: Te juro que no tengo ni idea de lo que ha pasado. De lo de su problema con el alcohol sí, pero de lo del vestido no. Yo... Jamás la pondría en peligro de esta forma.

Le miré y me di cuenta de que Freddie lo sabía, pero todavía era demasiado pronto para que me perdonara. Claire no era buena persona. Un día lo fue. Sin embargo, a esas alturas ya no. Y, aun así, la protegeríamos como una madre protege a sus crías. Con uñas, dientes y garras. Mi hermano asintió, posponiendo la conversación para más adelante, y me preguntó:

—¿Dónde está? Voy yo a por él.

Hablaba del documento donde recopilábamos los lugares más habituales a los que nuestra madre escapaba cuando era alcohólica.

—Primer cajón, debajo del joyero donde de pequeña guardaba las conchas.

No me importaba que subiese él. En realidad, lo prefería. La sensación de mareo era constante y no me quería separar del calor que emitía el cuerpo de Dacre, siempre a menos de un palmo de mí. En aquel instante reparé en que teníamos las manos enlazadas y habíamos pasado de ese modo por delante de los periodistas. Mi gratitud aumentó. Dacre no me había soltado. No me soltaría.

Freddie se encaminó hacia las escaleras seguido de Nate y yo me giré en dirección al actor, que acariciaba la mano que teníamos unida con la yema de sus largos dedos.

—Todo esto es por mi culpa. —Me permití... debilidad. Y permitirme ser vulnerable delante de alguien era algo incluso más importante para mí que decirle que le quería.

Observé la contrariedad en su rostro. El modo en el que apretaba los labios y la mandíbula se le tensaba. Lo malinterpreté como

impotencia por una injusticia. Yo no sospechaba que él era el causante de toda la situación y Dacre no sospechaba que aquella sería su última oportunidad de hacer las cosas bien, porque vaciló, le vi entreabrir los labios. Creo que tuvo la verdad en la punta de la lengua. Pero al final prefirió callársela y con ese silencio nos condenó.

—Todo va a ir bien, lobita, todo va a ir bien. —Repitió la mentira del aeropuerto, y en ocasiones dudo de si aquella falsedad era para mí o se la decía a sí mismo. Dacre era lo suficientemente inteligente para saber que alguien terminaría yéndose de la lengua. El propio Travis cuando le interesase. Y yo me había confiado tanto que jamás habría sospechado de que había sido él. Alzó la otra mano para acariciarme la mejilla y enmarcarme la cara, y ese fue el último gesto de cariño entre los dos.

Porque la puerta se abrió y Claire entró.

Recuerdo verla y la mirada confusa que nos dedicamos mi hermano y yo.

—¿Qué? ¿Había reunión familiar y no he sido informada?

Claire no solo estaba sobria, lucía tan impecable como en los viejos tiempos. Cerró la puerta tras ella y, mientras Freddie retrocedía y venía conmigo, ella se encaminó a nuestro encuentro. Durante aquellos segundos (fueron pocos, la casa era pequeña) traté de leerle la expresión, de examinarla, y por el modo en el que Dacre me apretó la mano para infundirme fuerzas supe que él había averiguado algo que yo aún ignoraba.

Entre insectos se conocían.

Llegó al salón, apoyó el trasero en la mesa de madera y nos señaló a Freddie y a mí.

—¿Tú o tú? ¿Quién me va a clavar el puñal esta noche?

Entonces entendí que no estaba tranquila, estaba devolviendo el golpe.

—Mamá... —Freddie comenzó a hablar y Claire lo descartó.

—No, tú eres el bocazas de la familia, pero noble. Si un periodista te sugiriese hablar mal de mí le coserías a puñetazos y luego vendrías llorando para que solucionase el lío en el que te has metido. En cambio, ella... —Fijó sus ojos claros en los míos y Dacre se puso aún más rígido—. Ella no tendría reparos en fastidiarme la vida una vez. Dos. *Tres.* —Siseó la última palabra y a punto estuvo de perder el control, pero sonrió. Una sonrisa que te traspasaba con filones de metal. Fue tanto lo que me revolvió que pasé por alto su acusación—. ¿Qué ha sido, *cariño*? ¿Un papel cutre en una serie pasajera? ¿Hasta ese extremo tienes podrida el alma? Porque yo podría chasquear los dedos y todas las puertas que se te han abierto se te cerrarían en las narices, y créeme cuando te digo que me lo estoy planteando.

La mayoría de las cosas emiten un ruido cuando se rompen. Las hojas secas, los cristales, incluso el televisor antes de fundirse. Yo no lo emití, pero me quebré. El interior se me partió en dos al comprobar la frialdad con la que me hablaba, su rencor. Habría soportado reproches, gritos desde las vísceras, llantos, el incendio de la culpa, pero no que me tratara como si no significara nada, como si destruir lo que más amaba fuese una posibilidad plausible. De repente, como también sucede con la mayoría de las cosas que se rompen, me resquebrajé y la armadura que casi siempre había lucido a su lado para protegerme voló por los aires y me dejó al descubierto. Entonces sentí el hielo de nuestra relación, cada uno de sus intentos de hacerme daño, el vacío de su ausencia y un malestar sordo a la altura del pecho al confirmar que tenía enfrente la prueba de que no me quería, y sin acero para contenerlas hice lo que nunca

deseaba hacer en su presencia: llorar con unas lágrimas incontrolables.

8

Dacre

Nunca me he sentido más miserable, de modo que no sé si lo que hice fue para quitarme esa sensación de encima o porque no podía soportar ver a Sadie sufrir. Repasando lo que sucedió con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que tuve otras opciones. Pronunciar «Ya está, se acabó», como sospecho que estaba a punto de decir Freddie, tirar de la mano de Sadie y llevármela de allí, o bien permanecer expectante para ver lo que sucedía, permitir a la situación fluir e ir analizándola. Pero el caso es que actuar de manera heroica o como un genuino monstruo jamás ha estado entre mis cualidades, así que me manejé en un gris tirando al espectro oscuro: la solté y comencé a aplaudir exageradamente. Palma contra palma. Haciendo ruido para reunir toda la atención.

—Y el Óscar a la persona menos perspicaz de la sala es para Claire Dawson. Puedes recoger tu estatuilla.

La mujer detuvo el ligero titubeo que lucía al comprobar la reacción de su hija y me observó, reconociéndome como a un igual. Alguien defectuoso y por lo tanto no exento de peligro.

—Desde luego, el del más inoportuno es todo tuyo. Dacre, ¿no? Sabía que eras un actor mediocre, ahora has confirmado tener el mismo sentido del humor.

Emití una carcajada. A mi lado Sadie murmuró: «¿Qué estás haciendo, Dacre?», y mientras le pedía perdón en lo más profundo

de mi mente, adelanté un paso con aparente indiferencia.

—Así que, según tú, esta chica —evité pronunciar su nombre porque quemaba—, que ha dejado tirada la gira de su vida y ha cruzado un océano para que la insultes con la maldad justa para pasar el día, ha orquestado una trama, ¿para qué? ¿Para que la gente supiese que tenías un problema con la bebida? —Le dediqué una gélida sonrisa torcida y bajé el volumen de mi voz impregnando mis palabras de todo el asco que me producía lo que le había soltado a la actriz—. Era un secreto a voces, querida. O, aguarda, mejor. —Recuperé el tono alto e impertinente de mi voz—. Ella era tan inteligente, tan putovisionaria, que sabía que mencionándome de pasada que habíais discutido por un vestido que tenía el nombre de Maggie Banks, yo la traicionaría y se lo contaría a Travis, con quien, sin saberlo ella, tenía un pacto para que nos convirtiera en la pareja de moda con el que garantizarme, moviendo un hilo allí y otro allá, el papel protagonista de *Averno*.

No la vi porque mis ojos estaban clavados en Claire, pero no me hizo falta para saber que la actriz había palidecido. En mi interior, muy en el fondo, percibí el golpe producido por mis palabras y la confirmación de que después de aquella confesión no había marcha atrás, de que acababa de perderla. Pero no podía lamentarme. Tenía que continuar en mi papel hasta el final. Sentenciar lo que ya era un grito en esa sala.

—Te has confundido de villano, y lo digo por ti y por mí.

Hubo unos segundos de silencio hasta que Claire asestó la estocada final.

—En lo que me he confundido es en sobreestimar la inteligencia de mi hija, que no es tanta si se ha enamorado de un pedazo de mierda como tú.

Dijo «enamorado», no «se ha acostado», ni «se ha encaprichado». «Enamorado.» Enamorarse de... querer.

No esperaba que Claire pidiese perdón por su error. Le pegaba más marcharse con la cabeza bien alta a la habitación de arriba sin mediar palabra, como sucedió. Pero lo que tampoco esperaba era que al girarme para encarar a Sadie un hormiguero me brotase del pecho amenazando con aplastarlo y enterrarlo para siempre. La actriz ya no lloraba, pero había tanta rabia, tanto dolor en la acuosidad de la mirada que fue incluso peor.

—Fuera de mi casa, Dacre.

Nunca pensé en suplicarle que me perdonara, porque no lo merecía. Lo que tampoco pensé fue que al separarme de ella sentiría como si me extirparan un pulmón, me lo sacaran, lo tiraran al suelo, me practicasen un buen torniquete para no desangrarme y me dijesen: «Ahora aprende a vivir respirando a medias, gilipollas». No sabía lo que era querer, pero sí comenzar a extrañar a alguien a pesar de tenerla a escasa distancia. Alcancé la puerta y entonces Freddie dijo:

—Lo siento. Yo no voy a ser tan diplomático.

Vino a donde yo estaba y me di la vuelta despacio para que me propinara el potente puñetazo cargado de rabia que me dio. Sentí que la nariz se comprimía, la sangre brotaba, el modo en el que los nudillos se habían aproximado peligrosamente al ojo y un dolor punzante en el tabique, pero lo que más sentí cuando busqué a Sadie con la mirada fue que la actriz acababa de fortificar cualquier puerta que pudiese servir para acceder a ella, y eso... Eso fue desolador.

9

Sadie

Sentía la traición de Dacre como si fuese un miembro fantasma. Estaba ahí, anclada a mí, aunque invisible. Me permití una noche de derrumbe, de vulnerabilidad extrema, de llorar como una desgraciada ovillada en mi cama y apretar los dientes con rabia. No intenté entenderle porque no había nada que comprender. Me había vendido. No me lo había contado. Había demostrado ser peor persona de lo que un día le había creído capaz. Fin.

Decidí marcharme de aquella casa. Tenía el corazón partido, una madre que de nuevo me había demostrado que no lo era y toda una productora enfadada, pero también tenía algo más. *Dinero.* Me compré el primer billete de avión con destino a Hawái, reservé una cabaña preciosa y supuse que mi fuga sería como la bonita reflexión que había leído de que las mariposas descansaban durante las tormentas porque la lluvia les dañaba las alas, pero después volvían a volar. Salvo que yo no era una mariposa, era una chica a la que habían hecho un daño irreversible y que se valía de su talento para aparentar lo contrario, para aparentar que tenía la situación bajo control y no notaba cómo el estómago se le comprimía ante el mero hecho de saber que debería volver a rodar con él, que al muy cretino le había salido la partida tan bien que iba a convertirse en el nuevo protagonista de la trama romántica, con todo lo que aquello

implicaba. Me sobrevino un escalofrío y Freddie malinterpretó mi gesto.

—Si quieres puedo acompañarte a Maui —se ofreció.

Se encontraba conmigo en la entrada de la casa. La desgracia había hecho que se apiadase de mí y me perdonase sin necesidad de que le diese ningún tipo de explicación. Le contemplé y negué con la cabeza. Sabía que sus palabras eran ciertas. Si le decía que sí hablaría con Nate, que se hallaba en el cuarto de arriba dándonos privacidad, y vendría conmigo.

También sabía que no era lo que mi mellizo quería.

Detestaba a Claire, pero a su vez sufría porque su tranquilidad fuese una farsa.

—Prefiero hacerlo yo sola. —Evité ponerle entre la espalda y la pared y justifiqué la breve alteración en mis facciones como un olvido—. Me he dejado el cargador arriba. Eso es todo.

—Ah —me creyó porque quería hacerlo—, en ese caso voy a por él. No te vayas sin despedirte, Sadie —bromeó, pero me dedicó una larga mirada hasta que le confirmé que le esperaría. Tenía dos cargadores, de modo que encontraría uno de ellos en el primer cajón.

Freddie subió las escaleras y me quedé sola. El rencor, creo que es eso porque el amor no debería escocer tanto, trepó por mi cuerpo como una boa que te estrecha para triturarte las costillas. Me sentía ingenua, pero lo que más me molestaba era lo mucho que le echaba de menos. Debía de existir algo malo en mí, quizá él me lo había contagiado, porque por mucho que supiese que lo correcto era desear no volverme a cruzar con Dacre en la puta vida, en mi fuero interno no concebía un universo en el que no le volviese a ver, oler, a sentir sus dedos en mi piel, aunque fuese actuando.

De nuevo, la perspectiva del rodaje de *Averno* se me antojó mi salvación y un infierno.

Oí pasos a mi espalda y me di la vuelta. La persona que descendía por ellas no era Freddie, era Claire, ataviada con ropa deportiva y una perfecta cola de caballo estirada. Nuestra madre era más de ir al gimnasio que de correr por la calle, pero ese día lo haría para demostrar a los periodistas de agencia instalados frente al jardín, que no habían tenido ningún tipo de pudor en publicar imágenes, a pesar de que con ellas se distinguía la casa (ese dato en el futuro fue importante), que no los temía, que estaba por encima de ellos, que nadie había enterrado a la gran Claire Dawson. Seguía viva, batallaría de vuelta y lo más probable era que ganase. Posó los ojos en los míos y si no hubiese sabido que esa mujer carecía de emociones habría llegado a creer que experimentaba cierta punzada de compasión por mí. No por lo que ella me había dicho, Claire pensaba que llevaba la razón, sino por lo que había descubierto del actor, como si de algún modo se identificase conmigo. Pero duró tan poco que creí haberlo imaginado.

—Te vas —dijo al bajar el último peldaño.

—Por favor, no finjas que te importa. —Volvíamos a las andadas.

Se deslizó a mi lado, y estaba convencida de que se iría sin despedirse cuando dijo:

—Ten cuidado con Dacre Stewart. Las personas como él no cambian, solo fingen que lo hacen para colarse en lo más profundo de tu ser y que la herida sea más grande. Les gusta dejar marca. Es su forma de sentirse importantes.

Reí. Me parecía totalmente ilógico que después de todo me estuviese dando un consejo romántico.

—¿Hablas desde la experiencia? ¿Eso fue lo que sucedió con Maggie? —Su mirada se endureció.

—Cuidado. Hay cosas en las que no te conviene escarbar.

La fachada se le había alterado con la mención de ese nombre, de manera que deduje que lo publicado por el periodista era cierto, un secreto oculto y grave que no me contaría. No entonces. Nunca. Pero como a aquellas alturas había abandonado la preocupación, la culpa y la tristeza y estaba sumida en la revancha, no me importó replicar:

—En ese caso esperaré a leer el artículo de Travis Fitzgerald. Seguro que él explica lo que sucedió con todo lujo de detalles.

Su mirada profundizó todavía más en mi interior y sentenció:

—Travis Fitzgerald solo quiere que le calle la boca a cambio de la información que he acumulado a lo largo de muchos años en la profesión, y el resto de los periodistas se irán mañana en cuanto haga una llamada a sus superiores y les diga que cada minuto que pasen acampados frente a mi jardín soltaré una de mis bombas. En este mundo toda la gente tiene mucho que esconder, Sadie. No soy una pobre exalcohólica desvalida. Tuve una caída, lo admito. Pero no permitiré que me pisoteen. Te lo permití a ti, y porque eras tú y pagaste las consecuencias.

—Un segundo —parpadeé sorprendida—, ¿todo lo que hiciste fue porque sabías que había dado el chivatazo?

—En parte, sí.

—No tiene sentido. Empezaste a ningunearme en el teatro antes de que sucediera... —En ese instante recordé la enumeración que había hecho la noche anterior cuando había dicho acusándome «Ella no tendría reparos en fastidiarme la vida una vez. Dos. Tres». Entonces comprendí—. Esa, cuando revelé tu alcoholismo para forzarte a curarte, fue *la segunda vez que te fastidié la vida*, por eso no nos reconciliamos cuando lo superaste. Pero ¿cuál es la primera?

Conocía el chivatazo y lo que estaba viviendo en esos momentos, pero me faltaba la vez inicial. La que lo empezó todo. La mirada de Claire se paseó por la mía y supe que no iba a revelármelo. En su lugar, dijo:

—Siempre te has parecido a alguien... con esa tendencia tuya a idealizar y enamorarte de una industria hostil para la que no estás preparada... —Me observó un segundo más y sentenció—: Llora lo que tengas que llorar en este viaje, pero cuando él te vea no derrames ni una lágrima, no le demuestres tu vulnerabilidad, que es tu debilidad, o se aprovechará de la información. Hay pocas cosas que irriten más a los productores que dos actores que no pueden trabajar juntos porque han tenido una relación sentimental. Quieres ser actriz, ¿no? Pues esta es una de las sombras de este oficio.

Claire se fue. Aconsejarme, siempre críptica y con mensajes a medias, fue su manera de disculparse por haberme acusado en falso, y me dije que no era necesario. Ante todo, me consideraba una persona a la que no engañaban dos veces y una actriz profesional. No *irritaría* a ningún productor. Estaba preparada para la industria que ella había definido como hostil. Sin embargo, la noche siguiente, desde la paradisiaca playa hawaiana con una flor rosa en el pelo, leí la escena con la que Dacre y yo nos reencontraríamos en el set y una parte de mí se derrumbó. Vaciló. Comencé a odiar los paralelismos entre ambas historias. La secuencia no era otra que la del juicio de Jude, Traición, el pecado que le venía al pelo, por todos sus errores.

10

Dacre

La presencia de Sadie en mis pensamientos era como cuando se te mete una piedra en el pie: ya te has quitado la zapatilla, has tirado la piedra y aun así sigues sintiéndola. Molesta, dolorosa y parte de ti, porque la muy maldita se te ha clavado.

La lluvia impactó contra mi cuerpo y apremié el paso. A la salida de la casa de la actriz, después de que los periodistas me cosiesen a fotografías (admitámoslo, tenía cierto morbo verme abandonar con la nariz reventada el domicilio de Claire Dawson, en el que se encontraban Nate Levigne y Sadie Sanders), había ido a un hotel cualquiera en el que había cogido la mejor habitación. Allí había pensado, pensado y pensado. En lo que había hecho. En cómo podría haberlo evitado. Y había sacado una sola conclusión en claro: tenía que encauzarlo.

Por eso había acabado la noche siguiente en Nueva Orleans frente a la casa de los Stanley mientras diluviaba. Me había pasado tanto tiempo dudando que cuando pulsé el timbre estaba empapado. Me recibió Juliette, y yo debía de tener una expresión estrangulada, porque al instante ella se alarmó.

—¿Qué te pasa?

Resoplé, irritado conmigo mismo y... abatido.

—Vengo a perdonaros, porque de alguna forma tengo que demostrarme que es posible que otra persona a la que he hecho

mucho daño haga lo mismo conmigo; que incluso los grandes errores, los errores garrafales, merecen algo de esperanza. La he jodido, Juliette, la he jodido a lo grande, y estoy muy desubicado.

La mujer me escuchó atenta, alzó la mano y, cuando se dio cuenta de que no me apartaba, la colocó en mi brazo para consolarme. Me estremecí y no fue por el frío.

—Entra en casa, Dacre. Vas a darte una ducha, a cenar, y después veremos cómo enmendarlo.

Asentí, se hizo a un lado y pasé. Aquel fue otro de los regalos de conocer a Sadie Sanders. Otro de los cambios en los que ella no influyó directamente, pero de los que de algún modo fue artífice. Hasta Nueva Orleans me condujo el egoísmo de rechazar perderla y la necesidad de una prueba tangible que me confirmase que la reconciliación era posible. Si yo era capaz de perdonar, ella también lo sería. Pero una vez allí recuperé a mi familia. No esa noche. Tampoco la siguiente. Sin embargo, poco a poco sus actos fueron compitiendo con los recuerdos amargos que no trataron de borrar, y antes de que quisiera darme cuenta empezó a suceder algo que consideraba imposible: volví a confiar en ellos, iniciamos una relación nueva. Cuando cometes un error no lo puedes eliminar, no sería justo para la otra persona, pero sí actuar de modo que esta descubra los nuevos matices que los seres humanos alcanzan con el paso del tiempo. El pasado es intocable, en el presente puedes demostrar muchas cosas. Eso fue lo que averigüé. Y me prometí mostrárselo a Sadie a mi regreso al rodaje.

Episodio 13
El final de *LOS NUEVE CÍRCULOS*

ESCENA DEL JUICIO TEMPORADA 3

INT. SALA DE JUICIO-TARDE

El juicio de JUDE continúa su curso por parte de los JINETES. El pecado, que a esas alturas ya ha sido sometido a numerosas torturas, apenas puede sostenerse en pie. Se encuentra anclado por las cadenas, que tiran de él desde el techo hasta sus muñecas, el rostro desfigurado y el cuerpo maltrecho. Sus HERMANOS, la totalidad de los pecados, se hallan entre el público, así como LIBE, que no lo puede resistir más y, a pesar de saber que la mayoría de las acusaciones son ciertas y que desde luego merece el castigo, salta la valla y acude a su lado. Le coloca un dedo en la barbilla y le obliga a mirarla.

JUDE

(Esbozando una dolorosa y ensangrentada sonrisa ladeada).

Deberías volver con tu rey de la guerra. Esto es un poco gore para estómagos delicados.

LIBE

(Preocupada).

Van a matarte. Estás hecho polvo.

JUDE

(Ensanchando la sonrisa y tratando de enfocar).

Entre nosotros y sin desmerecer las prácticas siniestras de los JINETES, he ejecutado torturas más salvajes que estas a personas y seres que lo merecían menos que yo. Estoy por pedir la hoja de reclamaciones.

JUDE ríe, la herida del labio se le abre y LIBE la acaricia.

LIBE

Te están destrozando.

JUDE

De eso va el asunto. Tiene que doler.

Las miradas de JUDE y LIBE se anclan y una sombra cruza los ojos de él al recibir un mensaje mental de los JINETES, seres atroces que le advierten de que si la chica no se marcha obtendrá el mismo final. Se pone algo más serio.

JUDE

Deberías irte. Es incómodo que te resten protagonismo el día de tu ejecución.

LIBE

(La congoja y la determinación toman su voz).

No.

JUDE

(Tratando de recuperar su macabro sentido
del humor habitual).

Vamos, te he secuestrado las suficientes veces para que no nos quede ninguna conversación pendiente. Deja de ser tan acaparadora.

LIBE tiene un dilema. Sabe que no debe perdonarle. JUDE es pura maldad y ha hecho cosas absolutamente reprobables, y eso que no conoce ni la mitad de los actos inmundos que ha cometido a lo largo de su existencia. Que con ella hubiese asomado algo de decencia, algo de humanidad, no puede borrar el horror que ha causado en el infierno y en la Tierra. Ni siquiera merece morir, porque la muerte no es suficiente. Pero en el fondo, bajo su piel, la perspectiva de no volver a verle le desintegra la sangre. En el juicio, en el que está condenado de antemano, lo que se decide es su extinción corpórea y como cualquier tipo de esencia. No sería como si JUDE nunca hubiese existido, sería como si no fuese a existir más. Tiembla y JUDE se retuerce.

LIBE

¿Qué ocurre?

Los JINETES, de caras distorsionadas y rasgos indefinidos, utilizan su poder de infligir dolor desde la distancia sin moverse ni hacer un solo gesto que los delate. De repente, de las mejillas de JUDE surgen profundos arañazos del grosor de unas garras que le bajan hasta el cuello.

LIBE

¡Por favor, parad! ¡Le vais a matar!

JINETE

(Voz en off mental hablando con LIBE, que le mira).

Ese es el plan. Dile que responda a la pregunta y le daremos una tregua inmerecida para poder despediros.

LIBE se gira confusa y observa a JUDE.

LIBE

Quieren que les respondas a una pregunta y te darán un descanso.

JUDE

(Encogiéndose de hombros).

Y yo quiero manipular los rayos y desintegrarlos, pero me temo que ninguna de las dos cosas va a suceder en esta sala.

Los arañazos se prolongan hasta su pecho.

LIBE

(Suplicante).

Por favor, JUDE...

JUDE

No, y no me lo discutas. Estoy a punto de ser destripado.

LIBE

¿Qué puede ser tan horrible para que no quieras responder? Has confesado traiciones que han conducido a guerras, robos, incendios, orgías en todas las civilizaciones...

La tortura se detiene un instante, regalando a LIBE y JUDE la falsa ilusión de que ha terminado. Pero los JINETES no son compasivos, son inteligentes, y de repente se oye un grito proveniente de LIBE. LIBE y JUDE bajan la vista y observan las mismas zarpas atravesando la tripa de ella en un arañazo, por el momento, superficial. JUDE pierde el control y la expresión se le desencaja. Observa a los JINETES, que no mutan el gesto, y chilla a pleno pulmón.

JUDE

¡Quieren que diga que te quiero! ¿Vale? ¡Joder, parad!

El silencio se instaura en la sala, la tortura se detiene y LIBE le contempla perpleja.

LIBE

Pero eso es imposible, tú no puedes querer... si no es por la maldición. A ver, ¿cuál es exactamente la pregunta?

JUDE

(Emitiendo una resignada carcajada seca).

Una bastante directa. ¿Estás enamorado de LIBE?

LIBE

(Tratando de negar lo evidente).

Diles que no. En su presencia no puedes mentir.

Sus miradas se encuentran y algo en la expresión de LIBE se quiebra, adivinando lo que va a oír.

JUDE

(Perdiendo un poco los nervios).

Tú lo has dicho. No puedo mentir, LIBE. Y ya que insistes en que nos pongamos sinceros, estoy tan jodidamente enamorado de ti que lo único que me duele de acabar de este modo es saber que nunca me has correspondido, aunque habría empeñado cada gota de mi puta sangre y de mi poder porque me quisieras tan solo un poco. Ahora, si no te importa, deja que muera con dignidad.

La mirada de JUDE se endurece, la aparta de LIBE y observa retador a los JINETES.

JUDE

Vamos, cualquiera diría que me habéis cogido cariño y vais a cambiar de opinión, y todos en esta sala sabemos que no.

SADIE

(Confusa).

JUDE, yo...

JUDE

(Sin mirarla).

No digas nada que pueda perjudicarte. Yo estoy acabado. Vete, no mires atrás y vive tu final feliz.

1

Dacre

Sadie me dejó claro cómo iban a funcionar las cosas entre nosotros desde que me acerqué a ella la primera vez que coincidimos a solas, rumbo a la cabaña donde servían los desayunos, y me dijo: «Me das asco, Dacre. Procura no interactuar conmigo más de lo estrictamente necesario o no respondo de mis actos». Después continuó andando como si nada, sonriente, y yo le dejé espacio tanto para llegar a nuestro destino como en el resto de las interacciones que tuvimos, en las que su indiferencia demostraba la lava que le latía por dentro.

Necesitaba espacio y lo respeté del mismo modo que los Stanley hicieron conmigo. No se puede apresurar la sanación de una herida. La medicina, al igual que el perdón, lleva su tiempo. Su proceso. Herida, costra, cicatriz. No puedes saltarte ningún paso o se te infectará de nuevo y regresarás al primero, a la sangre fresca derramada. Lo respeté y lo habría respetado mucho más. No tenía prisa.

Hasta aquella noche.

La de la tercera jornada de rodaje del juicio.

Fue entonces cuando tuve que dejar de hacerlo.

Habían dividido la secuencia en varias escenas y tocaba la final. En las grabaciones no siempre se seguía la línea temporal de la narración. Es decir, se podían grabar momentos salpicados, sin orden. Pero en esa en concreto sí que lo hicieron. En primer lugar,

porque desde maquillaje tenían que ir añadiéndome las torturas que los jinetes iban infligiendo a mi personaje y de esa manera evitar fastidiarla con el *racord* era más sencillo, y en segundo porque era un secreto a gritos que Sadie y yo habíamos discutido. Los dos protagonistas. Una tragedia. Las imágenes de mi salida de su casa con la cara ensangrentada estaban por todas partes y no nos dirigíamos la palabra. Así, imagino que esperaban que lo solucionásemos (era una escena en la que la complicidad y la emoción debían aumentar con cada línea de diálogo) o, de no poder hacerlo, que el conflicto se enfriase y nosotros volviésemos a ser más profesionales.

Para sorpresa de nadie la estrategia no les salió bien.

Las lecturas y los ensayos habían sido una cosa, pero en el directo habíamos fallado. O, más concretamente, había fallado ella, que no pudo tragarse sus sentimientos y mostrar compasión por Jude, por mí, que intuía que era lo que veía cuando la mirada se le endurecía, apretaba los labios y decía: «Lo siento. Se me ha ido mi línea». Y así una decena de veces hasta que la directora episódica Lauren Spike tuvo piedad (o fue práctica), adivinó que la situación era insostenible y no iba a mejorar, y anunció el final del rodaje, posponiendo lo que restaba para el día siguiente.

Sadie se desvaneció como un fantasma y yo me quedé, apreciando que la estaba jodiendo a lo grande. Lo vi en las miradas que se dedicaban los miembros de los diferentes equipos al asumir que el rodaje se alargaría un día más con todo el coste adicional que suponía el alquiler del escenario en el que se grababa, una finca a unas dos horas de Brookings, y la consecuente restructuración de varias grabaciones que le seguían con, de nuevo, más gasto adicional.

Lo vi también en los ojos de los actores, nuestros compañeros.

Lo malo de que Sadie Sanders dejase que la afectara lo sucedido precisamente en aquel momento era que la totalidad del *cast* estaba allí, y la caída de una reputación es el rumor que mejor se esparce. «Qué mala profesional, no puede actuar después de romper con su novio».

Decidí hacer algo antes de que dicho rumor se propagase o, peor aún, antes de que al día siguiente Sadie tampoco estuviese en condiciones de actuar y la situación se agravase. Los productores eran comprensivos hasta que les hacías un agujero en el bolsillo, y aquel, por la magnitud del enclave donde estábamos, podía ser de los grandes.

Recuerdo que mis compañeros estaban hablando de ir a tomar algo cuando, sin mediar palabra, cogí otra dirección.

—Sé amable —me aconsejó Gascón, que se hallaba a mi lado adivinando mis intenciones, y al recibir mi mirada de vuelta (estaba un poco nervioso y tenso) cambió su indicación por—: Está bien. Sé tú mismo, pero apaciguado.

Acepté su sugerencia comprendiendo que era lo correcto, pero sin saber si podría cumplirlo. Estaba enfadado conmigo mismo por haber conducido a Sadie a aquel estado, con ella por permitirlo, y acumulaba numerosas emociones reprimidas.

Podía admitir muchas cosas, como que me despreciase, que le diese asco o que me girase la cara, por mucho que extrañase sus ojos y voz. Pero no que se jodiese su puta carrera. Por ahí no pasaba. Ella era la del sueño, la del esfuerzo y la que se había dejado la piel para estar allí. La que lo había luchado. Permanecer impasible mientras tiraba todo por la borda no era una opción. Ni entonces ni nunca. Lo sentía mucho por Sadie.

Salí del decorado a la calle y me saludó un frío helador. El lugar en el que rodábamos era un resort que emulaba una fortaleza del

Medievo para gente millonaria que desde Arte habían customizado. Sala del penal, habitaciones, mazmorras. Anduve todavía caracterizado hacia los establos, ignorando a las personas con las que me cruzaba, que me saludaban y al no recibir respuesta susurraban a mi paso. Digamos que no era precisamente bueno disimulando mi estado. Sadie había pedido que establecieran su camerino allí, junto al de las otras actrices secundarias, para estar lo más alejada posible de los actores principales, de mí. Refunfuñé por lo bajo. De nuevo, podía aceptar la actitud de críos que estábamos teniendo, pero no que la actriz fundiese su brillo y retornase a una etapa anterior a la de aquella primera fatídica lectura como si no supiera actuar cuando sin duda era la mejor actriz de todo el maldito elenco.

Crucé la explanada de tierra y me sumergí en la zona de los camerinos. El problema, entendía, no era la escena en sí. O no solo. Era que a partir de ese momento el argumento se distanciaba tanto de la trama del libro que se habían reservado la famosa frase de Jude, que según ella había paralizado el pulso de todas las lectoras para más adelante. Es decir, el argumento se alejaba del original y la acercaba a mí.

«Pues bien, que lo supere», pensé.

Localicé su camerino, llamé a la puerta y sin esperar a que me contestase pasé.

Mala decisión.

Porque la encontré un tanto derrumbada y mi universo se tambaleó. Duró un segundo, al siguiente mudó el gesto. Pero a Sadie le hacía falta menos para colarse en mi piel y llevar la batuta de mis palpitaciones. Estaba sentada frente al tocador, con los vaqueros y la camiseta ensangrentada todavía puestos, y su mirada se topó con la mía en el espejo.

—Fuera —pronunció sin mostrar ningún tipo de sorpresa, aunque mi presencia allí debió de extrañarle.

—Va a ser que no.

Cerré detrás de mí con decisión. Observé una pequeña perturbación en su rictus por mi atrevimiento, pero la contuvo. «¿No podrías controlarte igual de bien en el set?», pensé alterado, porque lo que yo llamaba «enfado» en realidad era preocupación. Preocupación por ella y por su carrera, que me importaba más que la mía propia o que el estado de nuestra relación. Quizá por eso me mantuve firme a pesar de que al girarse me fulminó con los ojos, o puede que ya estuviese harto de andar con las orejas agachadas y tragarme mi carácter cuando lo que más me pedía el cuerpo era gritarle: «¡Ya basta. Vamos a solucionarlo!».

Paseó las pupilas por las mías y con aparente tranquilidad pronunció:

—He dicho que te largues, por si acaso no lo has oído. —Su voz fue fría, pero a mí me produjo calor.

—Y yo que no voy a hacerlo, por si acaso no me has entendido.

Nos sostuvimos la mirada y me amenazó:

—Llamaré a seguridad.

Por poco no me eché a reír, pero en lugar de hacerlo hundí la mano en el bolsillo de mi pantalón y le lancé mi móvil.

—Todo tuyo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Lo atrapó al vuelo.

—Quieres llamar a seguridad, ¿no? Pues ahí tienes un teléfono. Dado que has elegido un camerino situado estratégicamente en el culo del mundo tardarán diez minutos en llegar. Quince si tenemos en cuenta que no soy un asesino en serie. Me sobran nueve. Ahora vayamos a lo importante. Tenemos que hablar.

No fue una sugerencia, fue una constatación de lo que iba a suceder.

Sadie me estudió un segundo y de su garganta brotó una carcajada.

—No pienso hablar de lo nuestro.

—Bien, porque no es de lo que he venido a hablar. —Se produjo un instante de silencio en el que no pudo controlar su innata curiosidad, y le dije—: Tienes que parar. Ya. Lo de cargarse un día entero de rodaje como broma está bien, pero no puede repetirse.

Aprecié cierta decepción en su gesto. Quizá Sadie hubiese dicho que no pensaba hablar de lo nuestro, pero en el fondo era lo que quería. Que entrase como un huracán y le gritase que necesitaba que me perdonase para seguir respirando, porque desde que no me hablaba el acto de introducir oxígeno en los pulmones se me complicaba, como en realidad estaba sucediendo. Sin embargo, de hacerlo la confundiría. Ella necesitaba tiempo para aceptar lo ocurrido y poder confrontarlo. Y no lo teníamos. Los rodajes podían tener muchas cosas, pero tiempo que perder no estaba entre ellas. Por eso logré continuar en mi sitio. Por eso ella dijo:

—Desde luego eres todo un cabronazo.

—Lo soy —reconocí.

Ahí se planteó el primero de mis dilemas. La dirección que tomaría la conversación y marcaría el tono. Podía sincerarme. Admitir en voz alta lo que sentía por ella y el dolor físico que me causaba lo que nos estábamos haciendo, y suplicarle que le pusiera fin. Pero, otra vez, fui consciente de que eso no la ayudaría en absoluto para el día siguiente. Es más, la perjudicaría. Sadie tendría los sentimientos aún más a flor de piel, los diálogos se le atascarían y todo se iría a la mierda. Su brutal esfuerzo. La profesionalidad y su talento. No podía hacerla cambiar de opinión sobre mí con una conversación

emocional subida de tono, pero sí alimentar su sed de venganza. De revancha.

Sadie necesitaba un aliciente para no volver a fallar y ese era yo, aunque desde luego tal cosa no me beneficiara. Decidí allí, acertadamente o no, enterrar un poquito más mi reputación y lo que ella pensaba de mí, así como mis posibilidades de lograr lo que quería, con el único beneficio de sacarla a ella del pozo. Crucé los brazos a la altura del pecho, sonreí de lado e inicié mi interpretación:

—Soy un cabronazo y tú no paras de cagarla desde que mis acciones te lo confirmaron. —Hice una pausa dramática—. Supera lo que sea que sientes por mí, Sadie. Esto empieza a resultarme agotador.

Supe que mis palabras habían dado en la diana cuando la chica se estremeció y su dolor se me coló, pero no cambié un ápice de mi expresión.

—No siento nada por ti —articuló con rabia, y le dediqué una sonrisa cargada de suficiencia.

—Mientes fatal, *lobita.* —Pronuncié la última palabra con sorna. Si quería llevarla al extremo, al límite, si quería que su sed de venganza, de darme en las narices, superase cualquier emoción anterior, tenía que ser así. Llegaba el momento del golpe final, de ese que no tenía vuelta atrás—. Y tus sentimientos están perjudicando a todo el equipo.

Ahí vino la segunda de mis vacilaciones. La de la intervención de mi egoísmo. Si no terminaba la conversación ya, si no lo hacía con efecto inmediato, corría el riesgo de desviarme y que en alguna de nuestras réplicas la verdad se filtrase y saliese a la luz. Cosa que en realidad era lo que quería. Lo que deseaba con toda mi alma. Porque lo contrario significaba perderla o retrasar el volver a tenerla. Y era impaciente. Y ya había esperado demasiado. Por eso, para no

sucumbir a mi naturaleza, me apresuré a enumerar todos mis errores sin darle tiempo a pensar, sin darle tiempo a concluir que yo no sacaba ningún beneficio de aquello, porque no quería que averiguase, con la suspicacia que solo Sadie Sanders tenía, que lo hacía por ella. Decidí no confundirla con la verdad porque la mentira era lo que la actriz necesitaba en ese momento.

—No te soporté cuando te conocí y si te toleré más adelante fue porque Gascón me hizo ver que podía ser el protagonista si nuestra relación mejoraba. —En mis palabras mezclé realidad y ficción, los hechos que se veían frente a los sentimientos que en mi interior cambiaban—. Después de aquello cada encuentro, cada diálogo, cada momento de complicidad estuvieron planeados. Te abracé en Los Ángeles porque distinguí a un periodista entre los arbustos. Te besé en Venice Beach cuando ya había hablado y negociado con Travis Fitzgerald para que publicara detalles de nuestra relación. Y me acosté contigo en Edimburgo sin haberte contado nada de lo que había hecho.

Lo que dije fue cruel y, aunque pueda no parecerlo, me costó. Me quemó los pulmones, la laringe, las cuerdas vocales y las cavidades de resonancia (nariz, boca y faringe). Porque mentir arde cuando lo que dices es radicalmente opuesto a lo que sientes. Pero surtió efecto y me pareció bien. Sadie no podía actuar porque en el fondo me quería, pero ahí empezó a dejar de hacerlo. Al día siguiente bordaría su papel, aunque solo fuese para demostrarse a sí misma lo poco que yo le importaba. No obstante, el amor no se había evaporado. No funciona así. Incluso cuando se cubre de odio sigue quedando un poco. Creo que fue ese poco el que empleó en su siguiente intervención, en la que a todas luces quería que la contradijera, que le quitase la razón. Adelantó un par de pasos para

quedar a un palmo de mí y, sin poder disimular la piel de gallina y la agitación en su pecho, me escupió:

—Y vienes a hablar conmigo por el bien de *Averno*, porque *Averno* debe continuar.

—No sé qué otro motivo puede haber —mentí.

Sus pupilas me recorrieron con rabia, asco y tristeza.

—Solo te importa la producción, ¿verdad? —Había una súplica velada en su voz.

«Por favor, no rompas esto —decía—, no destruyas más».

«Desde luego que no», pensé. De importarme algo en ese instante era ella, pero no se lo debía decir. Analicé mis posibilidades. No podía pasarme en mi respuesta porque si exageraba no me creería. En el fondo Sadie sabía que la quería, así que mi mentira debía estar más cuidada.

—No solo, pero sí lo que más —sentencié con una mentira a la altura de mi fama.

El gesto se le comprimió al creerme y un par de rabiosas lágrimas escaparon de sus ojos. Me deshice por dentro. Por fuera mantuve la fachada. En los instantes posteriores fui testigo de cómo se quebraba y se fortificaba, y observé el segundo exacto en el que cubría nuestra relación con un manto de odio. El odio es una fuente inagotable de energía, casi tanto como el amor. No había tiempo para recuperar el segundo, de forma que lo aposté todo al primero y... gané. De esta manera, pese al dolor que me produjo su siguiente frase, me alegré de que la dijera, la pensara y la sintiera, porque anticipé que bordaría la interpretación del día siguiente, salvaría su carrera y yo arreglaría lo que había roto en ese camerino con tiempo, paciencia y actos, pero solo cuando solucionarlo no la hiciese a ella perder. No pensé en que cada vez que había tratado de

manipular a Sadie me había salido mal, y que la mejor opción con ella siempre había sido ir de frente.

—Eres un impresentable, Dacre Stewart, y te odio. Ojalá no te hubiera conocido.

En aquel momento creí que había salvado su carrera, miré su boca en lo que dura un parpadeo para que no se diese cuenta, ensanché la sonrisa con mi interior hecho papilla y añadí la coletilla con la que me aseguraba de que no Sadie solo grabaría la escena en la siguiente jornada, sino que lo haría en una sola toma.

—Entonces no permitas que gane.

2

Sadie

Todos nacemos para ser jueces y dictar sentencia, no para ser juzgados.

«Tú lo has dicho. No puedo mentir, Libe. Y ya que insistes en que nos pongamos sinceros, estoy tan jodidamente enamorado de ti que lo único que me duele de acabar de este modo es saber que nunca me has correspondido, aunque habría empeñado cada gota de mi puta sangre y de mi poder porque me quisieras tan solo un poco. Ahora, si no te importa, deja que muera con dignidad».

Fueron esas palabras, cuando deseé ser Libe y que el envoltorio de Jude me las dijera a mí, las que me llevaron a tomar la decisión de abandonar *Averno* después de mi mejor interpretación hasta la fecha en una sola toma. Había juzgado con dureza a las actrices y los actores que me habían precedido con decisiones similares, pero cuando me sucedió a mí lo tuve claro. No lo soportaría y nada más importaba. Además, estratégicamente era un buen momento. La cuarta temporada se estaba negociando, no tendría que pagar ninguna indemnización y si los avisaba entonces, cuando nos encontrábamos en mitad de la tercera, los guionistas aún disponían de margen para dar a mi personaje un final medio decente.

Pero no voy a mentir. Lo habría hecho igual, aunque no nos encontrásemos a mitad de temporada, aunque hubiese indemnización de por medio y corriese el riesgo de que Libe quedase

con un final inconcluso. El argumento giraba hacia un romance JudLib y yo no podía tomar ese camino.

Intentaron convencerme. La misma Rose Plec se presentó en Brookings, pero no hubo manera. No había modo de que me convenciesen para quedarme porque no podía trabajar con *él*, con Dacre, y es que después de todo lo que sabía del actor (ya no existían caretas) una parte de mí continuaba deseándolo, sintiendo en su presencia que se alteraba al verle, que pretendía rozarle, que respiraba de una manera más profunda cuando le tenía cerca para percibir su olor mientras se preguntaba si en alguna ocasión volvería a experimentar algo similar.

Dacre era como una maldición que se me había metido dentro por cada poro de la piel, y no podía sacarle. Lloré durante horas en mi cabaña cuando se acabó la conversación definitiva con Rose Plec, sin saber si era por haber sido tan estúpida de perder mi sueño, tan débil de no tener la entereza de conservarlo pese a las circunstancias o porque eso significaba desprenderme para siempre de él.

Al final no era mi madre, era yo.

Yo ponía fin a *Los nueve círculos*.

Yo iba a acabar con mi carrera.

3

Dacre

«Esto no tenía que ser así».

La cabeza me iba a estallar desde que una Shonda pletórica me había citado en el mejor restaurante de Gold Beach. Hasta entonces la renuncia de Sadie se había llevado desde el más riguroso secreto. Pero mi representante lo sabía. Ella siempre se enteraba de todo. Y había terminado metiendo las zarpas en el debate interno que transcurría en las más altas esferas. Según me contó entonces, habían sido semanas de dudas e incertidumbres hasta que desde arriba llegó la orden que decía: «Okey, continuaremos sin ella. Démosles más importancia a los círculos, a su historia, en especial a la de Dacre. Ahí hay mucho que contar».

Llegaban, pues, las negociaciones, y a Shonda se le había instaurado el símbolo del dólar en la retina.

—Voy a pedir una cantidad que sacaría a la Tierra de su órbita, y nos la van a pagar.

Paró a un camarero que pasaba por su lado y le pidió una botella del vino más caro que tuviese en su carta. Después rio. Al final yo había conseguido más de lo que me había propuesto al principio de mi andadura. No solo era el protagonista de una pareja romántica, iba a ser el protagonista absoluto. Más dinero, más gloria, más fama.

Shonda no cabía en sí de la emoción cuando se llevó una ostra a la boca.

No era mala persona, pero Sadie no le importaba. Sin embargo, contra todo pronóstico a mí sí, y el recuerdo de la conversación con Tina Cast me asedió:

«—¿Conoces la fábula del escorpión y la rana?

»—¿La de la rana que lleva a un escorpión en su espalda para cruzar un río y en mitad del trayecto el escorpión le pica porque es su naturaleza y ambos se ahogan?

»—Sí.

»—Bastante tétrica para convertirse en nuestro tema de conversación.

»—¿Cuál es la lección de esa fábula?

»—¿Que no debería haberla aguijoneado para sobrevivir?

»—Exacto. Piénsatelo mucho antes de hacer daño a alguien, Dacre, a veces el dolor nos viene de vuelta y el efecto *boomerang* es tan grande que nos destroza».

Lo estaba experimentando.

El efecto *boomerang* del que me había hablado.

Shonda continuaba celebrando. Le habían dicho que le darían a Sadie un final cerrado con posibilidades de recuperarla más adelante si cambiaba de opinión. Para el último episodio de la serie, al cabo de muchas muchas temporadas, tal vez. Nada de muerte. Si se abusaba de las resurrecciones estas dejaban de tener efecto. Inventarían algo y conmigo irían probando. Metiendo personajes para ver si la audiencia se enganchaba y si me perdonarían que le fuera «infiel» a Libe desarrollando sentimientos por otro personaje o...

—También pueden meter el espíritu de Libe en otra persona y que de esa forma siempre sea ella. Vete tú a saber. El irremplazable aquí eres tú.

Sadie tuvo la deferencia (o el orgullo) de no verbalizar que se marchaba por mí, aunque todo el mundo, incluido yo, lo sabíamos. Era un «él o yo» y, por lo visto, había salido victorioso por aplastante mayoría absoluta. Nadie se planteó en ningún instante prescindir de mí, solo cómo seguiría la ficción sin ella.

Aquella verdad dio el pistoletazo de salida a la decisión que yo terminaría tomando.

El escorpión...

La rana...

¿Cómo diablos se salva a ambos?

No conseguir una respuesta me frustraba y miré por la ventana. Desde el restaurante, afincado en una frondosa montaña, se distinguía la costa. «Esa noche sí lo hice bien», pensé recordando cuando le consulté cómo resolver lo de Lucien Strauss. Pero en esta ocasión la había cagado. La había tensado demasiado durante nuestra conversación en el camerino del set del juicio, aunque puede que entonces lo nuestro ya no tuviese solución. Sadie no quería trabajar conmigo y yo me moría por hacerlo con ella.

El escorpión...

La rana...

Pero no podía tener ambas cosas.

Y los dos no íbamos a ganar.

La solución se me presentó de un modo tan sencillo que casi me dio la risa, aunque no me reí porque definitivamente no era gracioso. Por si acaso, antes de comunicárselo a Shonda, me incliné con disimulo hacia delante y le retiré el cuchillo. Sabía o creía saber que no me lo clavaría, pero tampoco había necesidad de correr riesgos innecesarios. La mujer estaba hablando de los ceros que tenía mi contrato cuando la interrumpí.

—¿Qué pasaría si fuera yo el que dejase la producción?

Se calló en el acto. Su mirada me analizó con suspicacia.

—¿Te refieres a si yo te lo permitiera?

Esbocé una sonrisa y me recliné en el respaldo.

—Por supuesto, no soy tan imbécil de renunciar a tus halagos durante el resto de mi vida.

Shonda se dio cuenta de que le estaba mintiendo del mismo modo que yo adiviné que ella iba a mentirme en su siguiente intervención, en mi caso porque tenía el cuerpo tenso y la mandíbula agarrotada, y en el suyo porque se encogió de hombros con falsedad.

—Nada, sin ti no puede continuar.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Mientes. Lo que sucedería, y solo me permito teorizar, es que te pedirían que llevásemos mi renuncia con la mayor discreción posible, avisarían a Sadie de que ellos, y no yo, se lo han pensado mejor y han decidido prescindir de mi personaje para no cabrearla, la convencerían de continuar y la serie seguiría adelante con ella.

—Y con unos productores muy enfadados contigo por haberles jodido un proyecto millonario cuya trayectoria se acortaría. No solo les joderías a ellos, también a todo el equipo y, dicho sea de paso, a mí —apostilló Shonda, que había dejado de mentir y calibraba hasta qué punto estaba dispuesto a cumplir la teoría que había articulado.

Si me hubieran preguntado sobre eso cuando comenzó la serie habría dicho que no era capaz. Es más, si me hubieran preguntado sobre eso aquella misma tarde al recibir el guion del siguiente capítulo con una sonrisa tonta habría respondido lo mismo. Pero aquella noche, allí, con mi agente vaciando una copa de vino en su garganta y pidiendo otra botella al leer mis intenciones, supe que lo haría. Que iba a hacerlo. Siempre hubo una forma de que el escorpión salvase a la rana, y era picándose él mismo.

—No soy buena persona, Shonda, y me importan menos que ella, y tú te repondrás.

No mentiré. La decisión no me gustaba una mierda. Habría preferido hallar el modo de que ambos saliésemos beneficiados. Sin embargo, saber que de esa manera Sadie no acabaría salpicada por mis tretas lo compensaba. Terminaría la puta serie, el *fandom* la adoraría porque me culparía a mí de no darles su final deseado, los productores la cuidarían y su trayectoria como actriz continuaría ascendiendo, como debía ser.

Era consciente de que tenía que inventar una excusa razonable para mis actos que los justificase. No obstante, sería sencillo. A bote pronto y sin darle demasiadas vueltas se me ocurría que siempre había gilipollas que renegaban de los papeles que les habían encumbrado, sobre todo si estos eran juveniles o románticos, que se sentían superiores, que abandonaban la ficción para hacer papeles más serios y luego no se comían una mierda. Podía pasar por ese tipo de persona altiva, engreída y que se daba la hostia.

Contemplé a Shonda y lo sentí un poco por ella después de todo lo que había hecho y apostado por mí, pero no lo suficiente para hacerme cambiar de opinión.

—Tú... ¿Lo has meditado, Dacre? —me preguntó, y le entregué la verdad. Era lo mínimo que merecía.

—No.

—Pero lo vas a hacer —adivinó.

—Lo voy a hacer.

Esa noche, en la que tuve que consolar a una irascible Shonda a la que le costaba creer que la primera vez que sacaba a mis principios a pasear fuese para hacerle perder tanto dinero, por fin entendí la frase de que se puede perder ganando y ganar perdiendo, porque era el claro perjudicado de los acontecimientos que se iban a

desarrollar durante las siguientes semanas en el escenario de la vida y, aun así, cuando pensaba en el hecho de que Sadie continuaría interpretando, me sentía victorioso. El *fandom* me odiaría, los productores se enfadarían, probablemente no lograra otro papel. Todo estaba mal al salir de ese restaurante con una decisión tomada, y todo estaba bien.

ARTÍCULO ONLINE

Los nueve círculos terminará en su tercera temporada

Malas noticias para los seguidores de *Averno*, y es que Sky Blue, productora de la ficción más puntera de la última década, acaba de confirmar que finalmente *Los nueve círculos* llegará a su fin en esta tercera temporada, tal y como lo hacía la trilogía escrita por Tracy Montgomery, negando así los rumores que hablaban de una cuarta e incluso una quinta temporada.

«Nuestra intención desde el principio siempre fue ser fieles al texto escrito por Tracy», ha apuntado Rose Plec, su productora ejecutiva, durante un panel en el que participaba en una convención en Portland. «Daremos a los pecadores el final que imaginaron mientras estaban leyendo», ha apostillado. Preguntada por la nueva corriente que pedía que la relación entre Jude y Libe se desarrollase, ha respondido de forma contundente: «Esa habría sido otra historia, no *Los nueve círculos*. Jude ha sido parte fundamental del argumento, pero su papel ha acabado». Por último, a Plec se le ha consultado por la relación que mantiene con Dacre Stewart, actor que encarna a Jude, y esta ha señalado que es «excelente» y que «siempre tendrá las puertas de Sky Blue abiertas para futuros proyectos», a pesar de que su nombre haya dejado de aparecer en los carteles de los próximos eventos de la ficción. «No tendría sentido porque su personaje ya no aparece, pero le agradecemos la huella imborrable que ha dejado», ha sentenciado.

Una pena para el *fandom*, que opina que todavía quedaba mucho que contar del infierno.

4

Sadie

Accedí a grabar una última escena con él. Su personaje merecía una despedida y, no nos vamos a engañar, tenía que ser conmigo; así que hice de tripas corazón y cuando Lauren Spike pronunció «Acción» comencé a actuar.

Un Jinete silencioso me había acompañado a su celda. Oscura, húmeda, nauseabunda.

—Tenéis cinco minutos —dijo su voz en off.

En ese momento, el portón de las rejas del cubículo al que me había llevado se abría y el ser que me había conducido se marchaba, dejándonos unos instantes de intimidad. Jude, Dacre caracterizado, presentaba un aspecto horrible, torturado, mutilado, y, aun así, continuaba siendo el pecado más arrebatador que jamás había visto. Me dedicó una dolorosa sonrisa torcida con los labios secos y cuarteados y el estómago se me encogió. A Libe, y un poquito también a mí.

No estábamos solos. A pesar de lo que se veía en pantalla, allí se encontraba la práctica totalidad del equipo. Habían venido actores que no participaban en la escena y cámaras, maquilladores, estilistas, miembros del Departamento de Arte e iluminadores, guionistas de temporadas pasadas. Después le harían una especie de homenaje-despedida a Dacre al que yo no asistiría y que nadie quería perderse. Cogí una bocanada de aire, como correspondía

hacer a mi personaje, y el corazón me martilleó en el pecho, no sé si como tenía que interpretar también.

Avancé. Me pregunté qué se le estaría pasando por la cabeza a Dacre. Cómo habría encajado que después de todo lo que había hecho al final los productores hubiesen decidido mantenerse fieles al original y prescindir de él. ¿Se arrepentiría? ¿Habría cambiado algo de saber que de ninguna forma iba a conseguir lo que deseaba? Sé que no debía importarme, pero no podía evitarlo. Me detuve a un palmo de él, de Jude, de Dacre, y el actor levantó la cabeza repleta de heridas dibujadas.

—Es un poco menos ostentoso que mi castillo —señaló a su alrededor—, pero no está mal. —Sonrió a la vez que se ponía de pie. Yo le devolví el gesto, concentrada en hacerlo tan bien que no tuviésemos que repetir la escena—. Falta un poco de oro y algunas cabezas cortadas decorativas —se encogió de hombros—, pero por lo demás no tiene nada que envidiarle a un resort.

Eché un vistazo a lo que nos rodeaba. El catre sucio, las paredes enmohecidas y la rata que huía de mí y se colaba por un agujero. Después volví la vista a él.

—¿Cómo te están tratando?

—Me están dando la eternidad de suplicio y tormento que me prometieron hasta que me acostumbre y aniquilen cualquier parte de mí que exista en los diferentes planos —pronunció como si nada, y la mirada, su jodida mirada verde que había memorizado, se iluminó al decir—: Pero te han dejado venir. En el fondo son unos tenebrosos de palo.

—Cinco minutos —le recordé a su personaje. A él. Ahí se estaban desarrollando dos finales.

—Me sobran cuatro y cincuenta y nueve segundos. Solo quería verte.

Tragué saliva. Era muy difícil no creer que sus palabras, su expresión, no iban dirigidas a mí cuando en el fondo deseaba creer ese engaño con toda mi alma. En mi garganta comenzó a formarse un nudo y sentí que me escocían los ojos.

—Vaya, ¿y qué vamos a hacer con el tiempo restante?

—Podrías desconcertarme. Una última sorpresa para el ser inmortal que lo ha visto y vivido todo. —La cosa se complicaba. Mi actuación también. Estiré la mano en su dirección como sabía que tenía que hacer y, cuando escuché su carcajada y sentí el calor de su tacto y la presión de sus dedos al enlazarme, una corriente eléctrica me traspasó. Dacre me atrajo contra él—. Tenía que ser en el último baile cuando acudieses a mí por tu propia voluntad.

Después no había diálogo, solo emoción. Los bailes son los recursos predilectos de los creativos para una pareja, y en esa ocasión lo utilizaron para cerrar nuestro arco. Un buen baile con los actores adecuados puede transmitirlo todo, y desconozco si nosotros lo éramos, pero lo conseguimos. Queríamos poner fin a la perspectiva de JudLib y lo que hicimos fue multiplicar el anhelo de nuestros fans. Pasó su otra mano por mi cintura y los dos nos movimos al ritmo de una melodía que solo existía en nuestra cabeza. Me di cuenta de que se trataba de nuestros últimos segundos juntos, después ya no habría excusa, y a pesar de que no debería haberlo hecho los disfruté. Tendría tiempo para recriminármelo más adelante. Me pegué más a él, apoyé la mejilla en su pecho a la altura de su corazón y, al escuchar unos latidos descontrolados que me demostraban que era un magnífico actor porque me parecía imposible que él sintiera nada, la congoja me superó.

No tenía que llorar.

Pero lo hice.

Me salí del guion llorando por primera vez delante de una cámara, y nadie me detuvo porque ver cómo una persona se rompe en directo hace de la escena algo más atractivo, memorable. Y eso es lo que les importaba a todos, incluso a él, pensé. Por la cabeza no se me pasó que a aquellas alturas Dacre ya me conocía muy bien y que sabía que yo no soportaría un segundo intento, que tenía que ser entonces o no lo lograría. Me dije a mí misma que le estaba dando el broche de oro que no se merecía, pero no podía parar.

Escuchamos la marca que señalaba que el momento del baile se había acabado y a pesar de no querer, porque detestaba que él me viera de esa forma, alcé la cabeza y Dacre, siempre tan profesional, se separó y apoyó un dedo en mi barbilla para que lo mirase. Lo que me encontré entonces fue complicado de entender. Jude estaba allí, pero los gestos parecían de genuino dolor de Dacre. La expresión era más similar a la suya que a la del personaje, igual que lo fue el tono de su voz cuando me habló.

—No me arrepiento de todas las cosas malas que he hecho porque me han traído hasta esta celda, y las pocas buenas han logrado que estés aquí conmigo.

Nos sostuvimos la mirada un segundo, anunciaron «Corten» y me fui, sabiendo que una parte de mi corazón permanecería para siempre con ese cretino. Dacre me lo había mutilado.

5

Dacre

Es curioso comparar cómo entras en una producción en contraposición a cómo te vas. Entré en *Averno* siendo una promesa, el perdedor de un triángulo amoroso, pasé por la fase del vencedor y me marché transformado en todo un apestado.

Me organizaron una fiesta de despedida. Un circo, vaya. Tarta, aplausos, discursos elogiosos, y se aseguraron de que todo quedaba grabado por si en el futuro necesitaban ese recurso para un hipotético extra. Luego me recordaron que tenía que irme esa misma noche y sin hacer ruido, muy calladito, por la puerta de atrás. La condición para que me permitieran pagar a plazos la indemnización que les debía era que nunca, jamás, se supiera la verdad. Tenía que quedar como que fue su decisión y lo acepté. A fin de cuentas, Sadie no me perdonaría por haberme sacrificado por ella. No me perdonaría nunca. Era el precio por haberla querido y haberla destruido, y lo asumía. Es más, lo repetiría todo por uno solo de sus besos, porque dudaba de que de volver al pasado supiese hacerlo mejor. Así de jodido estaba.

Recorrí a pie y arrastrando las maletas el camino que conducía a la verja de entrada al campamento. Ni siquiera me habían puesto un taxi que me llevase al aeropuerto. Era su manera de decirme que la decisión que había tomado era irreversible y tenía consecuencias, y que estas no habían hecho más que empezar.

Bostecé por el cansancio de los últimos días y, mientras sacaba mi móvil para buscar un transporte con el que largarme, las luces de una limusina que había venido a por mí me cegaron. Sonreí mientras me encaminaba hacia ella y entraba.

—Borra esa sonrisa. No te mereces mi presencia —me saludó Shonda, y me acomodé. Al final, aunque ambos lo quisiéramos negar, nos habíamos cogido cariño.

—Creía que me detestabas. —Reproduje su frase más sonada de las últimas semanas.

—Y te detesto. Eres la gran tragedia de mi carrera, Dacre Stewart. Pero no permitiré que a un actor de mi agencia le despidan por la puerta de atrás y tenga que hacer dedo hasta el aeropuerto. —Era exagerado, pero no la corregí. Necesitaba creer que estaba allí por eso y no porque se compadecía de mí. Hay personas a las que les cuesta más asumir los sentimientos que darles vida, y Shonda y yo éramos de esos. Se produjo un silencio entre los dos, el coche arrancó y pasado un rato, cuando dejábamos el campamento y la etapa más apabullante, inspiradora y auténtica de mi existencia atrás, me preguntó—: ¿Vas a Nueva Orleans?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —El plan empezaba y terminaba en aterrizar en casa de los Stanley. Luego le daría forma—. Pero te garantizo que no podrás volverme a encontrar en un casino de Las Vegas.

—Menos mal que con arruinar la existencia de una persona has cubierto tu cupo. —Me giré en su dirección entretenido y en su mirada encontré confusión—. No pareces afectado. Triste, indignado, cabreado, con ganas de escupir al cielo o romper cosas.

—Porque no lo estoy —confesé—. Por primera vez estoy tranquilo, Shon —enarcó una ceja y no supe si era por mis palabras o por

haberla llamado así—; estoy en paz —completé.

Perder a Sadie de la manera en la que lo había hecho no borraba mis errores ni me convertía en mejor persona, pero saber que estaba bien, que lo estaría, me aplacaba. Supuse que por eso la gente hacía cosas buenas, porque después se te quedaba esa sensación de calma, el pecho hecho una balsa. En el fondo, deduje, todo el mundo era un poco egoísta por perseguir aquello. Reí y al instante me puse algo más formal, aunque no del todo, no podía con Shonda debatiéndose entre lanzarse a arrancarme los ojos y confirmarme que era una rencorosa o abrazarme, hacer las dos cosas quizá. Había algo que tenía que decirle.

—Represéntala. —Me gustaría haberla sorprendido con mi petición, pero lo cierto era que daba la sensación de que lo estaba esperando—. Representa a Sadie. Sabes que yo soy un caso perdido y que lo más conveniente es que tires la toalla y me borres de tu web pasado un tiempo prudencial, y tú... Te mereces la posibilidad de limpiarte el culo con billetes de cincuenta, joder —dije recordando una de nuestras primeras conversaciones, y continué tratando de convencerla—: Ella es buena, Shonda, y con la persona adecuada al lado estoy convencido de que no tendría límite. Un puto cohete a la altura de las grandes leyendas. Ese es mi deseo para Sadie.

Sus ojos me analizaron un instante y al siguiente se abrieron de golpe, impactados.

Shonda boqueó. La mujer que siempre tenía una respuesta para todo se había quedado sin palabras. Cuando por fin su garganta pudo emitir sonidos balbuceó:

—E-lla... ella te importa... Te importa de verdad. ¿Estás enamorado, Dacre?

No tenía sentido seguir mintiendo. No a Shonda, no en aquel momento. No entonces que por fin sabía la verdad y le había puesto nombre al sentimiento. Asentí. La amaba.

—Por eso en el fondo de esos ojos verdes tan rentables se te nota el dolor. No es un capricho que te ha nublado el juicio, es amor... —reflexionó, y al instante siguiente me preguntó, intentando ser práctica—: ¿Podrás olvidarla?

Sonreí.

—Ni aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas.

—¿Entonces...?

—Imagino que pensaré en ella.

—¿Con cuánta frecuencia?

Hubo una frase que mi personaje nunca pronunció y decidí quedarme para mí en ese momento.

—Tantas veces como respiro, Shonda. Cada maldito segundo de aquí en adelante.

Epílogo

Un mes después. Llamada realizada a la 01.00.

—911. ¿Cuál es tu emergencia...?

¡CORTEN!
FIN DEL RODAJE DE LA PRIMERA PARTE.
***CADA MALDITO SEGUNDO* INICIARÁ SU GRABACIÓN**
DESPUÉS DEL MERECIDO DESCANSO...

Tantas veces como respiro
Bilogía Algo como nosotros 1
Alexandra Roma

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño e ilustración de la cubierta: © Carolina Marando

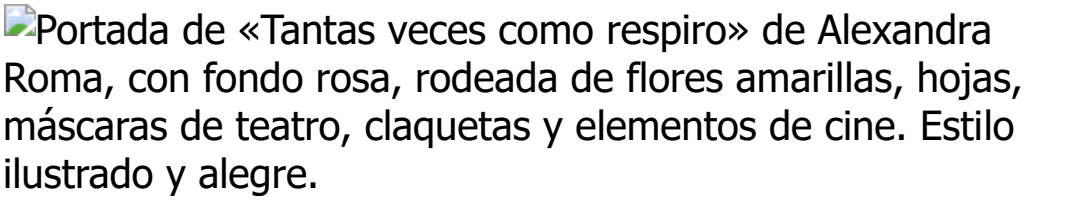
© Alexandra Roma, 2026
Autora representada por Editabundo S.L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-31988-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada de «Tantas veces como respiro» de Alexandra Roma, con fondo rosa, rodeada de flores amarillas, hojas, máscaras de teatro, claquetas y elementos de cine. Estilo ilustrado y alegre.